

UNIVERSIDAD DE MÉXICO

NUEVA ÉPOCA REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

\$45.00 Número 622, ABRIL 2003

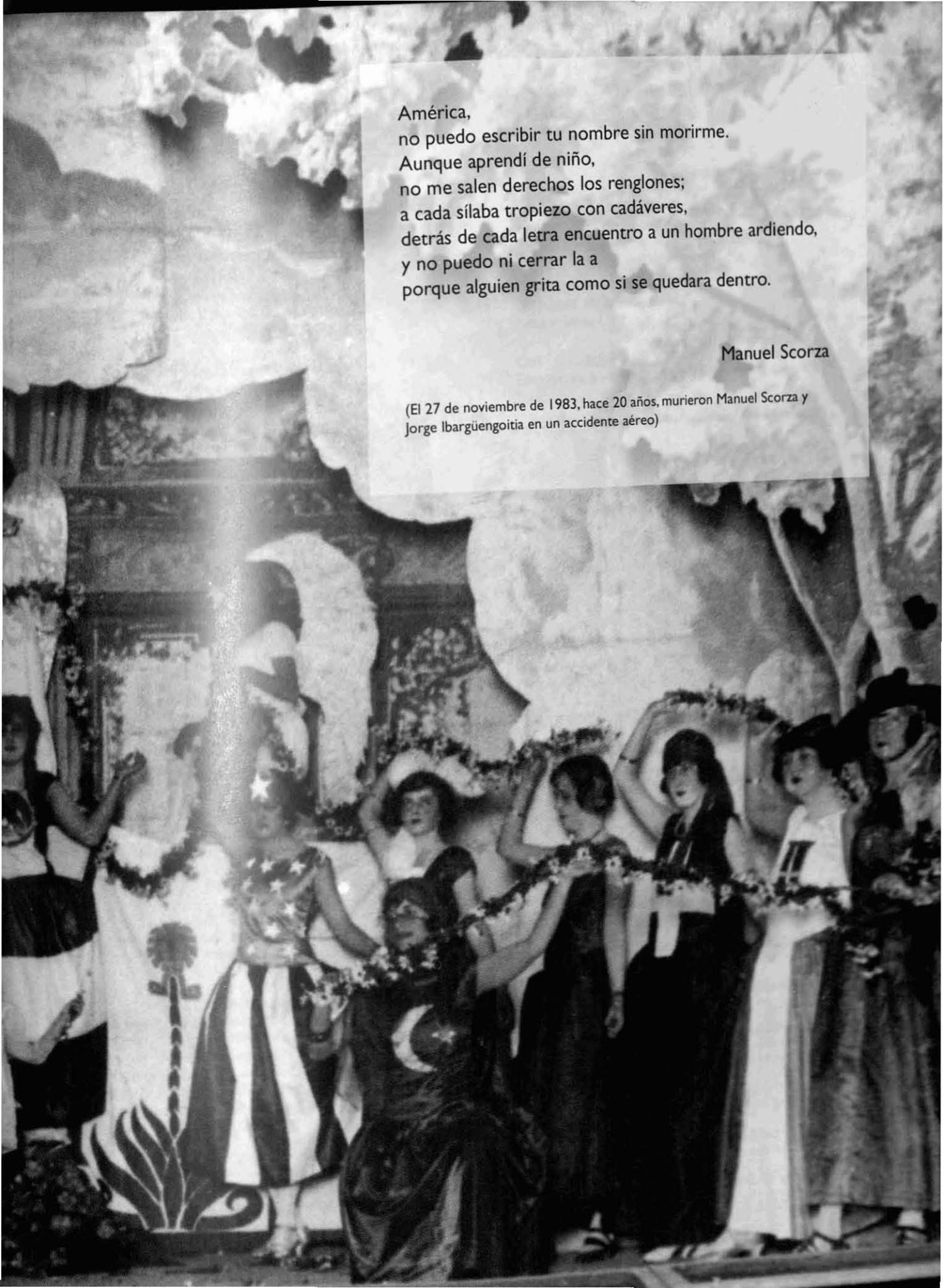


Moisés González Navarro
Fabienne Bradu
Pablo Yankelevich
Gabriela Cano
José Ortiz Monasterio
Marcela Sánchez Mota
Renato González Mello

Mes Internacional de la Danza
Portafolios de Eniac Martínez

AMÉRICA LATINA
INTELECTUALES Y UNIVERSITARIOS





América,
no puedo escribir tu nombre sin morirme.
Aunque aprendí de niño,
no me salen derechos los renglones;
a cada sílaba tropiezo con cadáveres,
detrás de cada letra encuentro a un hombre ardiendo,
y no puedo ni cerrar la a
porque alguien grita como si se quedara dentro.

Manuel Scorza

(El 27 de noviembre de 1983, hace 20 años, murieron Manuel Scorza y Jorge Ibarguengoitia en un accidente aéreo)

UNIVERSIDAD DE MÉXICO

NUEVA ÉPOCA REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. Juan Ramón de la Fuente
Rector

Dra. Olga Elizabeth Hansberg
Coordinadora de Humanidades

Revista *Universidad de México*

Director
Ricardo Pérez Montfort

Consejo editorial
Roger Bartra
Rodrigo Díaz Cruz
Juan Pedro Laclette
Clara E. Lida
Linda Manzanilla
Carlos Pereda
Vicente Quirarte
Fernando Serrano Migallón

Coordinador editorial
Horacio Ortiz

Editores
Javier Bañuelos Rentería
Isaac García Venegas
Mario Carrasco Teja

Asistente editorial
Miriam Aguirre

Editor Web
Roberto del Rinero

Editor de arte
Francisco Montellano

Coordinadora de "Miradas"
Itzel Rodríguez Mortellaro

Coordinador de "Tipos e impresiones"
Gonzalo Soltero

Publicidad y relaciones públicas
Jazmín Flores Yarcé

Suscripciones
Rocío Fuentes Vargas

Asistencia editorial (servicio social)
Marga Canseco
Damián Maldonado

Administración
Mario Pérez Fernández

Diseño y producción editorial
Agustín Estrada

Asistente de diseño y formación
Araceli Limón



Oficinas de la revista: Lado poniente del Estadio Olímpico,
Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Deleg. Coyoacán, México, D.F.
Apartado Postal 70288, C.P. 04510, México, D.F.

Teléfonos: 5616-2422, 5616-7211.

Correspondencia de Segunda Clase.

Registro DGC núm. 061 1286. Características 2286611212.

Impresión: Artes Gráficas Panorama, S.A. de C.V.

Distribución: Revista *Universidad de México*.

Precio del ejemplar: \$45.00. Suscripción anual (diez números): \$400.00

(US\$110.00 en el extranjero). Semestral (cinco números): \$200.00

(US\$55.00 en el extranjero). Ejemplar de número atrasado: \$50.00

Revista mensual. Tiraje de tres mil ejemplares. Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto.

Certificado de Licitud de Título número 2801.

Certificado de Licitud de Contenido número 1797.

Reserva de uso exclusivo número 112-86.

Correo electrónico: reunimex@servidor.unam.mx

Internet: <http://www.univdemex.unam.mx>

Portada: Monotipo de Patricia de la Fuente, México. La mayoría de las ilustraciones de este número fueron tomadas del libro, *Ibero América Pinta 1997-2000*, FCE/Unesco, México, 1997.

LA REFLEXIÓN Y LAS IDEAS

- Por mi raza hablará el espíritu América latina en el horizonte de los universitarios mexicanos** 5
Pablo Yankelevich
- Se llamaba Elena Arizmendi** 17
Gabriela Cano
- Autopsia rápida de Sérgio Buarque de Holanda** 31
José Ortiz Monasterio
- El joven Haya de la Torre y sus muchos mundos** 41
Ricardo Melgar Bao

TIPOS E IMPRESIONES

- Carta con motivo de ningún aniversario** 14
Adolfo Castañón
- Tres poemas** 38
Otto-Raúl González
- Monterroso, ¿está ahí?** 49
Carlos Chimal
- Germán Arciniegas, marinero de tierra firme** 52
Óscar Iván Calvo Isaza
- La India de Octavio Paz** 59
Fabienne Bradu

ORDEN Y CAOS

- Ziranda Desalojo** 62
Bolívar Echeverría
- Flores del ocio Hojas preteridas** 63
Andrés Henestrosa
- Al margen La servidumbre lingüística** 64
Leonardo Martínez Carrizales
- Aeropuerto Duelos y fantasmas** 65
Sergio González Rodríguez

LAS ARTES Y LOS OFICIOS

- Paralajes Pleonasmos y paradojas de la música actual: *minoría minúscula, universo infinito y rumor que no deja de oírse*** 67
Ricardo Miranda
- Anatomía urbana Un hogar en la megalópolis** 69
Peter Krieger
- Carta del exterior Esto no es para mujeres** 71
Nora Franco

PERFILES

- Danzas El cuerpo posmoderno** 75
Marcela Sánchez Mota
- Miradas Extreme ways, o la miseria del segundo piso** 79
Renato González Mello
- Variaciones y fugas Cincuenta años de rock and roll ¿Quién es el padre?** 81
Sergio Monsalvo C.

SENDEROS

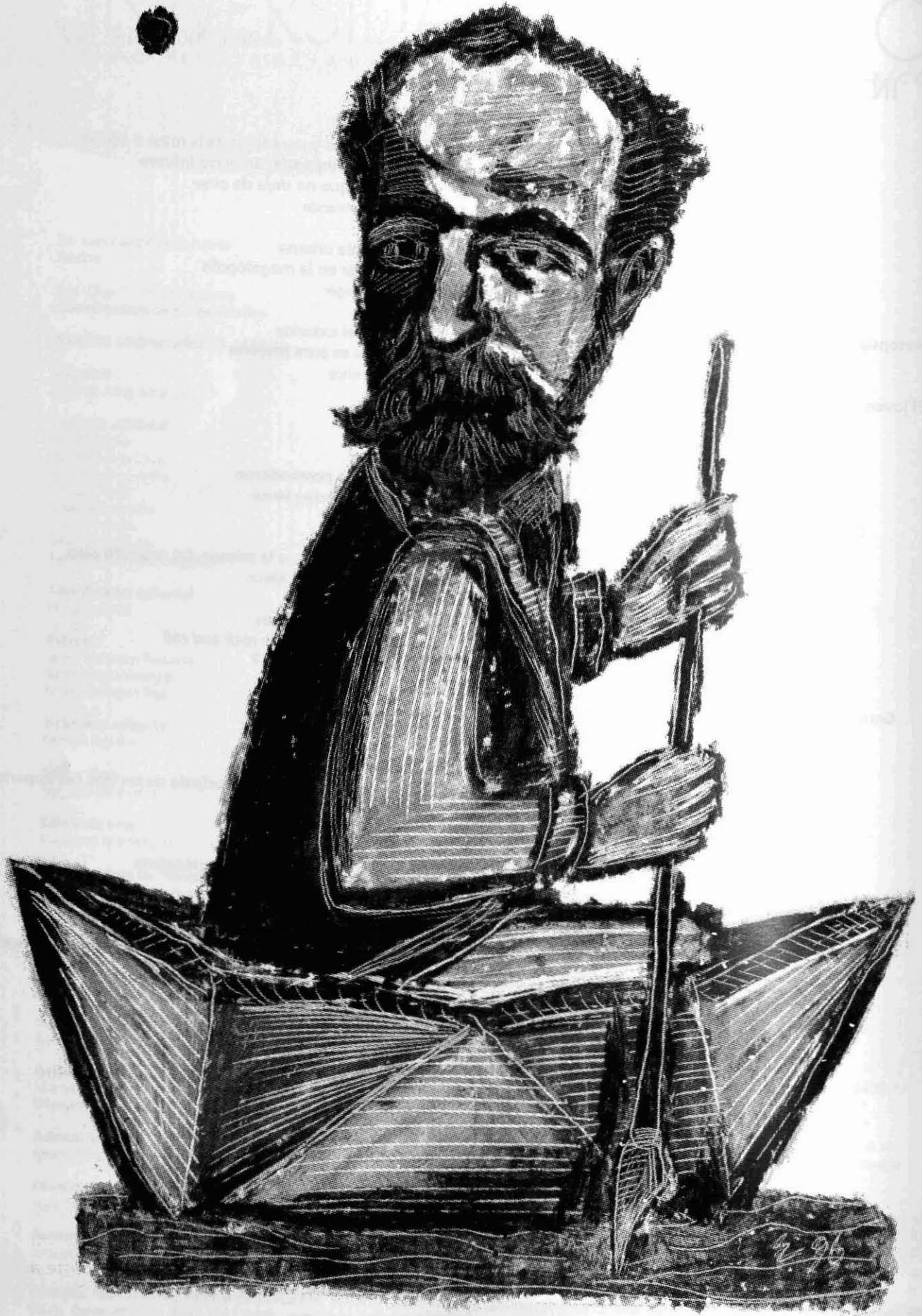
- Historias Tehuantepec en la encrucijada de los ejes del imperio** 83
Enrique Rajchenberg
Catherine Heau-Lambert
- México: el capitalismo nacionalista** 87
Moisés González Navarro
- Los expedientes secretos Alejandro von Humboldt y la "calumnia de América"** 92
Edmundo O'Gorman
- Capilaridades La melancolía en la siquiatría contemporánea Segunda parte** 95
Héctor Pérez-Rincón
- Contertulios y colegas Margarita Castro Flores El estudio de lo latinoamericano** 102

LA FOTO

Dylan Von Gunten

ALAS DE LA DANZA

PORTAFOLIOS DE ENIAC MARTÍNEZ



POR MI RAZA HABLARÁ EL ESPÍRITU AMÉRICA LATINA EN EL HORIZONTE DE LOS UNIVERSITARIOS MEXICANOS

Pablo Yankelevich*

Y de pronto la Patria se nos había vuelto grande y abarcaba el continente.

José Vasconcelos

En la primera mitad de la década de los veinte, México alcanzó uno de los momentos cumbre de su proyección continental a partir del encuentro de dos circunstancias: primero, la gestión de José Vasconcelos desde la rectoría de la Universidad Nacional y, después, como secretario de Educación Pública, en tanto pacto de los intelectuales con la revolución al servicio de una reforma cultural que no reconoció antecedentes en América latina. La dimensión de las empresas político-culturales realizadas al amparo de la gestión de Vasconcelos trascendió las fronteras nacionales y, por supuesto, potenció la presencia mexicana en América latina.

Por otro lado, la propuesta de Vasconcelos se instaló en un escenario latinoamericano particularmente sensible a las propuestas mexicanas. Estas ideas renovadoras terminaron encontrándose con otras, gestadas a la sombra de un proceso marcado por el ascenso e incorporación del campo a la lucha política de un sector de clase media, empeñado en impugnar el ordenamiento político vigente. Protagonistas de este proceso fueron la juventud universitaria y una pléyade de intelectuales de la llamada "generación de la Reforma".

En un entorno caracterizado por el cerrado dominio oligárquico y la ausencia de organizaciones populares significativas, el movimiento de Reforma Universitaria sirvió de plataforma en tanto crisol de ideas y propuestas alternativas. Con el correr de los años, sobre éstas se fue dibujando el pensamiento de la vanguardia intelectual latinoamericana, en su vertiente marxista, en la nacionalista democrática.

La Reforma Universitaria, con su fuerte presencia juvenil, aparecía como tributaria de una serie de procesos que permitieron definir sus principales contenidos: uno de ellos, el más decisivo quizá, fue el impacto de la Primera Guerra Mundial. Las élites intelectuales percibieron que con aquella guerra se cerraba un ciclo de la historia. El fracaso de un modelo civilizatorio fracturó el cosmopolitismo dominante para dar paso al resurgimiento de preocupaciones nacionales. Una Europa devastada obligó a volver la mirada hacia América y, aquí, la Revolución mexicana replanteó la necesidad de forjar una conciencia nacionalista, anticosmopolita, cargada de un espiritualismo defensivo de reconocibles huellas arielistas. En este sentido, frente a

la orfandad de paradigmas que puso al descubierto la guerra europea, la experiencia mexicana, en la era de Vasconcelos, emergería como modelo de reconstrucción política y cultural.

Además, junto con México, la Revolución rusa jugó un papel decisivo abriendo nuevos horizontes en la conciencia política de esta generación. Ante la incertidumbre, la destrucción y las injusticias del capitalismo, Rusia planteó una utopía esperanzadora, cargada de promesas, acerca de una civilización más democrática e igualitaria. El título de un ensayo de José Ingenieros, *Los tiempos nuevos*, condensó en buena medida el clima de aquella época.

La reforma estalló en Argentina. Hacia 1918, la Universidad de Córdoba constituía uno de los bastiones del tradicionalismo clerical. El espíritu escolástico reinaba incuestionado sobre una ostensible mediocridad académica representada por una camarilla de profesores que acordonaba la institución contra cualquier amenaza de pensamiento crítico. El movimiento estudiantil reclamó el derecho de participar en el gobierno universitario, la libertad de cátedra y la libre asistencia a los cursos. Al calor de la oposición que estas demandas despertaron, los estudiantes fueron ampliando las protestas. El programa universitario comenzó a radicalizarse.

El descontento ganó las calles, ensanchó sus reivindicaciones desplegando banderas democratizadoras coincidentes con las de otros sectores populares. La necesidad de solidaridad exterior, una vez que el estudiantado tomó conciencia de que la oligarquía universitaria no sería derrotada sólo librando combates en la universidad, introdujo en el naciente pensamiento reformista una de sus más sobresalientes características ideológicas: la proyección continental, sostenida tras la idea de un destino latinoamericano común. Mientras la huelga universitaria ganaba en adhesiones, el 21 de junio de 1918 los estudiantes de Córdoba dieron a conocer un documento: *La juventud argentina de Córdoba a los hombres libres de Sudamérica*. El título cristalizaba buena parte del imaginario rebelde de la juventud cordobesa, y en su contenido se explicitaba el marco continental de los reclamos: "Desde hoy contamos para el país con una vergüenza menos y una libertad más. Los dolores que quedan son las libertades que nos faltan. Creemos no equivocarnos, las resonancias del corazón nos lo advierten: estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana".¹

La profesión de fe latinoamericana servía de introducción a una proclama de marcado tono anticlerical que básicamente reclamaba el derecho estudiantil a participar en el gobierno universitario. Desde Córdoba, la reforma se expandió a otras



¹ Federación Universitaria Argentina, "Manifiesto liminar", en *La Reforma Universitaria, 1918-1958*, FUA, Buenos Aires, 1959, pág. 84.

ciudades universitarias del país; la organización estudiantil, fuertemente consolidada, triunfó al final.

Hacia 1921, la "democracia universitaria" regía en casi todas las casas de estudios, en un país estabilizado económicamente y con un sistema político capaz de absorber y procesar la impugnación estudiantil. Sin embargo, partir de 1922, el gobierno del presidente Marcelo T. de Alvear inició un proceso de "contrarreforma" tendiente a recortar los espacios de representación ganados por los estudiantes en el gobierno de las casas de estudios. La reforma en Argentina abandonó entonces el restringido ámbito universitario para incorporar temas y problemas de carácter político y social. El estudiantado amplió su espectro ideológico y, en este proceso, contó con el apoyo y prestigio de un destacado núcleo de intelectuales: José Ingenieros, Alfredo Palacios, Ricardo Rojas, Alejandro Korn, Julio V. González, Aníbal Ponce y Florentino Sanguinetti. En resumen, la Reforma Universitaria inició su mutación hacia posiciones de reforma social.

La reforma se desplazó hacia otros países. El reclamo llegó a Perú; luego a Chile, Cuba, Colombia, Guatemala y Uruguay; una década más tarde alcanzó Brasil, Paraguay, Bolivia, Ecuador y Venezuela. Si la experiencia argentina, a pesar de su incapacidad para constituirse en fuerza política autónoma, sirvió como detonador que despertó continentalmente la conciencia política de las capas medias, el caso peruano fue el único movimiento que tradujo las aspiraciones estudiantiles mediante el primer gran partido nacional de América latina: la APRA, bajo la conducción de Víctor Raúl Haya de la Torre, que saltó a la arena política desde su condición de líder del estudiantado peruano.

De la plataforma del reformismo universitario se transitó a la definición de un núcleo de proposiciones políticas que permitieron pensar a América latina desde nuevos paradigmas. Una matriz temática asentada en posturas antiimperialistas, antioligárquicas y antilatfundistas fue combinada con banderas que condenaban la injerencia en la vida política de dos instituciones pilares del orden conservador: la Iglesia y el ejército. Hay que subrayar que, durante la primera mitad de la década de los veinte, las claves ideológicas desde donde se asumieron estos temas fueron en extremo heterogéneas: humanismo utópico, socialismo liberal, nacionalismo e incluso corrientes del primer marxismo latinoamericano. Éstas compartieron un mismo clima de ideas, haciendo posible el surgimiento de la fracción más avanzada de la intelectualidad burguesa de América latina.

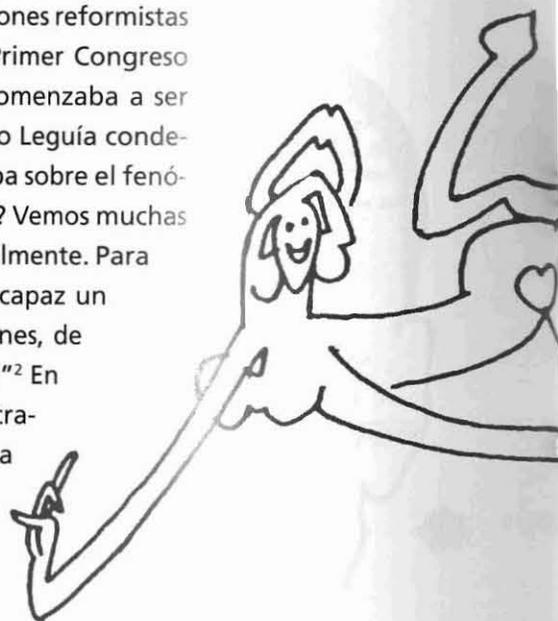
Diferencias doctrinales, hacia finales de la década, condujeron a decantar el horizonte teórico. La ortodoxia de la Tercera Internacional bloqueó en buena medida la reflexión política. La dureza de un marxismo de cuño centro-europeo, que en sucesivos congresos terminó condenando a América latina a la agenda de "la cuestión colonial", fracturó y sectarizó el pensamiento de aquella vanguardia, privándolo en cierta forma de la riqueza imaginativa con que en años anteriores se intentó aprehender la realidad continental.



En 1923 el estudiantado cubano hizo suyas las banderas de los universitarios de Argentina y Perú. En una coyuntura de franco recelo por las posiciones reformistas confinadas al medio académico, Julio Antonio Mella presidió el Primer Congreso Nacional de Estudiantes. En aquel año la experiencia argentina comenzaba a ser atacada por el gobierno de Alvear y, en Perú, el presidente Augusto Leguía conde- naba a Haya de la Torre al destierro. Mella, críticamente, reflexionaba sobre el fenó- meno de la reforma: "¿Puede ser un hecho la Reforma Universitaria? Vemos muchas dificultades para que los postulados de la Reforma se implanten totalmente. Para un cambio radical [...] es necesario el concurso del gobierno. ¿Es capaz un gobierno de los que tiene hoy la América, en casi todas sus naciones, de abrazar integralmente los principios de la revolución universitaria?"² En la perspectiva continental, la respuesta a estas interrogantes encontra- ba una excepción: México. La transformación social y política posrevolucionaria permitió que el espíritu de la reforma se asumiese a manera de política de Estado. Buena parte de los temas plantea- dos o intuidos por los universitarios de Córdoba se cristalizaron en las conductas políticas y en los proyectos político-culturales del gobier- no de Álvaro Obregón, bajo la responsabilidad directa de su secreta- rio de Educación Pública. En México, una amplia reforma pedagógica y cultural, que se reclamaba tributaria de un gobierno revolucionario, desdibujó reivindicaciones estrechamente universitarias para formar parte de un amplio proyecto orientado a com- batir las causas de la desigualdad y el atraso, así como a regenerar la vida política nacional. De tal suerte, el México de Vasconcelos no tardó en colocarse a la vanguar- dia del movimiento universitario latinoamericano.

Gran parte de los temas que movilizaron a los estudiantes del continente estu- vieron presentes en la reflexión y la actuación de Vasconcelos. Una de las inquietudes que recorrió casi toda su obra especulativa fue el problema de la unidad hispanoa- mericana,³ unidad fundada en la certeza de que sólo "una mezcla de razas, consu- mada de acuerdo con las leyes de la comodidad social, la simpatía y la belleza, conducirá a la formación de un tipo infinitamente superior a todos los que han existido".⁴ Reivin- dicar el mestizaje, recuperarlo fundamentalmente desde una dimensión estética, permitió a Vasconcelos tomar distancia del darwinismo social para, desde allí, formular las bases de una nueva utopía asentada en la "raza cósmica", síntesis de todas las ra- zas, cuya cuna hispanoamericana ponía al continente a la vanguardia de una nueva civilización de concordia, prosperidad y renovada espiritualidad.

En la búsqueda de una identidad hispanoamericana, la herencia arielista es identificable con un diagnóstico fundado en la existencia de fronteras mentales entre las dos Américas: "Solamente la parte ibérica del continente dispone de los factores espirituales, raza y territorio, que son necesarios para iniciar la era universal de la humanidad".⁵ En oposición al espacio sajón, Vasconcelos fue precisando los obstácu- los de orden doméstico que se interponían en la construcción del ideal hispanoameri- cano: la historia ocupaba un lugar de primer orden.

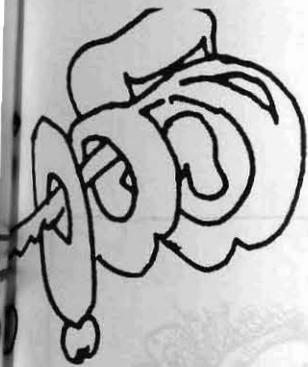


² "¿Puede ser un hecho la Reforma Universitaria?", en Juan Carlos Portantiero, *Estudiantes y política en América latina, 1918-1938. El proceso de Reforma Universitaria*, Siglo XXI, México, 1978, pág. 352.

³ Cfr. Claude Fell, *José Vasconcelos. Los años del águila*, cap. IV, UNAM, México, 1989.

⁴ *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana. Notas de viajes a la América del Sur*, Tipográfica Cosmos, Barcelona, 1925, pág. 30.

⁵ *Ibid.*, pág. 39.



Roberto Matta, Chile

Procesar la herencia hispana resultaba indispensable en tanto circunstancia fundadora del ingreso del continente a la historia universal. Entender e incorporar esa herencia constituía la clave para superar los lastres sociales derivados de ella. Y en la prosecución de este objetivo Vasconcelos preconizó una verdadera revolución en los espíritus, un profundo cambio en las mentalidades, acompañado de reformas fundamentales en los mecanismos políticos y económicos. En otras palabras, la revolución en los espíritus conllevaba un verdadero combate contra la pobreza, la ignorancia, el latifundio y las formas autoritarias de ejercicio del poder.

Las apelaciones de Vasconcelos, al igual que las de José Enrique Rodó, estaban dirigidas al único núcleo poseedor de suficientes reservas morales y voluntad colectiva, destinado a conducir el tránsito hacia nuevas formas de convivencia social: la juventud. Los jóvenes, y sobre todo los estudiantes, fueron los interlocutores naturales del proyecto vasconcelista y hacia ellos dirigió sus apelaciones, convocándolos a participar en una experiencia cuya originalidad no tenía precedente. Vasconcelos recuperó las banderas de la "revolución estudiantil",⁶ como llamó a las jornadas que en 1918 protagonizaron los universitarios argentinos. Éstos y sus compañeros latinoamericanos, junto con los intelectuales que acompañaron aquella gesta, terminaron coincidiendo en el diagnóstico vasconcelista: la hora americana había llegado. Para muchos, el porvenir se pensaba socialista, categoría que por dúctil fue dotada de un haz de significados tras los cuales emergía la impostergable necesidad de rehacer un orden social, entonces benéfico para minorías privilegiadas.

Las ideas de Vasconcelos discurrieron en una atmósfera cultural de escala continental, y esta atmósfera resultó potenciada cuando América latina recibió la alentadora noticia de que, en México, un intelectual había escalado posiciones llegando a la rectoría de la universidad, para saltar desde allí a la conducción de la política educativa y cultural de la nación. En cierto sentido, Vasconcelos acortaba la distancia entre la realidad y la utopía. Toda una generación de jóvenes fue convocada a colaborar. Daniel Cosío Villegas, entonces estudiante universitario, describió la mística de un momento que dejó una huella indeleble en la conciencia de aquellos que se sumaron a la gesta vasconcelista:

Entonces sí que hubo ambiente evangélico para enseñar a leer y escribir al prójimo; entonces sí se sentía en el pecho y en el corazón de cada mexicano que la acción educadora era tan apremiante y tan cristiana como saciar la sed o matar el hambre. Entonces comenzaron las primeras grandes pinturas murales, monumentos que aspiraban a fijar por siglos las angustias del país, sus problemas, sus esperanzas. Entonces se sentía fe en el libro [...] y los libros se imprimieron por millares, y por millares se obsequiaron. Fundar una biblioteca en un pueblo pequeño y apartado parecía tener tanta significación como levantar una iglesia y poner en su cúpula brillantes mosaicos que anunciaran al caminante la proximidad de un hogar donde descansar y recogerse. Entonces los festivales de música y danza populares no eran curiosidades para los

⁶ *Ibid.*, pág. 175.

ojos carnerunos de los turistas. Entonces el teatro fue popular, de libre sátira política, pero, sobre todo, espejo de costumbres, de vicios, de virtudes y de aspiraciones.⁷

El espíritu de *Ariel*, arraigado en la conciencia de los jóvenes universitarios, pareció materializarse. En 1917, Manuel Gómez Morín, pasante de derecho, confesaba: "Rodó ha cumplido su misión en nuestra generación, mejor que dando ideas, encendiendo entusiasmos".⁸ Años más tarde, aquel entusiasmo impregnó la gestión de Vasconcelos, que terminó elevado a la condición de líder indiscutible de aquella generación de universitarios mexicanos.

El liderazgo trascendió las fronteras de México cuando, desenfadadamente, el entonces rector de la universidad, despojado de formalidades protocolarias, se dirigía a los universitarios sin más objeto que contribuir a tender puentes solidarios con otras realidades nacionales. El combate contra los regímenes dictatoriales constituyó uno de los pilares que dio soporte a un liderazgo en ascenso, y quizá ningún otro episodio haya dado lugar a la expansión de este vínculo como el desarrollado alrededor de la condena contra el gobierno dictatorial de Juan Vicente Gómez en Venezuela.

En efecto, con motivo de la conmemoración del Día de la Raza, el 12 de octubre de 1920, Vasconcelos tomó la palabra para lanzar, frente al cuerpo diplomático, autoridades del gobierno y estudiantes universitarios, un fuerte ataque contra los gobiernos latinoamericanos tiránicos. Aquel año resultaba alentador porque había "visto caer dos tiranías: la de Venustiano Carranza en México y la de Estrada Cabrera en Guatemala", pero no se debía olvidar que en Venezuela "gobierna el más monstruoso, el más repugnante y el más despreciable de todos los déspotas que ha producido nuestra infortunada estirpe".⁹ Juan Vicente Gómez, "cerdo humano que deshonor a nuestra raza", era el responsable de reprimir y torturar a centenares de opositores. "Los estudiantes de México deben recordar que sus hermanos, los estudiantes de Venezuela, han sido encarcelados y perseguidos, y los que han podido escapar a la venganza del menguado, se educan en la abyección, en el silencio y en el temor".¹⁰ Vasconcelos concluyó solicitando a los estudiantes de México establecer comunicación con sus compañeros de América latina para protestar contra la dictadura de Gómez.

Las consecuencias del "escándalo" no tardaron en manifestarse: mientras que la representación consular venezolana elevaba una protesta, la cancillería mexicana extendía sus disculpas,¹¹ al tiempo que Vasconcelos ponía su renuncia a considera-



Graciela Rodó, Bolivia

⁷ "La crisis de México", en *Ensayos y notas I*, Hermes, México, 1966, págs. 141-142.

⁸ Archivo del Centro de Estudios sobre la Universidad (cesu), fondo Rectoría, caja 9, exp. 119, f. 03733.

⁹ "Discurso pronunciado en la fiesta de la Raza", *Boletín de la Universidad*, t. 1, núm. 3, enero de 1921, pág. 178.

¹⁰ *Ibid.*, pág. 179.

¹¹ *Excelsior*, 14 de octubre de 1920, y *El Heraldo de México*, 15 de octubre de 1920.

ción del presidente Adolfo de la Huerta, no sin antes desacreditar al canciller subrayando que "la verdad no pide excusas", para después interrogar: "¿En dónde está el impulso y el ardor de la juventud [...] o es que se van a asustar todos, como se asusta el burgués, porque ha sido insultado un verdugo?"¹²

Los apoyos al rector se desplegaron en decenas de artículos periodísticos. Plutarco Elías Calles, secretario de Guerra, lo defendió públicamente, y un amplio núcleo de intelectuales firmaron una petición para que no fuera aceptada su renuncia.¹³ De la Huerta rechazó la dimisión del rector, pero la movilización no disminuyó.

Carlos Pellicer, por su desempeño como agregado universitario en Bogotá y Caracas, hizo públicas "las cosas horribles" que por carta prometió confiar a su amigo José Gorostiza.¹⁴ En un artículo titulado "El proceso continental contra el déspota en Venezuela" relató el clima de terror instaurado por el "Porfirio venezolano", exhortando a sus compañeros: "¡Que se levante la juventud de México, que es juventud de vanguardia y, aleccionada soberbia y diáfana por el actual rector de la Universidad Nacional, publique a los estudiantes del continente los crímenes que Juan Vicente Gómez ha cometido y continúa ejerciendo sobre los estudiantes de Venezuela!"¹⁵

Las muestras de apoyo se ensanchaban. Gobernadores, diputados, núcleos de intelectuales y de estudiantes hicieron saber sus coincidencias con la posición del rector. A éstas sumaron sus voces universitarios venezolanos exiliados en México, Estados Unidos, Cuba, Santo Domingo y Panamá.¹⁶ Todavía en abril de 1921 el asunto de Venezuela volvió a ocupar a los universitarios mexicanos. La noticia del encarcelamiento de más de medio centenar de estudiantes caraqueños cuando pretendían reorganizar su disuelta Federación Universitaria, dio pie para el despliegue de una significativa movilización. La Federación de Estudiantes de México asumió una actitud combativa retomando un nuevo exhorto de Vasconcelos:

La Universidad de México, hondamente conmovida por la infamia que se comete en las personas de estudiantes latinoamericanos, levanta su voz de denuncia e invita a los intelectuales de todo el continente y a las universidades de la América del Norte y de la América del Sur para que hagan presión sobre sus respectivos gobiernos, con el objeto de que se llegue pronto a una solución radical, para que Venezuela, nuestra hermana martirizada, torne a ser libre y grande.¹⁷

Una gran manifestación recorrió la ciudad de México mientras un buen número de mítines tuvieron lugar en distintas ciudades del interior.¹⁸ Una carta dirigida al presidente Harding, solicitando retirar el apoyo estadounidense al gobierno de Gómez, terminó siendo objeto de polémica entre los líderes universitarios, al tiempo que distintas misivas dirigidas "a los estudiantes de la América latina" fueron enviadas para reclamar solidaridad con los estudiantes venezolanos encarcelados.

¹² *El Demócrata*, 15 de octubre de 1920.

¹³ *Ibid.*, 16 de octubre de 1920.

¹⁴ Carta de Pellicer a Gorostiza del 12 de julio de 1920, en Guillermo Sheridan (ed.), *José Gorostiza-Carlos Pellicer. Correspondencia 1918-1928*, Ediciones del Equilibrista, México, 1993, pág. 82.

¹⁵ *El Heraldo de México*, 28 de octubre de 1920.

¹⁶ *Boletín de la Universidad*, t. 1, núm. 3, enero de 1921, págs. 239-288.

¹⁷ "Excitativa del rector de la Universidad Nacional a la intelectualidad mexicana", *Boletín de la Universidad*, t. 2, núm. 5, julio de 1921, págs. 190-191.

¹⁸ *El Demócrata*, 29 de abril de 1921.

En mayo de 1921, el presidente Obregón tomó la protesta a las nuevas autoridades de la Federación de Estudiantes de México. La ceremonia sirvió como escenario de reiteradas muestras de apoyo a los venezolanos, pero también de mensajes de federaciones colegas en América latina, rindiendo homenaje "a la juventud mexicana como a la más interesada en nuestro continente por la unión indo-americana".¹⁹ Los estudiantes, encabezados por Daniel Cosío Villegas, pasaron a sesionar de inmediato. Una semana después, Obregón recibió un telegrama solicitando ayuda para gestionar la liberación de los presos venezolanos y su posterior traslado a México para continuar sus estudios en la Universidad Nacional. Los universitarios mexicanos se mostraban convencidos de que el acuerdo entrañaba "un rasgo de verdadera confederación hispanoamericana, cristalización práctica de ideales, que ningún gobierno como el de usted ha apoyado tan decididamente".²⁰

Según Vasconcelos, el combate contra la ignorancia y la tiranía no debía perder de vista el origen del problema. El caudillismo militar, el latifundismo y el dominio clerical obstaculizaban la empresa de elevación moral de pueblos llamados a compartir un porvenir de unidad. Vasconcelos reconocía a la Revolución mexicana como la cuna de sus propuestas; movimiento que estalló para romper "el monopolio de la tierra y el monopolio de la política, la explotación del trabajador y la tiranía, el reeleccionismo, el militarismo en la política".²¹

Tanto en México como en el extranjero guardó la misma actitud desenfadada, dejando de lado artificios verbales propios de ceremonias oficiales. Vasconcelos asumió el discurso rebelde de la juventud universitaria exponiendo sus ideas clara y directamente. En 1922, de visita en Santiago de Chile, frente a autoridades gubernamentales y universitarias, responsables, por cierto, de la represión contra el movimiento estudiantil, indicó:

La ciencia tiene por objeto mejorar la condición social de los hombres; las universidades las paga el Estado con dinero de los pobres, y primero que otra cosa deben enseñar a los hombres a mejorar su condición económica individual y a romper las desigualdades injustas. Romper el privilegio, romper la casta; estudiar los métodos por los cuales se logre dar la tierra a quien la labra y el pan a quien lo trabaja; ése es el objetivo primordial de la filosofía moderna y de la universidad moderna.²²



¹⁹ *Excelsior*, 8 de mayo de 1921.
²⁰ *El Universal*, 18 de mayo de 1921.
²¹ Citado por C. Fell, *op. cit.*, pág. 561.
²² *La raza...*, pág. 262.

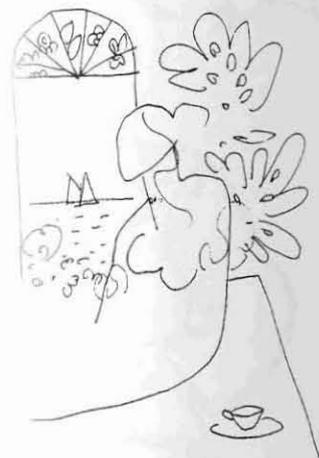


Los discursos y las prácticas de Vasconcelos aspiraban a alcanzar dimensión continental. En consecuencia, el México de Obregón, convertido en cable de transmisión de mensajes y movimientos solidarios, permitió a estudiantes e intelectuales de América latina romper los aislamientos seculares, difundir sus reivindicaciones y dotar de contornos latinoamericanos a las problemáticas locales o nacionales. México y su revolución estaban llamados a convertirse en ejemplo de América latina, y la representación de este liderazgo cristalizó en la figura de Vasconcelos, “maestro de la juventud”, abanderado de una causa simbólicamente contenida en el escudo y lema de la universidad mexicana. ←

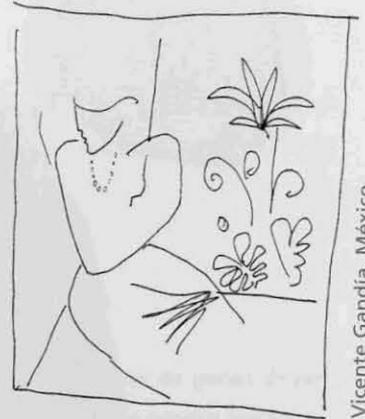
Carta con motivo de ningún aniversario

Adolfo Castañón*

Antes de que el silencio
envuelva el jardín
antes de que la luz se vaya y la sombra
salga de nosotros y nos cubra
su oscura música inaudita
Antes de que el sol deje de alegrar
la gota de agua que lleva mi nombre
debo y quiero decir
que no fuiste la previsible abnegada
ni la triste que acepta
la vida en común como cárcel
menos la que está en la caja de la cama
calculando con sórdida aritmética inocuas venganzas
Tampoco fui yo
el macho de vana mente y gloria espuria
ni el casado perfecto
que calza mandilón y lava platos
ni el niño que va haciendo travesuras
a la vista de todos y a escondidas de sí mismo
En la intrincada ruleta
nos tocó el premio de estar juntos
—y no tardar demasiado en reconocernos:
amantes a veces,
hermanos a medias incestuosos
de tanto vivir juntos
precoces novios póstumos,
uncidos a la yunta del tiempo
por la música y la letra
(entre otras cosas por
la letra, ¿no?)
pues ¿quién lo iba a decir?
Fueron nuestras nupcias biblioteca
y museo y concierto y oda nuestra boda: *sacra conversazione*
Algo en la luz de la tarde sosegada me recuerda los cuerpos exhaustos
que espían los sátiros burlones
en el manchado espejo de la siesta



* Poeta, escritor y crítico literario. Entre sus más recientes publicaciones se encuentran *Fulgor de María Zambrano* (Ediciones Sin Nombre, México, 2002) y *Dos veces Venezuela* (Guadalajara, 2002). Actualmente es encargado del despacho de la Gerencia Editorial del Fondo de Cultura Económica

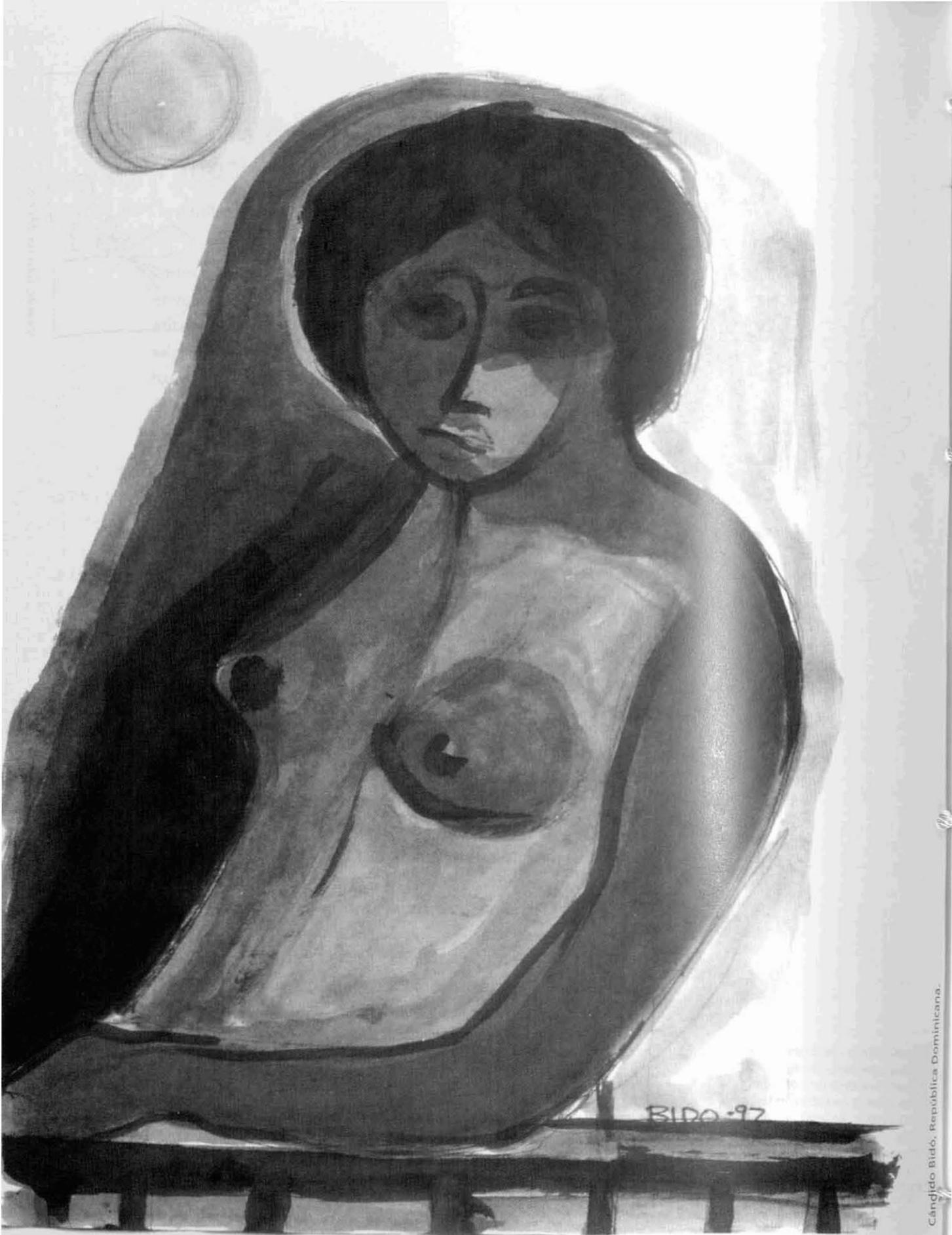


Vicente Gandía, México

No será fácil olvidar
el subterráneo cuchicheo
de la conversación inagotable
que nos llevaba a vivir
en el cuento de las horas,
más allá del
suelo que los hombres ensucian
para inventar un vidrioso terreno común
a su impía tarea

Sólo puedo olvidar tu voz
para olvidarme en ella
Fluir con sus acentos de musgo
y su música de ave oculta
que me guía en el bosque
hacia mis propias voces raíces soterradas

Cada marido ¿no?
merece un bostezo
por su estadística de animal satisfecho
La cadena madre
se va renovando en cada esposa
que hace de su cónyuge otro infalible hijo,
otro rehén de la ley madrastra
A ti y a mí no nos tocaron otros hijos:
sino las voces;
otra descendencia:
sino el despertar
en la línea dibujada o leída,
en el poema o el cuadro, el relámpago suspendido entre dos notas
Así será la muerte una aventura
cuya belleza
sólo nosotros
—a solas y entrenós y
nada más—
podremos saludar
como quien relee en el crepúsculo
cenizas partituras de memoria.



SE LLAMABA ELENA ARIZMENDI¹

Gabriela Cano*

Se necesitaría ser un santo para no morir de ganas de ver la foto de "la más bella de México" y de leer la novela feminista en que dio su versión airada y nostálgica de sus amores.

José Emilio Pacheco

Elena Arizmendi vivió en Nueva York durante más de 20 años, desde que cruzó la frontera a mediados de 1915 al lado de José Vasconcelos, en momentos álgidos de la etapa armada de la Revolución mexicana, hasta su regreso al país, en 1938, cuando concluía el periodo más radical del proceso revolucionario. Desde un exilio de más de dos décadas, que sin duda tuvo sus durezas e incomodidades, Elena Arizmendi participó en el feminismo, en la época de entreguerras, con la creación de la Liga de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas. Nueva York le ofreció condiciones que no estaban a su alcance en México, donde aunque llevaba vida de señora burguesa, con privilegios, certezas y seguridades, también enfrentaba grandes restricciones personales y un entorno social hostil.

El exilio de Elena Arizmendi no fue consecuencia de su actividad revolucionaria ni tuvo el propósito de eludir una persecución política que pusiera en riesgo su seguridad personal. El principal motivo por el que salió del país fue su deseo de hacer vida de pareja con Vasconcelos, a quien la unía una intensa y muy conflictiva relación extramarital iniciada años atrás, al calor del triunfo del movimiento maderista, causa revolucionaria con la que ambos estaban comprometidos. La incertidumbre de la vida en el exilio se agregó a antiguos conflictos entre Elena y José, y la pareja se disolvió dolorosamente a un año de haber llegado a Estados Unidos. Al separarse, Arizmendi se estableció por su cuenta en Nueva York. Contaba con 31 años de edad.

A orillas del Hudson, en vez de dejarse aniquilar por el dolor y el resentimiento de la ruptura amorosa, Arizmendi transformó en ventaja su situación y se forjó una

Doctora en historia. Profesora e investigadora en la UAM-Iztapalapa

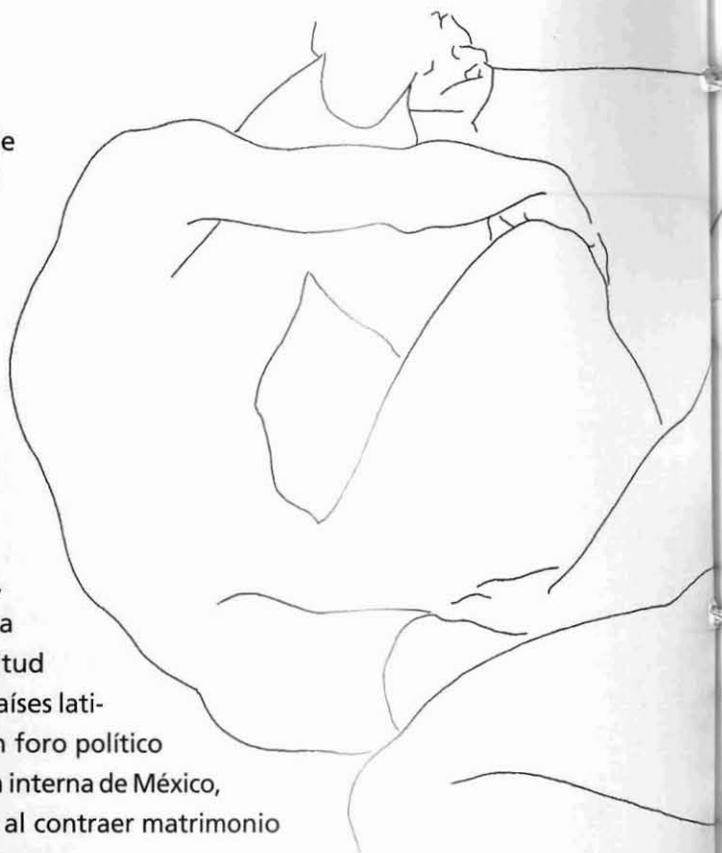
Este perfil de Elena Arizmendi se apoya en *Vida incompleta. Ligeros apuntes sobre mujeres de la vida real* (1927), en sus escritos publicados entre 1922 y 1929 en *Feminismo Internacional* (Nueva York) y en la *Revista de la Raza* (Madrid), en documentos inéditos del Archivo General de la Nación de México, del Archivo Histórico de la Cruz Blanca y del Registro Civil de la ciudad de México. Las entrevistas de la autora con Dolores Arizmendi Mejía, David Arizmendi Marquina, Edward Rivas, Leopoldo Aguado y Esperanza Brito de Martí ofrecieron datos cruciales. Alguna información proviene de periódicos de 1911: *Nueva Era*, *El Demócrata Mexicano* y *El Diario del Hogar* de la ciudad de México y *El Paso Herald* de El Paso, Texas. Las citas textuales de José Vasconcelos son de *Ulises criollo* (edición crítica de Claude Fell, FCE, México, 2000), *La tormenta* (FCE, México, 1982) y *La raza cósmica* (Espasa-Calpe, México, 1999). José Emilio Pacheco ("Vasconcelos: la tumba sin sosiego", *Proceso*, 15 de marzo de 1982) y Enrique Krauze ("Pasión y contemplación en Vasconcelos" [1983], en la edición crítica de *Ulises criollo* antes citada) han tratado la apasionada relación entre José Vasconcelos y Elena Arizmendi. El ensayo de Virginia Woolf es *Una habitación propia* ([1928] Seix Barral, Barcelona, 1968). Agradezco el apoyo financiero de *Recovering the Hispanic Heritage of the us* de la Universidad de Houston y del Conacyt, así como la generosidad de Sarah Buck, Antonia Castañeda, Francie Chassen, Javier Garciadiego, María del Rayo González, Marta Lamas, Rosa Ronquillo, Antonio Saborit, Mauricio Tenorio y, sobre todo, de Patricia Vega.

habitación propia, ese requisito de la independencia de criterio, la autonomía personal y la creación intelectual de las mujeres que Virginia Woolf proclamaría en un ensayo canónico del feminismo occidental del siglo xx. Conoció "las entrañas del monstruo" y desde la urbe de hierro se inició en el periodismo de opinión y llegó a ser una figura feminista de relieve internacional en el mundo de habla hispana. Al término de la Primera Guerra Mundial formó la Liga de Mujeres de la Raza, también conocida como Liga de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas, una peculiar red de intercambio cultural y comunicación transnacional, de carácter no gubernamental, con una postura pacifista y resonancias ideológicas y políticas de diversa magnitud en México, Colombia, Uruguay, España y tal vez otros países latinoamericanos. Al mismo tiempo, la liga sirvió como un foro político donde Arizmendi manifestaba opiniones sobre la política interna de México, en la que siempre se mantuvo interesada, aun cuando al contraer matrimonio con Robert Duersch obtuvo la ciudadanía estadounidense.

Las cualidades individuales que permitieron a Arizmendi abrirse camino y construirse un mundo propio en Nueva York actuaron en su contra en el México revolucionario. La familia Arizmendi pertenecía a la élite social mexicana del porfiriato y Elena se conducía con una desenvoltura y seguridad personal que no correspondían al estereotipo de sumisión atribuido a la mujer en el imaginario mexicano vigente a principios del siglo xx.

Aunque vivir en Estados Unidos significó separarse de su familia y abandonar la posición económica desahogada que tenía en México, la habitación propia en Nueva York le permitió evitar el estigma social y familiar que pesaba sobre ella por haber tenido una relación extramarital con una figura pública como Vasconcelos, tan dado a provocar escándalos, como lo hizo en el convento de Victoria, Texas, donde Arizmendi alguna vez se refugió de sus presiones, y como amenazó con hacerlo en Nueva York para evitar que Elena sostuviera un empleo remunerado. Desde un punto de vista personal, Arizmendi entendió su permanencia en la "hospitalaria" Nueva York como una "expatriación" que le permitió alejarse de Vasconcelos y de la animadversión de su esposa, Serafina Miranda, con la que el oaxaqueño ya había procreado a dos hijos al momento de conocer a Elena.

Al salir de la capital del país Arizmendi también dejó atrás la violencia revolucionaria y un ambiente político misógino que le era particularmente hostil. Estuvo ausente en momentos clave del proceso revolucionario: la promulgación de la Constitución de 1917, el auge del nacionalismo cultural y las reformas educativas y sociales de las décadas de los veinte y treinta. Su visión de la Revolución mexicana permaneció anclada en el maderismo.



Pilar Bustos, Ecuador

LA FAMILIA

Elena Arizmendi Mejía nació en la ciudad de México el 18 de noviembre de 1884, en una familia de la élite económica y política que se benefició del crecimiento económico alcanzado durante el porfiriato. Por línea materna, Elena Arizmendi tenía una distinguida genealogía ligada a la historia de Oaxaca. Su abuelo, el general Ignacio Mejía, fue un político liberal de la misma generación de Benito Juárez. Secretario de Guerra durante 11 años, más tarde el general Mejía vivió exiliado durante buena parte del gobierno de Porfirio Díaz, su antiguo compañero de armas y rival político.

Durante su infancia y juventud Elena pasó largas temporadas en Oaxaca, en la hacienda de Ayotla, propiedad del general Mejía, ubicada en la colindancia entre ese estado y Puebla, lugar descrito como una tierra inhóspita donde el calor era intenso y persistente. En esas estancias Arizmendi adquirió un buen conocimiento de los caballos y su fortaleza corporal, que la convirtió en una “verdadera zona” –la expresión es de Vasconcelos– capaz de huir clandestinamente del 915, en medio de la guerra civil.

A los 16 o 17 años Elena se casó por primera vez en Chilpancingo, Guerrero, donde su familia se estableció durante algún tiempo. La boda se llevó a cabo en forma apresurada, luego de que Jesús Arizmendi sorprendió a su hija en brazos de un joven militar y consideró que, si permanecía soltera, el honor de la muchacha y la familia se vería mancillado. Tal vez ella no tenía grandes deseos de casarse, pero un matrimonio le ofrecía la posibilidad de establecer su propio hogar y alejarse de las tensiones familiares, acentuadas con la muerte de su madre y las segundas nupcias de su padre.

El matrimonio duró poco tiempo, ya que Arizmendi huyó del maltrato físico al que su joven marido la sometía. La posición social y económica de la familia Arizmendi Mejía protegió a Elena de las agresiones que, al separarse, enfrentaban con frecuencia mujeres con menos movilidad geográfica. No sabemos si al romper con su marido Elena buscó la protección del general Mejía en Oaxaca o si de inmediato viajó a San Antonio, Texas. Allí cursó estudios de enfermería en el hospital de Santa Rosa, a cargo de las hermanas de la Caridad del Verbo Encarnado, congregación de monjas de origen francés.

Sus años en San Antonio le permitieron adquirir conocimientos de la sociedad estadounidense y del inglés, idioma que manejaba con una soltura que “no se aprende en los libros”, según describió en una ocasión Vasconcelos, que también lo dominaba por haber cursado los estudios primarios en Eagle Pass, Texas. En San Antonio, Elena supo de las organizaciones feministas anglosajonas que desde medio siglo atrás habían luchado por la ampliación de los espacios de autonomía para las mujeres en la familia, el ingreso en las profesiones liberales y aun por el voto.



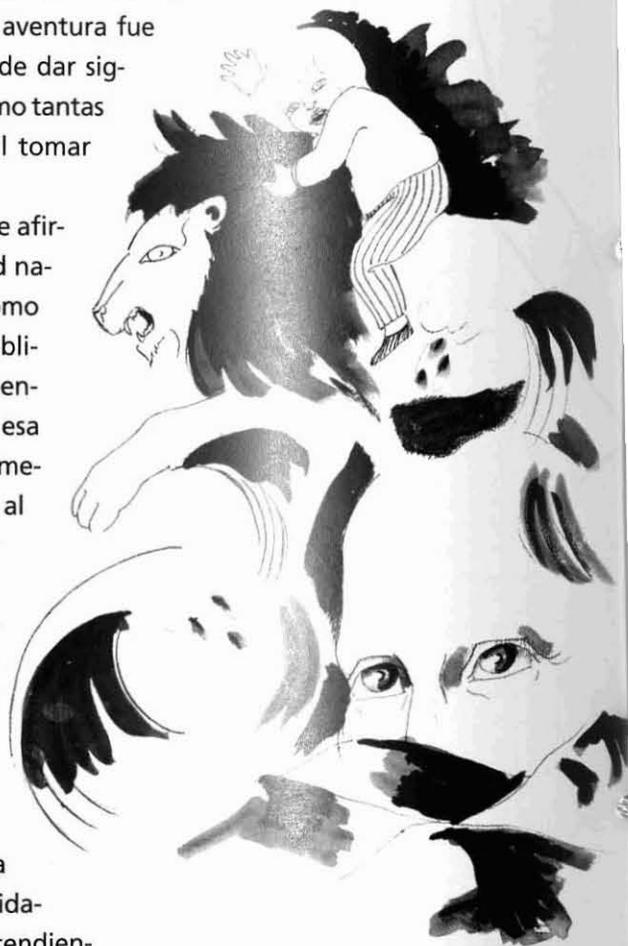
Elena Arizmendi
Foto: cortesía Leopoldo Aguado

LA REVOLUCIÓN

Luego de residir varios años en Texas, a mediados de 1911, Elena Arizmendi regresó a su país de origen al saber de las carencias que se vivían en los campos de batalla de Chihuahua. Según su propia versión, sus "sentimientos de mujer y de mexicana se vieron lastimados" y resolvió ir a la capital con el fin de gestionar desde ahí los servicios médicos y la ayuda humanitaria requerida en el norte. La movía —en palabras de Vasconcelos— "un deseo de acción". Ese afán de aventura fue también, de acuerdo con la narrativa nacionalista, un deseo de dar significado a su vida: Elena ofreció sus servicios al país en guerra como tantas veces lo había hecho su abuelo, el general Ignacio Mejía, al tomar las armas en distintas circunstancias a lo largo del siglo XIX.

La guerra es el espacio masculino por excelencia donde se afirma la pertenencia del soldado y del ciudadano a la comunidad nacional. A las mujeres la narrativa nacionalista las incorpora como madres, responsables de sostener en la familia los valores republicanos, capaces de formar a sus hijos para ser soldados en momentos de guerra y ciudadanos en tiempos de paz. Dentro de esa polaridad de los roles sociales de género, la profesión de enfermera, surgida también en el siglo XIX, dio una dimensión pública al cuidado de los enfermos, tradicionalmente en manos de mujeres dentro de la esfera doméstica. El "ángel del hogar" pasó a ser el "ángel de la batalla". La guerra también derrumbó pudores y amplió los límites aceptables de comportamiento en las mujeres que deseaban ir más allá del ideal doméstico prevaleciente en los medios sociales urbanos.

La Cruz Blanca Neutral se formó en la ciudad de México en circunstancias que aún hoy son motivo de discrepancia. Sin embargo, parece indudable que lo decisivo fue la denuncia pública que Elena Arizmendi hizo de las impostergables necesidades de servicio médico que la Cruz Roja mexicana no estaba atendiendo. Luego, Arizmendi tomó la palabra en una asamblea efectuada en el Casino de Estudiantes, durante una huelga de los alumnos de la Escuela de Medicina, y fue nombrada presidenta honoraria de la naciente asociación. Una brigada de médicos y estudiantes se dirigió enseguida a Chihuahua. La Cruz Blanca Neutral obtuvo un muy temprano reconocimiento del gobierno provisional de Francisco I. Madero, instalado en Ciudad Juárez. Ese reconocimiento fue posible gracias a la labor de convencimiento que hizo Elena Arizmendi con las señoras Sara Pérez de Madero, Mercedes González de Madero y Mercedes Madero, esposa, madre y hermana del presidente, respectivamente, que simpatizaron con la perspectiva humanitaria de la Cruz Blanca. Su afinidad con las señoras Madero, con las que compartía antecedentes sociales y su visión del mundo, provocó un conflicto en la Cruz Blanca. Sin reconocer su labor de gestión y propaganda, los brigadistas resintieron la atención que Arizmendi recibió en la pren-



sa y lanzaron una serie de acusaciones en su contra: desde disponer indebidamente de los recursos de la Cruz Blanca y carecer de conocimientos de medicina, hasta contravenir el espíritu pacifista de la asociación por haberse fotografiado, posando con gesto sonriente, al lado de un cañón y con cananas en el pecho.

El conflicto expresaba una tensión de clase –Arizmendi era arrogante y miraba con desprecio a los estudiantes–, pero también era una muestra de la ansiedad que causaba el que la autoridad y la voz pública estuviera en manos de una mujer. El predominio masculino en la profesión médica no aceptaba la mínima fisura, ni siquiera en las condiciones de emergencia que imponía la guerra. De la misma manera debió de ser perturbador el desparpajo corporal y la seguridad personal de Arizmendi, que bien podía lucir un uniforme de enfermera, pero cuyo comportamiento y manejo corporal no se ajustaban a la negación propia y el sacrificio atribuidos a los “ángeles de la batalla”.

Los ataques contra Arizmendi también fueron manifestaciones contra el gobierno de Madero, que apoyó a la Cruz Blanca desde su periodo provisional en Ciudad Juárez. Posteriormente, durante el gobierno constitucional maderista, la Cruz Blanca mexicana devino una sociedad de beneficencia privada que, sin tener un carácter oficial, contó con el apoyo presidencial y el beneplácito de la jerarquía eclesiástica. En estas condiciones la Cruz Blanca amplió su perfil: ya no sólo se ocuparía de ofrecer socorro médico en caso de guerra, calamidad pública o epidemia, sino que también desempeñaría funciones filantrópicas. Para Elena Arizmendi la filantropía moderna buscaba “extirpar las miserias de la sociedad” y no solamente consolar el dolor, como lo hacía la caridad. La distinción entre caridad tradicional y filantropía moderna, sin embargo, no era tan clara para los demás.

LA SANTA LIBERACIÓN

El feminismo de principios de siglo en México propugnaba por la ampliación de la influencia doméstica de las madres de familia y la racionalización de las labores hogareñas. Con esto se acentuaba la separación entre las esferas femenina y masculina y la igualdad de derechos políticos se veía como una meta lejana. De acuerdo con ese perfil filantrópico y feminista, la Cruz Blanca tuvo la meta de “inspirar a la mujer en el más noble feminismo, como una santa y noble liberación”, y proyectó auxiliar a familias de escasos recursos mediante la procuración de empleo asalariado a los hombres y la enseñanza de prácticas de ahorro y administración doméstica a las mujeres. Concluida la guerra civil y ya sin la necesidad urgente de socorro médico, la asociación recuperó su vocación filantrópica, pero no dio continuidad a la orientación feminista que Elena Arizmendi intentó imprimirle en los días del gobierno de Madero.

El feminismo alcanzó alguna presencia política durante el movimiento revolucionario, pero en 1915 su influencia en la sociedad era “microscópica”, de acuerdo con la expresión de Manuel Gamio en *Forjando patria*. Aún más



restringidas fueron las posibilidades de Elena Arizmendi de participar en la actividad feminista de la Revolución mexicana, porque no compartía el radicalismo social ni el jacobinismo dominante en los círculos revolucionarios. Podía coincidir con los pronunciamientos de los Congresos Feministas de Yucatán de 1916 sobre la ampliación de oportunidades educativas y profesionales para las mujeres o con la postura de Hermila Galindo a favor del sufragio femenino y su crítica a la moral sexual diferenciada para hombres y mujeres, pero ella no tendría cabida en estos congresos, que eran espacios del constitucionalismo, la facción triunfante de la Revolución mexicana.

LA LEY DEL GOCE

En *Ulises criollo* y *La tormenta*, volúmenes iniciales de las memorias de José Vasconcelos y obras canónicas de la narrativa autobiográfica latinoamericana, Elena Arizmendi aparece retratada como *Adriana*. Se trata, desde luego, de un retrato muy sesgado, ya que Adriana es un personaje literario y no una imagen fiel de Arizmendi. El episodio gira en torno a su intervención en la Cruz Blanca Neutral cuando, por recomendación de la familia Madero, Adriana acudió a pedir ayuda profesional al despacho jurídico de Vasconcelos para enfrentar los conflictos surgidos en el organismo humanitario y a partir de ese incidente comenzó la relación pasional. *Ulises criollo* se detiene en el encuentro amoroso inicial y no abunda en los detalles de la participación de Arizmendi en el maderismo. Su obra, como gestora y propagandista de la Cruz Blanca, aparece entonces como un hecho circunstancial, un tanto frívolo, y sin sustento en una convicción política.

El despecho amoroso y la añoranza moldean los rasgos del personaje: Adriana es una distorsión muy cruel de Elena Arizmendi, "una George Sand sin talento". Pero el relato no es del todo consistente: aun cuando mira con desprecio los intereses literarios de Adriana y se ensaña en la ridiculización de sus ambiciones intelectuales, Vasconcelos también recrea una relación de pareja moderna, en la que el compañerismo y el diálogo intelectual son los ingredientes esenciales del vínculo amoroso. Las lecturas compartidas, la sensibilidad artística y la conversación parecen ser tan importantes como el erotismo y la comunidad espiritual de la pareja. En sus mejores momentos, Adriana y Ulises encarnan la utopía amorosa, donde prevalece "la ley del goce" y las parejas "serán sinceramente apasionadas y fácilmente desechas" —que Vasconcelos describió en *La raza cósmica* (1925), ensayo escrito cuando estaba aún muy fresco el recuerdo de Elena.

Por Vasconcelos sabemos que Adriana era una lectora de intereses amplios, a pesar de su débil educación escolar y pobre formación literaria, y que en Nueva York descubrió a Ellen Key, escritora sueca de gran aceptación en los medios feministas de Estados Unidos en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial. Key veía bien la autonomía económica de las mujeres y el voto, siempre y cuando las actividades de



Graciela Rodó, Bolivia



Norman Bottrill, Uruguay

las mujeres en la esfera pública, ya fuera el empleo remunerado o las labores filantrópicas, estuvieran subordinadas a la dedicación al hogar y a la maternidad, a las que no sólo consideraba como obligaciones de las mujeres, sino como fuente indispensable de su bienestar y de satisfacción personal.

En la perspectiva de Key, la otra fuente de satisfacción de las mujeres era el goce erótico, al que la sueca atribuía una connotación romántica y espiritual. La vida sexual plena constituía un espacio íntimo donde se expresaban las necesidades individuales de cada uno de los miembros de la pareja y era un componente esencial en su visión de la relación matrimonial. Es el ideal de la pareja en utopía de *La raza cósmica*, donde las parejas se unirán por el gusto mutuo y podrán disolverse con facilidad, como era frecuente a principios del siglo xx entre artistas e intelectuales del Greenwich Village, barrio bohemio de Nueva York.

La gran omisión del relato vasconceliano sobre Adriana radica en sus logros alcanzados en Estados Unidos, de los que Vasconcelos tuvo noticias al pasar por Nueva York en 1927. Ya separada de Duersch, Elena fue colaboradora regular de la prensa hispana de la urbe y hasta entrevistó a Vasconcelos en momentos anteriores al lanzamiento de su candidatura por el Partido Antireeleccionista. La entrevista fue publicada en Madrid en *La Revista de la Raza*, que divulgó las opiniones del oaxaqueño sobre la situación política de México: "Está en manos de dictadores ineptos". En esa ocasión, Vasconcelos también conoció *Vida incompleta. Ligeros apuntes sobre mujeres de la vida real* – "novela feminista", la llama Pacheco–, un pequeño libro sin pretensiones literarias con el que Arizmendi daba coherencia narrativa a experiencias personales dolorosas: su relación conflictiva con Vasconcelos y las circunstancias de la disolución de su matrimonio con Duersch, con el que estuvo casada durante sus años de residencia en Brooklyn.

La tormenta detalla muchos otros momentos en la relación amorosa y su desenlace, pero pasa por alto el encuentro ocurrido más de diez años después de la separación de la pareja. El breve episodio hubiera matizado el dramatismo de un relato según el

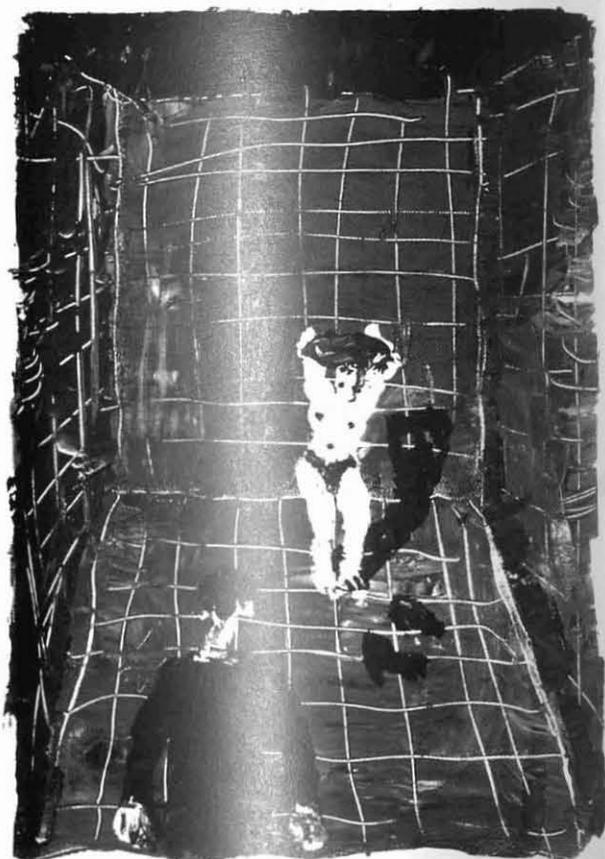
cual los protagonistas de esa tormenta interior nunca más volvieron a verse. De haber mencionado este encuentro, Vasconcelos hubiera tenido que referirse a la transformación de una Adriana que logró darle un nuevo significado a su vida sin Vasconcelos, al permanecer en Nueva York y dedicarse al feminismo y a la escritura. Eso sería inconsistente con la imagen de la hechicera erótica y de la ligereza y la incapacidad creativa atribuida al personaje de Adriana en las memorias y en el relato "El tormento".

NUEVA YORK

Elena Arizmendi se sostuvo en Nueva York mediante la impartición de clases—que obtuvo gracias a Pedro Henríquez Ureña—, con los exiguos pagos por sus colaboraciones periodísticas y, quizá, por alguna actividad comercial, pero también debió de disponer de algunos recursos familiares, además de algunas joyas que llevó consigo al salir del país.

Por momentos Elena pensó que nunca más regresaría a México; sin embargo, siempre mantuvo la mirada puesta en los acontecimientos internos del país. Sus críticas a los gobiernos posrevolucionarios estaban moldeadas por sus experiencias en Estados Unidos, país al que admiraba en muchos aspectos. En una carta dirigida al presidente Lázaro Cárdenas, Arizmendi hizo una exaltación de la libertad religiosa y de expresión—"leyes sabias y costumbres sabias"—de su país adoptivo, donde "los conflictos se resuelven con la cooperación de todo ciudadano útil y patriota, sin distinción de partido político ni creencia religiosa. Este espectáculo es hermoso y bien daría yo lo que me resta de vida si con ello se lograra cosa idéntica en mi patria, México".

Nueva York, capital económica y principal puerto de entrada de inmigrantes europeos a Estados Unidos, era también un centro de actividad feminista. Desde los años de la guerra civil fue sede de organizaciones de mujeres y, en 1908, escenario de la primera manifestación pública a favor del sufragismo en Estados Unidos. Al llegar a Nueva York, Arizmendi fue testigo de la última etapa del movimiento sufragista, que triunfó en Estados Unidos en 1919 tras una prolongada lucha que se volvería emblemática. Elena tenía una gran admiración por las sufragistas angloamericanas—su fortaleza, capacidad organizativa y efectiva oratoria le causaban una gran impresión—, pero también resentía el menosprecio con que esas dirigentes miraban a América latina. Como secretaria de la Liga de Mujeres de la Raza, Arizmendi señaló públicamente la parcialidad racista de Carrie Chapman Catt, la principal sufragista angloamericana de Estados Unidos, en una entrevista aparecida en *Feminismo Internacional*. Un gesto osado.



Ignacio Iturria, Uruguay

LA LIGA DE MUJERES IBÉRICAS E HISPANOAMERICANAS

Esta liga surgió como contrapeso del predominio estadounidense en las organizaciones panamericanas de mujeres, que se acentuó en los años posteriores a la Primera Guerra Mundial. La acción internacional del sufragismo angloamericano se había concentrado hasta entonces en Europa y a principios de los años veinte se dirigió al continente americano, cuando el gobierno de Estados Unidos buscaba consolidar su hegemonía política en la región y suavizar la mala imagen que le habían ganado las intervenciones militares. Al mismo tiempo, los países al sur del río Bravo ofrecían un nuevo campo de acción para las dirigentes sufragistas, que, tras el triunfo del verano de 1920, de la noche a la mañana se quedaron sin una meta tan claramente definida como lo fue el sufragio a lo largo de los 75 años que duró la lucha.

En un principio Arizmendi pensó en formar un centro de información sobre mujeres hispanoamericanas y españolas –la Unión Panamericana también había surgido en 1910 con el propósito de reunir información comercial–, pero a raíz del Congreso Feminista de Baltimore de 1922, que contó con el apoyo del Departamento de Estado, el proyecto derivó en la Liga de Mujeres de la Raza, cuyo órgano informativo, *Feminismo Internacional*, se publicó a lo largo de diez meses, antes de convertirse en una sección de *La Revista de la Raza*, editada en Madrid.

La disparidad de recursos entre la Liga Feminista Panamericana y la Liga de Mujeres de la Raza era enorme. La primera contaba con el apoyo del gobierno de Estados Unidos y, en términos formales, de los gobiernos hispanoamericanos, mientras que la Liga de Mujeres de la Raza se sostuvo casi exclusivamente con los recursos personales de Arizmendi. El proyecto era “quijotesco”, por usar un término caro para Elena Arizmendi; sin embargo, la también llamada Liga de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas perduró hasta entrados los años treinta, al menos como un membrete.

Arizmendi reivindicaba como propias las metas del feminismo angloamericano y veía con buenos ojos que “la palabra vibrante de las sufragistas” se escuchara por todo el continente americano. Lo que no aceptaba era su pretensión de poseer las claves de la emancipación femenina universal: “El movimiento feminista de Estados Unidos puede abundar en sugerencias, en ejemplos fecundos [pero] no es aceptable todo lo que ese movimiento nos puede ofrecer y más difícil es aún que se nos pueda imponer, como suma y modelo de la civilización”. La Liga de Mujeres de la Raza emula a las sufragistas angloamericanas y al mismo tiempo reacciona contra su racismo y afán de dominio imperialista.

El proyectado “centro femenino de información” y la revista de la Liga de Mujeres de la Raza tenían el propósito común de presentar datos concretos y ejemplos que refutaran las visiones sobre el retraso de las mujeres y el feminismo en América latina, surgidos en medio de la explosión de imágenes visuales y narrativas que, apoyadas en las nuevas tecnologías de la información, circularon ampliamente en Estados Unidos en las primeras décadas del siglo xx, al tiempo que la inversión estadounidense se extendía en América latina. A través de revistas



Ramiro Jácome, Ecuador

ilustradas, mapas, relatos de viaje, informes y fotografías se formuló un discurso neocolonial que representaba la región latinoamericana como un territorio vacío y deficitario, necesitado de la presencia de científicos, moralistas, técnicos, inversionistas y reformadores sociales estadounidenses. La proliferación de esas imágenes coincidió con el afianzamiento del panamericanismo y la manifestación del interés sufragista por América latina.

El propósito de crear un feminismo hispano, expresado en "la lengua de Cervantes", compatible con la idiosincrasia cultural y social de los pueblos hispanoamericanos y españoles, se inscribe en una retórica hispanoamericanista originada en círculos intelectuales de la península Ibérica a comienzos del siglo xx. De acuerdo con esa retórica, la historia, las costumbres, el idioma castellano y la religión católica daban sustento a la supuesta unidad espiritual de "la raza". Pero la ideología de emancipación femenina de la Liga de Mujeres de la Raza, de hecho, no tiene un sello específicamente hispano, sino que es producto transnacional, originado por la interacción conflictiva de Elena Arizmendi y otras feministas de América latina con el sufragismo anglosajón, al que veían con una mezcla de admiración y resentimiento.

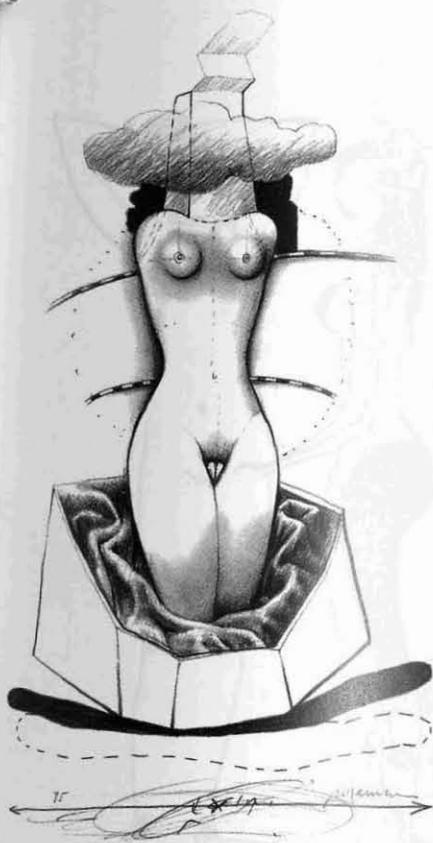
La Liga de Mujeres de la Raza sostenía una posición en favor del sufragio femenino, pero su principal interés no radicaba en la participación de las mujeres en la vida política. Su prioridad estaba en la formación de las mujeres como sujetos autónomos, con independencia de criterio y acceso al mundo intelectual, así como la ampliación de la influencia de madres y esposas en la esfera privada. No se trataba de que las mujeres abandonaran el mundo doméstico, sino de que su papel en la familia se dignificara y fuera compatible con actividades profesionales. El cuadro se completaba con una relación matrimonial moderna, basada en el compañerismo y la afinidad de la pareja. La propuesta tenía una perspectiva de clase media y veía con alarma la creciente incorporación femenina al trabajo industrial, que alejaba a las mujeres del hogar.

El discurso de la Liga de Mujeres de la Raza le reconoció una posición central a España y atribuyó una superioridad simbólica a la cultura ibérica, pero no colocó a América latina en una posición política subordinada a ese país europeo. El nombramiento de Carmen Burgos como presidenta honoraria fue un gesto emblemático, ya que la escritora española no tuvo injerencia alguna en las decisiones, que siempre estuvieron en manos de Arizmendi.

La Liga de Mujeres de la Raza restringió su convocatoria a "las mujeres cultas de la raza" –las señoras de reconocidos méritos morales e intelectuales– y les atribuyó la capacidad de impulsar la modernización de las relaciones entre los sexos. Al igual que el arielismo –que proclamaba la necesaria oposición entre el materialismo atribuido a Estados Unidos y la espiritualidad, considerada característica de la cultura hispanoamericana– la Liga de Mujeres rechazaba la acción política en favor de la acción moral de las élites intelectuales, a las que atribuía un liderazgo moral que no veía en la élite política, considerada inmoral e incompetente. La liga se deslindó de "la actitud política que observen los gobiernos" y no pretendía formar una entidad política.



Leoncio Villanueva, Perú



Leoncio Vilánueva, Pero

Al sustentarse en una "unión espiritual", la Liga de Mujeres de la Raza se inscribió en el arielismo, pero su posición feminista también lo refutó. *Ariel* convocó a la juventud de América, pero a la juventud masculina de América, y en ningún momento consideró a las mujeres como sujetos de la intelectualidad del continente ni reconoció su contribución como madres, lo que sí hizo la escritora chilena Gabriela Mistral. Al igual que otras posturas hispanistas, la Liga de Mujeres de la Raza sostuvo una posición política en favor de una sociedad jerárquica y estable. Su argumentación en favor del sufragio femenino partía de un criterio excluyente de las mayorías: "Parece inhumano o ilógico que hombres analfabetos sean considerados como ciudadanos y en cambio a las mujeres, aun a las más cultas, se les niegue el derecho de ser ciudadanas de su patria". En las organizaciones posrevolucionarias de mujeres predominó la defensa del sufragio femenino universal, pero las posturas excluyentes como la de Arizmendi no eran desconocidas en México. En 1923, el gobierno de San Luis Potosí estableció el derecho al voto, restringido a mujeres alfabetizadas que no pertenecieran a alguna congregación religiosa.

Aunque no era una católica militante ni tenía vínculos con la Iglesia ni con órdenes religiosas, en distintas ocasiones Arizmendi manifestó opiniones críticas del anticlericalismo de los gobiernos y de las organizaciones de mujeres posrevolucionarias. En un periódico de Nueva York dijo que, al convertirse en presidente de la república, Lázaro Cárdenas dejó de representar al Partido Nacional Revolucionario y se convirtió en representante de toda la nación mexicana, "que es abrumadoramente católica y por lo tanto debe estudiar a fondo el problema de la prohibición religiosa, que no cura sino aumenta el fanatismo, fomenta la hipocresía y viola los derechos humanos, que son sagrados, aunque no se tengan por tales". Asimismo, calificó al anticlericalismo del gobierno mexicano como un atropello a la libertad de conciencia "que gozamos todos los que vivimos en Nueva York".

Su posición crítica ante los gobiernos posrevolucionarios no impidió a la secretaria general de la Liga de Mujeres de la Raza manifestar simpatía por medidas gubernamentales que juzgaba benéficas para la emancipación de las mujeres. A pesar de su distancia de la política anticlerical del gobierno de Plutarco Elías Calles, se expresó públicamente en favor de la reforma al Código Civil de 1928, que ampliaba los derechos de las mujeres en la familia porque "no es justo que los revolucionarios mexicanos, después de gritar en un mitin o por la prensa 'Mueran los tiranos', al llegar a su casa dan una paliza a su mujer o de palabra o de obra destrozan la reputación de otras mujeres, provocando la deshonor de distinguidas familias". En 1935 Arizmendi se entusiasmó tanto con la declaración del presidente Lázaro Cárdenas en favor del voto femenino, que se apresuró a nombrarlo miembro honorario de la Liga de Mujeres de la Raza. Tal vez el pronunciamiento sufragista de Cárdenas fue uno de los factores que orillaron a Elena Arizmendi a volver a México, aunque también debió de contar su buena relación con la Cruz Blanca.

EL REGRESO A MÉXICO

Elena Arizmendi volvió a la ciudad de México en 1938, donde radicó hasta su fallecimiento. Su regreso al país coincidió con el fin de la etapa de reformas sociales y el anticlericalismo radical de la Revolución mexicana. En México estuvo dedicada a la vida privada. Colaboró con la Cruz Blanca, pero se mantuvo al margen de las organizaciones de mujeres, cercanas a un gobierno por el que no debió de sentir simpatía alguna. Ni siquiera tuvo contacto con la Alianza de Mujeres de México, organización amplia que encabezó la recta final de la lucha por el sufragio femenino en México, bajo la hegemonía del Partido Revolucionario Institucional.

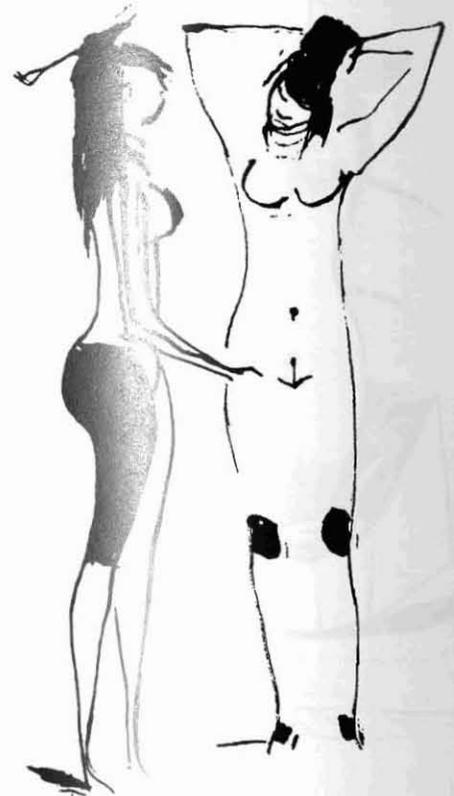
A pesar de haber transcurrido 20 años, el estigma social de su relación extramarital con Vasconcelos seguía vigente —el tema no se tocaba en la familia—, pero había perdido la intensidad que tuvo dos décadas atrás. Los protagonistas de la tormenta interior habían envejecido; muchos de sus allegados habían olvidado el asunto y otros ya estaban muertos. Elena ya no era una hija rebelde, preocupada por la mirada vigilante del padre, sino una respetable hermana mayor y tía —llegó en 1944, a los 60 años de edad—, rodeada de las atenciones de una familia que se había multiplicado al correr del tiempo.

Ya en México, la simpatía de Arizmendi por el presidente Cárdenas —“uno de los hombres moderados y ecuanímenes que saben la responsabilidad y la trascendencia de los actos públicos”— fue cediendo su lugar a una creciente decepción ante la indefinida postergación de la reforma constitucional que establecería el sufragio femenino: pasaron casi 15 años antes de que la reforma se incorporara a la Constitución, en 1953, y las mujeres no votaron en una elección presidencial hasta 1958. Para entonces Arizmendi ya enfrentaba una salud delicada y es poco probable que acudiera a las urnas.

La decepción de Arizmendi con Cárdenas debió de agudizarse a raíz del conflicto de la Cruz Blanca con el gobierno, que mediante una disposición de la Secretaría de Hacienda impidió a la asociación disfrutar de la donación monetaria de un particular. A dos décadas del conflicto todavía no concluían las gestiones para recuperar los fondos legados a la institución filantrópica.

La Secretaría de la Defensa Nacional no incluyó a Arizmendi entre las casi 400 mujeres que fueron condecoradas como veteranas de la Revolución mexicana. Pero todavía en vida, la Cruz Blanca reconoció sus servicios a la causa maderista y dio su nombre al dispensario médico que tenía en Xochimilco. De manera póstuma, en 1985 la asociación gestionó ante la delegación Benito Juárez del Distrito Federal llamar Elena Arizmendi a la Segunda Cerrada de Amores, una pequeña calle de la colonia Del Valle, como una conmemoración tardía del centenario de su natalicio.

Arizmendi murió a finales de 1959, unos meses después del fallecimiento de Vasconcelos; al igual que el oaxaqueño, fue sepultada en el panteón Jardín. Su fune-



ral contó con una concurrencia amplia de familiares. Un numeroso contingente infantil de beneficiarios de la Cruz Blanca se trasladó desde Xochimilco hasta la agencia funeraria de los hermanos Gayosso, adonde también llegaron coronas florales enviadas por la Cruz Roja mexicana. Ninguna dependencia gubernamental publicó esquelas fúnebres en los diarios ni hubo presencia oficial en el velatorio.

Desde su salida del país en 1915, Arizmendi rompió con la Revolución mexicana. Aunque simpatizó con las medidas en favor de los derechos de las mujeres dictadas por los gobiernos posrevolucionarios, nunca se reconcilió con el régimen. En su opinión, ningún gobierno estuvo a la altura de los ideales políticos democráticos de Francisco I. Madero, que vislumbró "un hermoso horizonte que garantizaba la libertad de sus conciudadanos de ambos sexos". Para Elena Arizmendi, ese "hermoso horizonte" no existió en el México revolucionario. ←





AUTOPSIA RÁPIDA DE SÉRGIO BUARQUE DE HOLANDA

José Ortiz Monasterio*

DATOS BIOGRÁFICOS DE SÉRGIO BUARQUE DE HOLANDA

Nació en la ciudad de São Paulo el 11 de julio de 1902. Estudió la primaria en la Escola Caetano de Campos y la secundaria, en el Ginásio de São Bento. La familia de Sérgio Buarque era de clase media. El padre fue un funcionario destacado que al final de su carrera burocrática se retiró como director del Almojarifazgo del Servicio Sanitario del Estado. Además había sido maestro de botánica en la Escuela de Farmacia y Odontología, de la cual fue uno de los fundadores. Su sueldo le aseguraba una vida decente, instalado en un barrio burgués, con buena casa, donde criaba a tres hijos.¹

En su juventud, además de los clásicos portugueses, Buarque de Holanda leía autores en otros idiomas. Varios de sus biógrafos coinciden en que leía todo, o casi todo, lo que de otros países llegaba a Brasil:

De acuerdo con algunos testimonios de los principales personajes que participaron en el movimiento modernista de los años veinte [Buarque de Holanda] a pesar de ser el más joven, era, entre todos, el más bien informado, el que traía en la punta de la lengua las novedades literarias en prosa y verso, editadas en francés, inglés e incluso en alemán. Rata de librerías, de nuevo y de viejo, de agencias importadoras de periódicos y revistas, nada importante escapaba a aquel muchacho güerejo, quijotesco y alto, desarreglado y displicente, un tanto casquivano, a quien el uso del monóculo tornaba todavía más extravagante.²

Por su parte, Sérgio Milliet, un contemporáneo de Buarque de Holanda, dejó este testimonio:

Conocí a Sérgio Buarque de Holanda en los remotos años de 1920 a 1922. Formábamos un grupo endiablado constituido por una especie de *jeunesse dorée* de esa ciudad provinciana que era São Paulo. Y como no nos faltaba tiempo, leíamos mucho, leíamos todo, él en particular, que nos traía las noticias más recientes de la vida intelectual y artística de ultramar. Por él supimos de algunos franceses ilustres, pero sobre todo de las revoluciones que estaban en proceso en las letras inglesas y alemanas. Se revisaban las técnicas de la poesía y del ensayo, se renovaban los métodos de interpretación de la historia. Él era, ya en aquella época, sin haber completado todavía sus estudios universitarios, un

* Historiador. Profesor-investigador del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora

¹ Apud Francisco de Assis Barbosa, "Verdes anos de Sérgio Buarque de Holanda. Ensaio sobre sua formação intelectual até *Raizes do Brasil*", en *Sérgio Buarque de Holanda. Vida e obra*, Secretaria de Estado da Cultura/Universidade de São Paulo, São Paulo, 1988, pág. 30. *Idem*. Todas las traducciones son mías.

erudito. Esa erudición, que nos humillaba un poco, él la disfrazaba, entretanto, con una buena dosis de *humour*.³

Otro testimonio interesante es el que proporciona el poeta Manuel Bandeira al describir una escena que debe de situarse en 1925 o 1926:

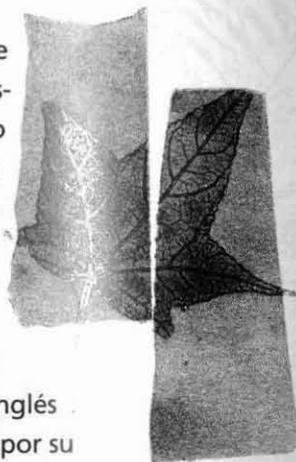
Nunca me olvidé de su estampa cierto día en plena plaza de La Carioca, con un libro debajo del brazo y en el ojo derecho el monóculo que lo obligaba a un aire de seriedad. En aquel tiempo no hacía sino leer. Estaba siempre con la nariz metida en un libro o una revista —en los tranvías, en los cafés, en las librerías—. Tanta eterna lectura me hacía recelar de que Sérgio zozobrase en un cerebralismo cuya única utilidad sería enseñar a los escritores europeos de paso por Río la existencia, desconocida para ellos, de libros y revistas de sus respectivos países. Sérgio tal vez no había leído todavía la *Ilíada* ni la *Divina comedia*, pero leía todas las novedades de la literatura francesa, inglesa, alemana, italiana y española.⁴

A los 18 años Buarque de Holanda publicó su primer artículo: "Originalidade literária", en un periódico de São Paulo, *Correio Paulistano*. Lo apadrinó un maestro de historia del Colégio São Bento, Afonso d'Escragnoille Taunay, muy amigo de su padre, que hizo llegar el artículo a la redacción del periódico. A éste lo siguieron otros publicados en el mismo diario, en *A Cigarra* y en *Revista do Brasil*.

En 1921 se mudó con su familia a Río de Janeiro. Allí ingresó en la Facultad de Derecho. Para ganarse la vida, el joven Sérgio colaboró en varios periódicos, pero no de manera regular. Luego ingresó en la Agencia Havas como traductor de telegramas, ya que en esta agencia internacional se recibían en inglés los cables de la Western Telegraph. Buarque de Holanda se distinguió no sólo por su conocimiento del inglés sino por su habilidad como mecanógrafo; esto lo convirtió en uno de los mejores y más rápidos traductores, por lo cual recibía un salario superior a la media.

La Facultad de Derecho y la Agencia Havas le dejaban tiempo para lo que más le interesaba: la literatura. En el semanario *Fon-Fon* Buarque de Holanda publicó el artículo "O futurismo paulista", en el que hacía reseñas acerca de la renovación literaria que impulsaban los jóvenes de su generación, que "iniciaron un movimiento de liberación de los viejos prejuicios y de las convenciones sin valor, movimiento único, puede decirse, en Brasil y en América latina".⁵

En febrero de 1922 se celebró en el Teatro Municipal de São Paulo la Semana de Arte Moderno, la cual causó escándalo, hostilidad y una protesta de los estudiantes de derecho. Pero los actos planeados se llevaron a cabo y, además, tuvieron mucha repercusión. Para la generación de Sérgio Buarque, la Semana de Arte Moderno se convirtió en un sello de identidad.⁶

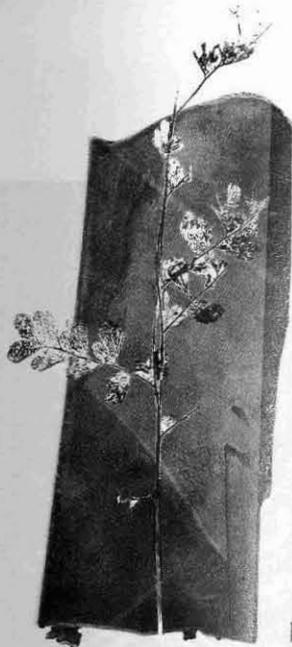


³ "A margem da obra de Sérgio Buarque de Holanda", en *O Estado de São Paulo. Suplemento literário*, 30 de mayo de 1964. Véase *Quatro ensaios*, Livraria Martins, São Paulo, 1966, págs. 49-55. Citado en *supra*, pág. 30.

⁴ "Sérgio anticafajeste", en *Flauta de papel*, Alvorada Edições de Arte, 1957, Río de Janeiro, págs. 22-23, y F. A. Barbosa, *op. cit.*, pág. 30.

⁵ F. A. Barbosa, *op. cit.*, pág. 33.

⁶ Véase Rubens Borba de Moraes et al., *Uma semana em São Paulo*, Breve Fondo Editorial, México, 2001.



Durante la década de los veinte Buarque de Holanda participó de la efervescencia intelectual, a través de revistas como *Klaxon* y *Estética*. Esa década fue una encrucijada: confluyeron el final de la *belle époque*, el pánico por la expansión del comunismo y el ascenso del totalitarismo fascista. En Brasil el conservadurismo se fortaleció y se opuso al movimiento modernista.⁷

En 1929 partió hacia Alemania como enviado especial de los Diarios Asociados de Alemania, Polonia y Rusia. Instalado en Berlín complementó su sueldo como redactor de la revista bilingüe *Duco*, que promovía las relaciones comerciales entre Brasil y Alemania; además, eventualmente traducía filmes, como *El ángel azul* de Josef von Sternberg. De manera irregular asistió a los cursos de Friedrich Meinecke en la Universidad de Berlín; pero lo que más hondamente lo marcó fue la lectura de las obras de Max Weber.⁸

RAÍZES DO BRASIL

Al regresar de Alemania en 1930, Buarque de Holanda volvió a su viejo empleo de traductor de telegramas en la Agencia Havas. Luego estuvo algún tiempo en United Press y luego en Associated Press como redactor en jefe. Ya tenía escritos varios capítulos de lo que entonces llamaba *Teoría de América* y que se convertiría en *Raíces do Brasil*, publicado finalmente en 1936.

En la cultura brasileña este trabajo forma parte de una trilogía que constituye lo más granado de la obra intelectual de la primera mitad del siglo xx; los otros dos libros que completan la trilogía son *Casa-grande e senzala*, de Gilberto Freyre, y *Formação do Brasil contemporâneo*, de Caio Prado Júnior.

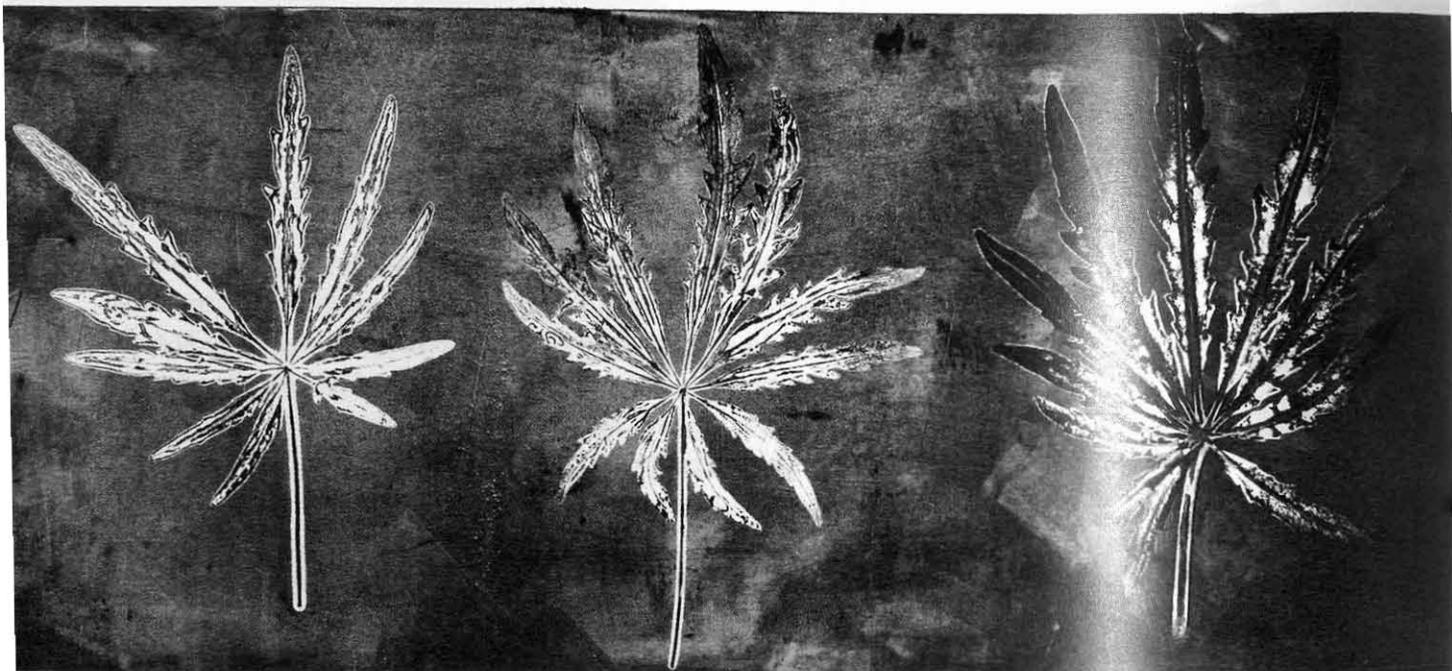
Raíces do Brasil, que cuenta con más de 26 ediciones y numerosas reimpresiones, es un libro comparable a *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz. Con todas sus diferencias, ambas son la suma de una cultura y han perdurado con el paso del tiempo.

Entre las aportaciones de *Raíces do Brasil*, la más sonada es el concepto *O homem cordial* (El hombre cordial), materia de la que trata el capítulo quinto; casi nunca falta, cuando se recuerda a Sérgio Buarque de Holanda en la prensa, en el artículo científico o en la conversación, la alusión a este concepto, que en la cultura brasileña se ha adoptado de buena gana como un rasgo definitorio de la identidad nacional. Aquí Buarque partió nuevamente de la dialéctica que domina el libro, la tensión entre dos opuestos: la familia y el Estado: "El Estado no es una ampliación del círculo familiar y, menos aún, una integración de ciertos agrupamientos, de ciertas voluntades particularistas, siendo la familia el mejor ejemplo. No existe, entre el círculo familiar y el Estado, una solución de continuidad, sino más bien una discontinuidad y hasta una oposición".⁹

Enseguida el autor plantea la gran transformación que se dio al pasarse del trabajo artesanal a la producción industrial; en el primer caso el maestro y sus aprendices tenían una relación familiar, mientras que en el segundo no existían vínculos personales. Pero esa importante transformación tomó mucho tiempo y esfuerzo, pues fue difícil sustituir el viejo orden familiar por otro en el cual las relaciones sociales se

Apud F. A. Barbosa, *op. cit.*, pág. 43.

Véase S. B. de Holanda, *Tentativas de mitología*, Editora Respectiva, São Paulo, 1979, pág. 30, donde también relata su desencanto con el marxismo. *Ibid.*, pág. 141.



fundaran en principios abstractos y no en vínculos de sangre. Y también hubo cambios importantes en el servicio público; en este punto –como en varios otros– Buarque de Holanda se apoya en Max Weber y en la distinción que éste hace del burócrata puro y del funcionario “patrimonial”. Para este último la gestión política es en realidad una extensión de sus intereses particulares; sus funciones y los beneficios que de ellos recibe “se relacionan con los derechos personales del funcionario y no con intereses objetivos, como sucede en el verdadero Estado burocrático, en el que prevalecen la especialización de las funciones y el esfuerzo para asegurar garantías jurídicas a los ciudadanos”.¹⁰ Para Buarque, a lo largo de la historia brasileña sólo, excepcionalmente, hubo un sistema administrativo y un cuerpo de funcionarios dedicados a intereses objetivos, donde la regla era el predominio de las voluntades particulares, poco dispuestas a un ordenamiento impersonal.

La feliz expresión del *homem cordial* no es invento de Buarque de Holanda, sino del escritor Rui Ribeiro Couto, el cual la expresa en una carta dirigida a Alfonso Reyes, reproducida en la revista *Monterrey*.¹¹ El adjetivo “cordial” debe tomarse en su sentido exacto y estrictamente etimológico, pues tal cordialidad no se refiere a sentimientos positivos de concordia: “La enemistad bien puede ser tan cordial como la amistad, en cuanto que una y otra nacen del corazón; proceden, así, de la esfera de lo íntimo, de lo familiar, de lo privado”.¹² De tal modo, una enemistad en el ámbito público es propiamente hostilidad, pero en el privado es enemistad que surge del corazón.

En el “hombre cordial” la vida en sociedad es, de cierto modo, una verdadera liberación del pavor que él siente de vivir consigo mismo, de apoyarse sobre sí mismo en todas las circunstancias de la existencia. Su manera de desenvolverse con los otros

¹⁰ *Ibid.*, pág. 146.

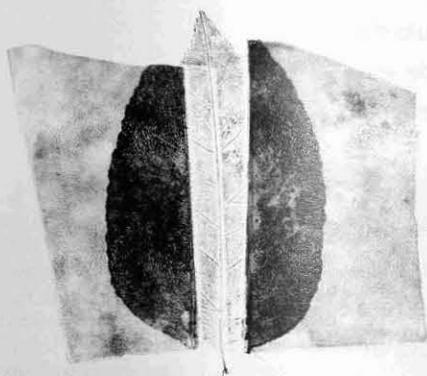
¹¹ Esta revista fue editada por la Embajada de México en Brasil; la carta fue fechada en marzo 7 de 1931, en Marsella. Como buen poeta, Ribeiro Couto atrapó la expresión *homem cordial* –la cual se hace extensiva para toda Iberoamérica–; Buarque no la copió simplemente, sino que le dio un sentido histórico y social. La reproducción de la carta puede consultarse en Rui Ribeiro Couto, “El hombre cordial, producto americano”, *Revista do Brasil*, año 3, núm. 6, 1987.

¹² *Ibid.*, pág. 205. Véase R. B. de Moraes, *op. cit.*

reduce al individuo, cada vez más, a la parcela social, periférica, que en el brasileño –como buen americano– tiende a ser la que más importa. Ésta es más bien un vivir en los otros. Fue a ese tipo humano al que se dirigió Nietzsche, cuando escribió: “Vuestro mal amor de vosotros mismos os hace un cautiverio del aislamiento”.¹³

Una expresión cotidiana de lo anterior es la dificultad que tienen los brasileños con el trato reverencial a un superior, es decir, que éste se acepta y hasta de buen grado, siempre y cuando no suprima enteramente la posibilidad de un convivio más familiar; en el mismo sentido, el uso de los nombres de pila se prefiere en el trato social antes que los de familia. Dice Buarque: “El desconocimiento de cualquier forma de convivencia que no sea dictada por una ética de fondo emotivo representa un aspecto de la vida brasileña que raramente los extranjeros llegan a penetrar con facilidad”.¹⁴ Más adelante el autor aborda con cierta extensión la vida religiosa en Brasil e intenta entender la poca devoción de los brasileños y la intimidad casi irreverente de los feligreses; pone por caso las fiestas del Buen Señor Jesús de Pirapora, en São Paulo, donde el Cristo desciende del altar para “sambar” con el pueblo.¹⁵

El final de *Raíces do Brasil* es más una ventana abierta que una conclusión; sí, en cierto modo es la recapitulación de muchos de los argumentos esgrimidos a lo largo del texto, pero a la vez tiene la mirada puesta en el futuro. Se plantea una idea compleja –no una fórmula fácil–, pero resulta imposible decidir si se hace en el ámbito de la teoría o de la acción; de hecho, se plantea que teoría y praxis son inseparables, y con ese precepto está construido el libro. No corresponde a un historiador de altura jugar al adivino ni predecir el cómo ni el cuándo del cambio, que se da como necesario; más bien corresponde a su oficio explicar el verdadero significado de *cambiar*, proceso lento y complejo. Me parece que el último párrafo del libro se cuenta entre lo mejor de nuestra historiografía:



Si en el terreno político y social los principios del liberalismo han sido una inútil y onerosa excrecencia, no será por la experiencia de otras elaboraciones engañosas que nos encontraremos un día con nuestra realidad. Podremos intentar la organización de nuestro desorden siguiendo esquemas sabios y de probada virtud, pero restará un mundo de esencias más íntimas que, ése, permanecerá siempre intacto, irreductible y desdeñoso de las invenciones humanas. Querer ignorar ese mundo sería renunciar a nuestro propio ritmo espontáneo, a la ley de flujo y reflujo [¿Vico?] por un compás mecánico y una armonía falsa. Ya hemos visto que el Estado, criatura espiritual, se opone al orden natural y lo trasciende. Pero también es verdad que esa oposición debe resolverse en un contrapunto para que el cuadro social sea coherente consigo. Hay una única economía posible y superior a nuestros cálculos para componer un todo perfecto de partes tan antagónicas. El espíritu no es una fuerza normativa, salvo donde puede servir a la vida social y donde le corresponde. Las formas superiores de la sociedad deben ser como un contorno congénito a ella y de ella inseparable: emergen continuamente de sus necesidades

¹³ *Ibid.*, pág. 147. Friedrich Nietzsche, *Werke*, t. IV, Alfred Köner Verlag, Leipzig, s.f., pág. 65.

¹⁴ *Ibid.*, pág. 148.

¹⁵ *Ibid.*, pág. 149.

específicas y jamás de las escuelas caprichosas. Hay, por tanto, un demonio pérfido y pretencioso, que se ocupa de oscurecer a nuestros ojos estas verdades sencillas. Inspirados por él, los hombres se ven distintos de lo que son y engendran nuevas preferencias y repugnancias. Es raro que sean de las buenas.¹⁶

Me parece pertinente recordar aquí las palabras de otro libro, del cual fue autor don Edmundo O'Gorman, que coincide en el punto clave de *la ceguera* –pues parece que entre nosotros huir de la realidad es un obligado salvavidas–, pero quedarían por esclarecerse las diferencias:

El ser nacional se actualiza en lo que de entitativo concede el acontecer. No, pues, una especie de tesoro ontológico celosamente custodiado por aquel caballero del gabán metafísico que nos salió al paso en páginas anteriores, sino un hacer, un bregar, pero no en el encierro de una historia empeñada en salvarse de sí misma, sino en el riesgoso campo de batalla del acontecer universal. Nada más cómodo, más pernicioso que sucumbir a la seducción de la creencia en un modo de ser dado, ya hecho para siempre y por añadidura excelente, alimento de regodeo hasta por los fracasos y desastres, pábulo de infinita vanidad que ciega, y sobre todo, autorización para el descuido de esa tarea vital que es ir siendo *a posse ad esse*, de lo posible a lo real, o si se prefiere, de esa empresa que es la de irnos inventando.¹⁷

Buarque de Holanda ocupó importantes cargos académicos en las principales universidades de Brasil. Fue también profesor visitante en universidades de Estados Unidos y presidente de la influyente Asociación Brasileña de Escritores, director del Museo Paulista y del Museo de Arte Moderno de São Paulo; asimismo obtuvo la cátedra de historia de la civilización brasileña en la Universidad de São Paulo.¹⁸

Según el testimonio de Antonio Candido,¹⁹ Sérgio Buarque de Holanda siempre tuvo una conciencia democrática avanzada. Nunca fue político profesional pero asumió valientemente su responsabilidad como intelectual. En 1932, cuando vivía en Río de Janeiro, tomó abiertamente el Partido de la Revolución Constitucionalista contra el gobierno de excepción y fue enviado a prisión. Durante el *Estado Novo* se afilió a los grupos opositores, especialmente a la Associação Brasileira de Escritores, una de



Patricia de la Fuente, México

¹⁶ *Ibid.*, págs. 187-188.

¹⁷ México. *El trauma de su historia*, Coordinación de Humanidades-UNAM, México, 1977, pág. 117.

¹⁸ Apud S. B. de Holanda, *Visão do paraíso. Os motivos edênicos no descobrimento e colonização do Brasil*, Editora Brasiliense, São Paulo, 1996, págs. 367-368.

¹⁹ "Introdução", en *Raízes de Sérgio Buarque de Holanda*, Rocco, Rio de Janeiro, 1988, pág. 119 y ss.

las primeras manifestaciones públicas contra el régimen. Poco después formó parte del grupo fundador de la Esquerda Democrática, que en 1947 se transformó en el Partido Socialista Brasileiro. A partir del golpe militar de 1964 manifestó su oposición de distintas formas, por ejemplo, jubilandose en 1969 como protesta por el despido arbitrario de varios de sus colegas. En 1978 contribuyó a la fundación del Centro Brasil Democrático y en 1980 se integró al proceso de constitución del Partido dos Trabalhadores, del que fue miembro fundador.

En sus últimos años de vida –murió en 1982–, Buarque de Holanda era un intelectual sumamente respetado y gozaba de celebridad; no obstante, declaró a un periodista: “Yo soy solamente el padre de Chico”, haciendo referencia a su hijo Francisco, es decir, al cantante popular Chico Buarque. ←

OTRAS OBRAS DE SÉRGIO BUARQUE DE HOLANDA

En periódicos y revistas Buarque de Holanda había publicado muchas páginas, pero hablando estrictamente de libros, *Raízes do Brasil* es su obra prima. Posteriormente publicó: *Cobra de vidro* (*Serpiente de vidrio*, 1944): antología de ensayos históricos y literarios escritos en distintos años, pero especialmente entre 1940 y 1941. *História do Brasil* (1944): libro de texto escolar. *Monções* (*Expediciones*, 1945): obra que aborda principalmente la colonización de la región de São Paulo. *Caminhos e fronteiras* (1957): historia de la ocupación territorial promovida por los paulistas. *Visão do paraíso* (*Visión del paraíso*, 1958): originalmente fue una tesis universitaria. Es fundamentalmente una comparación entre la América española y la lusitana, entre el realismo portugués y la imaginación española.

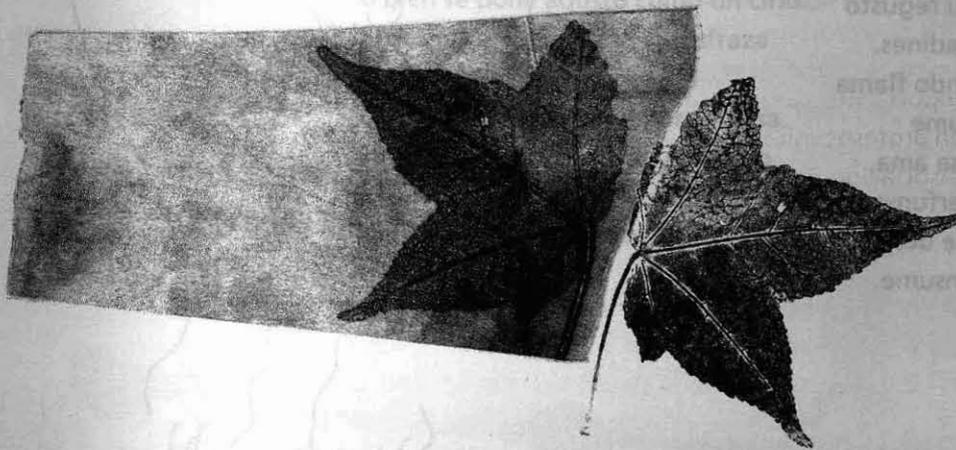
História geral da civilização brasileira (1963-1981): Buarque de Holanda dirigió la obra en su conjunto y escribió el tomo segundo, *O Brasil monárquico* (1972), así como otros capítulos dispersos en la obra.

Tentativas de mitologia (1979): resalta el carácter de este autor polígrafo, que reúne ensayos de historia, sociología y literatura anteriores a 1958.

O extremo oeste (1986): libro póstumo sobre la colonización del sertão en los siglos XVIII y XIX.

Livro dos prefácios (1996): también póstumo, reúne prólogos dispersos, todos de tema histórico.

O espírito ea letra. Estudos de crítica literária (1996): antología en dos volúmenes. El primero abarca de 1920 a 1947 y el segundo, de 1948 a 1959.



Patricia de la Fuente, México

Tres poemas

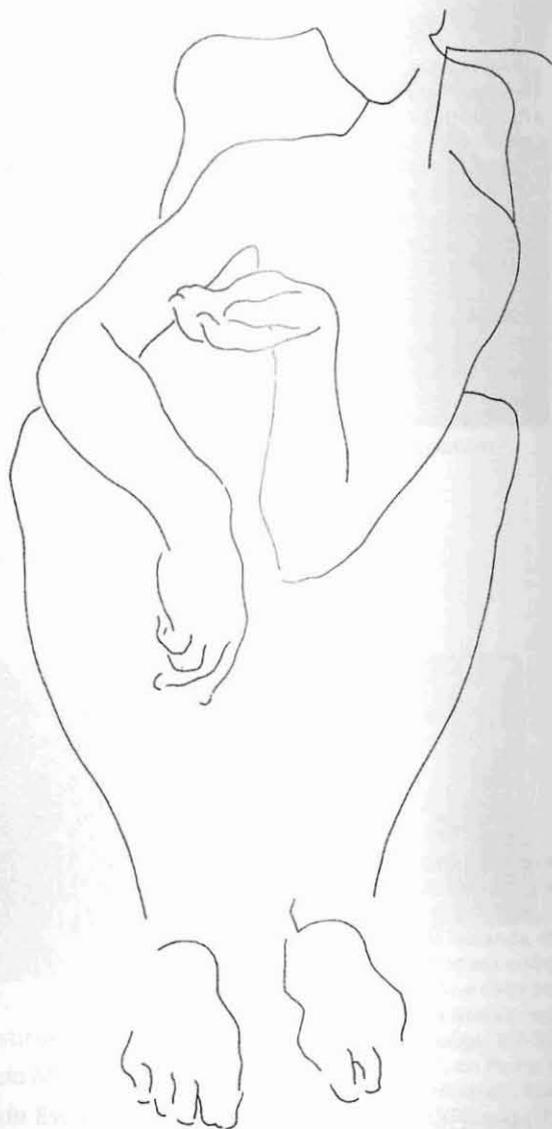
Otto-Raúl González*

ALHELÍES

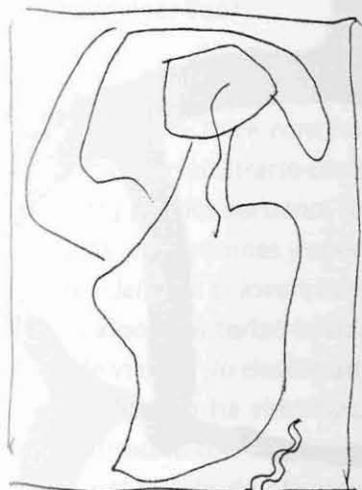
Los alhelíes son de rica cuna
y los hay blancos, rojos y amarillos;
creo que todo quieren ser zarcillos,
brillar con los fulgores de la luna.
Corolas muy alegres por fortuna
pues que bailan danzones y pasillos
en jardines, chozas y castillos
para mostrar su condición moruna.
Un ramo de alhelíes contraataca
y borra en un segundo la tristeza
con sus capullos plenos de armonía,
pero el perfume que la flor destaca
nos habla de su natural grandeza
y el corazón nos llena de alegría.

JAZMÍN

Y cómo no loar a los jazmines
si colman de belleza el propio arbusto
con blancas flores de exquisito gusto
que de alegría llenan los jardines.
Se reúnen en todos los confines
pues su árbol genealógico es agosto
y consta en su historial y en su regusto
que provienen de ilustres paladines.
Yo amo cierto jazmín que siendo flama
las turbulencias del amor resume
al ofrendarlo a la mujer que se ama.
Aunque el intenso y cálido perfume
que en las noches ardientes se desparrama
el alma me desgarrar y me consume.



*Escritor guatemalteco radicado en México



LIRIO

El lirio es abusivamente lirio
el lirio es una flor pagada de sí misma
su perfume letal provoca cisma
en la sangre que llega hasta el delirio.
Ensay a veces el fulgor de Sirio,
conoce bien su seductor carisma
y juega los colores como el prisma
o bien se pone adusto como un cirio.
El lirio es emoción que se disfraza
de inocente paloma sibarita
que sólo busca amor, amor sin tasa.
Su aroma es de dos filos y travieso
es lluvia que no moja pero excita
el lirio en fin, es sólo un largo beso.



EL JOVEN HAYA DE LA TORRE Y SUS MUCHOS MUNDOS

Ricardo Melgar Bao*

Aventurarse en la tarea de reconstituir el itinerario político del joven Víctor Raúl Haya de la Torre continúa siendo fascinante, arduo y controversial. Y no sólo por practicar un arbitrario corte generacional en el relato biográfico de este conocido pensador y político peruano, sino también por las dificultades que su obra presupone. Lo prueba, en sus límites y aportaciones, la valiosa obra de Pedro Planas intitulada *Los orígenes del APRA. El joven Haya* (1985).

Si algo caracterizó la vida política de Haya de la Torre (1895-1979) fue su condición de viajero y/o desterrado, por lo menos en los más relevantes capítulos de su vida pública. No ha sido casual que en los años veinte el joven Haya reiterase su identificación con una frase de despedida que le dijo un estudiante uruguayo en 1922, en el puerto de Montevideo: "Estudiante peregrino, guarda tu esperanza". Este eje simbólico que jugó con las equivalencias de sentido entre el peregrino, el viajero y el desterrado ha sido perspicazmente recuperado por la "historia-tradición" en las biografías tempranas y parciales elaboradas en vida de Haya. Nos referimos a las obras publicadas por dos reconocidos intelectuales apristas: Luis Alberto Sánchez (1934, 1955) y Felipe Cossío del Pomar (1961).

Tampoco ha sido irrelevante que la más reciente recopilación de las fuentes hemerográficas y documentales, realizada por Luis Alva Castro en cuatro tomos, sea presidida por el elocuente título *Haya de la Torre, peregrino de la fraternidad bolivariana* (1990), con particular referencia a Chile, Cuba y Colombia. Las demás presencias de Haya en otros países de América latina han sido parcialmente recuperadas y poco investigadas. Sobresale el descuido historiográfico prestado a los viajes de Haya a Estados Unidos y Europa, no obstante la reconocida significación de tales experiencias en los campos ideológicos y políticos del fundador del movimiento aprista. Mirada en su conjunto, la historiografía peruana y latinoamericana en el curso de media centuria, a pesar de haber generado una copiosa producción de artículos, libros y ensayos sobre Víctor Raúl Haya de la Torre, ha dejado un saldo deficitario en materia biográfica.

Falta también una edición crítica de las obras completas del pensador indioamericano; las que llevan tal nombre no lo son por lo que dejan fuera, epistolario incluido. No hay duda de que sigue en busca de autor una de las figuras de mayor renombre del movimiento de la reforma universitaria en el continente; el fundador de la corriente populista denominada Alianza Popular Revolucionaria Americana, más conocida por sus siglas, APRA; el más pertinaz candidato latinoamericano que bregó medio siglo sin alcanzar la presidencia por razones extraelectorales; el controversial

Doctor en estudios latinoamericanos. Profesor e investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia

autor de más de una propuesta filosófica y política para la Indoamérica de entre-guerras, y algunas otras muy de corte interamericano, propias de los periodos del frente aliado contra el fascismo y de la campaña anticomunista de la Guerra Fría. Por ahora, permítasenos aproximarnos sin mayores pretensiones al joven Haya y sus viajes a muchos mundos partiendo de su territorio primordial.

EL TERRITORIO PRIMORDIAL: TRUJILLO Y CHAN-CHAN

Si en el imaginario del hombre público, del político, suele gravitar su territorio primordial como inevitable capital simbólico, el caso de Haya de la Torre nos revelará su dualidad cultural: el Chan-Chan prehispánico y la ciudad hispano-criolla de Trujillo, ambas físicamente próximas y conocidas; una y otra mitológicamente configuradas como opuestas y complementarias.

Víctor Raúl Haya de la Torre nació el 22 de febrero de 1895 en Trujillo, la más importante ciudad costeña de origen colonial en el norte de Perú, situada en pleno enclave de la economía cañera bajo una república oligárquica en crisis.¹ La familia de Víctor Raúl era de clase media acomodada e ilustrada, emparentada por la rama paterna y materna con varios de los principales linajes de la oligarquía criolla regional.²

El lugar cultural que modeló las primeras fases del ciclo vital de Haya le dejó una huella simbólica indeleble. Las claves de paisanaje y de clase que atravesaron tanto el movimiento estudiantil como la gestación y enraizamiento del aprismo, encarnaron en la vida y obra de Víctor Raúl. Recordemos que Trujillo sigue siendo hasta la fecha, y no por casualidad, la imbatible plaza fuerte del aprismo peruano. Recordemos también que Trujillo se ubica en las lindes del imponente complejo urbano prehispánico de Chan-Chan perteneciente a la cultura Chimú.³ Desde su corta experiencia cultural, al niño Haya le gustaba jugar con la construcción de una ciudad imaginaria que cubría tres grandes habitaciones de la casa señorial de sus padres. Allí se entrenaba como demiurgo y protagonista de sus historias inventadas. Otras veces, junto con sus compañeros de clase, ocupaba la olvidada y derruida ciudad laberinto de Chan-Chan y trazaba sus lúdicas prácticas de asedios y defensas.

En 1905 nuestro personaje ingresó al Seminario de San Carlos y San Marcelo a cursar la primaria y la secundaria, de donde egresó en 1913. En el seminario conoció a dos de los que más tarde serían algunos de sus compañeros cercanos de partido: el filósofo Antenor Orrego y el escritor Alcides Spelucín.⁴ Víctor Raúl ingresó a la Facultad de Letras de la Universidad de Trujillo en 1914 para estudiar abogacía, a dos años de la gran huelga de los cañeros en el valle, marcialmente reprimida y que conmovió el escenario político nacional.⁵ En la universidad conoció a compañeros con los que formó un círculo intelectual. Más tarde, varios de sus integrantes, incluyendo a su hermano Agustín, participaron en la construcción y animación de la APRA dentro y fuera de Perú: Carlos Manuel Cox, Manuel Vásquez Díaz, Daniel Hoyle, Oscar Imaña y los ya citados Orrego y Spelucín.⁶ César Vallejo fue caso aparte: aunque formó parte del círculo de su amigo Víctor Raúl, no se sumó al aprismo; su opción fue, sin lugar a dudas, filocominternista.⁷

¹ Peter Klaren, *La formación de las haciendas azucareras y los orígenes del APRA*, Moncloa-Campodónico Editores (Perú problema 5), Lima, 1970, pág. 92 y ss.

² Felipe Cossío del Pomar, *Víctor Raúl. Biografía de Haya de la Torre. Primera parte*, Editorial Cultura, México, 1961, págs. 17-25.

³ José R. Sabogal Wiese, "La persistencia de una cultura: los 'chimos' contemporáneos", en *Chimor, una antología sobre el valle de Chicama*, Instituto Indigenista Interamericano (Ediciones especiales 73), México, 1975, págs. 11-13.

⁴ *Ibid.*, pág. 41.

⁵ P. Klaren, *op. cit.*, págs. 53-57.

⁶ *Ibid.*, págs. 119-121.

⁷ F. Cossío del Pomar, *op. cit.*, pág. 61; Georgette de Vallejo, *¡Allá ellos, allá ellos, allá ellos!*, Zalvac, Lima, 1978, págs. 9, 24-30.



Gerardo Chávez López, Perú

En 1916 Haya escribió su primera y única pieza dramática, *Triunfa vanidad*, considerada una sutil crítica a los gustos aristocráticos de la élite criolla trujillana, la cual fue representada en el teatro Ideal en diciembre de ese año. Víctor Raúl ocultó su autoría tras el seudónimo de *Jean Croniqueur*. A lo largo de ese año, Rubén Darío, la figura emblemática del modernismo radical, fue elegido para presidir los eventos del círculo universitario.

Haya de la Torre no demoró en convertirse en dirigente estudiantil en la Universidad de Trujillo y, más allá del horizonte de expectativas y demandas de los universitarios, proyectó su labor hacia la sociedad trujillana en dos direcciones. La primera se orientó a presionar y acompañar a la autoridad política para poner freno a la excavación clandestina y el saqueo de bienes culturales en Chan-Chan, tarea pionera en un tiempo que las élites de poder de la sociedad oligárquica reivindicaban su legado cultural hispano como principal clave identitaria nacional, salvo la excepcional figura del trujillano Larco Herrera. En la segunda, Haya promovió y dirigió el círculo estudiantil ya mencionado con fines artísticos e intelectuales vanguardistas, al tiempo que les abría puentes culturales con el colectivo obrero anarquista trujillano: Liga de Obreros y Artesanos del Perú. Haya mantuvo sus estudios en la Universidad de Trujillo y su participación en el círculo hasta mediados de 1917, en vísperas de iniciar su largo peregrinaje universitario.

UNA DIGRESIÓN SOBRE EL PESO DEL LUGAR CULTURAL

Más tarde, el cóndor emblemático de la cultura prehispánica norteña de Chavín representó, al lado de Chan-Chan, un lugar relevante en la simbología aprista y su utopía indoamericana, que poco después asumirían contornos más fuertes. Cuando la rebelión aprista de 1932 contra la dictadura de Sánchez Cerro, la ciudad de Trujillo fue tomada por los insurgentes apristas. Defendida infructuosamente frente al ataque de las fuerzas armadas, los insurgentes apristas fueron fusilados por cientos en Chan-Chan por orden gubernamental, remarcándose el campo simbólico regional de su martirologio. Desde la clandestinidad, Haya asignó al cóndor de Chavín los sentidos de la resistencia y la rebeldía aprista y a Chan-Chan el de la heroicidad, según se observa en la propaganda clandestina de los años treinta.

ENTRE LIMA Y CUZCO

El joven Haya buscó otros horizontes universitarios y culturales dentro del escenario nacional, oscilando entre Lima y Cuzco; se apoyó en sus redes familiares y de paisanaje: Luis Varela lo ayudó en Lima y el coronel César González hizo lo propio en Cuzco. Corrían los días en que el subsidio familiar se había agotado. Las preferencias de Haya vacilaron entre Lima, la ciudad capital y eje cultural oligárquico, y Cuzco, la milenaria capital del abatido imperio de los incas.

Varela inscribió a su protegido en el primer año de jurisprudencia de la Universidad de San Marcos en Lima. En abril de 1917, Haya frecuentó los círculos literarios de vanguardia. Allí conoció a Ezequiel Balarezo; ambos, por diferentes razones,

compartieron seis años más tarde el exilio en México. En Lima, Víctor Raúl se hizo acreditar como delegado de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Trujillo ante su símil capitalina, mientras vivía el proceso de reconstitución de la Federación de Estudiantes del Perú, que lo hizo acreedor a una vicepresidencia honoraria. Pero, al parecer, Lima no tuvo la capacidad de arraigar al joven, el cual trasladó su matrícula a Cuzco, adonde enrumbo en agosto de 1917. Su estancia de ocho meses fue intensa; se la pasó entre los estudios en la universidad, el trabajo de secretario y los recorridos por cada una de las ruinas incaicas y pueblos andinos. Así, en Cuzco fue ensanchando su mirada política y cultural sobre el Perú real. Leyó los *Comentarios reales* del inca Garcilaso de la Vega, que inspiró al movimiento tupacamanarista a fines del siglo XVIII. Haya descubrió que el mundo andino era algo más que el monumental legado incaico o el Mochica-Chimú, y que el pueblo originario permanecía vivo, aunque dramáticamente oprimido.

De vuelta en Lima, como el mismo Víctor Raúl confiesa, constatamos un segundo viraje ideológico asociado con su naciente indigenismo y sus ligas con el pensador ácrata Manuel González Prada. Haya frecuentó a don Manuel al mismo tiempo que profesaba sus simpatías wilsonianas en el curso de la Primera Guerra Mundial. La recepción de Haya y de los jóvenes universitarios del ideario ácrata se aproxima a la cátedra del maestro sobre la cuestión juvenil más que a su prédica acerca de las cuestiones indígena y obrera. Don Manuel había lanzado el apotegma "Los jóvenes a la obra, los viejos a la tumba" y advertido de la necesidad de un frente único de los obreros e intelectuales para enfrentar la crisis de las élites políticas oligárquicas que llevaron al país a la derrota en la Guerra del Pacífico y a un excluyente, precario y azaroso proceso de reconstrucción oligárquica.⁸

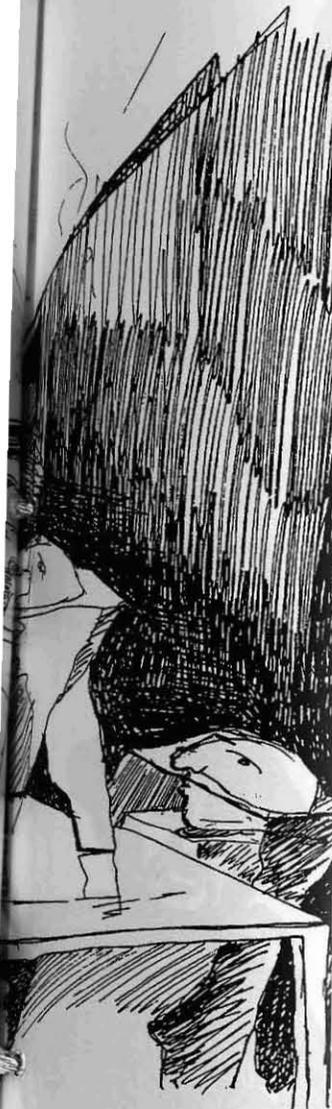
La participación del joven Haya en la lucha de los obreros de Lima y Callao por la jornada de ocho horas, entre 1918 y 1919, fue solidaria aunque de tintes fabianos, independientemente de su aproximación al ideario anarquista a través de las obras de Kropotkin, Reclus y González Prada. El rechazo a la "política", la adhesión a la moral social que debe fundar toda solidaridad humana, así como la convicción en el cambio social y el papel que deben realizar en él la ciencia y la educación, expresaron la veta filoanarquista de Víctor Raúl.

Haya asumió por elección la presidencia de la Federación de Estudiantes del Perú y en 1920, respaldado por el mandato de su primer congreso en Cuzco, impulsó el proyecto de la Universidad Popular González Prada, cuyas filiales, a partir de 1921,



Carlos Colombino, Paraguay

⁸ F. Cossio del Pomar, *op.cit.*, págs. 77-83.



se expandieron desde la capital hacia las principales ciudades del país.⁹ La Universidad Popular se abrió a los obreros y campesinos, mientras que los líderes de la reforma universitaria se erigieron en los profesores que pusieron a prueba las nuevas corrientes educativas de Ferrer Guardia y Lunatcharski. Desde la Universidad Popular se potenciaron redes intelectuales con las federaciones de estudiantes de diversos países; también con José Vasconcelos, que pasó de fungir como rector de la Universidad de México al cargo de secretario de Educación Pública y reformador de la enseñanza.

En 1923 Haya lideró una gran campaña cívica por la libertad de conciencia y de culto, contra el intento del régimen de Augusto B. Leguía por reconocer como oficial y nacional el culto al Sagrado Corazón de Jesús. Metodistas, anarquistas, socialistas y librepensadores se adhirieron al movimiento.¹⁰ Las acciones de lucha dejaron dos víctimas: un obrero y un estudiante, erigidos en figuras heroicas del movimiento. El gobierno tuvo que dar marcha atrás, mientras que Haya de la Torre se encumbraba como líder popular y temido opositor gubernamental, al que pronto le llegarían la prisión y el destierro.¹¹

LOS MUNDOS DEL PEREGRINAJE Y EL DESTIERRO

Un año antes de las jornadas de lucha del 23 de mayo de 1923 por la libertad de culto, Haya de la Torre, apoyándose en las redes metodistas y estudiantiles, realizó su primera gira de fraternidad estudiantil por Bolivia, Argentina, Uruguay y Chile, erigiéndose en la personalidad más conocida del pujante movimiento reformista sudamericano iniciado en la Universidad de Córdoba en 1918. Haya abrevó nuevas ideas de ese horizonte de la Reforma Universitaria que marcó al movimiento universitario continental, mientras asumía la convicción de que las universidades populares eran un vehículo de transformación cultural, antioligárquico y bolivariano. El precoz halo mesiánico que comenzó a envolver su liderazgo no fue ajeno a la atmósfera ideológica que rodeaba a su generación. El clima celebratorio del centenario de la independencia fue propicio para la afirmación de esta corriente disidente, que se sintió ajena y opuesta a las retóricas oficiales. El joven Haya acumuló, en poco tiempo, múltiples experiencias, ideas y redes intelectuales nacionales e internacionales, gracias a sus viajes en ferrocarril y en embarcaciones a vapor, pero también gracias a un sostenido intercambio epistolar. El líder universitario se valió de diversas acciones para afirmar su presencia en la plaza pública y en los medios periodísticos. Editó y dirigió *Claridad*, órgano de la Juventud Libre del Perú desde la capital, que congregó a un selecto grupo de redactores universitarios y un prestigiado cuerpo de colaboradores internacionales, mas allá de publicar su primer folleto con el sello del Grupo Editor Claridad.

Hubo una recepción creativa entre Haya y los copartícipes de la *Claridad* peruana, aunque con divergencias de la *Clarté* parisiense, dirigida por Henri Barbusse. El escritor francés, en su invitación a los intelectuales a romper su insularidad social a favor de un compromiso con el pueblo, logró una significativa recepción juvenil en

⁹ Pedro Planas, *Los orígenes del APRA. El joven Haya*, 2ª ed., Okura, Lima, 1986, págs. 6-10.

¹⁰ Rosa del Carmen Jofré, "La misión metodista y la educación en Perú: 1889-1930", *América Indígena*, vol. XLI, núm. 3, 1981, pág. 504.

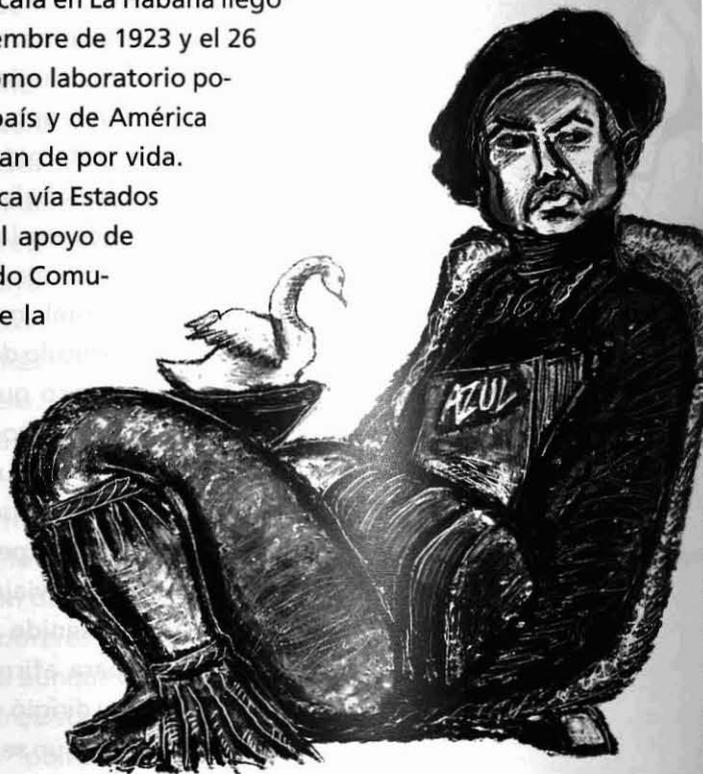
¹¹ *Ibid.*, pág. 14.

América latina. La experiencia reiterada de viajar y fraternizar bajo los ideales de la Reforma Universitaria o de la intelectualidad comprometida con las justas causas que predicaba Barbusse, fue sellada bajo las relecturas de Rodó, Martí y Bolívar, o con las prédicas de los nuevos maestros de la juventud: José Ingenieros, Alfredo Palacios y José Vasconcelos. Tras su prisión y posterior destierro en octubre de 1923, el dirigente estudiantil reafirmó su condición de estudiante peregrino, de portavoz de la unidad bolivariana y de publicista de su proyecto educativo:

A mí me duele el destierro como una pena, porque se me ha alejado de la obra que más amo en vida. Yo tengo que volver, porque aunque pueda ganar tiempo viajando, mil veces lo ganaría allá [...] Puedo afirmar que las universidades populares del Perú constituyen, quizá, la más eficaz, la más hermosa y la más original de las organizaciones estudiantiles y obreras de Sudamérica, de Centroamérica, las Antillas y México.¹²

Haya fue deportado a Panamá. Pocos días después la solidaridad vasconcelista le tendió ayuda para viajar. Tras una breve y fecunda escala en La Habana llegó a tierras mexicanas, donde residió entre el 16 de noviembre de 1923 y el 26 de mayo de 1924. La Revolución mexicana lo fascinó como laboratorio político, social y cultural para repensar el futuro de su país y de América latina: la cosecha de ideas y redes teosóficas lo marcaran de por vida. Concluida la estancia mexicana, partió a la Unión Soviética vía Estados Unidos. Para lograr su viaje, contó nuevamente con el apoyo de las redes metodistas, además de recibir el aval del Partido Comunista de México y portar las simbólicas credenciales de la Federación Obrera Local de Lima, de orientación anarquista. Víctor Raúl reasumió su papel de corresponsal de varios periódicos y revistas latinoamericanas en su largo periplo por Europa. De todos sus artículos periodísticos, los que correspondieron a la URSS fueron los más relevantes entre 1923 y 1925, expresando diversos ángulos y preocupaciones políticas y sociales. Esta visita y sus escritos determinaron la ruptura con los anarquistas mexicanos y peruanos.

En general, los escritos de viajero deben ser revisitados; dicen mucho de nuestro personaje y del desvelamiento de los mundos y las coordinadas ideológicas que fue descubriendo: éstos modelaron su pensamiento y acción política. Su estancia en Inglaterra y sus viajes por Europa le significaron un drástico viraje. Nos referimos a su ruptura con los límites del movimiento universitario a favor de un proyecto político en gestación, el cual osciló entre priorizar Indoamérica o Perú hasta finales de 1927. En Inglaterra alternó sus



¹² *Por la emancipación de América latina*, M. Gleizer (ed.), Buenos Aires, 1927, pág. 36.



estudios universitarios con los más propios del ala radical del socialismo laborista. El legado del relativismo filosófico y cultural británico filtraron su marxismo, sedimentándose en el nuevo curso de su pensamiento político. En 1926 el peruano publicó su conocido ensayo *¿Qué es el APRA?* y fundó su primera célula en París. En febrero de 1927, durante el Congreso contra la Opresión Colonial y el Imperialismo realizado en Bruselas, Haya rompió con la Liga Antiimperialista de las Américas y la Komitern bujarinista. Poco después fue publicado en Buenos Aires su primer libro, *Por la emancipación de América latina*, una antología de artículos, mensajes y discursos de los años 1923-1927. Mientras tanto, las secciones emergentes de la APRA en América latina fluctuaron entre las expectativas de los exiliados peruanos y las propias de los adherentes nacionales. Paralelamente, nuestro protagonista clausuró su condición de estudiante universitario peregrino, cumplida azorosamente entre 1914 y 1927, para dar curso a su proyección como político profesional.

Haya quizás había renunciado a la ilusión de una carrera universitaria mucho antes. En ese momento, la opción aprista le había puesto un límite a su joven alma de viajero, fijándole como norte la configuración de una política del retorno. El viaje del líder aprista a Estados Unidos y luego a México implicó una nueva y acre ruptura frente a la revista *Amauta* y José Carlos Mariátegui. Por otro lado, redactó su ensayo inédito *El antiimperialismo y el APRA* (1928), animado por su controversia con el cubano Julio Antonio Mella, obra que luego rescribiría para su publicación en Chile (1936). Víctor Raúl ansiaba el retorno por la vía armada o política a través de un fabricado e inflado Partido Nacionalista Libertador, presuntamente respaldado en México por el régimen callista y el coronel zapatista Jenaro Amezcua. Las proyectadas expediciones de desembarco de los exiliados venezolanos contra la tiranía de Juan Vicente Gómez y de sus pares cubanos contra el dictador Gerardo Machado animaron a Víctor Raúl a competir en sus afanes por derrocar a Augusto Leguía en Perú. Pero esto pertenece a otro capítulo de su biografía e historia política. Haya sería forzado en la zona del Canal de Panamá a enrumbar hacia Europa por unos años más. Si el tiempo y las condiciones del retorno no habían madurado todavía, el joven Haya sí lo había hecho en tanto máximo líder de la novísima APRA. ←

OTRAS OBRAS CONSULTADAS

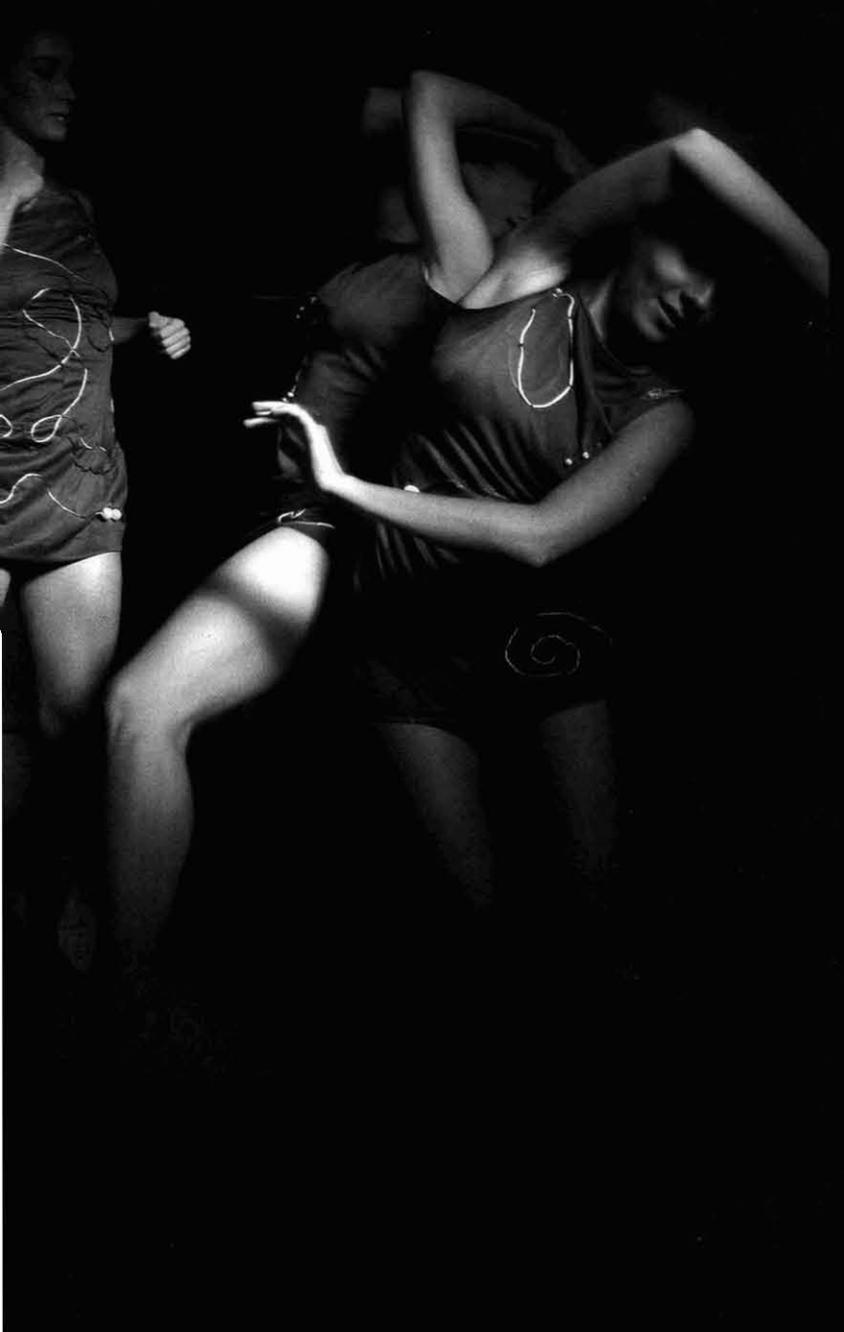
ALVA CASTRO, Luis (ed.), *Haya de la Torre, peregrino de la fraternidad bolivariana*, Fundación Ebert/Fondo Editorial V. R. Haya de la Torre, Lima, 1990, 4 ts.

SÁNCHEZ, Luis Alberto, *Haya de la Torre o el político*, Editorial Ercilla, Santiago de Chile, 1934.

_____, *Haya de la Torre y el APRA*, Pacífico, Santiago de Chile, 1955.

XVIII Celebración en México del Día Internacional de la Danza

Tulio de la Rosa



Como en los últimos años, la gran fiesta de la danza se celebrará este 2003 en las magníficas instalaciones del Centro Nacional de las Artes (Cenart). La celebración cumplirá 21 años, pues desde el 29 de abril de 1982 se iniciaron estos festejos en varios países europeos por iniciativa del Comité de Danza del Instituto Internacional de Teatro (IIT) de la Unesco, la Alianza Internacional de la Danza y otros organismos.

En diciembre de 1985, durante el primer Encuentro Internacional sobre Investigación de la Danza, organizado por el Cenidi-Danza José Limón, los delegados de la Unesco asistentes al evento, invitaron al gremio para que, a partir del 29 de abril de 1988, se celebrará también en México. Por esos días Patricia Aulestia, entonces directora de Cenidi-Danza José Limón, promovió insistentemente, junto con varios de los investigadores del centro, la creación de Danza Mexicana A.C. (Damac), asociación que bajo la presidencia de Tania Álvarez organizó la primera celebración de este evento en el teatro al aire libre Ángela Peralta de Polanco.

Creo que fue en 1996 cuando comenzó a celebrarse en el Cenart. Los estupendos espacios que había permitieron una mayor participación de grupos y solistas de todas las especialidades y hubo un incremento notable en la afluencia de público que paga por su asistencia. Esto demuestra el entusiasmo que esta celebración provoca no sólo en el D. F., sino en otras ciudades y municipios. Todo esto gracias a quienes, a pesar de diversas vicisitudes, se han empeñado en compartir con el público el regocijo y el orgullo de pertenecer a un gremio que lucha, contra viento y marea, por el derecho de expresarse a través de la danza.

Tulio de la Rosa: Investigador del Cenidi-Danza José Limón
Alicia Alonso: *Prima ballerina assoluta* de Cuba
Gustavo Emilio Rosales: Investigador asesor del Cenidi-Danza José Limón
Gloria Contreras: Directora del Taller Coreográfico de la UNAM
En 1995 recibió el Premio Universidad Nacional

Patricia Cardona: Directora del Cenidi-Danza José Limón
Ko Murobushi: Coreógrafo. Discípulo de Tatsumi Hijikata, creador de la danza
Cecilia Lugo: Directora del grupo Contempodanza
Joaquín López Chas: Música y compositor para la escena

ALAS DE LA DANZA

Alicia Alonso

Patricia Cardona

Gloria Contreras

Joaquín López Chas

Cecilia Lugo

Ko Murobushi

Tulio de la Rosa

Gustavo Emilio Rosales



de
Contemporáneo,
Danza Contemporánea
Romero tomadas por
Martínez

Mensaje del Día Internacional de la Danza

Alicia Alonso

En muchos aspectos, aún se le escatima a nuestro arte el lugar que le corresponde entre las más significativas manifestaciones culturales de la época. Esta realidad me hace creer que, en el comienzo del nuevo siglo, corresponde a bailarines, coreógrafos, profesores, críticos y otros profesionales vinculados con la danza, alcanzar el objetivo de llevarla al reconocimiento universal que merece. Para ello es preciso, en primer lugar, fortalecer los puentes de comprensión y reconocimiento mutuos entre las diferentes expresiones de la danza escénica. El respeto a la tradición, la conservación y el fortalecimiento de los estilos de la danza, no

sólo del siglo XIX, sino también los surgidos en el siglo XX, no deben estar reñidos con la renovación, la audacia experimental y los nuevos caminos en el arte de la danza. Por el contrario, deben complementarse y apoyarse como partes ineludibles de un mismo cuerpo creativo. El arte dancístico requiere, además, un nuevo impulso de labor historiográfica, investigación y trabajos teóricos sobre su estética y su filosofía para conseguir un equilibrio integral entre la práctica escénica y el pensamiento intelectual de los creadores.





La ecuación del descontento: fractales, lepidópteros, ¿cuánta verdad osa un espíritu?

Gustavo Emilio Rosales

El oficio es la conciencia del artista. No me extraña que en la actualidad tengamos mejores bailarines que coreógrafos: la ardua disciplina del intérprete lo distrae hasta cierto punto del mar de blandenguería y complacencia en el que nadan los coreógrafos. Sin embargo, tristemente observamos cómo la conciencia corporal del danzante lleva la delantera respecto a su conciencia intelectual, para finalmente, en muchos casos, sucumbir en el fácil horizonte del egocentrismo.

Percibo, por otra parte, que los coreógrafos se han acobardado, que defienden —y esto es lo que me alarma más— a rabiarse su poco y mal saber con tal de no hacer pública su ignorancia. Los veo demasiado seguros, aplicados en la dosificación —¿domesticación?— de sus cada vez más estrechos espacios de auténtica rebeldía. Los “siento” inmunes a los filos, ya no de la crítica, sino de la autocritica. Hablo de actitudes, no de obras. No me importa ya realmente, en primera instancia, el resultado, la formalización de la pulsión creativa, sino la latente incoherencia hacia el oficio. Me perturba el desperdicio, el engaño al que jugamos constantemente dentro del gremio al encubrir, entre todos, las tinieblas, las carencias de nuestra formación. No discuto, por tanto, el futuro de nuestra danza escénica en

términos operativos —¿qué importancia tiene, al fin y al cabo, suponer que si hoy se cuelgan mañana nadarán o volarán?—, me interesa vislumbrarlo en términos éticos.

Por otro lado, si tuviera que ubicar los territorios nacionales de la escena coreográfica actual, los señalaría bajo el signo de *atopos*: noción contextualizada en el antiguo cosmos griego como “fuera de lugar”, “fuera de rutas”; de ahí lo inclasificable, extraño, desusado, raro, excéntrico, dispar. *Atopia*, refiere Barthes, es condición “de una originalidad incesantemente imprevisible”. Una primera, encarnación del *atopos*, podría ser muy bien el blasón del escudo de armas de este movimiento, el cual estaría diseñado con los vectores convergentes de la tecnología, la multiplicidad de lenguajes artísticos, usos y costumbres cotidianos, temas que se inclinan al individualismo y a la ciencia ficción, desembarazo de prejuicios de índoles sexual, y acrobacia y atletismo como niveles principales de la “fiscalidad”; dinámica paradójicamente situada dentro de las ya inoperantes condiciones del escenario “a la italiana”. La divisa de este sello estaría emparentada, en su perfil de esperanza, con la teoría del caos, que observa cómo el aleteo de un lepidóptero —una mariposa, por ejemplo— es capaz de inaugurar una catarata en lejanas latitudes. La caología estudia cómo mínimas y extrañas variables operan cambios significativos en los grandes sistemas. Detrás de estos fenómenos se manifiesta un orden mucho más complejo que el de la lógica casual. Así, la “atopia” de los nuevos coreógrafos, para decidir efectivamente sus propios derroteros, tiene que ser capaz de crear —quizá como lo hacen los sistemas fractales— cambios en su propia integridad como proceso histórico.



La creación coreográfica

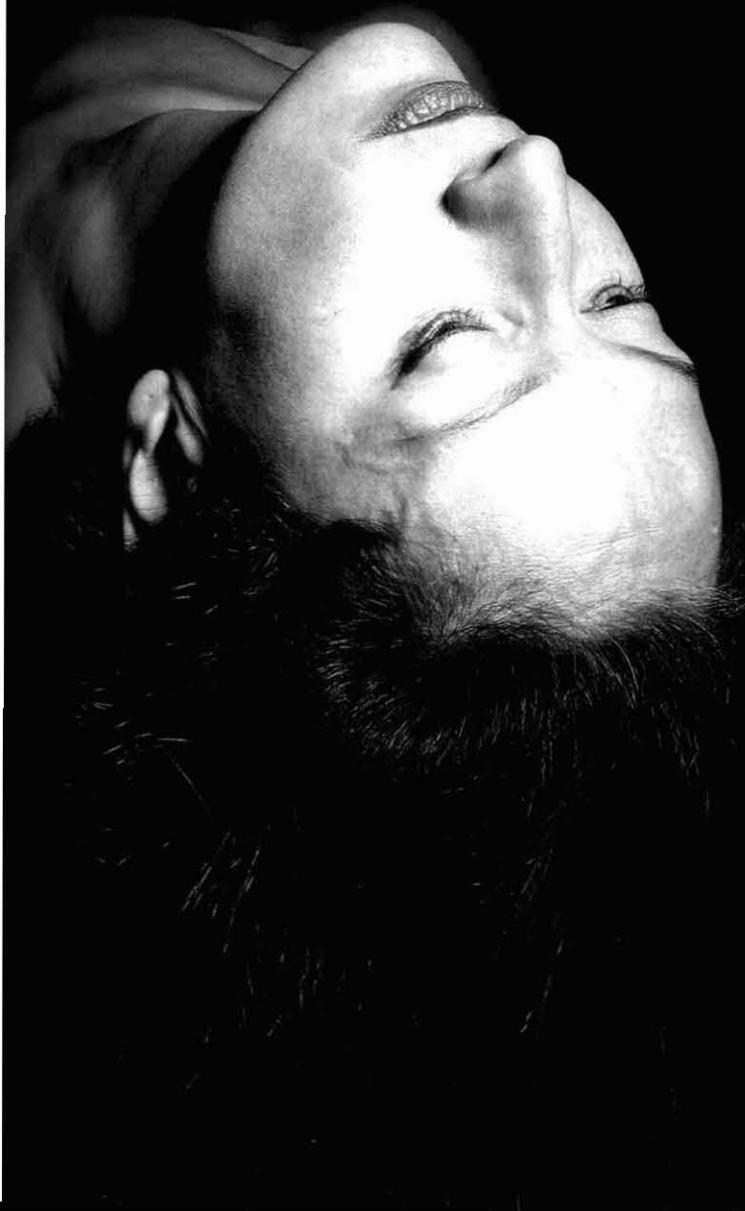
Gloria Contreras

La construcción de una coreografía se asemeja a la creación de una obra musical pero, a diferencia del músico que lo hace en la intimidad de su estudio, el coreógrafo se enfrenta a sus bailarines y comienza a dictar movimiento al mismo tiempo que da instrucciones sobre su ritmo, forma y traslación en el espacio.

Podemos pensar que un grupo de bailarines es como una sinfonía cuya primera definición es la de "voces e instrumentos que suenan juntos"; los cuerpos de los bailarines son los instrumentos y sus movimientos se convierten en voces, sonidos y ritmos. O lo podemos comparar con la música homofónica cuando se trata de un grupo de bailarines que danzan un mismo texto coreográfico, o con la música polifónica si cada bailarín tiene movimientos diferentes que son realizados con aparente libertad e independencia, pero que juntos forman un todo armónico. Visualmente también son grupos escultóricos que se suceden.

Pero, ¿de dónde surge esa sabiduría? Muchos dudan que se genere en ese instante, creen que el coreógrafo ha trabajado en soledad y que ha memorizado todo.

Eso es falso. El coreógrafo tiene una mente y un cuerpo que se han desarrollado en la música y en la danza, posee la facultad de imaginar variedades de movimiento que desarrolla en el tiempo creando un texto que tiene principio, desarrollo, clímax y final; en resumen, oye voces internas que lo guían y le dan órdenes en el momento de crear un texto coreográfico.





La danza como experiencia

de Lugo

Leer al filósofo estadounidense John Dewey a partir de mi experiencia, vivida en el ámbito de la danza durante más de 30 años, me ha permitido reconocer, en la profundidad de sus hallazgos, varios puntos coincidentes con la práctica cotidiana del quehacer dancístico.

La danza es una experiencia; la experiencia produce un conocimiento; aunque a veces no lo sepamos descifrar, es innegable que allí existe. Habrá conocimiento, pero no aprendizaje, y si no hay aprendizaje, no habrá conciencia del conocimiento.

Esta falta de conciencia de lo que se sabe, que permite identificar lo que se sabe, puede detener el proceso de crecimiento. La reflexión de la práctica hará sin duda una mejor práctica. La danza no debería ser mecánica, aunque a veces intencionalmente lo sea, pues de ser siempre así, se perdería la calidad de la misma. La continuidad de una experiencia significativa aporta cada vez nuevos elementos enriqueciendo el proceso, el tránsito a veces, haciendo del mismo viaje el fin en sí mismo.

En este sentido, esta idea de Dewey del aquí y del ahora nos ubica en el meollo del suceso escénico. Los ensayos, repeticiones o representaciones pueden convertirse en un hecho mecanizado si no se le otorga a este hábito la suma de nuevos entendimientos, si no se habitan nuevas captaciones.

Será necesario hacer del hallazgo un hábito, y del hábito una experiencia significativa, y de esta una reflexión profunda que redunde en un aprendizaje eficiente, que sin pretender ser fórmula, replantee nuevos procedimientos de nuestro trabajo creativo y teórico. Que al ser el arte una puerta al misterio de lo absoluto, la reflexión permita saber por qué algunas llaves la abren y otras no. ¿Dónde, pues, está el aprendizaje? ¿Cómo hacer del descubrimiento un aprendizaje?



Los ríos subterráneos de la danza

Patricia Cardona

La danza moderna y contemporánea mexicanas, así como el ballet clásico e incluso las danzas tradicionales, son producto de las migraciones de la tradición hacia el presente y las rupturas formales de usos y costumbres. La bailarina estadounidense Waldeen optó por México para comprometerse con el nacionalismo pos-revolucionario de principios del siglo xx. Ana Sokolow convivió con las fuerzas vivas y pujantes de los refugiados españoles en México. Xavier Francis eligió este territorio para seguir creciendo como artista. José Limón eligió Estados Unidos como escenario de vida. Cuando el siglo xx apenas amanecía, Hipólito Zybin, Nelsy Dambé y muchos otros maestros del ballet decidieron instalarse en territorio mexicano. Es más, desde la Colonia las sangres se

cruzan y los ríos subterráneos de horizontes, influencias y visiones no han dejado de correr. En múltiples ocasiones la raíz popular y tradicional ha sido recreada para someterla a nuevos cánones de expresión. De esta manera no sólo emergió el movimiento mexicanista de la danza moderna, sino la noción de ballet folclórico.

La danza mexicana está bordada de estas relaciones, con las que los territorios y sus culturas se funden en el cuerpo del bailarín. Éste es el cuerpo-territorio-patria que resuelve o evidencia los encuentros con el otro, ya sea para asimilarlos o para someterlos a una metamorfosis.





Pensar la transformación

Ko Murobushi

Tuve muchas mujeres. Cuando conocí a Hijikata quise morirme como una momia japonesa. Dije: "¡Madre!" y ella se apareció como una momia. Quise hacer el amor con mi madre-momia, pero se negó. Me desesperé y me dije: "Pobre Ko. Tendré que ayudarle a cumplir su deseo por mí mismo. Debo realizar este tabú a través de mi creación artística".

La gran pregunta, parafraseando a Marcel Duchamp: ¿El arte podrá ser otra madre? Generalmente los artistas no pueden hacer esta pregunta porque es muy simple, muy cercana al cuerpo, pero no pueden mentir. Por lo tanto, tampoco puedo ser responsable de mi cuerpo.

Entonces, ¿dónde está mi verdad? ¿En el cuerpo, en el espíritu? ¿O en la preconciencia, en el inconsciente, en la subconciencia o en la conciencia? ¿En mi identidad en movimiento, sólo en mi movimiento o en mi transformación entre Ko Murobushi-vegetal y Ko Murobushi-rizoma, entre Ko Murobushi y Ko Murobushi-kokoro? ¿Dónde está mi belleza? ¿Dónde, mi honestidad?

Pienso. Debo aparecer en la desaparición. Mi pensamiento debe aparecer con la desaparición. Mi danza, también. Mi vida, también.



Reflexiones sobre la relación danza-música en el contexto de la danza contemporánea

Joaquín López Chas

Es importante destacar la infinidad de recursos y procesos generados en la etapa posmoderna de la danza en razón de la relación entre música y danza. En este periodo se transformaron una serie de procedimientos habituales con la intención de generar nuevas alternativas, nuevos recursos y, por tanto, nuevas metáforas. Por ejemplo: se amplió el rol del coreógrafo y el del compositor, los coreógrafos crearon estructuras sonoras y los compositores, estructuras motrices; los bailarines rompieron su silencio sepulcral: generaron, ellos mismos, sus propias estructuras sonoras a partir de textos hablados y sonidos guturales y corporales (como en la danza primitiva). Asimismo cambió el rol pasivo del espectador, pues éste tuvo que generar la estructura sonora sobre la cual se baila. Se subvirtió el concepto de que la música debía ejecutarse únicamente con instrumentos occidentales convencionales, y se amplió el espectro a todo el campo de lo sonoro, y tomando en cuenta al "silencio".

En este contexto, las metáforas que alguna vez fueron originales son admitidas por el entorno cultural hasta convertirse en léxico común e incluso en clichés (metáforas muertas). Me pregunto entonces: de aquí a cien años, dados los avances de la tecnología, ¿cómo serán las relaciones entre la danza y la música?





Monterroso, ¿está ahí?

Carlos Chimal*

Un martes de 1974, después de las lluvias, fui a buscar oro. Y lo encontré en forma de chaneque, entre una docena de libros incunables, puestos ahí, con su propia mano, por Alfonso Reyes. Los libros hablaban de la historia de las palabras, del conflicto entre las palabras, de la tensión entre el sentimiento y el estilo que surgía en quienes las usaban para mostrar, entre otras cosas, cómo habían vivido y muerto por ellas. Estaba solo frente a la inmensidad del conocimiento almacenado en esa capilla Alfonsina, a punto de empezar a digerirlo con ayuda de las píldoras del doctor Monterroso.

Nunca lo había visto, excepto en el montaje fotográfico de Eduardo Torres (¡dos chaneques, dos Monterrosos, mirándose de frente!), que aparece en la cuarta de forros de *La oveja negra y demás fábulas*, y luego en la fotografía de Paulina Lavista para *Movimiento perpetuo*, los dos libros publicados por Joaquín Mortiz. Sabía que estaba a punto de conocer al Garrincha de las letras y el corazón me latía como cuando me aprestaba a taclear al corredor enemigo. Entonces pensé que nunca sería un mono hispanoamericano, esa especie que se expresa por escrito, como él la había caracterizado en *Movimiento perpetuo*, si en ese momento me salía de ese sitio con la cola entre las patas; si no mostraba las agallas (y el talento y la pericia) suficientes para encontrar lo que tenía que decir dentro del cómo que el expedicionario Monterroso estaba a punto de proponernos, cada martes, a la misma hora y en el mismo lugar, durante el año siguiente. Había que taclear a la mala literatura, al adjetivo empleado con exceso. Había que limpiar el campo de tramas ficticias y diálogos insulsos.

Esto era así porque, como dice W. B. Yeats en *El retorno de Ulises*, mientras más carga un poeta sus versos (y esto vale lo mismo para el narrador) de conocimiento heterógeno y análisis irrelevante, y "purifica" su mente con un arte retorcido, menos reflejan sus pequeños y rítmicos rituales el gran aquellere de la naturaleza. En ese momento escuché que alguien hojeaba un libro. Pensé que era él, nuestro tutor, que ya esperaba impaciente a los nuevos alumnos, tres becarios de cuento por el INBA. Entonces pregunté: "Monterroso, ¿está ahí?"

Años más tarde, él escribió: "En otro tiempo, todavía rodeado por los viejos volúmenes, me tocó dirigir en ella (la capilla Alfonsina) un taller de cuento, más bien de teoría literaria con el pretexto del cuento, y una vez por semana, como a las once de la mañana, acudía allí a enseñar algo que yo necesitaba aprender, lo que no dejaba de atormentarme los seis días anteriores" (*La letra e*, ERA, 1987).

Él vivía atormentado seis días y nosotros, al borde del diván. Para mí eran suficientes las bestialidades de los entrenamientos cotidianos. No necesitaba de un sicoanalista para zarandearme aún más y decirme todas las mañanas, frente a la página en blanco o, peor aún, salpicada de insensateces: "¡Despierta, pequeño hombrecito!" Las píldoras del doctor Monterroso eran amargas y eficaces, pues estaban preparadas con la raíz de una planta poco común: *rigor literario*.



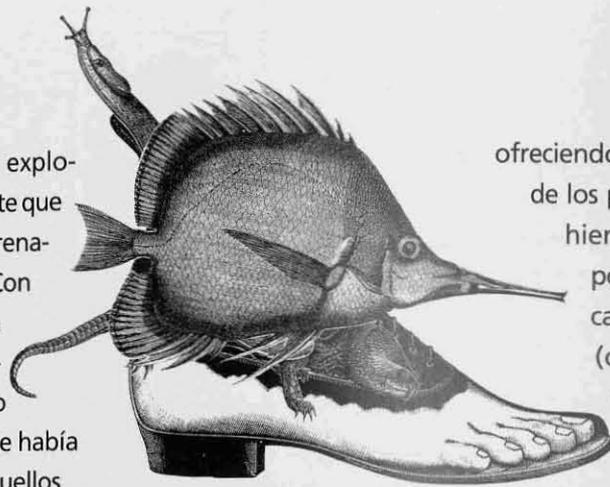
* Novelista y ensayista científico

La estrategia de *Tito*, el explorador, no era menos extenuante que las tres horas diarias de entrenamiento en el emparrillado. Con el casco y el barbiquejo bien ajustados, mascando tierra, recordaba yo lo que el sabio de San Blas, Eduardo Torres, le había confesado a *Tito* durante aquellos días del taller: "A todo poeta debería prohibírsele, por ley o decreto, publicar un segundo libro mientras él mismo no lograra demostrar en forma concluyente que su primer libro era lo suficientemente malo como para merecer otra oportunidad". Aun así, al cabo de las primeras semanas parecíamos enanitos febriles empeñados en merecer otra oportunidad, desesperados por mantener atado a un hombre inmenso que se despertaba, cada martes de cada semana, entre las páginas de los *Viajes de Gulliver* y *Don Quijote*.

Mi interés por los desafíos se vio renovado cuando un día de aquéllos nos enteramos de que él, junto con Juan José Arreola y otros escritores, habían instituido, allá por 1950, un premio de 25 pesos, moneda nacional, para quien fuese capaz de leer *El proceso* y de demostrarlo; o de releer las aventuras del joven Karl Rossman en *América* (las favoritas de *Tito*). También supimos de sus juegos con la obra más importante del siglo xx: *Finnegan's Wake*, de James Joyce, en los cuales participaban Salvador Elizondo y Ernesto de la Peña, entre otros.

Estaba claro que algunos de sus alumnos no dudábamos en lanzarnos al peligro y la aventura sin preocuparnos de las consecuencias. Entonces nos habló de los tres grados antes de empezar la fiebre y el periodo "convulsivo": no publicar, no escribir, no pensar. Luego hizo la cara de chaneque travieso que ponía cuando iba a decir una verdad balística: "Acuérdense de que también existen los que recorren este camino en sentido contrario: no pensar, escribir, publicar".

Durante ese año *Tito* realizó un legendario viaje junto con sus amigos Juan Rulfo y Julio Cortázar,



ofreciendo memorables lecturas a través de los países "detrás de la cortina de hierro". Nos deprimimos mucho por su ausencia, como el rayo que cayó dos veces en el mismo sitio (citado en *La oveja negra y demás fábulas*). Deseábamos con fervor que, cuando regresara y leyera nuestras historias abstrusas, al menos

reconociera nuestro esfuerzo por ser ranas auténticas. Queríamos que estuviera orgulloso de que, cuando llegara el momento de que nos arrancaran las ancas, el sabor de nuestra carne fuera inconfundiblemente de rana, no de pollo.

Para probar nuestra templanza batracia, nos presentó con Jorge Luis Borges, Gabriel García Márquez, Alejo Carpentier, Juan José Arreola, José Durand. Antes de darnos el certificado de autenticidad de ranas de zarzal, tuvimos que aprender a leer a Tito Lucrecio Caro, Catulo, Propertio, Ovidio, Virgilio, Dante, Cervantes, Swift, Keats, Kafka, Proust, Mann, Stein, Pirandello, Chéjov, Eliot, Pound, Shaw; a entender el significado de *Bartleby* y la humanidad detrás de él.

Un martes, alguno de nosotros le preguntó cómo hacer para ampliar nuestros horizontes literarios. Soñábamos con ser escritores de tiempo completo. *Tito* contestó algo así como: "Si están de acuerdo conmigo que el día tiene 16 horas útiles, les aconsejo que dediquen 12 a leer, dos a pensar y las dos restantes a no escribir, a no hacer nada".

Éramos el vivo retrato del artista adolescente, arrogante y avispado, y apenas esperamos el remate antes de abuchearlo. "Con el paso de los años", continuó, "procuren invertir ese orden, y entonces dediquen las dos horas para pensar a no hacer nada, pues con el tiempo habrán pensado tanto que su problema consistirá en deshacerse de lo pensado. También procuren agregar las dos horas de no hacer nada a las 12 de lectura, de manera que se conviertan en 14." Casi abandonamos el taller ese día. No había manera de pegarle a la novena monte-

roseana; *Tito* había bateado un nuevo cuadrangular sin herir una sola de las piezas y objetos que poblaban el pequeño museo que era entonces esa casa.

Cuando me gané el boleto para ausentarme del mundo bizarro todos los martes de un año escolar y sumergirme en el mundo fantástico de la capilla Alfonsina, cursaba yo el tercer grado de química farmacéutica y el segundo de letras hispánicas, ambas en la UNAM. Entonces le comuniqué a *Tito*, con orgullo, que gracias a él desertaría de toda academia vana y me dedicaría a escribir, día y noche. Me miró, compasivo, y me respondió: "Vas a cometer un grave error", pues ¿de qué iba a escribir dentro de no digamos ya unos años, sino en unos pocos meses? ¿Cómo habría de caracterizar a un profesionalista de la química, sin conocerlo? Ocultándome del mundo no sabría lo que significa ser un marino ni un empleado de banco ni una ama de casa. Por otra parte, ¿realmente había profundizado en la academia? ¿Era ciertamente vana o se trataba de una ilusión pueril, producto de un exhibicionismo galopante? Enumeró las tres fuentes de las que se alimenta la literatura: libros, conversaciones y viajes. Había que leer de todo y vivir con intención, so pena de convertirse en grafómano en busca de tema.

Otro martes nos advirtió que, por lo general, en el corazón de los escritores se alimentaba un sentimiento de inferioridad, pues siempre tenían la sensación de que el mundo de la literatura les quedaba grande; eran inseguros y, por tanto, envidiosos y susceptibles. Los elogios los atemorizaban y las críticas los sumían en la dulce mezcla del odio y la venganza (ridiculizar al crítico en una próxima novela, seducir a su novia), aunque al final se olvidaran de todo y se quedaran con el elogio resonando en sus oídos como una música, hasta su próxima aparición en público.

Agradecemos su franqueza y salimos al mundo. Fuimos a viajar, físicamente o con la imaginación. Años

después conocimos a su eterna compañera, la escritora Bárbara Jacobs. Visitarlos en el barrio de Chimalistac siempre fue un acontecimiento en mi vida. Juntos soñamos no sólo con bibliotecas de aula, sino con bibliotecas de celda, de mazmorra, de atarjea. Siempre acompañados con una infusión de yerbas frescas del jardín de la casa, repasábamos los mundos de Raimundo Lulio, Galileo y sus anagramas, Darwin y su estilo peculiar, Robert Herrick y su poesía natural, Samuel Pepys y su diario cifrado y develado; meditábamos sobre un palo de escoba y la cuestión irlandesa, por deferencia al deán de San Patricio en Dublín, séptimo hijo del reverendo Thomas Swift. Nos reíamos porque, lejos de ser *Tito* un roquero y artista heterodoxo del *underground*, un texto suyo había sido elegido por Yoko Ono para ser incluido en el libro en memoria de John Lennon, junto con otros de los más ilustres e imaginativos escritores del siglo xx.

Como hombre de letras, como universitario, *Tito* fue nuestro héroe. Un buscador de oro que dominó la literatura en movimiento y enseñó a otros a expresarse con economía y pulcritud.

El domingo nueve de febrero de 2003, casi 30 años después de haberlo conocido, caminé por el empedrado de Chimalistac siguiendo al sol en su ocaso. Ese día se rompía por primera vez un invierno crudo y miserable, dispuesto a arrebatarnos a toda niña, joven y adulto que osara atravesarse en su camino. Me acerqué a la casa de Bárbara y *Tito*. Nadie acudió a abrir, puesto que no toqué el timbre. Ya no habría, por ahora, más píldoras del doctor Monterroso. Regresé sobre mis pasos, tristes e inciertos, y me senté en una banca, sintiéndome de pronto jirafa, llorando y riendo, contento y enojado, comprendiendo que todo era relativo, excepto el pasado, y ése nos pertenecía a *Tito*, a Bárbara y a todos los que lo conocimos y llegamos a querer. Luego me levanté y me puse a caminar con las últimas líneas del sol a mis espaldas. ←



Ilustración: Ludwig Zeller, Chile

Germán Arciniegas, marinero de tierra firme

Óscar Iván Calvo Isaza*

Germán Arciniegas fue el primer escritor profesional en Colombia y el intelectual más influyente en la política de ese país durante el siglo xx. Abogado sin título universitario, periodista de oficio y político de ocasión, publicó medio centenar de libros dedicados a replantear, por medio de una aproximación heterodoxa a la historia, el problema de las relaciones entre el Nuevo y el Viejo Mundo. Su tesis fundamental, a partir de *El estudiante de la mesa redonda* y *América, tierra firme. Sociología*,¹ transformada y matizada en el curso del siglo, fue el origen americano de la modernidad, el descubrimiento de Europa a través de la joven América o, en otros términos, el carácter esencialmente liberador, dinámico y democrático de ésta respecto al temple conservador, estático y monárquico del viejo continente.

En breve, y para dejar en claro la posición del autor, Arciniegas fue el primer escritor profesional en Colombia porque, como ningún otro autor precedente, vivió cómodamente con el producto de los derechos de propiedad sobre una obra elaborada para un público lector amplio, a través de un conocimiento adecuado de los mercados editoriales de América y Europa. Él fue, también, el intelectual más influyente en la política de ese país sudamericano durante el siglo xx, pues, alejado de las lides políticas de su juventud, como escritor profesional contribuyó decisivamente a legitimar la retórica republicana de la burguesía, según la cual el sistema democrático es esencial a la nacionalidad colombiana. Con Arciniegas la invocación del pasado permitió hacer pasar por tradición inveterada la adhesión patria a las instituciones liberales, base para la autoafirmación política de la clase dominante, condensada en la frase "Colombia es una de las democracias más antiguas de América". Y esa retórica esencialista de la democracia,

amparada en la apropiación selectiva del orgullo republicano decimonónico, sería la alternativa nacionalista de la burguesía colombiana para conciliar el proyecto conservador hispanizante del siglo xix con el modelo liberal estadounidense en el siglo xx.²

El mérito indiscutible de Germán Arciniegas en el campo intelectual colombiano fue romper el cerco nacional para dar a conocer sus escritos en América y Europa. Su obra, leída en inglés, francés, italiano, alemán, húngaro, yugoslavo y polaco, trascendió la hispanidad, tan cara a su país, para proyectarse en Occidente y, por eso, con él la literatura colombiana se presumió por primera vez contemporánea: Arciniegas fue un "colombiano universal". Tal atribución —lugar común de la crítica literaria colombiana—³ parece a todas luces exagerada, pero vale preguntar cómo estas dos palabras, "colombiano" y "universal", tienen un significado concreto cuando apenas al despuntar el siglo xx su simple formulación resultaba un contrasentido aparente. Y aún más, si colegimos lo "universal" a la manera de un producto histórico, sujeto a procesos geopolíticos y competencias específicas en el campo intelectual, cuestionamos por qué fue posible para el escritor colombiano, en un momento dado, producir un discurso susceptible de ser acogido más allá del medio nacional, en América o incluso fuera del ámbito lingüístico transnacional, delineado por la disolución del imperio español en el siglo xix.

Para responder tales preguntas sería imprescindible contar con un estudio histórico riguroso sobre este autor colombiano. A pesar de la conversión del archivo y la biblioteca de Arciniegas en un fondo patrimonial de la Biblioteca Nacional de Colombia, aún no existe tal estudio y, en cambio, abundan las compilaciones (ensayos, correspondencia internacional, valoración de su obra, polémicas, discursos o entrevistas) cuyos méritos no logran disimular la falta de una cronología y una periodización precisa, puntos de partida indispensables para un ejercicio biográfico que nos revele al escritor "de cuerpo entero".⁴

* Profesor de historia en la Universidad Nacional de Colombia. Actualmente es estudiante del programa integral de maestría y doctorado en historia y etnohistoria de la Escuela Nacional de Antropología e Historia

Por lo pronto, con fuentes de información limitadas, menos pretensiones y páginas a la vista, en este escrito realizamos un seguimiento parcial del largo ciclo universitario de Arciniegas, su juventud si se quiere, marcada por la apropiación del programa de la Reforma Universitaria argentina en el periodo entre 1918 y 1932.

LA TRAMPA DE LA SABANA

Tanto para la vanguardia de los años veinte que rescató a José Asunción Silva de su ostracismo pecaminoso en el cementerio de los suicidas, como para los intelectuales colombianos de los cien años que siguieron a la intervención de Estados Unidos en Panamá, la Sabana de Bogotá fue y ha sido la trampa mortal de una nación condenada a la soledad, alejada de los océanos y separada por la cordillera de los Andes del ritmo vertiginoso del mundo. Y qué otra cosa se podía esperar, decían y dicen, de una república cuya Constitución política —aquella que resistió contra viento y marea desde 1886 hasta 1991— fue inspirada por Miguel Antonio Caro, un hombre que escribía en latín pero nunca conoció el mar. Romper el hielo del boato bogotano, iluminar la ciudad de la Santa Fe, despertar los sentidos de una Atenas ciega y sorda, atraer la brisa cálida del Caribe para disolver los nubarrones de los Andes, sería la odisea colombiana del siglo xx que cantó un marinero de tierra firme, Arciniegas, como más tarde lo harían Gabriel García Márquez y Carlos Vives.

Germán Arciniegas Angueyra nació en Bogotá en 1900 y murió en 1999, en el altiplano, atalaya en el centro del país que marca la frontera de los Andes colombianos con la extensa llanura selvática y los grandes ríos del centro de Sudamérica. Primogénito entre siete hijos de Rafael y Aurora, creció en el seno de un hogar liberal radical de clase media y fue influido de manera notable por su familia materna, integrada por revolucionarios cubanos emigrados a Colombia. Sus años formativos, los del cambio de siglo, fueron los de la Guerra de los Mil Días, cuyo fin precipitó la intervención de Estados Unidos en Panamá, el último fragmento del antiguo virreinato colonial que formó sobre el istmo el borrador de una nación. En la primera infancia Germán ingresó, como ya se estilaba en la época, a un jardín guiado por los métodos de enseñanza de Montessori y Fröbel. Más tarde estudió en dos instituciones laicas liberales, la Universidad Republicana y la Escuela del Comercio, de la cual se tituló como bachiller

para ingresar en 1920 a la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional.⁵

El activista estudiantil se forjó en los últimos años de la segunda década del siglo cuando la Reforma Universitaria de Córdoba anunció el advenimiento de la "hora americana". Desde 1918 o 1919 Arciniegas participó en las protestas de los estudiantes y comenzó su dilatada labor como periodista con la publicación, en el diario *El Tiempo*, de un artículo titulado "O educación o exámenes", en el que seguía una polémica suscitada en Medellín por el sistema de calificaciones. Allí publicó también, en 1920, su *opera prima* en una página editorial, a propósito del viaje que lo llevó a conocer el mar y traspasar por primera vez la frontera colombiana hacia Panamá. En 1921, ya como estudiante de la Universidad Nacional, fue delegado en el Primer Congreso Nacional de Estudiantes, y al menos desde ese año fungió como secretario de la Federación de Estudiantes, cargo que ocupó de manera ininterrumpida durante toda la década. Hacia esa misma fecha fundó la efímera revista *La Voz de la Juventud*, medio publicitario del movimiento, y publicó —con el alias de *León Gazeira*— el libelo *Harmonías esfumadas*, sus primeras y últimas letras tocadas por el soplo divino de la musa.⁶

En abril de 1923 llegó a manos de José Vasconcelos un telegrama de Germán Arciniegas con la notificación de su designación por los estudiantes como "maestro de la juventud" de ese año, y en mayo Vasconcelos le respondió con su famosa "Carta a la juventud colombiana", manifiesto de corte arielista que circularía profusamente por las prensas de América latina. Con esta carta los estudiantes colombianos se reafirmaron como parte de la misión compartida de dar vida a "la primera raza universal", porque, como les recordaba el "maestro", estos "tiempos son de lucha, y los jóvenes colombianos no están solos en la cruzada moderna".⁷

Los periódicos liberales *El Tiempo*, dirigido por Eduardo Santos, y *El Espectador*, por Luis Cano, se habían convertido, en los años veinte, en los principales centros de sociabilidad política de la burguesía bogotana. La mesa de redacción de *El Tiempo*, adonde acudía asiduamente Arciniegas, le permitió estar al tanto del acontecer político y, a través del telégrafo, compartir información para orientar rápidamente el movimiento, coordinar, ofrecer o demandar la solidaridad de sus compañeros y de la opinión pública a escala nacional e internacional. El periódico

co fungió, según Arciniegas, como tribuna pública del estudiantado:

El Tiempo fue nuestra trinchera contra la universidad anquilosada, el aviso de nuestras fiestas carnalescas, la ventana a donde se asomaba cada año y hacía su aparición la nueva reina de los estudiantes. En [las facultades universitarias, en] Santa Clara, en La Candelaria, en Santa Inés nos enfrentábamos a los profesores. En *El Tiempo* afirmábamos nuestra segunda universidad.⁸

En la tertulia de las imprentas convergían, además de la bohemia literaria de *Los Nuevos*, los profesores universitarios, cuya aproximación a los saberes sobre el ser humano constituyó una matriz de interpretación –legitimada por la ciencia experimental– sobre la “cuestión social” en la primera posguerra. En la casa de *El Tiempo*, como en la propia universidad, Arciniegas se acercaría a los protagonistas de los palpitantes debates intelectuales difundidos por la revista *Cultura* de Luis López de Mesa y, entre ellos, a dos destacados polemistas liberales dedicados al estudio de los problemas de la infancia y la juventud: el médico Jorge Bejarano, cabeza visible del grupo de galenos que pugna por la popularización de la acción profiláctica de la higiene, y el pedagogo Agustín Nieto Caballero, líder del movimiento de la Escuela Activa, que abanderaba la lucha por la reforma educativa en Colombia.

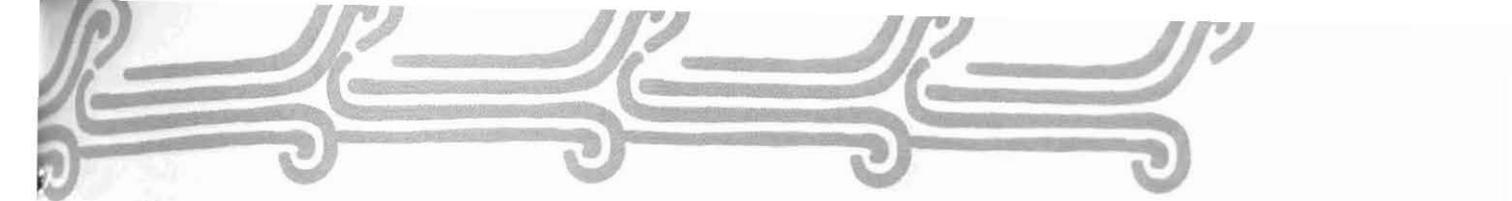
En 1920, los estudiantes universitarios habían convocado a una serie de conferencias en las que se debatió la tesis racialista del siquiatra conservador Miguel Jiménez López sobre “la degeneración colectiva en Colombia y los países similares”. Para rebatir esa tesis, Jorge Bejarano afirmó en sus conferencias que la historia de una nación determina la formación de los sujetos, velada invocación del utilitarismo de Jeremías Bentham, sobre la cual volvería Arciniegas en *América: tierra firme*, para explicar en términos muy burdos la ruptura de la sociología con la filosofía de la historia, y de la historia y la antropología con la sociología.⁹ El llamado “debate sobre la degeneración de la raza” siguió así una inflexión que se venía gestando en diversos puntos de América latina a partir de una apropiación selectiva de diversos saberes y prácticas científicas modernas: los colombianos no eran “seres degenerados” por una disposición innata, sino por las condiciones del

medio ambiente en que se desarrollaban sus organismos luego de nacer, en las etapas evolutivas que llevan de la infancia a la madurez; el problema no estaba en la degeneración del pasado o en la regeneración del presente, sino en la generación del futuro.¹⁰

El programa de los estudiantes colombianos en la primera mitad de los años veinte fue más o menos el mismo de los movimientos de la reforma universitaria en Argentina, Perú y Cuba: libertad de cátedra, revisión del sistema de exámenes, libertad de asistencia, actualización de los programas, autonomía administrativa y participación de estudiantes y maestros en el gobierno de la universidad.¹¹ Pero más que gremial o social, la Federación de Estudiantes Colombianos fue una organización con una clara filiación partidista y sus demandas se expresaron fundamentalmente como parte de la oposición liberal al régimen conservador que gobernaba el país desde 1886.

Así, cuando nos preguntamos cómo se americaniza lo colombiano y se nacionaliza lo latinoamericano, debemos inicialmente destacar algo muy obvio: la reforma de la universidad se articuló con preocupaciones ya existentes en cada país, y aunque agregó otras pocas, su mérito original fue homogeneizar el arsenal retórico para convertir las causas locales en una lucha común de todo un continente, el joven –¡el Nuevo Mundo al que dedicó Arciniegas cincuenta y tantos libros!–, supuestamente destinado a salvar la especie humana de la decrepitud y degeneración europea anunciada por la guerra. Con los materiales provistos por el debate continental, los liberales trabajarían en la célebre fábrica intelectual dedicada a manipular el significado de lo “viejo” y lo “nuevo”, lo “tradicional” y lo “moderno”, lo “oscuro” y lo “claro”, lo “estático” y lo “variable”, fábrica cuya propiedad comparten con los conservadores, compañeros inseparables en la tenaz empresa política de construir una sociedad fundada en la ficción de la división entre partidos, capaz de reproducirse a sí misma ocultando las relaciones sociales, pero poco eficaz para prohiñar formulas efectivas de identidad entre Estado y nación.¹²

En la revista *Los Nuevos*, de 1925, se aprecia la gestación de la vanguardia que se propuso “enterrar a los muertos” y su “marasmo cansado y gris”, e imponer movimiento al “estancamiento espiritual que hace de Colombia una charca de aguas profundamente dormida sobre el fondo viscoso del romanticismo”.¹³ En *Los Nuevos*, impresa en la tipografía Ariel de Bogotá, Arciniegas colaboró al lado



de la crema y nata de la literatura y la política colombianas de la primera mitad del siglo xx: Rafael Maya, Felipe Lleras, Augusto Ramírez Moreno, Alberto Lleras, León de Greiff, Silvio Villegas, Eliseo Arango, José Mar, Jorge Zalamea, José Enrique Gaviria, Francisco Umaña Bernal, Luis Vidales, Manuel García Herreros y Abel Botero. El grupo de *Los Nuevos*, cuyo antecedente inmediato fue la bohemia socialista del café Windsor, adonde acudían también Ricardo Rendón, Luis Tejada, Gabriel Turbay y Jorge Eliécer Gaitán, intentó romper con el ambiente parroquial del país, pero terminó felizmente plegada al sistema partidista. Su logro sería iniciar, en juego con este sistema, una empresa cultural que ocuparía buena parte del siglo xx colombiano: descongelar la Sabana de Bogotá y extirpar la ciudad conservadora de Miguel Antonio Caro.

Para explicar el "efecto invernadero" de la Sabana no bastaría sólo el movimiento de la bohemia de la época, las danzas sensuales, las inyecciones de morfina, el jazz, el surrealismo, el anarquismo ni el socialismo; tampoco bastaría el trabajo ingente de los educadores, higienistas y urbanistas en la transformación racional del ambiente urbano. Desde los años del cambio de siglo se estaban obrando modificaciones profundas en la estructura social y económica colombiana que facilitaron la integración progresiva con la economía capitalista, la ampliación del mercado interno y la formación de una estructura de clases moderna; el creciente flujo de capitales, fruto de la actividad exportadora-importadora, basada en la monoproducción del café, fortaleció a Bogotá como centro financiero –y en menor medida industrial– del país, fomentó la urbanización de nuevos sectores de la Sabana, la especialización del espacio urbanizado y el crecimiento de la población por efecto de las migraciones del campo a la ciudad. Pero, de vuelta, estas causas –esquemáticas al extremo por nosotros– no permiten entrever cómo los intelectuales de la vanguardia comprendieron y dotaron de sentido el proceso de cambio que se verificaba en los años veinte. A despecho de la autoproclamada novedad juvenil de la época, el esfuerzo de los intelectuales por condenar al olvido los vestigios insepultos del Viejo Mundo sólo fue posible a través de un ejercicio histórico y por medio del diálogo entre sujetos de diferentes edades y generaciones.

En el mismo año fundacional de *Los Nuevos* se publicó por primera vez en Bogotá la novela *De sobremesa*, cuyo

manuscrito permaneció inédito durante casi tres décadas después de la muerte de José Asunción Silva, hoy poeta nacional de Colombia. En Colombia, la obra del autor del mil veces imitado "Nocturno", ya inmortalizado como "precursor" del modernismo en Hispanoamérica, pasó de los papeles periódicos a los libros sólo en los años veinte, cuando fueron publicados *El libro de versos*, *De sobremesa* (1925) y *Prosas* (1926). La vanguardia tendría como verdadera obsesión conocer por qué se mató el poeta y pretendería encontrar en sus escritos la respuesta a esa pregunta. La interpretación de principios de siglo sobre "el caso Silva" consistió en atribuirle una sensibilidad exasperada, estimulada por la lectura de "malos libros", síntoma evidente de locura y depravación moral. Pero en los años veinte dejó de ser un caso clínico y Silva ya no fue considerado un poeta degenerado, sino una víctima del ambiente gris de la Sabana. El campo científico y el campo intelectual llegarían por diferentes caminos a una misma conclusión: a partir del debate "sobre la degeneración de la raza" se concluiría que los colombianos no están intrínsecamente degenerados, sino limitados en su desarrollo por un ambiente hostil; con el debate sobre el "caso Silva" se descartaría cualquier atisbo de locura y surgiría la imagen canónica del siglo xx colombiano: Bogotá mató a Silva.¹⁴

"La capital de Colombia es uno de los ambientes más propicios a la locura", no se cansaría de repetir Baldomero Sanín Cano, amigo íntimo del suicida y responsable de la difusión internacional de la obra silviana.¹⁵ Él fue el maestro, sin comillas, de Germán Arciniegas, el mediador entre Silva y la vanguardia, entre el modernismo y la vanguardia, y no menos importante, el mediador entre la literatura colombiana y la literatura universal en las primeras décadas del siglo xx. Sanín Cano dominaba siete idiomas, leía, comentaba o traducía las novedades literarias europeas y estadounidenses –fue el introductor en Colombia, entre otros autores, de Friedrich Nietzsche–, y en fin, se imponía el ejercicio de una crítica literaria cosmopolita. Tras su periplo europeo, radicado intermitentemente en Buenos Aires desde 1925 como periodista de *La Nación*, su colaboración fue fundamental para el proyecto editorial dirigido por Arciniegas al mediar la década: los Talleres de Ediciones Colombia, ubicados en una casa del barrio Santa Bárbara –"el mesón de La Loma", epicentro de *El estudiante...* y sede de la efímera sección bogotana de la APRA–,

donde se publicaba la revista *Universidad* y una selección de autores colombianos y latinoamericanos. La revista con asiento en La Loma fungió como segunda casa de *El Tiempo*, como luego lo harían la *Revista de las Indias* y la *Revista de América*. En ella trabajaron los intelectuales que, en cabeza del maestro Sanín Cano y el estudiante Arciniegas, formarían el cenáculo personal de Eduardo Santos (presidente de Colombia entre 1938-1942): los periodistas Hernando Téllez y Roberto García Peña, y el economista Carlos Lleras Restrepo (presidente entre 1966-1970).

Arciniegas se dedicaría desde sus Talleres a "ventilar" a toda costa el enloquecedor "clima" mental y cultural de la Sabana: haría circular *La Universidad del Porvenir* del "maestro" José Ingenieros, y otras obras argentinas como *La Universidad de La Plata*, de Joaquín González y *La Universidad Nueva*, de Alfredo Palacios. De la mano de Sanín Cano las divisiones se desvanecían: los nuevos aparecerían mezclados con los viejos, la vanguardia con el modernismo, los liberales con los conservadores. Allí tendrían eco tanto los colaboradores hispanoamericanos Leopoldo Lugones, Víctor Raúl Haya de la Torre, Gabriela Mistral, José Vasconcelos, José Santos Chocano, Juana de Ibarborou, Horacio Quiroga, Carlos Pellicer, Julio Garmendia, Arturo Uslar Pietri, Xavier Villaurrutia y Mariano Picón Salas, como los colombianos Rafael Maya, Alfonso López Pumarejo, Porfirio Barba-Jacob, José Antonio Osorio Lizarazo, José Umaña Bernal, Jorge Eliécer Gaitán, Tomás Rueda Vargas, Luis López de Mesa, Silvio Villegas, León de Greiff, Tomás Carrasquilla, Armando Solano y Guillermo Valencia.¹⁶

Y, claro, Arciniegas trajo también a cuento al redivivo impenitente José Asunción Silva, de quien publicó un libro, *Prosas* (1926), y la saga de poemas inéditos "Intimidades" (1928), acompañados por una ingente campaña para inmortalizar en el mármol su egregia figura y por la ineludible proclama de Sanín Cano: "Bogotá no es un campo favorable al desenvolvimiento total de la inteligencia".¹⁷ Luz, aire, baile, cuerpo, risa, sensualidad, embriaguez y alucinación, fueron las apuestas de Silva en *De sobremesa* contra el sistema de cortesanía señorial y, también, la estrategia política acogida por Arciniegas en su lucha por saltar la trampa de la Sabana en el ocaso del régimen conservador. Pese a algunas protestas con discursos incendiarios, los estudiantes pactaron por arriba,

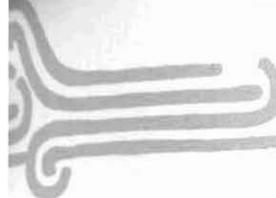
durante los años veinte, con sus profesores, los presidentes de la república, aplazando cualquier reforma de la universidad. La lucha política de los estudiantes bogotanos se verificó, en cambio, con mayor vehemencia, a través de la conversión de la fiesta de los estudiantes en el carnaval de Bogotá. Cada año la ciudad escogía a la reina de los estudiantes mediante la compra de votos. Con ella a la cabeza se iniciaba el carnaval con desfiles de carrozas, bailes y borracheras colectivas que terminaban con el entierro simbólico del rey Momo en el cementerio de Bogotá —eventos comentados asiduamente por la revista ilustrada *Cromos*, las páginas sociales de los periódicos capitalinos y la propia revista *Universidad*.¹⁸

Arciniegas recordaría, o quizás sólo simbolizaría en *El estudiante...*, su lucha dionisiaca contra la "atmósfera sombría" de Bogotá a través del robo del cuerpo de Momo:

El dios del Carnaval se balanceaba, camino del cementerio, después de tres días de borrachera y carcajadas. La luz de las antorchas, el hipo de los acordeones, las calaveras y el crespón, ponían sobre la ciudad un toque sombrío y macabro. Momo, con los ojos apagados, no se acordaba ya de quiénes lo habíamos cargado en la fiesta con festones de serpentinas y serpentinas de canciones. Entonces nosotros —robadores de genios—, rompiendo los círculos del cortejo, agarramos al dios por los cabellos, lo metimos en un automóvil y desaparecimos en la confusión de la noche. La ciudad quedó perpleja. Se desmayaron las oraciones fúnebres, que esperaban de pie sobre la tumba abierta [...] El Carnaval no podía morir para nosotros. Con su levita roja y su cuello de cartón, sus piernas de trapo y su vientre de paja, el Carnaval —¡nadie lo supo!— ¡estaba con nosotros en la capilla de La Loma!¹⁹

¿Era Momo o Silva? La restitución simbólica de Silva iniciada en los años veinte fue coronada en 1930, el mismo año del ascenso del Partido Liberal a la presidencia de la república, con la exhumación de sus restos del cementerio de los impenitentes y su conducción al altar de la patria en el cementerio de Bogotá.

A todas éstas, en 1930 el dirigente universitario no se encontraba en Bogotá. Después de la quiebra de los Talleres de Ediciones Colombia, Arciniegas había saltado en 1929 la trampa de la Sabana, y por primera vez,



del otro lado del Atlántico, recorría febrilmente, como Silva en *De sobremesa*, las metrópolis europeas. ¿Cómo llegó allí? ¿Estaría huyendo del ambiente gris de Bogotá o de la represión oficial? En 1929 el presidente –y profesor universitario– Miguel Abadía Méndez (1926-1930), acorralado por los efectos de la crisis económica mundial, negociaba con los dirigentes liberales una salida para preservar el orden constitucional y detener la movilización de las clases medias, gestada por los estudiantes el 7 y el 8 de junio. Como en las movilizaciones estudiantiles anteriores, el problema se resolvió directamente con el profesor, el presidente de la república, cuando éste se comprometió a destituir a ciertos funcionarios impopulares y a conceder la participación de algunos liberales en su gobierno, sin discutir la plataforma de Reforma Universitaria aprobada por el congreso estudiantil a finales de 1928.²⁰

En *El estudiante...*, cuando, después de ocho siglos de trasegar desde Europa hasta América, Arciniegas evocó finalmente la lucha de los estudiantes latinoamericanos contra el Viejo Mundo, en Perú contra Leguía, en Venezuela contra Gómez, en Cuba contra Machado y en Colombia contra Abadía, olvidó comentar un pequeño detalle: él, a diferencia de Víctor Raúl Haya de la Torre, Rómulo Betancourt y Julio Antonio Mella, no fue condenado al exilio, sino nombrado por el profesor Abadía como secretario de la legación colombiana en Londres. Y, menudo detalle, lo llamó porque allí en Europa, como funcionario del gobierno conservador y luego del bipartidista presidido por los liberales, escribió éste, su primer libro, en el cual intentó forzar –¡que ironía!– su peregrina idea sobre el papel revolucionario de los jóvenes (estudiantes de vanguardia) en la historia de la humanidad, primer esbozo de su tesis acerca del origen americano de la modernidad.²¹

El éxito del libro no se hizo esperar, y *El estudiante...* alcanzó cuatro ediciones en cinco años (la príncipe española –1932–, una colombiana –1933– y dos chilenas –1936 y 1937–). Pero a su regreso de Londres, ya consagrado por su beligerancia publicitaria a favor de la reforma, absolutamente nada se había adelantado en Colombia sobre la cuestión universitaria. Por eso Arciniegas fue encargado en 1932 por el Partido Liberal de exponer y defender el proyecto de reforma como “representante” de los estudiantes en el Legislativo. Sin embargo, su proyecto de Uni-

versidad Colombiana fue rechazado, y sólo tres años después, en consideración de un proyecto paralelo, la Universidad Nacional de Colombia alcanzó una relativa autonomía académica y administrativa, la unificación de las facultades hasta entonces dispersas y la construcción de la Ciudad Universitaria durante el primer gobierno de Alfonso López Pumarejo (1934-1938).²²

En el curso de la década de los treinta, Arciniegas se dedicaría a la docencia universitaria y a la actividad parlamentaria. Publicaría *Memorias de un congresista* (1933) y *Diario de un peatón* (1936), fundaría con Eduardo Santos la *Revista de las Indias* (1936) y dirigiría *El Tiempo* (1937). De sus clases en la Facultad de Derecho extractaría el libro *América, tierra firme. Sociología*, en el que mostraría su asimilación superficial del relativismo cultural anglosajón durante su estancia en Europa, y volvería a llover sobre mojado –y a pisar en falso– en una de las polémicas partidistas más agrias de la historia colombiana desde la época bolivariana: ¿existe una moral natural o toda moral humana es contingente e histórica?²³

La consagración internacional de Arciniegas –y ésta es otra historia– llegó a partir de 1939, cuando Stefan Zweig le abrió las puertas de la industria editorial estadounidense. En este periodo, dilatado hasta la década de los setenta, Arciniegas se alineó con la política de la Guerra Fría de Estados Unidos y fungió como paladín de la democracia y del panamericanismo en su peregrinar por el orbe; entonces publicó *Entre la libertad y el miedo* (México, 1952) –con más de diez ediciones en inglés y español durante la década de los cincuenta–, folletín cuya lectura familiarizó a la opinión pública de Europa y Estados Unidos con las “dictaduras tropicales” de América latina.²⁴ Ya consagrado, luego de combatir desde el exilio la dictadura militar de Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957) en Colombia, su obra sufriría una inflexión que se prolongaría hasta su muerte. Arciniegas nunca renunció a su tesis sobre la génesis americana de la modernidad, pero desde los años setenta España dejaría de ser la bestia negra de todas sus historias y, animado por la transición a la democracia en la península, iniciaría su lento retorno a la madre patria para ser entronizado, en 1992, como uno de los autores oficiales en las fiestas conmemorativas del quinto centenario del descubrimiento de América. ←

NOTAS

- 1 [Madrid, 1932] Sudamericana, Buenos Aires, 1971, y Ercilla, Santiago de Chile, 1937. Vale hacer notar que los temas insinuados allí por el autor serían desarrollados en sus libros durante las siguientes décadas.
- 2 Aquí seguimos la lectura crítica de Rafael Gutiérrez Girardot sobre Arciniegas, aunque ampliamos y revisamos su horizonte de interpretación histórica a la luz de los conocimientos actuales ("La literatura colombiana en el siglo xx", en *Manual de historia de Colombia*, vol. III, Procultura, Bogotá, 1982, pág. 505).
- 3 Afirmación repetida una y otra vez como criterio valorativo fundamental para la compilación de su obra. Al respecto véanse los prólogos de los libros citados en la nota siguiente.
- 4 Esta valiosa labor de compilación se debe fundamentalmente al crítico colombiano Juan Gustavo Cobo Borda, que elaboró las primeras y poco afiladas cronologías con base en los testimonios orales del escritor nonagenario. Cobo Borda ha publicado *Arciniegas de cuerpo entero... Una visión de América. La obra de Germán Arciniegas desde la perspectiva de sus contemporáneos*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1990; *América, tierra firme y otros ensayos*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1990; *América es otra cosa*, Intermedio, Bogotá, 1992; *América ladina*, FCE, México, 1993. Tal labor ha sido complementada por Roberto Esquenazi-Mayo con la edición de *Experiencias de toda una vida: cartas de Germán Arciniegas*, Society of Spanish and Spanish-American Studies, Boulder, 1997.
- 5 César Tiempo, "40 preguntas a Germán Arciniegas", pág. 50, y Antonio Morales Rivera, "Los escritores no tienen tiempo", pág. 70, entrevistas compiladas en J. G. Cobo Borda, *Arciniegas...*
- 6 G. Arciniegas, "Cómo me hice periodista", en *ibid.*, pág. 405.
- 7 Carta dirigida a Germán Arciniegas, México, 28 de mayo de 1923, en *ibid.*, pág. 120. Véase también un breve comentario sobre su consagración como "maestro de la juventud" en J. Vasconcelos, *Memorias II. El desastre. El proconsulado*, FCE, México, 1982, págs. 117-121.
- 8 "Apuntes para una biografía de *El Tiempo*", en Eduardo Santos, *La crisis de la democracia y El Tiempo*, Gráfica Panamericana, México, 1955, págs. 221-222.
- 9 Págs. 15-48. Aunque la elaboración teórica de Arciniegas es mediocre, por no decir nula, anotamos la posición en que se sitúa el autor en el contexto de las ciencias sociales. Si bien él es más divulgador que sociólogo o historiador, como anota Rafael Gutiérrez Girardot en "La literatura...", pág. 505, esta constatación resulta superflua si se examina—desde la sociología y la historia, hoy—su contribución en la fundación de algunas de las primeras instituciones nacionales de las ciencias sociales en Colombia: el Museo de Arte Colonial, el Instituto Etnológico Nacional, el Museo Nacional y el Instituto Caro y Cuervo.
- 10 Jorge Bejarano, "Quinta conferencia", en Luis López de Mesa (comp.), *Los problemas de la raza en Colombia*, Talleres Litográficos de *El Espectador*, Bogotá, 1920. Una arqueología completa de este debate desde la óptica del saber y la práctica pedagógicas puede consultarse en el segundo volumen del trabajo de Javier Sáenz Obregón et al., *Mirar la infancia: pedagogía, moral y modernidad en Colombia, 1903-1946*, Colciencias/Foro Nacional por Colombia/Unianandes/Universidad de Antioquia, Bogotá, 1997. Otra lectura a partir del cuerpo como centro de intervención discursiva de la higiene está en Zandra Pedraza, *En cuerpo y alma: visiones del progreso y la felicidad*, Uniandes, Bogotá, 1999, págs. 107-196. Nuestra visión desde la perspectiva urbana y de las prácticas sociales de los grupos populares: Óscar Calvo y Marta Saade, *La ciudad en cuarentena: chicha, patología social y profilaxis*, Ministerio de Cultura, Bogotá, 2002, pág. 49 y ss.
- 11 Jaime Jaramillo Uribe, "El proceso de la educación en Colombia", en *Manual...*, pág. 329.
- 12 Daniel Pecaut, *Orden y violencia, Colombia 1930-1954*, vol. I, Cerec-Siglo XXI, Bogotá, 1987, págs. 17-21.
- 13 Fragmentos citados por J. G. Cobo Borda, "Los Nuevos y Jorge Zalamea", en *La tradición de la pobreza*, Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1980, pág. 74.
- 14 A pesar de la abundante producción crítica sobre el bardo, hacen falta trabajos con un valor genuinamente histórico. La biografía más completa sobre el periplo europeo de Silva—y la única a la que, acaso, se puede atribuir un método histórico—es de Ricardo Cano Gaviria, *José Asunción Silva: una vida en clave de sombra*, Monte Ávila, Caracas, 1992; la más penetrante y sugestiva es de Fernando Vallejo, *Chapolas negras*, Alfaguara, Bogotá, 1995; otra biografía muy bien documentada pero parcial al extremo es la de Enrique Santos Molano, *El corazón del poeta*, Planeta, Bogotá, 1996.
- 15 "La muerte de Silva", *El Espectador*, abril 11 de 1920, pág. 1. Citado por Enrique Santos Molano, *op. cit.*, pág. 940.
- 16 Andrés Muñoz, "Germán Arciniegas, diplomático y escritor, historiador y estudiante", pág. 26; Abelardo Forero Benavidez, "Germán Arciniegas", págs. 36-37; J. G. Cobo Borda, "Las revistas de Arciniegas", págs. 163-164, en J. G. Cobo Borda, *Arciniegas...*
- 17 La misma afirmación se repetirá sin cesar en los siguientes años, incluso por los comentaristas extranjeros. Aquí apuntamos su génesis social, pero queda la larga tarea de seguir con detenimiento su influencia en los críticos de la obra de Silva (B. Sanín Cano, "Una consagración", *Universidad*, núm. 106, noviembre 8 de 1928, en José Asunción Silva, *Poesía y prosa*, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1979, pág. 442). Véase el reclamo de inmortalizar a Silva en el mármol: Armando Solano, "José Asunción Silva", *ibid.*, págs. 433-437.
- 18 G. Arciniegas, *El estudiante...*, pág. 202.
- 19 *Ibid.*, págs. 227-228. Vale reiterar que Sanín Cano fue el introductor de Nietzsche en Colombia. La lectura heterodoxa del *Origen de la tragedia* (véase, por ejemplo, el ya citado texto de Sanín Cano, "Una consagración", pág. 439), permitió identificar frugalmente lo apolíneo y dionisiaco con la transición de la "Atenas suramericana" de la regeneración a la república liberal.
- 20 Y publicado por la revista *Universidad*, núm. 116, enero de 1929. La plataforma, transcrita en J. Jaramillo Uribe, *op. cit.*, pág. 330, es casi la misma pregonada desde Córdoba y apropiada por los estudiantes durante la década. Véase *supra*, nota 13.
- 21 G. Arciniegas, *El estudiante...*, págs. 196-200.
- 22 G. Arciniegas, *La universidad colombiana* [proyecto de ley y exposición de motivos], Imprenta Nacional, Bogotá, 1932. La ley aprobada por el Congreso fue la 68 de 1935, Orgánica de la Universidad Nacional (J. Jaramillo Uribe, *op. cit.*, págs. 331-333).
- 23 G. Arciniegas, *América, tierra...*, págs. 15-48.
- 24 G. Arciniegas, *Entre la libertad y el miedo*, Editorial Cultura, México, 1952. Para un buen ejemplo de la estrecha relación de Arciniegas con Estados Unidos, véase el cruce de cartas con George Bush sr., "Bush exalta la vida y obra de Germán Arciniegas", en J. G. Cobo Borda, *Arciniegas...*, págs. 410-413.

La India de Octavio Paz¹

Fabienne Bradu*

Para muchos de nosotros, amigos y lectores de Octavio Paz, la India es un país que primero descubrimos en la obra del poeta. Y si hoy seguimos atraídos y fascinados por este subcontinente, gran parte de la culpa la tiene Octavio Paz.

Su estancia en la India fue "una educación sentimental, artística y espiritual", dice él en *Vislumbres de la India*. "Su influencia puede verse en mis poemas, en mis escritos en prosa y en mi vida misma". Más que una influencia libresca, la India selló su vida hasta tal punto que no vaciló en escribir: "Fue un segundo nacimiento". Conjunción del azar y del destino, la fórmula sintetiza la visión que tiene Paz de su propia vida, de la creación poética y de ciertos resortes de la historia, así como nombra el lugar donde, más que ningún otro, se le ofreció la conjunción que indistintamente expresa como "reconciliación" (*El mono gramático*) o renacimiento (*Vislumbres de la India*). "Fue un periodo dichoso [recapitula a más de 40 años de distancia] sobre todo, allá encontré a la que hoy es mi mujer, Marie-Jo, y allá me casé con ella". Pero antes de ahondar en el balance final, la gran suma de experiencias vitales y poéticas, rehagamos, junto con Paz, sus primeros pasos por la India en una madrugada de noviembre de 1951, poco después de que el *Battery* atracara frente al puerto de Bombay.

En efecto, 11 años antes de la estancia decisiva como embajador de México, Octavio Paz se asomó durante unos meses (1951-1952) al vértigo de mundo que la "madre India" descubre a los ojos del visitante, como un vislumbre del caos original y como si una civilización pudiera ser todavía la vulva abierta del cosmos. Octavio Paz venía de París, "una ciudad en donde la medida rige con el mismo imperio, suave e inquebrantable, los excesos del cuerpo y los de la cabeza". Aunque allí su trato más asiduo hubiese sido con los surrealistas, únicos sobrevivientes de la imaginación libertaria entre la intelectualidad sartreana y estalinista de la posguerra, Paz arribaba de un mundo de

medida, de ordenada transparencia y de geometrías haussmanianas. En el preámbulo de *Vislumbres de la India*, Octavio Paz se empeña en recrear su primer día en Bombay a partir de una enumeración caótica: una pura acumulación de imágenes en párrafos apretados y espaciados entre sí por unos blancos que semejan vacíos de pensamiento, una suspensión de toda tentativa de reflexión sistemática, que calcan de manera inmejorable el primer contacto de un extranjero con la India. Cuando la primera noche se cerró sobre el hervidero de visiones, Paz le pidió amparo a un árbol para recapitular los sucesos del día:

Me senté al pie de un gran árbol, estatua de la noche, e intenté hacer un resumen de lo que había visto, oído, olido y sentido: mareo, horror, estupor, asombro, alegría, entusiasmo, náuseas, invencible atracción. ¿Qué me atraía? Era difícil responder: *Human kind cannot bear much reality*. Sí, el exceso de realidad se vuelve irrealidad pero esa irrealidad se había convertido para mí en un súbito balcón desde el que me asomaba ¿hacia qué? Hacia lo que está más allá y que todavía no tiene nombre.

Es asombroso cómo, desde el recuento del primer día, Paz anticipa algunos de los temas esenciales de su poesía contemporánea del periodo hindú: la interpelación de todos los sentidos para aprehender el mundo —"le dérèglement de tous les sens" que pretendía Rimbaud— y que, poco a poco, sobre todo en la segunda y prolongada estancia, lo conducirá a una afortunada fusión entre el yo y la naturaleza; estrechar, hasta lo imposible, la distancia entre las palabras y las cosas; el exceso de realidad que, tras el aparente caos y una primera sensación de extrañeza extrema, comienza a hacerle intuir que su percepción desbordará los cauces de la razón y del conocimiento, y lo llevará hasta el ojo de un huracán donde las dualidades violentamente contrastadas se aniquilan y los tiempos coinciden en uno solo: el presente perpetuo de la poesía.

También se advierte que, desde ese primer día, y diría de un modo inconsciente o intuitivo, Paz pide amparo a

* Doctora en letras romances por la Universidad de París. Investigadora del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM desde 1979

¹ Texto leído en un homenaje a Octavio Paz en el Museo de Arte Moderno de Nueva Delhi, en octubre de 2002.

los árboles de la India. Años después, en "Cuento de dos jardines", la misma petición se precisa: "Nosotros le pedimos al *nim* que nos casara". Recordemos asimismo "La higuera religiosa" o un singular y breve poema de *Ladera este*: "Dónde sin quién", que encierra una pequeña clave y constituye, sin duda, uno de sus más bellos poemas de amor. Paz lo escribe después de la partida de Marie-José de la India y antes de reencontrarla en el milagroso cruce de dos calles parisienses. Dice el poema:

No hay
ni un alma entre los árboles
Y yo
No sé adónde me he ido

Como suele suceder en la obra de Paz, el relato autobiográfico se disemina y se disimula entre la maleza ajena. Así, en un comentario sobre la poesía de Henri Michaux, se esconde una confesión que escapa del gran recuento de la India. Paz cuenta:

Experimenté una sensación parecida (la visión del caos), aunque mucho menos intensa y que afectó sólo a las capas superficiales de mi conciencia, en el gran verano de la India, durante mi primera visita, en 1952. Caído en la gran boca jadeante, el universo me pareció una inmensa, múltiple fornicación. Vislumbré entonces el significado de la arquitectura de Konarak y del ascetismo erótico. La visión del caos es una suerte de baño ritual, una regeneración por la inmersión en la fuente original, verdadero regreso a la vida anterior.

La India toma por asalto al viajero, incluso al más letrado y conocedor de sus tradiciones, y nadie puede sustraerse al golpe de Estado que significan estos vislumbres del caos. Uno cree que no entiende nada cuando, en realidad, apenas se comienza a entenderlo todo, quizá a recordar lo que siempre se supo y se ha olvidado.

Del primer y breve periodo en la India atestiguan los poemas "Mutra" y "El balcón". Acerca del primero, Paz puntualizó en 1995: "Lo escribí para defenderme de la tentación metafísica de la India". Y junto con "Vrindaban", de 1963, asegura Paz: "Ambos poemas son la expresión instintiva y defensiva del moderno activismo occidental". No parece casual que una de sus primeras impresiones de la India se cifre en el título "El balcón". Paz todavía percibe y describe Delhi -"Dos sílabas altas / rodeadas de arena e insomnio"- desde la balastrada del balcón, es decir, des-

de una altura distante. Introduce, en boca del poeta chino Lin-Yu, una extraña advertencia: "No te apoyes, / si estás solo, contra la balastrada", que quiero leer como una premonición en el sentido más amplio de la poesía visionaria, como Novalis le pedía que fuera a la verdadera poesía. Paz tenía que esperar la aparición del amor, la presencia encarnada de la semejanza entre poesía y amor, para aventurarse en una inmersión irrestricta en el mundo de la India. "Algo se prepara", escribía el poeta en una fría noche de París; una puerta estaba a punto de abrirse y él sabía que la única puerta que permite la reconciliación o el renacimiento es la del amor. Cuando habla de la escultura clásica de la India como un "predominio de las curvas y las ondulaciones. Irradiación carnal pero habitada, por decirlo así, por una indefinible espiritualidad. Estatuas que son de este mundo y del otro", también habla de su propio tránsito por el cruce único, vertiginoso e irreplicable entre erotismo y espiritualidad. Hacia el final de su vida, le dedicó un largo ensayo: *La llama doble*, pero el germen y la floración tuvieron lugar en los días de la India, durante la estación violenta.

Cabría detenerse un poco sobre esta experiencia de la espiritualidad y la declarada "defensa contra la metafísica de la India". Para no confundir la espiritualidad de Paz con alguna forma de religión o religiosidad que nunca abrazó, podría recordarse un comentario que, a propósito de otro poeta, parece resumir su convicción profunda:

La experiencia divina es participación en un infinito que es medida y ritmo. Fatalmente vienen a los labios las palabras agua, música, luz, gran espacio abierto, resonante. El yo desaparece pero en el hueco que ha dejado no se instala otro Yo. Ningún dios sino lo divino. Ninguna fe sino el sentimiento anterior que sustenta a toda fe, a toda esperanza.

A mi juicio, estas palabras son las que más se reiteran en los poemas de *Ladera este* y también son las que guían el camino reflexivo que sube a Galta en *El mono gramático*. Hay un momento en la evocación de Galta en que Paz acota: "Las cosas parecen más quietas bajo esta luz sin peso y que, sin embargo, agobia. Tal vez la palabra no es *quietud* sino *persistencia*: las cosas persisten bajo la humillación de la luz. Y la luz persiste. Las cosas son más cosas, todo está empeñado en ser, nada más en ser". Paz dice, años después, que *Vislumbres de la India* es "una tentativa por responder a la pregunta que hace la India a todo aquel que la visita". Nunca explicita cuál es la pregunta, pero por lo que sucede en Galta, y por la observación de las cosas empeñadas en

ser, nada más en ser, podemos colegir que la pregunta va más allá del occidental ¿quién soy? y se reduce a un simple y más complejo ¿soy?

La espiritualidad de Paz se arraiga en el exceso de realidad que Galta le revela aquella tarde, a la luz de las seis de la tarde, un día cualquiera entre el "pellejo de piedras" y la "montaña sarnosa". Un poco más adelante, va precisando la visión y el instante:

Todo resplandece: las bestias, las gentes, los árboles, las piedras, las inmundicias. Un resplandor sin violencia y que pacta con las sombras y sus repliegues. Alianza de las claridades, templanza pensativa: los objetos se animan secretamente, emiten llamadas, responden a las llamadas, no se mueven y vibran, están vivos con una vida distinta de la vida. Pausa universal: respiro el aire, olor acre de estiércol quemado, olor de incienso y podredumbre. Me planto en este momento de inmovilidad: la hora es un bloque de tiempo puro.

Así vemos cuán lejos está Paz del vuelo metafísico, entre caricaturesco y colorido, vaporoso y florido, que los hippies de su tiempo fueron a buscar a la India. La verdadera espiritualidad de la India no consiste en una fuga de la realidad, sino en su revelación por el exceso; no reside en un chapuceo de metafísicas manoseadas por las modas y los malestares de la civilización occidental, sino en una viva relación cotidiana de su pueblo con un cosmos concreto. Cuando Paz habla de la experiencia de lo divino como "ninguna fe sino el sentimiento anterior que sustenta a toda fe, a toda esperanza", esto mismo lo observa en los peregrinos que se aparecen aquella tarde en Galta: "Alegría de la confianza: se sentían como niños entre las manos de fuerzas infinitamente poderosas e infinitamente benévolas". Es, a mi criterio, una de las expresiones más atinadas y perspicaces de la espiritualidad que se advierte entre los habitantes de la India.

La realidad que releva la poesía y que aparece detrás del lenguaje [reflexiona Paz en *El mono gramático*] es literalmente insoportable y enloquecedora [...] Es la percepción necesariamente momentánea (no resistiríamos más) del mundo sin medida que un día abandonamos y al que volvemos al morir.

En esto consiste, para mí, la gran revelación espiritual y poética que la India significó para Octavio Paz. Si bien esta búsqueda había estado presente desde los inicios de su

poesía y su reflexión ensayística, la India le descubrió el palpable ritmo del infinito, que es el que sentimos latir en toda su producción poética de la época y que culmina en *Blanco*. "Cada uno tiene el infinito que merece [afirma Paz en otra ocasión]. Pero ese mérito no se mide con nuestras medidas."

Al mencionar estas palabras, no puedo dejar de recordar la ironía con que el entonces secretario de Relaciones Exteriores de México, Manuel Tello, le propuso el puesto de embajador en la India. Cuenta el propio Paz en *Itinerario*: "Manuel Tello lo hizo con cierta abrupta franqueza y en estos términos: 'No le puedo ofrecer nada sino la India. Tal vez usted aspire a más pero, teniendo en cuenta sus antecedentes, espero que lo acepte'". Por más que Paz asegure que no hay mérito capaz de sancionar el infinito que cada cual alcanza, quiero ver en la humildad y el entusiasmo con que aceptó el cargo, una señal de lo que le sería deparado en materia poética y personal. Una embajada modesta, entonces deslucida, a cambio de un reino donde, como aseguró André Breton, "es verdad que el más allá, todo el más allá está en esta vida", toda la maravilla está en este mundo.

Para comprobar que la India selló su vida hasta el fin de sus días, quisiera concluir con la lectura de uno de los últimos poemas que Paz escribió. Ahora forma parte de un volumen póstumo, *Figuras y figuraciones* (1999), que reúne algunos collages de Marie-José Paz y poemas alusivos, compuestos para la ocasión por su marido. Se titula, precisamente, "La India":

Estas letras y líneas sinuosas
Que en el papel se enlazan y separan
Como sobre la palma de una mano
¿Son la India?

Y la pata de metal leonado
—forjado por el sol, enfriado por la luna—
su garra que oprime una dura bola de vidrio
y la esfera iridiscente
donde arden y brillan los millares de velas
que, cada noche, los devotos
lanzan a navegar por lagos y por ríos:
¿son una profecía, un acertijo,
la memoria de un encuentro,
los signos dispersos de un destino?

—Son el cetro del azar.
Lo dejó, al pie del árbol del tiempo,
El rey de este mundo. ←

Desalojo

Bolívar Echeverría*

Ni mi casa es ya mi casa

Convencidos de que los territorios en que habitamos, con todas las riquezas que hay en ellos, pertenecen todavía al Estado nacional que nos aglutina, hablamos de reivindicación o de entrega, de valentía o de cobardía de nuestros gobernantes.

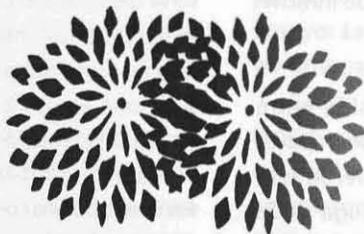
Pero ¿qué diríamos si, miradas bien las cosas, resultara que, hace buen tiempo ya, esos territorios dejaron de ser nuestros; que son propiedad de Estados Unidos, Estado al que sólo le falta hacer efectiva esa propiedad: tomar posesión de ellos?

Como esos predios urbanos en los que desde hace tiempo se anuncia la construcción de un edificio, pero en los que no hay otra cosa que una ruina que año tras año se deteriora cada vez más, el patrimonio territorial de los Estados nacionales latinoamericanos es una posesión de la que éstos no pueden disponer soberanamente, a la que no pueden encauzar por una política económica diferente de la que permite el detentador de la hipoteca. Pero el propietario real del mismo tampoco hace nada con él; saca provecho de su inactividad. Cobra, eso sí, mientras tanto, a los Estados que lo habitan, una renta, que éstos pagan a regañadientes, nunca puntuales, y siempre sólo en parte, dejando que crezca más la deuda.

Muchos se percatan de que esto no es sólo una suposición, pero no se atreven a decirlo porque la perspectiva de solución desde la que lo hacen es por lo pronto inconfesable: su "utopía" es la de unos USA que se decidieran por fin a tomar posesión de lo que les perte-

nece —“nuestros” territorios—, y que entonces, integrándolos como parte formal de su patrimonio, se vieran obligados a “hacer algo” con ellos y con sus habitantes, algo que debería ubicarse al menos a la altura de lo que suele suceder en un “Estado libre asociado”. Lo que no tienen en cuenta, aparte de la generalización de la esclavitud que traería consigo, es que esa toma de posesión sería una tarea mil veces más grande de lo que fue la de conquistar el Oeste, y que la empresa necesaria para cumplirla está ahora más allá de las fuerzas aún voluminosas pero de estructura ya caduca de la Unión Americana.

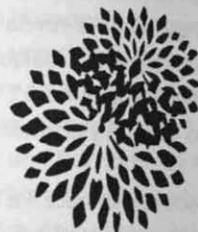
“Ya veremos”, le habrá dicho Monroe a Bolívar, y a quienes nos ha tocado ver es a nosotros.



Hitler y Trujillo

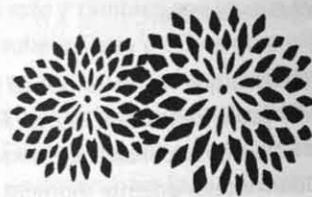
La diferencia entre los significados de *führer* (guía providencial) y de *caudillo* (hombre fuerte) indica la diferencia entre la cultura política puritana y la católica. El que recibe la gracia y el que se la merece. El que guía al movimiento y el que crea el movimiento; el que se pone a la cabeza del mismo y es empujado por él, y el que lo lleva como cola (cauda), el que “tiene arrastre”. Hitler y Trujillo. Pero cada uno dice que es lo contrario de lo que es. El *führer* dice que de él emana y depende el orden, el sentido del movimiento (“¡Qué suerte tuvo el pueblo alemán al haberme encontrado!”), cuando en verdad sólo pastorea su caos. El caudillo dice que él sólo obedece, sacrificándose, al llamado del pueblo (“Acepto sobre mis hombros nuevamente el pesado encargo de gobernaros”), cuando en verdad le impone su capricho como norma necesaria. El primero se dice dictador y totalitario,

cuando en verdad es plebiscitario e inestable; el segundo se dice “democrático popular” y “comprensivo”, cuando en verdad es dictador y totalitario.



Quid pro quo

Una metáfora sobre las causas de la permanencia del PRI, pese y a través de su larga claudicación como proyecto de política económica y de su desmoronamiento espectacular en el escenario electoral, más que presentarla como fruto de la adicción de un organismo social a una droga llamada “prixina” y más que ver en ella un rasgo constitutivo de la “mexicanidad”, debería hablar de un pri-virus cibernético o mensaje mínimo perturbador del comportamiento político mexicano. El virus sería un híbrido, una combinación inestable de dos culturas políticas modernas incompatibles entre sí, que se habrían mostrado incapaces de vencer la una sobre la otra o de mestizarse y transitar a una cultura política alternativa. Sería un intento perverso de confundir dos tipos contrapuestos de legitimación de la autoridad del gobierno, el que la afirma como efecto de la representación de la sociedad civil y el que la reivindica como resultado de la identificación con el pueblo.



Metamorfosis

La versión ética de la crisis de las soberanías nacionales no sólo en América latina sino en general, es decir, el modo como afecta a la función central del *ethos* moderno el hecho de la obso-

* Filósofo. Premio Universidad Nacional

Hojas preteridas

Andrés Henestrosa*

lescencia e inoperancia de las distintas empresas estatales y sus respectivos proyectos de nación, es la ausencia de una confianza en las energías de la sociedad, en su capacidad de recomponerse y restaurar una sujetidad. Confundiéndola con la nación que le dio por tanto tiempo configuración y existencia histórica "real", los individuos de hoy perciben a su sociedad como agotada, carente de voluntad y de perspectivas, y se perciben a sí mismos como elementos de una socialidad puramente privada y fugaz, conectados entre sí en el plano de lo público y permanente de manera sólo casual por el mecanismo ciego —posiblemente autodestructivo— de la "aldea global" tecnológica financiera.



¡Escondarse, que ahí viene la basura!

Rápido, no sea que nos recoja y nos lleve adonde nos corresponde: al basurero, al barranco de los desperdicios. La autoconciencia alegre, autosatírica, como conciencia de la inferioridad de clase, de etnia, de "nivel cultural", de adscripción moral, de nivel ontológico. Somos lo último, lo no reciclable, lo plenamente prescindible. Pero una autoconciencia que no se abruma sino se rescata. Y que se rescata en el otro escenario, el festivo-estético, dejando de lado, tal vez no con desdén pero sí con humor, el escenario de lo real, donde reinan los triunfadores. Autoconciencia que llega bailando el cha-cha-chá. ◀

Nunca se puede decir, en puridad, que se tienen las obras completas de un autor, sobre todo en su primera edición. Siempre quedará una hoja preterida, olvidada, pasada por alto; eso por meticoloso y esmerado que sea el compilador, el recolector. Pongamos un ejemplo, uno solo, el de Justo Sierra, cuyas obras fueron recopiladas por los más señalados investigadores mexicanos, no sólo sus lectores, admiradores, y celosos de editarlo, atentos a su buen nombre y memoria. No faltó quien descubriera algunos de sus textos olvidados, desconocidos, perdidos en periódicos y revistas de efímera vida, cuando no calzados con seudónimo, algunos no identificados como suyos; es el caso de Justo Sierra.

Yo, que soy un simple curioso de nuestras letras, descubrí hasta tres piezas no identificadas de Sierra por encontrarse firmadas con seudónimos curiosos, de difícil identificación, y uno de ellos hasta femenino. Otro tanto hicieron otros, éstos sí estudiosos de nuestras letras. José Luis Martínez, uno de los encargados de reunir las *Obras completas* de Sierra, dio con más hojas desconocidas, que sumadas a las ya referidas, dieron para un nuevo volumen.

Otro caso hay, parecido al que acabamos de referirnos: aquél de las hojas sueltas que el autor, deliberadamente, pospuso, por no decir que postergó, que algo tiene de peyorativo. ¿Por qué? Acaso, creo yo, porque siendo versión de un mismo asunto prefirió la que encontró mejor realizada y cumplida. Es el caso de

* Poeta y escritor. En diciembre pasado recibió la Medalla de Oro de Bellas Artes que otorga el Conaculta



Félix Oliva, Perú

un texto de Luis Cardoza y Aragón, referido a mi matrimonio. En su libro de memorias, *El río*, Cardoza, de las dos versiones, olvidó la primera, la publicada en julio de 1940, un mes después de mis bodas y que fue recogida en *Alfa y Andrés Henestrosa cuarenta años ha...* No son idénticas, pero casi, las dos versiones, y Luis Cardoza y Aragón perfirió una, la que se encuentra en *El río*.

Con estas hojas sueltas, olvidadas, preteridas, me he propuesto una suerte de rescate, que bien lo merecen, y corresponden a la buena fama de sus autores. Con estas piezas me propongo realizar una suerte de rescate de textos negados por su autor. Allí tendrán un lugar algunas de las hojas olvidadas, ya aludidas. Serán, a mi entender, que si no es saber es leal, a más de curioso, entretenido y parte de nuestra literatura.

Por hoy, hasta aquí, ésta a guisa de prólogo de las *Hojas preteridas*, que pretendo reunir y publicar. ◀

La servidumbre lingüística

Leonardo Martínez Carrizales*

La viva experiencia de los hombres suele escapar a las cifras en que tanto confían los funcionarios públicos de nuestro tiempo. Por ello, quisiera compartir con los lectores de estas páginas un testimonio de carácter personal. Estoy seguro de que en esta "anécdota" hay una aproximación al estado de nuestra cultura que escapa a las cifras optimistas de nuestros programas educativos y culturales; una aproximación a la cual tendremos que hacer frente algún día, por más odiosa que nos resulte la imagen que nos propone de nosotros mismos.

Durante poco más de diez años, he impartido clases en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de nuestra universidad, sin faltar a uno solo de los semestres en que ha de impartirse el curso más avanzado que se relaciona con la redacción periodística, correspondiente al programa de estudios de la licenciatura en ciencias de la comunicación. En consecuencia, he sido testigo del deterioro paulatino que afecta las capacidades expresivas de quienes están llamados a convertirse, en breve, en periodistas; es decir, en profesionales universitarios de la comunicación escrita, sea impresa, sea difundida por medios electrónicos. Fernando Lázaro Carreter nos recordaría inmediatamente que entre estos jóvenes, en verdad, se reclutarán tarde o temprano los más influyentes árbitros del uso y abuso del lenguaje, dada la poderosa resonancia pública de sus instrumentos de trabajo.

En los hechos, un curso que debía consagrarse al examen de las cuestiones

más elaboradas de la opinión periodística, se ve en la necesidad de demorarse en despejar dudas y corregir errores frecuentes, ya repetidos por sistema, relativos a la gramática, el léxico y el estilo. Lejos, muy lejos de una consideración compleja de los géneros periodísticos de opinión, he debido atenerme en muchas ocasiones a un improvisado curso de redacción, si es que uno ha de esforzarse por servir a los alumnos, en vez de sólo reproducir la falacia numérica de la eficiencia terminal.

Ya escucho el grito de quienes ven en toda opinión crítica e independiente un ataque a nuestras instituciones. Pero no escribo estas líneas con placer; mucho menos con la arrogancia que padecí en algunos de mis profesores y que hoy advierto en algunos de mis colegas. La pobreza cultural de nuestros alumnos es una pobreza que compartimos todos, que nos afecta a todos, que se arraiga y se alimenta en el suelo que todos pisamos como habitantes de una comunidad política. Pocos podrían entender a cabalidad lo que aquí afirmo a menos que hayan sostenido un trato frecuente con jóvenes de buena voluntad incapaces de expresarse de manera compleja en el ámbito del conocimiento universitario. Y ya se entiende que una expresión precaria no es sino el reverso de una pobreza todavía más lamentable, si cabe: la del enten-

dimiento. Porque el ejercicio de una lengua es el instrumento indicado no sólo para hacerse entender con propiedad, y aun originalidad, sino también para comprender el mundo que nos rodea. Un mundo que es conducido a nosotros, que se nos revela mediante las palabras.

Por lo tanto, aquí no me lamento de no haber contado entre mis alumnos con campeones de la elocuencia (que los ha habido), sino de contar en exceso con quienes apenas si pueden entender el mundo por un solo gajo, de acuerdo con su disminuido tesoro lingüístico. He aquí uno de los aspectos más dramáticos de la desigualdad social. La boca y la pluma de estos jóvenes no sólo rinden testimonio de una falta imputable a nuestro sistema educativo, sino también del fracaso histórico del Estado mexicano en la formación de los ciudadanos. Lengua y ciudadanía son términos correspondientes: deberían ser un binomio común en todo programa de administración pública.

Además del futuro profesional, la ciudadanía política de estos estudiantes se encuentra en entredicho si confiamos en la elemental visión del mundo que nos trasmite su elemental balbuceo. ¿Qué mundo puede caber en un centenar de palabras unidas gramaticalmente por meras yuxtaposiciones? La madurez política e intelectual de nuestros alumnos pasa necesariamente por el alivio de su servidumbre lingüística. Quienes no contribuyen a esa liberación reproducen, en cambio, un estado de cosas injusto y desigual, a pesar de que otorguen con falsa generosidad títulos y grados.



Carybé, Brasil

* Escritor y crítico literario

Duelos y fantasmas

Sergio González Rodríguez*

Zaida del Río, Cuba



Propongo un ejemplo. Actualmente, una buena parte de la política cultural del Estado mexicano se concentra en la promoción de la lectura, con un sesgo marcadamente literario. Claro, es más fácil decir en voz alta cualquier lugar común acerca de la obra de Martín Luis Guzmán, Juan Rulfo o Carlos Fuentes, que enseñar a escribir a una generación y sostener la ampliación continua de sus facultades letradas hasta una edad madura. Lo primero puede ser llevado a cabo, de tarde en tarde, por cualquier escritor empleado por el gobierno como promotor de la lectura; lo segundo requiere de un programa de Estado, continuo y sistemático. Menuda diferencia.

No hay, no habrá, no puede haber éxito posible para cualquier iniciativa de fomento de la lectura que se dé en un suelo tan depauperado como el que indican las pobres capacidades lingüísticas a las que hago referencia en este artículo. Algunos dicen que los libros liberan nuestro "espíritu" (cualquier cosa que esto quiera decir). Eso suena bien para una campaña publicitaria que suaviza el trato del gobierno con los grandes consorcios editoriales, y adula a la clase intelectual del país. Yo prefiero decir que la verdadera liberación de la persona pasa por el dominio de la lengua. ◀

Me cuentan, porque no lo pude atestiguar, ya que andaba fuera de la ciudad, que semanas atrás me perdí de un duelo verbal en la sección de correspondencia del diario *La Jornada* entre dos protagonistas de peso en la cultura mexicana. No quise comprobar éste porque, al menos hasta el momento, me gustó bastante la crónica que al respecto me hicieron más de dos amigos: ¡en esta esquina, la fajadora y teatrista Jesusa Rodríguez!; ¡en esta otra, el peso completo (iba yo a poner el peso pesado, pero no quiero que tal expresión se preste a malentendidos en torno de mi amigo) Guillermo Sheridan!

Al margen de las metáforas boxísticas, que tienden a trivializar el enfrentamiento de ideas que hubo de por medio, Jesusa le reclamaba a Guillermo algún presunto colaboracionismo con el gobierno actual, además de que defendía la figura de Salvador Novo y la quería limpiar de su colaboracionismo diazordacista, a lo que replicó, enérgico —nada raro—, el crítico y ensayista, y puso las cosas en su lugar.

Me llama la atención el carácter memorioso del episodio, y su tenaz beligerancia acerca de un muerto, lo que habla también de un efecto incisivo que rebasa lo trivial: la dinámica de un relevo transgeneracional de impacto vívido, al grado de que las pasiones surgen y se reubican de cara al paso del tiempo.

El agarrón entre Jesusa y Guillermo (iba yo a escribir el "deschongue", pero no quiero que se me tome a mal semejante símil, debido a que el crítico

y ensayista luce una elegante semicalvicie que hace de todo impropio el término) se expresa en términos de posturas contrastantes que dicen mucho de lo que la cultura mexicana ha llegado a ser de cara a sus más preciados valores, prestigios y desprestigios.

Justo al cumplirse medio siglo de que Salvador Novo fundó La Capilla, Jesusa Rodríguez efectuó un festejo coyoacense donde diversos actores y actrices se disfrazaron de los amigos y amigas novianas, por ejemplo, Diego Rivera, Dolores del Río y María Félix, además, por supuesto, de Salma Hayek, perdón, de Frida Kahlo. El juego irónico, desde luego, llevaba también un poco de homenaje y otro tanto de nostalgia; de nuevo, por estar fuera de la ciudad, me fue imposible asistir al carnavalesco acto, que reunió lo mismo al respetable Carlos Monsiváis, que a la gentil Gloria Pérez Jácome (fundadora de El Estudio de Salvador Novo, A.C.: por cierto, días después me enteraría, en un reportaje gráfico en la revista *TV y Novelas*, de que Gloria, la guapa hija de Gloria, comunicadora televisiva, hacía pública la historia sobre el fantasma de Salvador Novo, que no deja de visitar su casa, construida en lo que fue el área de la alberca noviana).

El doctor Salvador López Antuñano, primo del autor de *Nuevo amor*, me invitó, y le prometí ir, pero me fue imposible cumplir con mi promesa, situación que en lo personal atribuyo al fantasma de Salvador Novo, que siempre me ha dado mucha guerra. Al contrario de la joven Gloria, jamás he visto —Dios me libre— dicho espectro, pero el gran cronista representa para mí un espíritu chocarrero que mueve

* Crítico literario, narrador, ensayista y guionista

algunos hilos sutiles y me aleja de homenajear su figura, no así su obra. Como si quisiera decirme: "Dedícate a tus libros, no pierdas el tiempo conmigo". Pero como soy necio, años atrás emprendí con Antonio Saborit, Llygani Lomelí y Mary Long la reimpresión y actualización de sus artículos y ensayos, y su serie de tomos titulada *La vida en México en el periodo presidencial de...*

En tal lapso hubo de todo. Dignas aventuras de la novela *Los papeles de Aspern* de Henry James, extraños extravíos de documentos que luego aparecían, desmembramiento de su biblioteca, que llegó inconclusa al Museo Casa del Poeta Ramón López Velarde porque la parte gastronómica quedó en manos de la familia del escritor. También, El Estudio de Salvador Novo perdió en estos años el derecho a editar la obra de Salvador Novo (ganaron los meseros, el chofer, la secretaria y alguno que otro familiar del propio Novo); asimismo fallaron nuestros intentos por conseguir fondos monetarios para sostener la tarea difusora... En fin, que sería prolijo referir los casos y detalles donde aparecía de pronto el espíritu burlón de Novo para someternos a toda clase de pruebas.

Entre las cosas que quedaron claras en tal entramado de hechos y sucesos sobrenaturales (si no, ¿cómo llamarlos?) estuvo el fracaso de cualquier revisionismo en torno de Salvador Novo: para decirlo bonito, Novo fue un conservador duro que siempre mantuvo una desconfianza que se convertiría en franca animadversión contra el movimiento estudiantil de 1968. Compartía el punto de vista presidencial acerca de que todo aquello era una suerte de "algarada sin importancia".

Los jóvenes de entonces jamás le perdonaron sus desplantes y sarcasmos que traducían el punto de vista de la "momiza", en la que Salvador Novo se ubicaba sin doblez alguno. Cuando por fin aceptó ofrecer una conferencia en la Facultad de Ingeniería después del 68, llegó con el temor de que hubiera

algún provocador que le echara en cara su colaboracionismo diazordacista: al terminar el acto, escuchó o creyó escuchar algún grito tímido de repudio, que no hizo mella en su autoestima, porque ya llevaba consigo la medicina de los aplausos que le otorgó su público aquella vez. La verdad es que, de acuerdo con quienes lo llegaron a escuchar —yo no, porque entonces era un roquero de *heavy metal* de primera línea, y si bien registraba cierta simpatía por el "ruco", era muy lejano a la idea de asistir a un acto cultural en la universidad—, Salvador Novo resultaba todo un espectáculo de gracia y poder expresivos.

A la fecha, conozco a numerosas personas, sobre todo proclives al pensamiento de izquierda, que guardan un rechazo explícito o, al menos, fuertes reparos a la figura de Salvador Novo: ni modo, ellos se lo pierden. Asimismo, hay quienes quisieran olvidar que la prosa venenosa del poeta (Octavio Paz dijo que escribía no con tinta, sino con excremento; ¡órale!) ligó versos tremendos, como éstos dedicados a Genaro Estrada, el creador de la doctrina que lleva su nombre, ahora tan citada mientras resuenan los tambores de guerra del imperio estadounidense en Oriente Medio:

Lomo de loma de la Sierra Madre
Pero Galín y Lota en amasiato;
burbuja de jabón y carbonato;
nalga para que un Bravo la taladre.

En México se suele mantener un enfoque unidimensional de las personalidades, que expresa la dificultad de

comprender, aceptar, tolerar sus aspectos contradictorios. De un plumazo, se tiende a borrar el mundo de los matices, de la gama de contrastes donde aparece la complejidad de una vida.

Guillermo Sheridan, el mejor especialista en Jorge Ibarguengoitia, y uno de los investigadores que han calado en el conocimiento del grupo Contemporáneos, retomaba de alguna manera, al debatir con Jesusa Rodríguez, el relevo del desencuentro entre el autor de *Los pasos de López* y Salvador Novo que, como se sabe, no se querían ver ni en pintura, todo porque el entonces joven Ibarguengoitia hizo trizas una obra de Novo en un artículo publicado en la revista de la Universidad en los años sesenta.

Salvador Novo no creía en los fantasmas y terminó reencarnado en uno de ellos. Jorge Ibarguengoitia, que tampoco creía en ellos pero que le constaba su existencia, terminó fantasmagorizado en cierta forma en los relevos generacionales: cuántos lectores fieles ha tenido en estos 20 años después de su muerte, cuántos quisiéramos escribir con la agudeza y felicidad literaria que él consumaba. Allí está para demostrarlo el libro en su honor que tan bien editaron Juan Villoro y Víctor Díaz Arciniega: *Los relámpagos de agosto y El atentado* (col. Archivos, 2002). Leedlo, pillos. ◀



Fernando Carballo, Costa Rica

Pleonasmos y paradojas de la música actual: *minoría minúscula, universo infinito y rumor que no deja de oír*

Ricardo Miranda*

Uno de los problemas más singulares del quehacer musical contemporáneo radica en la relación que existe entre los compositores actuales y su público. Aunque ya prevista por varios de los compositores del siglo XX, la actual separación entre estos agentes está cada vez más acentuada y hoy, al iniciar el siglo, cabe preguntarse ¿cuál es la música nueva?, ¿cuál es la música de nuestro tiempo? Una primera respuesta, cimentada en simples números, sería deprimente. Desde luego las *canciones cantadas* por Britney Spears no son lo uno ni lo otro, pero nadie puede dudar de que son escuchadas y vendidas en cantidades industriales. Ante tal situación otros autores han escogido habitar la torre de marfil de sus propias creencias y estéticas, e incluso hace ya algunos años el compositor estadounidense Milton Babbitt preguntaba con sorna en un artículo famoso: *Who cares if you listen?* Esa pregunta, que hoy en día parece ser el eslogan de la política estadounidense, tiene una simple y cáustica respuesta: al compositor mismo, desde luego y antes que a cualquier otra persona.

A propósito de tal reflexión, el lector permitirá un paréntesis de recuerdos personales. Hace algunos años, al enfrentar la tarea de programar los conciertos del Foro de Música Nueva Manuel Enríquez que durante más de 20 años ha organizado el INBA y que es, sin duda, el festival de música contemporánea más importante del país, tuve que contestar ciertas curiosas interrogantes. ¿Es la música nueva la escrita hoy? ¿Lo es la escrita este año o esta

década? ¿Qué música programar en tal foro? Las respuestas se multiplican y conducen a más paradojas.

Desde luego, la música contemporánea es la escrita en nuestros días, la producida por los compositores actuales (Perogrullo *dixit*). Pero esa música, lamentablemente, no forma parte de nuestra vida cotidiana. Así, mientras compositores como Gabriela Ortiz, Arturo Salinas o Javier Álvarez obtienen con su música éxitos notables en diversas partes del mundo, esa música permanece inaccesible aun para quienes en México suelen interesarse en este tipo de arte. Para decirlo pronto y breve, hay una música mexicana contemporánea de innegable calidad y alcance, pero esa música es patrimonio de una *minoría minúscula* y está prácticamente fuera del alcance del público: poca suele ser escuchada en los medios y poca también es la que llega a los anaqueles de las tiendas de discos. Lo anterior implica una conclusión paradójica: la de nuestra época es una música desconocida, elitista, extraña para quienes vivimos ese mismo tiempo; es *contemporánea*, pero no forma parte de lo *cotidiano*.

Por otra parte, el mundo de la música observa y vive, en este mismo siglo XXI, un fenómeno prácticamente indescriptible: el universo musical infinito. Hoy en día, la profusión de grabaciones con música de todos tipos y todas latitudes constituye un mundo sin límite y cualquier persona puede encontrar a su alcance la más amplia y diversa oferta musical jamás imaginada. De tal suerte, la música nueva no sólo es la que se compone por estos días —años más, años menos— sino, como también diría Perogrullo, toda

aquella que en efecto lo es para cada uno de nosotros. Vivimos en una época en que la tecnología ha permitido ensanchar nuestro horizonte musical de una manera que fue inabordable para nuestros ancestros. La riqueza de nuestra actual condición radica, precisamente, en que cada uno de nosotros tiene la posibilidad casi inagotable de escoger su propia música. Es una condición que no tuvieron los ciudadanos de Leipzig en tiempos de Bach ni otro grupo social del pasado. Al menos en este sentido, nuestra sociedad tiene una ventaja respecto a generaciones anteriores en cuanto a oferta musical se refiere: gracias a Dios no dependemos más de los caprichos de programación de los directores ni de los avatares interpretativos de nuestros músicos locales para gozar de la música. Por ende, no estamos sujetos a la inspiración de nuestros compositores actuales para llenar nuestras vidas de sonido y, por fortuna, tampoco estamos obligados a escucharlos. Esta libertad que los asiduos a la iglesia de Santo Tomás en Leipzig, hacia 1750, jamás habrían podido presumir respecto de su compositor local, es una las fuerzas determinantes del gusto musical contemporáneo. Quizá tras esta libertad se encuentren las razones por las cuales ciertas salas de conciertos están vacías ("larga es la lista como largo el teclado", decía el cronopio mayor).

La *música nueva* es, entonces, toda aquella que descubrimos. La paradoja posmoderna de esa condición que nos pertenece por el simple hecho de vivir en los albores del siglo XXI es que lo mismo podemos descubrir la última obra de Mariana Villanueva —composi-

* Pianista y musicólogo

tora mexicana distinguida con la beca Guggenheim hace unos años— que a Hildegard von Bingen, su ilustre antecesora de hace cientos de años y cuya música, hasta hace muy poco tiempo, era inexistente. En lo personal, esa fascinación por ensanchar el horizonte musical propio es una de las razones más poderosas por las cuales enseño y practico la musicología. El universo musical —y por extensión, el propio universo musical— no tiene otros límites que los que uno quiera o pueda darle. Situado en esa posición privilegiada, encuentro mucho más fascinante descubrir la música nueva de Ockeghem, Monteverdi o Julián Carrillo —todos compositores que han tenido restituciones discográficas notables en los últimos cinco años— que buena parte de las obras escritas por los llamados compositores contemporáneos. Por ello es que pienso con toda conmiseración y piedad en mis colegas compositores. Alejados del público, inmersos en un sistema donde el apoyo a las artes ha disminuido en forma alarmante, enfrentan además una competencia sin precedente, característica de nuestro tiempo: por cada *nuevo* compositor de los que viven ahora, hay uno del pasado que también cobra vida gracias al trabajo musicológico y a las nuevas interpretaciones. Hasta hace unos 30 años la restricción en la oferta favoreció a los compositores locales y vivos. Pero ahora las cosas han cambiado e incluso el movimiento de restitución que han emprendido ciertos intérpretes hace que aún lo supuestamente conocido pueda ser nuevo. Es decir, un compositor actual compite con sus

colegas, pero también con todos los compositores del pasado cuyas obras están grabadas, y contra los clásicos que ven su música restituida por los Harmoncourt, los Gardiner o los Hogwood. Vistas las cosas de esta manera, puede concluirse que los únicos compositores trascendentes serán aquellos que logren cobrar vida en el mundo imaginario de nuestro gusto, tan personal y propio como otras facetas de nuestra existencia, pero con todas las ventajas para los consagrados, pues a ellos parecen dedicarse los mejores esfuerzos interpretativos o musicológicos.

Ahora bien, algunas de las paradojas musicales más notables permanecen sin cambio. A nivel masivo se continúa *escuchando música* de ínfima calidad. A nivel nacional, menos de uno por ciento de la población ha escuchado música contemporánea y un porcentaje también mínimo —sobre el que no hay cifras, quizá afortunadamente en términos psicológicos— es el único que puede forjarse, de manera deliberada e informada, un universo musical propio. Mientras tanto, los medios de comunicación siguen propagando lo que les conviene y el de la basura musical es, sin duda, otro de los graves problemas ambientales que sufre el país.

Esa basura, que citando a Eco bien puede definirse como *rumor semántico*, es sin duda lo que deja oír nada: ni la música de nuestro tiempo ni la del universo infinito que la música y la tecnología han hecho posible. Perogrullo también pudo haber advertido lo que parece ser la ecuación fundamental para la música de nuestro tiempo: a menor rumor, mayor música. ◀

Un hogar en la megalópolis

Peter Krieger*

En una orilla del mercado informal en Tacubaya, un artesano vende un juguete que merece atención: una maqueta de una casa sobre una base que tiene un cajón útil para guardar cosas pequeñas. Es una casa hecha de madera, pintada en cinco colores, que en total mide 30 x 15 x 20 centímetros; un microcosmos "armónico" dentro del "caótico" macrocosmos urbano donde lo exponen y venden. Tacubaya, hace siglos un veraneo agradable fuera de la ciudad de México,¹ hoy en día es paradigma de las consecuencias de la modernización urbana unidimensional y de la economía globalizada, primitivizada. Las amplias y determinantes estructuras viales para la automovilidad total interrumpen el metabolismo del antiguo barrio y nada más dejan espacios marginales para los tianguis, estos mercados apretados y semi-ambulantes, donde la mayoría de la mercancía es de plástico, *made in Taiwan*, importada y distribuida por canales dudosos.

En este ambiente destaca el hacedor de casas porque defiende un modelo de la artesanía mexicana que se encuentra en peligro de extinción frente a la cultura globalizada de productos desechables con materiales sintéticos. La casita está diferenciada en dos partes, una de dos pisos pintada en azul, otra de tres pisos en ocre, ambas con tejado de dos aguas. Al lado, conectado por un puente, se levanta la terraza con una balastrada, debajo de un plano verde, con rocas aparentemente



volcánicas. De manera burda, el creador de la maqueta serruchó la madera para dar forma a palmeras, cipreses, magueyes y flores, y los colocó a las orillas del terreno. Una fuente neocolonial y una mesa redonda con sombrilla completan el ambiente poblado por una pareja: la mujer frente a la entrada espera a su pareja cruzando el puente. Es una construcción escenográfica conocida por las famosas ilustraciones de Jesús Helguera, que evoca un México premoderno con un *cielito lindo*, antes de la marcha triunfal de la industria cementera, que ha cambiado profundamente el rostro de ciudades y pueblos.

En la historia y teoría de la arquitectura renacentista, la maqueta es conocida como medio para presentar la "idea", el concepto arquitectónico que espera su materialización; es el medio de contemplación y de crítica. También, la maqueta virtualmente se convierte en un fetiche, que sustituye lo inalcanzable. Aunque nuestra casita no es la maqueta del arquitecto para un cliente, ambas definiciones son aplicables: expresa la idea de un hogar en formas tradicionales y sirve como materialización de un sueño retrospectivo, lejos de la realidad megalopolitana.

¿Cómo se define este sueño?, ¿qué procesos mentales incontrolables provoca la percepción de esta casa-maqueta? y ¿qué modelos cognitivos se desarrollan sucesivamente?

La sicología de la arquitectura, una subdisciplina joven, estudia a partir del concepto de "hogar" cómo se construye el deseo de los habitantes de ubicarse e identificarse con un ambiente específico. En términos lingüísticos este proceso es más entendible en el idioma alemán, en el cual Sigmund Freud escribió su análisis de las codificaciones síquicas del espacio. Existe una relación razonable entre las palabras *heim* (casa, refugio; en inglés *home*), *heimat* (hogar, patria chica) y *heimlich* (escondido, clandestino); su contraparte es el término *unheimlich* (inquietante, en inglés *uncanny*). Además, en la historia cultural del concepto *heimat*, éste se asoció con *heimweh*, nostalgia.

Con este esquema es posible capturar el espíritu de un *habitus* común de los habitantes en las ciudades: el de llenar el propio espacio vital con mucha energía emocional y codificarlo como refugio contra la transitoriedad de la cultura moderna. La apropiación del espacio urbano por medio de la casa privada, edificada en el lote individual, es una estrategia para resistir a la funcionalidad mecánica de la metrópolis como contenedor de las masas. La propia casa, más allá de su diseño arquitectónico, es objeto de nostalgia hacia formas de vivir arcaicas, rurales.

En términos icónicos, el sueño del "hogar" se expresa primordialmente vía formas preindustriales del hábitat provinciano. La contraparte dialéctica en este mecanismo síquico, comprobado

* Doctor en historia del arte por la Universidad de Hamburgo, investigador del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM y co-director de la revista *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*

por estudios empíricos, y analizado por estudios neurológicos, es la urbanización moderna del siglo XX, en su afán arrasador. Cuando un tejido de la ciudad, crecido a lo largo de los siglos, desaparece a favor de una espacialidad completamente diferente, se activan miedos o paranoias colectivos. La planeación *tabula rasa* en la ciudad moderna disloca la memoria colectiva; el progreso de la historia se codifica como *unheimlich*, y se activa el imaginario poderoso de un pasado glorificado. Este mecanismo de nostalgia imaginaria conlleva el escape hacia arquitecturas históricas, abusadas como fondo de fragmentos disponibles para cualquier combinación estética.

El saqueo y la recombinación de motivos históricos no sólo caracterizó a la arquitectura historicista a fines del siglo XIX, y tampoco es reducible a la fase posmoderna en los años ochenta del siglo XX. Al contrario, cuenta con una continuidad más allá de los discursos académicos de arquitectura, y goza de mayor admiración popular que nunca. Lo que el juguete de Tacubaya representa es un catálogo exitoso de deseos estéticos colectivos: el techo "nostálgico" de dos aguas en lugar del techo "moderno" plano, las ventanas con arcos, los balcones para admirar el paisaje, las balaustradas y fuentes neobarrocas y el uso decorativo de la naturaleza, con algunas referencias locales como las piedras "salvajes" volcánicas; todo esto es un sistema semiótico que produce el hogar, y permite contrarrestar el anonimato de la megalópolis moderna.

No sólo en México, sino también en Shanghai, en las periferias de Moscú y Berlín, y en muchos otros lugares del planeta, crecen cada día casas suburbanas con estas características; así, la presunta definición estética de esta arquitectura por el lugar y el tiempo específico es un engaño; de hecho, el fenómeno presente en nuestra casa-maqueta se llama "hogar globalizado". Y no sólo es una estética practicada en los ricos enclaves de las ciudades, donde el

new urbanism estadounidense cuenta con su mayor respaldo, sino también muchos colonos pobres ahorran para comprarse una balaustrada ornamentada (hecha de concreto armado) con el fin de embellecer y revalorar su precaria casa. La construcción de la *heimat*, de esta manera, funge como herramienta de la alienación; y la identidad espacial sólo existe como reflejo de lo que la industria constructiva impone.

Las máscaras globalizadas del carácter arquitectónico esconden las modernas construcciones de las casas. Es interesante que aceptemos la contemporaneidad,



globalidad y alta tecnología en nuestra ropa, comida y muchos productos de la vida cotidiana, pero exigimos a la casa una disimulación anacrónica. La complacencia de las formas históricas descontextualizadas, se debe, en parte, al agotamiento de la estética modernista, que en una totalidad aplastante reestructuró las ciudades en la segunda mitad del siglo XX. Cuando las formas tecnológicas de la arquitectura, por ejemplo las fachadas transparentes de vidrio y aluminio, se convirtieron en una finalidad en sí, y no servían a un verdadero progreso constructivo, el modernismo acababa en *kitsch*, en una forma desgastada.

Ya en los años sesenta, Theodor W. Adorno criticó esta tendencia autorreferencial de la arquitectura moderna, y justificó el movimiento retrógrado de una arquitectura enmascarada con falsas ilusiones del pasado, por lo menos, como

una resistencia contra la omnipotencia icónica de la industrialización. Él redefinió la tradición, aun en su deformación como *retro-kitsch*, como contradicción posible al carácter mercantil de las cosas y relaciones humanas. Sabiendo que no es posible reemplazar estéticamente los valores perdidos de la historia—como en nuestro caso: la arquitectura colonial y decimonónica de Tacubaya—, reconoce el deseo de satisfacer las falsas necesidades, porque dejan respirar el aire de la liberación contra la condición represora de necesidades "objetivas" en la sociedad industrial.

En tiempos posindustriales, esta interpretación no perdió vigencia. Sea un producto *kitsch* o no, la casa-maqueta encontrada en las calles de Tacubaya es un complemento dialéctico, irracional y tal vez necesario, del desarrollo mecanizado y comercializado de la megaciudad. La utopía desurbana y antimoderna presente en la casa-maqueta tal vez provoque discusiones profundas y plurales sobre la condición del "hogar" en una megalópolis cuya sustentabilidad se disuelve cada día más. ←

¹ Véase, por ejemplo, *Vista del Valle de México desde las lomas de Tacubaya* pintada por José María Velasco, reproducida en *Universidad de México*, núm. 617, noviembre de 2002, apéndice "Maravillas y curiosidades. Mundos inéditos de la Universidad" (sin paginación). Agradezco profundamente a Agustina Garduño Ortega por haberme regalado la casa-maqueta que ella encontró en el mercado de Tacubaya.

Fotografías de Ernesto Peñaloza.

Esto no es para mujeres¹

Nora Franco*

"Esta revista es muy interesante", comentó enfatizando el *muy*, mientras hojeaba un ejemplar del mes de noviembre de 2002 de la revista *Universidad de México*. Se detuvo en las páginas del *dossier* "Del DNA a la genómica: la revolución biológica contemporánea". "Me va a permitir que fotocopie este trabajo, ¿verdad? Precisamente en unos días tengo que dictar una conferencia sobre el tema y lo tomaré como fuente documental." En los cinco años del bachillerato tuvo instrucción militar; fue la primera mujer decana de medicina de la Universidad Nacional de El Salvador (UES) y actualmente es la rectora de la misma universidad; durante 20 años fue funcionaria de la Organización Panamericana de la Salud; obtuvo innumerables reconocimientos y galardones internacionales. Entre ellos, en marzo de 2002, recibió el Premio al Mérito en Salud Pública dentro del marco de la celebración del LXXX aniversario de la Escuela de Salud Pública de México y del XV aniversario del Instituto de Salud Pública de México. Contradictoriamente, cuando la hoy doctora María Isabel Rodríguez era una estudiante interesada en cursar Medicina en la UES, el decano trató de disuadirla con la *célebre* y misógina frase: "Esto no es para mujeres".

Con ustedes, una mujer:

—Fui una niña sin abuelos e hija de una madre soltera, Concepción Rodríguez. Mi madre, también hija de madre soltera, era la menor de dos her-

manas y un hermano. Gente humilde del interior salvadoreño que llegó a la capital a principios del siglo pasado a trabajar en el negocio de una prima casada con un abogado de piel oscura. Mi madre era apenas una jovencita cuando una vez estaba pasando sus vacaciones en la finca del abogado y su esposa. Este señor era uno de esos hombres que tenían conquistas fuera del matrimonio y un día se le ocurrió embarazar a mi madre. Entonces sus hermanas se separaron de la prima, pusieron su propia tienda y cuidaron de mi madre como si fuera la hija de ellas. Nací yo y mi madre sólo se dedicó a su hija. Siempre me inculcó eso de ser una niña buena, estudiar mucho... No sé si esto fue positivo o negativo...

—¿Por qué lo dice?

—Porque nunca supe si mi dedicación al estudio era una aptitud personal o el resultado de la educación materna. Ella siempre estuvo muy pendiente de lo que hacía, pero lo cierto es que nunca necesitó decirme que estudiara.

—¿Cómo era su mamá?

—Una mujer bastante inteligente y humilde. Nunca le gustó aparentar en público y hacía que quien apareciera como mi madre en la escuela fuera mi tía Isabel, la hermana que le seguía en edad, o sea que socialmente mi tía era mi madre. De hecho yo llamaba "mamá" a mi madre y a mis tías Isabel y Elena, la hermana mayor de las tres.

—¿Todas vivían juntas?

—Sí, el negocio fue muy próspero y nos permitió tener una casa propia donde vivíamos la tía Elena con sus dos hijos, la tía Isabel con su hija, mi madre y yo. De todas yo era la más feíta y

negrita porque mi padre era de piel oscura... un señor a quien no recuerdo con mucho respeto. Me han dicho que era un hombre brillante, un gran jurista y no sé qué. No lo vi mucho; alguna vez me llevó un regalito; murió cuando yo tenía nueve años... Es decir, nunca lo consideré verdaderamente como mi padre. Yo era una niña tímida y al finalizar la primaria me costaba relacionarme con muchachos de mi edad. Pensé entonces en continuar estudiando en un colegio mixto. Claro, eso en mi casa no estaba previsto: se pensaba que debía ir a un colegio de señoritas y que yo fuera maestra. Sin embargo, a mis 13 años protagonicé mi primer gesto de independencia: sometí mis papeles al Instituto Nacional General Francisco Menéndez, un establecimiento de régimen militar.

—¿Militar?

—Sí, muy reconocido académicamente, pero los oficiales eran coroneles, generales y muchos de los sinvergüenzas que actuaron durante la guerra (1980-1992). En cambio, los profesores integraban la mejor planta académica del país. Estudiábamos con ellos en las mañanas y por las tardes; durante los cinco años tuvimos una intensa instrucción militar.

—¿Cómo logró que en su casa aceptaran su gesto de independencia?

—Mi odisea rompió la armonía familiar. Cuando presenté mis papeles al instituto no había dicho nada a nadie. Poco tiempo después me llega el primer telegrama de mi vida, lo recibe mi madre, me pregunta "qué es esto" y lee: "Usted ha sido aceptada... su madre tiene que presentarse...". Le respondo: "Es que yo quisiera ir al instituto". "¿Le

* Periodista argentina radicada en El Salvador. Es una de las dos responsables del proyecto "Año 2000: Memoria Histórica de las Mujeres en América latina y el Caribe"

has dicho algo a tu tía Isabel?" "No." "¿Y a tu tía Elena?" "Tampoco." Bueno, la pelea fue horrible. La tía Elena se fue de la casa y llegó a decir que, como yo era la feíta, me iba a *perder* en el instituto porque había hombres. Fue tremendo; yo no paraba de temblar. Después de muchas cóleras mi tía Isabel al final aceptó. Entré en 1937. Mi madre seguía muy de cerca mis estudios; fue muy dulce y diría que me inculcó una férrea disciplina sin presionarme porque siempre fui alumna del cuadro de honor del instituto.

—¿Era duro mantenerse permanentemente en el cuadro de honor?

—Sólo una llegada tarde era suficiente para que a una la quitaran. Una vez tuve difteria; no sé cómo no se me complicó con una miocarditis, porque iba a pie hasta el instituto, llegaba medio muerta, me pasaban lista, a la tarde lo volvía a hacer, me guardaban la asistencia, y así evité que me sacaran del cuadro de honor. ¡Absurdo! Unos sacrificios estúpidos porque, ahora que lo pienso, me podría haber muerto caminando por la difteria que tenía.

—¿Y la instrucción militar?

—¡Ah! Eso fue terrible, terrible. Sobre todo a las mujeres nos trataban malísimamente. De un grupo de 70 estudiantes éramos sólo nueve muchachas. ¡Odiábamos a los militares! Los odiábamos porque hacían cosas terriblemente vergonzosas. Todavía no me explico cómo fue, pero recuerdo que un día, sin ponernos de acuerdo, en un momento determinado, todos levantamos las tapas de los pupitres y las dejamos caer al unísono. En ese silencio sepulcral del instituto, aquello sonó como un estallido.

—Imagino cómo sigue la historia.

—Pues sí, para nuestra suerte, justo pasaba un militar por el corredor, entró al aula y parecía que al hombre le salía sangre por los ojos. "¿Quién fue?", nos gritó. Nadie se atrevió a decir lo evidente: "Fuimos todos". Un compañero siempre mostraba los dientes por-

que tenía un defecto en el labio superior. El militar lo vio y creyó que se estaba burlando. "¡Sinvergüenza! Usted todavía ser ríe", le increpó al momento que lo tiró al suelo y lo sacó del aula a puntapiés. Se desquitó con el pobre compañero, y el resto, después lo comentamos, tuvimos la intención de caerle encima al coronel, pero como el hombre andaba con su sable y su pistola, nos dio miedo. Además, eran tiempos de la dictadura del general Maximiliano Hernández Martínez, 1940, y en el instituto los militares nos trataban como si fuéramos el enemigo.

—La experiencia más sanguinaria ya la habían protagonizado años antes, en 1932, cuando desataron la masacre de campesinos.

—Exactamente. Yo tenía 14 años y recuerdo ese hecho como algo muy doloroso porque, además, una gente muy amiga de mi familia, los Marín, fueron fusilados, como todos, injustamente. Conservo imágenes muy contradictorias de esa época: la angustia de mi madre y mis tías expresada silenciosamente, el miedo de hablar, incluso dentro de la casa, y por otro lado, lo que provocaba ese terror: la versión oficial de que había sido "un levantamiento comunista" y que era necesario seguir persiguiendo a "los malvados comunistas del país". Sumado a esto, por ese tiempo también se produjo la erupción de un volcán en Guatemala y el ambiente estaba cargado de cenizas. En mi mente de jovencita se agudizó el terror entre el fenómeno natural y el paso continuo de carros militares por la calle de casa. Cuando se acercaban haciendo sonar las sirenas, veía en los rostros de mi familia gestos de repudio... pero no decían nada y si yo intentaba hablar del tema, mi madre siempre me decía "cuidado, cuidado, cuidado". El mensaje era de protección: no preguntes, no hables porque *eso* es peligroso. Yo vivía en una nube de confusión.

—¿Después pudo reflexionar sobre esos momentos?

—¿Sabe cuándo hice una verdadera valoración del movimiento campesino del 32?: recién después de regresar de mi posgrado, en 1954, cuando tuve en mis manos el primer libro sobre la matanza del 32 —que por cierto entró clandestinamente al país—, escrito por un estadounidense.

—¿En qué año ingresó a la universidad?

—En 1942, al año siguiente de graduarme como bachiller en el instituto.

—No se dio mucho tiempo para disfrutar del adiós a cinco años de régimen opresivo.

—Pues no, pero debo decir que, en el plano académico, el instituto fomentaba el libre pensamiento y que fuéramos personas cultas. Nuestro odio a los militares y a la dictadura era mudo, fuerte y profundo. En ese ambiente represivo buscábamos formas de libertad. No lograron subordinarnos. La mayoría de los estudiantes, después, se convirtieron en líderes del movimiento social.

—¿Su rebelión?

—Mi rebelión y, a la vez, una continuidad de lo que diría mi opresión personal, se dio cuando elegí matricularme en la Escuela de Medicina. Era 1942, y las mujeres, particularmente, eran reprobadas durante los primeros años de la carrera. Yo tuve una recepción especial: me llamó el decano, el doctor Salvador Rivas Pides, y me preguntó: "¿Para qué quieres estudiar Medicina?" "Es que a mí me gusta", le contesté, por cierto, sin principios muy sólidos. El señor continuó: "Mira, la mujer está hecha para cuidar su casa, tener hijos, cocinar... El hombre necesita una mujer en el hogar". A continuación me nombra todas las mujeres que habían intentado estudiar sin haberlo logrado, las pocas que llevaban diez años en la carrera "pero que nunca se graduarán", enfatizó, y por último me advirtió: "No pierdas tiempo, esto no es para mujeres".

—¡Qué asco!

—Pues yo diría que semejante *diagnóstico* me estimuló, y sencillamente le contesté que lo iba a intentar. En los años tempranos de la carrera, la enseñanza no me resultó atractiva ni motivadora: era tremendamente memorística y rígida. Pero no quiero ser injusta, reconozco que a partir del tercer año, en el hospital, tuve la figura que más impactó en mi formación médica: el doctor Ricardo Salvador Quezada, un cardiólogo que se formó en Londres al lado de uno de los investigadores más famosos en el campo de la investigación cardiovascular. Ambos fueron los primeros en poner un catéter en un corazón. Con el doctor Quezada, un hombre de conocimientos tan sólidos, me formé desde jovencita, de manera que cuando terminé la carrera era prácticamente una cardióloga. Recuerdo que aún era estudiante cuando vino el director del Instituto Nacional de Cardiología de México, el profesor Chávez, a quien le presenté pacientes, y con él discutí sobre sus patologías. El maestro Chávez me preguntó entonces cuándo me había graduado, le respondí que todavía estaba estudiando y me dijo: "Pero si tú ya eres una cardióloga".

—La estudiante impactando al profesor.

—De alguna manera sí, y él lo comprendió bien cuando le dije que era la asistente del doctor Quezada. Le comenté que mi intención era hacer la subespecialidad en electrocardiología en el instituto bajo su dirección. "Tú no necesitas cursar cardiología, vas a hacer el posgrado en cardiología y la especialidad en electro." O sea, me aceptó para estudiar en el instituto cuando todavía no me había graduado.

—Y la impactada fue usted.

—Por supuesto. También se vivía por esa época mucho impacto social porque se aceleraba la movilización popular contra el general Hernández Martínez, hasta que la huelga nacional de brazos caídos lo bota en 1944. La universidad

se plegó activamente a esa lucha. Los estudiantes tal vez no teníamos una formación política muy sólida, pero sabíamos contra quién estábamos luchando. Participábamos con vehemencia, pero creo que éramos como niños y nos exponíamos a que nos pasara cualquier cosa, como esa vez que me tocó llevar no sé cuántas balas camufladas en una caja de cereales. Yo era tan inexperta... Pero en fin, en mayo de 1949 me gradúo, y 15 días después viajé a México. Estudié en el Instituto Nacional de Cardiología durante cinco años y regresé a El Salvador en 1954 con mi posgrado en ciencias fisiológicas.

—¿Estaba interesada en volver?

—Mi mayor interés era enseñar en la Facultad de Medicina de la Universidad de El Salvador. Comienza, pues, mi carrera docente a partir de ese mismo año y hasta 1972. También me tocó ser la primer mujer decana de la Facultad de Medicina entre 1967 y 1971. Son años que recuerdo de mucho estímulo, de importantes transformaciones en la facultad y, al mismo tiempo, muy duros. Cuando en la década de los sesenta estábamos logrando los frutos, comienza ese movimiento social, político, convulsivo, tanto en El Salvador como en el mundo: Tlatelolco en México, el mayo francés, y en la universidad se produce un movimiento interno muy difícil, incontrolable: la lucha por el cupo, por romper con ciertas conquistas. Creo que fue una confusión de la misma izquierda que asociaba, erróneamente, al científico con el reaccionario, a la ciencia con el cientificismo.

—A la vez, la propia universidad era un centro neurálgico de oposición a la dictadura.

—Al punto de convertirse en el enemigo número uno del gobierno, hasta que en 1972 la intervienen militarmente. Un día y medio antes viví uno de los hechos más duros de mi existencia. Después de que finalizó mi periodo como decana de la Facultad de Medicina, en 1971, pasé a ser la jefa del

Departamento de Fisiología y Farmacia mientras continuaba con la docencia en medicina. Es la época en que la bandera de lucha de los revolucionarios exigía que entraran dos mil estudiantes a medicina, algo absurdo. Se produce un caos entre la universidad y la facultad. Se enfilan las baterías contra quienes no estábamos de acuerdo con el cupo irrestricto. El Consejo Superior Universitario nos hace un juicio y soy la única que asiste. Me defendí presentando mi historia de vida en la universidad. Incluso había algunas personas extranjeras, entre ellas un argentino, que habían llegado para promover que yo estaba contra la democratización universitaria, absurdo por completo. La decisión, aunque no estuvo aprobada por mayoría, fue destituirme como docente. No formulé reclamo alguno y salí completamente dolida.

—¿Se trató de un procedimiento legal?

—Pues fíjese que al día siguiente llegaron muchos profesores a mi casa diciendo que el rector reconoció que se cometió una ilegalidad y que se había convocado de nuevo al consejo para el día siguiente, 17 de julio de 1972.

—El 17 de julio de 1972 no es la fecha...

—Pues sí, ese día los militares invadieron y tomaron la universidad. Mi reconsideración ya no tuvo lugar porque el Consejo estaba citado para las dos de la tarde.

—¿Entonces?

—Prácticamente mi vida académica en la universidad termina en ese momento. Sin embargo, la Organización Panamericana de la Salud (OPS) me había invitado para hacer una consultoría y me voy a Washington. Así comenzó mi peregrinar en el exterior como funcionaria de la OPS. Fue doloroso dejar la universidad, pero el trabajo internacional fue una experiencia extraordinaria que la supe aprovechar como representante de la OPS en República Dominicana; también viví momentos hermosos, en México, entre

1973 y 1978, como responsable de Desarrollo de Recursos Humanos en Salud, y desde México pude cubrir los países del Caribe español; además, me tocó trabajar de cerca con la Universidad Autónoma Metropolitana, donde creamos el primer Programa de Medicina Social; después pasé a Venezuela a desarrollar en los países andinos la misma experiencia de México.

—¿Cuánto tiempo fue funcionaria de la OPS?

—Yo debía finalizar mi carrera profesional en el 82, cuando concluía en mi cargo de representante de la OPS en República Dominicana. Estaba cumpliendo 60 años y me correspondía el retiro, pero el director de la OPS me invitó a ir a Washington para trabajar en algo extraordinario: iniciar una nueva línea de formación de jóvenes salubristas en el campo de la salud internacional. Ese trabajo fue mi lujo: durante casi una década acompañé a diez salubristas anualmente en el programa que los llevó a desarrollar la idea de que la salud es un instrumento de política internacional, tanto en lo científico, lo técnico y lo financiero. Después, finalmente regresé a El Salvador tras 22 años de estar ausente. No volví como una extraña sino a articularme nuevamente con mis raíces.

—¿En qué año?

—A finales de 1994, creyendo que iba a estar tranquila para hacer lo que me diera la gana...

—¿Pero?

—Llegué, me compliqué y me comprometí otra vez con la universidad. Primero trabajé *ad honorem* en la Facultad de Medicina. Después, me encuentro con algo totalmente inesperado para mí: comienzan a presionarme para que me postule a la rectoría. No sé cuántas veces dije que no, pero me entró el gusanito del deseo de hacer algo más por la universidad. Y ya ve: soy la rectora hasta octubre de 2003.

—Doctora, ¿y su corazón?

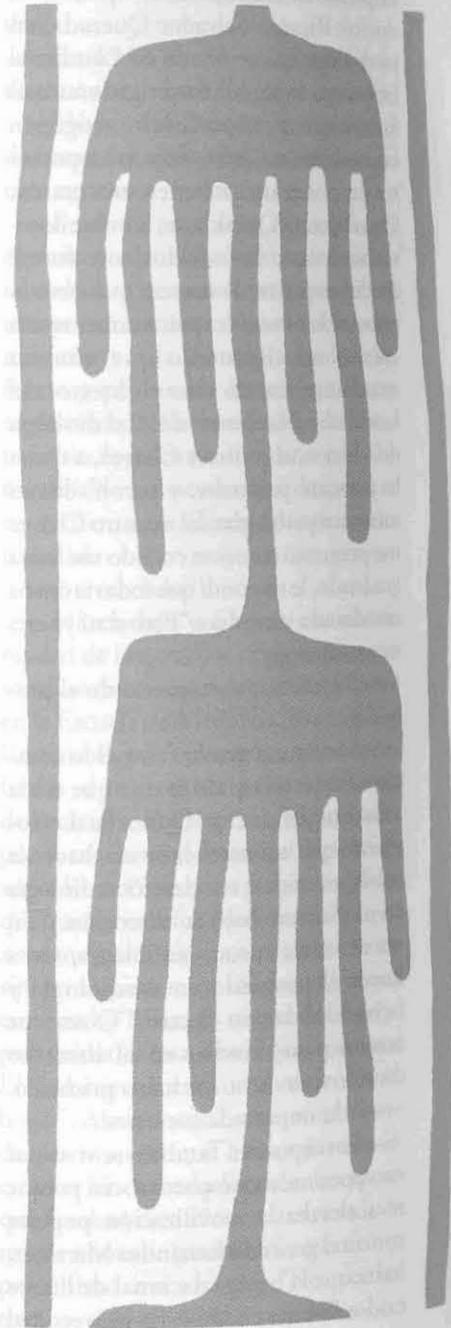
—¿Mi corazón? ¡Ah! Hubo un pequeño *incidente* en mi vida que no le conté: en 1969 me casé. Mi esposo había sido subdirector de la Organización Mundial de la Salud y tuvo el mismo cargo también en la OPS. Un hombre salvadoreño de origen suizo que prácticamente vivió siempre fuera de El Salvador. Por eso mismo, cuando nos casamos, además de que él ya se había retirado, cumplió su deseo: vivir definitivamente en el país. Pero en 1972 suceden los acontecimientos que le narré y tuvimos que salir de El Salvador. Para él, más que para mí, fue duro, durísimo. Nos establecimos en México y, lastimosamente, en 1974 tuvo un accidente cerebral y murió. A partir de ese momento me quedé sola, pero nunca me sentí sola, ésa es la verdad. Lo más doloroso que le puede suceder a quien es funcionario internacional es dejar el país donde uno se articula. Para mí fue tan triste salir de México cuando me enviaron a Venezuela. Me costó igual dejar Venezuela y después República Dominicana. Soy muy fácil para adaptarme al lugar que llego, lo que me cuesta es dejarlo.

—¿Es mi impresión o también le está costando dejar esta entrevista?

—No, ya debemos terminar. Considerando que tengo 80 años, nací el 5 de noviembre de 1922, no sé cuánto tiempo llevaría contarle más sobre mi vida... Aunque tal vez tenga usted razón, es que me ha hecho evocar tantos recuerdos. Debo parecer una mujer transgresora, pero pienso que a lo mejor me ha tocado serlo. Me ha tocado ser la primera decana de medicina, la primera rectora de esta universidad... Han sido los tumbos de la vida los que me han puesto en estos primeros lugares, yo no lo he planificado. Pero ¿qué no hice? Quizás, a veces lo pienso, qué bueno hubiera sido haberme quedado en mi carrera científica. ¿Cómo es que salí de allí? ¿Por qué dejé el laboratorio para ir al decanato de medicina? ¿Por

qué rompí con mi carrera científica? Todavía no lo sé. Yo he tenido muchas vidas y, al cabo de tantas, una se pregunta: ¿Qué soy? ◀

Entrevista realizada el miércoles 19 de febrero de 2003.



El cuerpo posmoderno

Marcela Sánchez Mota*

Los movimientos artísticos de vanguardia aparecen en el mundo desde principios del siglo XX marcando el inicio de la modernidad. Kandinsky y Picasso, por ejemplo, plantean la entrada del uso de la abstracción en las artes plásticas. La danza, en cambio, viene a romper con las estructuras dramáticas tradicionales a mediados de siglo con las propuestas de Merce Cunningham, el primero en desechar de la coreografía los elementos característicos de las piezas dramáticas. Para este notable coreógrafo, el movimiento corporal tiene que hablar por sí mismo. Cunningham se propone también liberar a la coreografía del dominio de las estructuras musicales, al tiempo que incorpora el azar y la improvisación a sus trabajos.

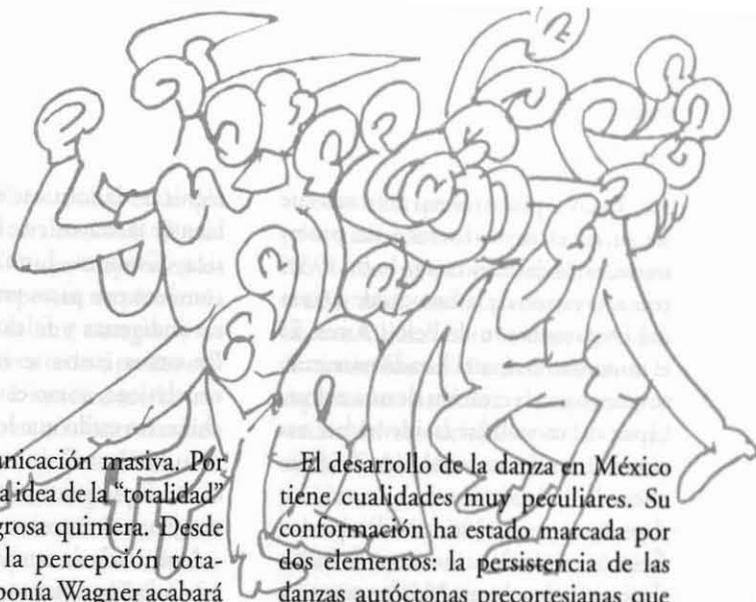
La innovación de Cunningham tiene un sentido muy distinto a las aportaciones de sus antecesores (Nijinsky, Isadora Duncan y Martha Graham), que se habían propuesto romper con los códigos corporales del ballet clásico. Cunningham se aleja de la organicidad y la pesadez de la técnica moderna, codificada por su maestra Martha Graham, para echar mano de nuevo de la ligereza del clásico. Para él, el movimiento humano es un acto inteligente antes que intuitivo o natural, y la libertad del cuerpo debe surgir de la exploración del movimiento aislado de las distintas partes de la anatomía del hombre. Desde muy temprano comprende que los hábitos perceptivos de la sociedad moderna están condicionados por la publicidad y los

medios de comunicación masiva. Por lo tanto, para él, la idea de la "totalidad" es sólo una peligrosa quimera. Desde su perspectiva, la percepción totalizadora que proponía Wagner acabará por hipnotizar y adormecer los sentidos de la sociedad de consumo. Cunningham propone "descentralizar" el escenario; con él, los distintos espacios escénicos adquieren la misma importancia. Asimismo, desde la desarticulación y disociación el cuerpo hablaría por sí mismo. La libertad para Cunningham implica una "completa conciencia del mundo y, al mismo tiempo, un distanciamiento de él"; desconfía del arte "natural". Para él, los impulsos y los deseos que la sociedad moderna le impone al hombre están condicionados por necesidades creadas y no naturales. El ser humano moderno, sostiene, ya no es capaz de discernir entre su instinto natural y el creado. Su trabajo se convierte en un llamado a la inteligencia del espectador. Esta idea lo acerca a la propuesta que Marcel Duchamp lanza en el terreno de las artes plásticas. Para Cunningham, lo importante de la obra de arte es modificar las formas convencionales de la percepción. Por encima del ver y oír está la manera en que nuestros sentidos perciben lo que nos es dado para ver y oír.

Como suele pasar, su trabajo llegó a México 20 años más tarde, en 1968, año en que el coreógrafo visitó nuestro país. Su propuesta no fue comprendida ni apreciada; las razones podrían encontrarse en el atraso teórico del entorno mexicano en el terreno de la danza y para ello es necesario repasar la historia.

El desarrollo de la danza en México tiene cualidades muy peculiares. Su conformación ha estado marcada por dos elementos: la persistencia de las danzas autóctonas precortesianas que tenían como fin el ritual religioso; la llegada de danzas populares europeas durante la Colonia. El mestizaje de las danzas indígenas con las europeas genera una tercera vertiente, que coexiste con las dos manifestaciones que le dan origen. En el siglo XIX, el minuet, la contradanza y la alemanda conviven con la jarana, el jarabe y los sonecitos mexicanos. No es hasta 1919 cuando el público de la ciudad de México tiene el primer contacto con el ballet clásico, durante la visita de Ana Pavlova. Curiosamente, la repercusión inmediata de Pavlova se ve reflejada, en un primer momento, en los teatros de revista populares, en el cabaret y el bataclán, donde se populariza el uso de las puntas de ballet mucho antes de que la danza clásica logre desarrollarse entre nosotros.

En Europa, el bailarín clásico Nijinsky es uno de los primeros en romper con las rígidas estructuras del ballet; en 1913, dos piezas creadas e interpretadas por él, *Preludio a la siesta de un fauno* y la *Consagración de la primavera*, provocan el rechazo de los conservadores y la bienvenida de los vanguardistas de París. En Estados Unidos aparece la figura de Isadora Duncan, que rompe con los cánones del ballet clásico al desechar en sus trabajos el código corporal de la técnica, el uso de las puntas de ballet y el tradicional vestuario de mallas y tutús. En ese mismo año, el público de México aplaude entusiasmado a los grupos europeos



* Socióloga y crítica de danza

que llegan al país en busca del éxito que les niega el suyo. La idea de profesionalizar la danza no surge hasta 1931, con la creación de la Escuela de Danza del Departamento de Bellas Artes. Es el momento en que el Estado mexicano se empeña en la creación de una cultura capaz de consolidar la identidad nacional. La polémica establecida desde los años de Independencia —¿somos indígenas o somos mestizos?— desaparece. Éramos revolucionarios, éramos luchadores sociales de un México mestizo: así lo asume la gran mayoría de los artistas. El sentido nacionalista y revolucionario rige las propuestas artísticas en todas las ramas de la cultura. Los bailes folclóricos se estilizan con la técnica clásica. En 1947 aparece la Academia de la Danza Mexicana. Varias figuras del extranjero se apasionan por lo mexicano; muchos acuden a colaborar, y algunos se quedan entre nosotros. El sentimiento revolucionario domina los temas de la danza; surge así el llamado Movimiento Mexicano de la Danza Moderna, cuya actividad abarca dos décadas. Escritores, pintores y músicos participan entusiasmados en este movimiento. La técnica de ballet clásico y la técnica moderna de Martha Graham, acogidas por la mayoría de los exponentes de la danza clásica y moderna de esos años iniciales, perdurará por mucho tiempo. En los años sesenta se conforman las primeras compañías de danza moderna que continúan hasta nuestros días: el Ballet Nacional de México y el Ballet Independiente. La mayoría de los exponentes de la danza en esos años acogen la técnica moderna de Martha Graham con tal fervor, que llegan a rechazar cualquier forma de entrenamiento que no sea la de esta importante coreógrafa. En los años setenta surgen otras nuevas compañías: el Ballet Contemporáneo, Expansión 7, Taller Coreográfico de la UNAM, Danza Libre Universitaria y Ballet Teatro del Espacio, entre las más destacadas. Las

técnicas dancísticas se mezclan para bien de la mayoría de los creadores: clásica, Graham, Limón y Humphrey conviven con pasos tomados de las danzas indígenas y folclóricas mexicanas. En otros casos se importan estilos neoclásicos, como el de George Balanchine, un estilo que logra sobreponerse a “lo mexicano” sin intervenir demasiado en las formas, y que los mexicanos acogen con entusiasmo.

La entrada de otros estilos extranjeros en los años setenta enriquece el panorama de la danza mexicana, aunque sin que los creadores abandonen del todo su excesivo respeto hacia la forma aprendida. El grupo de jóvenes creadores que forman la compañía Forion Ensemble representa un caso especial: sin abandonar las técnicas aprendidas, estos jóvenes artistas incorporan a su trabajo nuevas técnicas como la de Alwin Nikolais, Louis Falcó y Merce Cunningham. La importancia de este nuevo grupo radica en su voluntad de experimentar nuevas formas de expresión corporal y de creación. Conformado por Eva Zapfe, Jorge Domínguez, Rosa y Lidia Romero, Forion Ensemble da un giro renovador a la danza mexicana. En 1983, sus integrantes refundan el grupo bajo el nombre de Cuerpo Mutable. La década de los ochenta contempla la consolidación de varios grupos experimentales de danza contemporánea, y nuevas propuestas al iniciarse el movimiento de danza-teatro. La mayoría de ellos sobreviven a las constantes crisis de la economía mexicana: Teatro del Cuerpo, Utopía Danza-Teatro, Contra-danza, Contemporanza, U.X. Onodanza, Antares. Muchos de ellos alcanzan el fin del milenio, al mismo tiempo que surgen otros grupos: Aksentis, Quatora Monorriel y Delfos; asimismo talentosos creadores como Alicia Sánchez, Gerardo Delgado, Mauricio Nava, Manuel Stephens, Rodolfo y Saúl Maya.

En los años sesenta y setenta, en Estados Unidos, los integrantes de la generación llamada posmoderna se empeñan en definir qué es danza y qué no es danza. Entre sus integrantes (seguidores de Merce Cunningham) destacan Lucinda Childs, Steve Paxton, Trisha Brown e Ivonne Rainer. La discusión planteada por ellos tarda en llegar a México y se ha prolongado hasta el presente. Pero lo que aquellos coreógrafos-bailarines estadounidenses hacen es radicalizar el concepto de lo “dancístico”, al concebir cualquier movimiento, por simple que sea, como danza. Lo importante, desde su perspectiva, está en el hecho de que el movimiento sea realizado para un espectador. Algo similar llega a plantear el movimiento expresionista alemán, encabezado por Pina Bausch, sólo que su propuesta incluye una carga política y social mucho más clara. En el medio mexicano estas tesis no se han discutido con la profundidad necesaria. No obstante, un puñado de arriesgados coreógrafos se ha lanzado a explorar más allá de los códigos establecidos. La discusión no trata de desdeñar la técnica, sino de utilizarla para crear nuevas propuestas.

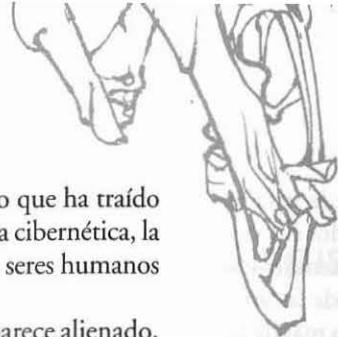
La danza mexicana de hoy plantea una gran variedad de trabajos, la mayoría ceñidos a los estilos o las técnicas aprendidas. Es difícil hablar de una generación unida por un movimiento temático o estilístico específico. Los jóvenes creadores han abordado todos los temas posibles, las más de las veces con poca investigación, sobre todo con poca investigación intelectual que derive en lo corporal, en la creación de códigos propios de movimiento. Para que estos jóvenes se planteen las preguntas esenciales (por qué, para qué y cómo hay que moverse) es necesario que contemplen los cambios radicales de percepción en



torno al cuerpo humano que ha traído consigo la aparición de la cibernética, la inminente clonación de seres humanos y la realidad virtual.

El cuerpo humano aparece alienado, separado del pensamiento y de las emociones. El mensaje heredado afirma que el cuerpo es tan sólo un receptor: las sensaciones y los pensamientos se generan en la mente, como si la mente no fuera parte del cuerpo. La necesidad de nuestros antepasados de reflexionar acerca del cuerpo y lo divino se pierde en la historia. La herencia occidental que contempla al cuerpo como la cárcel de nuestro espíritu parece persistir, sólo que ahora ese cuerpo aparece desprovisto de un sentido sagrado. Vivimos el olvido del cuerpo como un recipiente que nos lleva y nos trae por el mundo, o nos empeñamos en cultivarlo como materia que existe más allá de nuestro ser, un algo que es preciso alimentar y cuidar como a una mascota. En cualquier caso, la brecha entre mente y cuerpo se ensancha cada vez más. En el terreno de la danza, esta tendencia se refleja en la constante recurrencia a un virtuosismo cada vez más cercano a lo acrobático. Desde luego, este virtuosismo no es desdeñable. El problema sobreviene cuando se convierte en el fin último, cuando se olvida lo que se intenta transmitir.

En los terrenos de la literatura, las artes plásticas y visuales, es posible rastrear una abierta discusión sobre el cuerpo humano y las distintas maneras de entenderlo a lo largo de la historia. En ese sentido, el trabajo de la coreógrafa alemana Sasha Waltz parece colocarse en el centro de la discusión. Todos ellos abordan una pregunta esencial: ¿Qué es el cuerpo humano? En su trilogía (*Körper*, *S* y *NoBody*) Waltz deja de lado cualquier tipo de estructura dancística conocida y plantea un profundo cuestionamiento en torno a la verdadera naturaleza del cuerpo humano, sus posibilidades, sus horrores y sus contradicciones. En



Körper, obra en la que incursiona más allá de los límites corporales, los intérpretes exploran la piel de sus cuerpos y se someten a todo tipo de revisiones minuciosas: se retuercen los pezones, analizan tatuajes, cabelleras, lunares y granos. Waltz utiliza la alteridad de los cuerpos para confrontarnos con nuestra condición humana: un cuerpo con dos cabezas, un cuerpo con dos torsos, el reflejo femenino de un cuerpo masculino. En *S*, Waltz propone su noción de paraíso, dominada por una mirada plástica que busca reflexionar acerca del erotismo. *NoBody* propone la desaparición del cuerpo como metáfora de la muerte y como parte inexorable de la condición humana. Waltz se pregunta: “¿Cómo es que la carne, esa materia que nos constituye, es al mismo tiempo la potencia matriz de las fuerzas inmateriales? La epidermis es la superficie de un abismo donde bullen los fantasmas de la memoria, donde se transforman las energías y los miedos, y donde se cultivan las visiones del sueño”. A diferencia de sus primeros trabajos, en esta trilogía Waltz propone una estructura compleja para representar el cuerpo orgánico y su infinitas posibilidades visuales. En *NoBody* usa las imágenes del Juicio Final de Miguel Ángel; busca hablarnos de la “especie humana como vulnerable y eterna a la vez, en medio la desnudez del Paraíso perdido”. Esta coreógrafa singular es considerada como la sucesora de Pina Bausch, aunque ella reconoce una mayor influencia del mundo coreográfico estadounidense, en especial de la escuela de Merce Cunningham y Trisha Brown. Ha sido invitada a presentar su trabajo en Brooklyn, en el New Wave Festival, y en el Teatro de la Ville de París, al lado del Sankai Juku japonés de danza butoh que dirige Ushio Amagatsu y al lado de la coreógrafa y cantante Meredith Monk, que junto con Anne Hamilton han propuesto un

trabajo de experimentación del cuerpo a través de la voz y el movimiento. No olvidemos que en México, hace seis o siete años, en una versión libre de Lorena Glantz sobre la obra de teatro *Yo no* de Samuel Beckett, propuso la exploración escénica y corporal por medio del uso extensivo de la voz. El trabajo fue cuestionado por no corresponder a los lineamientos tradicionales de teatro ni de danza según los administradores culturales de ese momento. La cercanía entre el trabajo de Lorena Glantz y el de Meredith Monk es innegable; aquí no tuvimos la capacidad de valorar lo innovador de su propuesta.

Si la danza moderna de Isadora Duncan, cercana al espíritu del movimiento socialista, exige la libertad que sólo sería posible alcanzar mediante el retorno a la naturaleza, la danza de Merce Cunningham refleja la nueva relación del ser humano con un mundo que comienza a ser regido por la incertidumbre, el azar o la indeterminación. En resumen, incursionar en el mundo que los científicos definen como la “probabilidad de posibilidades”. Su trabajo es el producto del intercambio conceptual e intelectual con otros artistas de su tiempo, como John Cage, Marcel Duchamp, Robert Rauschenberg y Jasper Johns. Los genios artísticos del siglo XX lo son gracias a que la reflexión y el cuestionamiento sobre el papel del arte y del artista los lleva a la innovación de las formas de arte. De esta forma, logran persistir, sobrevivir y trascender la brutal y tentadora realidad que les han tocado vivir.

La necesidad de elementos teóricos en el terreno de la danza mexicana son inminentes. La intuición, la exploración, la ciencia, la literatura y las imágenes deberían coexistir en la mente de los coreógrafos: pensar en las implicaciones que conlleva su principal materia de trabajo, el cuerpo humano; las profundas e ilimitadas dimensiones

que representa investigar sobre el generador fundamental de toda vida humana.

Hoy sería interesante retomar la discusión iniciada por Merce Cunningham en torno a dejar en el espectador la libertad ante la obra coreográfica, discusión que aparece más tarde en el terreno de la teoría literaria deconstructiva, propuesta por Roland Barthes, Gilles Deleuze y Jacques Derrida. Algunos críticos equiparan la desestructuración del movimiento escénico de Cunningham, donde da al espectador la libertad de decidir qué mirar y cómo mirarlo, con la noción del texto abierto de Roland Barthes en el que el lector deja de ser un consumidor pasivo para convertirse en un productor del texto. Sería enriquecedor abordar la discusión en torno al cuerpo humano desde todos los puntos posibles, incluida la forma en que lo percibimos en la vida cotidiana. Cómo afectan nuestros sueños los sonidos o los silencios, nuestra memoria de la vigilia o la memoria infantil, que en los sueños suele aparecer de forma simultánea. Cómo es el cuerpo por dentro, qué produce, qué olvida, qué percibe, dónde termina. Las ideas, la energía, el alma, lo insalvable, los sentimientos, son producidos por el cuerpo; por lo tanto son parte de él.

Valdría la pena, también, retomar la discusión que han puesto sobre la mesa todos aquellos artistas plásticos que han incluido sus propios cuerpos en sus propuestas, como el *performance* o el *body-art*. Revisar lo sucedido en las artes visuales, la irrupción del arte conceptual que trastoca el referente directo de la imagen. En la búsqueda por rechazar el objeto de arte como una mercancía, los artistas han propuesto como arte la inmaterialidad de las ideas, las sensaciones que se instalan entre el ojo y lo visto por el ojo, en un espacio vacío que tiene que ser creado por el espectador. El arte conceptual se ha ubicado de manera fundamental en

el terreno de la teoría o de la palabra escrita para ser comprendido: sin embargo, las propuestas han tenido impacto en todos los géneros de las artes visuales. El *performance*, una más de las propuestas artísticas derivadas del arte conceptual, ha colocado al cuerpo humano en el centro de la exploración visual, para convertirlo en el elemento efímero de la imagen; el resultado final es el llamado *body-art*. ¿Qué nos dice Orlan, la artista francesa que declara haber donado su cuerpo al arte y se somete a intervenciones quirúrgicas ante el espectador con el objeto de alcanzar su máximo ideal de belleza? Orlan es una suerte de Frankenstein femenino: su cara es un pastiche de la frente de Mona Lisa, la nariz de una representación de la diosa Diana, el mentón de la *Venus* de Botticelli, la boca de un cuadro de Boucher y los ojos de un cuadro de Gérôme. ¿Qué reflexiones nos propone el artista australiano Stelarc? Desde los años setenta, Stelarc experimenta sobre la percepción alterada de la realidad a partir de cambios en las estructuras corporales, como coserse los párpados y la boca con el cuerpo situado entre dos tablas colgantes. Sus investigaciones y espectáculos están encaminados a constatar lo obsoleto y vacío del cuerpo moderno. Para él, el cuerpo es virtual, "una estructura por controlar y modificar". Otros artistas, como Chris Burden, han visto en el *performance* la exploración del cuerpo ante el dolor extremo; como ejemplo está la "creación" de una escultura por medio de un disparo en su brazo a corta distancia. Terry Fox, por su parte, ha incurrido en representaciones en las que el cuerpo es llevado hasta el agotamiento. Habría que analizar las fotografías de artistas como Joel Peter Witkin, de qué manera su trabajo nos habla de sexualidad y de muerte; detenernos a reflexionar en torno a las propuestas cinematográficas de David Lynch, David Cronenberg, Peter

Greenaway y Nagisa Oshima; discutir las ideas sobre el cuerpo en la ciberficción que el crítico Toshiya Ueno llama "Techno-Orientalism" y nos hace el señalamiento de la crisis de identidad que sufre la sociedad japonesa ante el avance tecnológico.

La visión poshumanista sobre el destino del cuerpo humano como un elemento desechable y obsoleto sería importante en la medida en que actuara como una vacuna "higiénica" contra el aparente deseo de destrucción del cuerpo. La cibercultura ha traído a flote la antigua dicotomía entre cuerpo-espíritu y se ha colocado en una suerte de postura visionaria donde el futuro que depara a la humanidad es la liberación de la mente inmaterial que podría sobrevivir separada del organismo que le ha dado albergue y vida. Desde este punto de vista, el cuerpo humano es visto como una cárcel o como un infierno de putrefacción y muerte que es necesario desechar. Frente a esa postura, ¿no sería interesante explorar sobre el misterio de la conciencia, sobre la infinitud interna del cuerpo humano, sobre la memoria, sobre el abismo que representa la existencia humana, sobre lo inefable? ¿O tendremos que esperar a que nuestra mente vague solitaria por el espacio sin un cuerpo que le dé voz o sensaciones? ¿No sería interesante indagar si las funciones reguladoras del cerebro abarcan cada una de nuestras células, que todas ellas en conjunto y como parte de un todo conforman nuestra mente, nuestra conciencia o lo que muchos llaman espíritu y cuyas funciones no podemos desligar del cuerpo? En fin, la tarea es ardua: reflexión, cuestionamiento y crítica sobre la percepción de nuestro cuerpo. ←



Extreme ways, o la miseria del segundo piso

Renato González Mello*

La construcción del segundo piso en Periférico y Viaducto es escandalosa. Nunca la indefensión cultural se había hecho tan evidente: un gabinete de activistas radicales ha aceptado con entusiasmo la defensa de un proyecto que difícilmente beneficiará a quienes tienen automóvil, aunque tal vez consiga sus votos. Que los fondos públicos se utilicen de esa manera es cuestionable por motivos tan absolutamente obvios que no vale la pena exponerlos aquí. El inmenso paso a desnivel será la verdadera política cultural del Gobierno del Distrito Federal, y sus consecuencias se dejarán sentir a largo plazo. Se trata de un proyecto que sólo considera los embotellamientos de tráfico, despojado de todo análisis social de los problemas urbanos, y basado en la dudosa creencia de que los puentes acaban con los embotellamientos. Por eso es un proyecto ejecutivo de desurbanización. Su construcción destruirá la moribunda identidad simbólica de la ciudad. Esa vieja representación de trolebuses que iban al cielo, guajoloteros llenos de ilusiones y barriadas de pobres supuestamente felices será relegada a donde pertenece, que son las funciones televisivas de media tarde. La ciudad deberá identificarse ahora con una vía costosa, ya veremos si merece llamarse "rápida", que va a polarizar las diferencias sociales. El antecedente es claro. Circuito Interior y Viaducto siguen el curso de los ríos. Los ríos de la ciudad eran puntos de referencia comunes,

sitios de intercambio y convivencia. Las vías de alta velocidad que los reemplazaron son muros de contención entre pobres, más pobres y ricos. No tienen ni pueden tener otro valor simbólico. Su función es dividir a los que tienen automóvil de los que viajan en micro. Dividir, sobre todo, a los que tienen áreas verdes y una colonia medianamente habitable, de los que deben pasar, temerosos y agotados, por los nefastos puentes con que los ingenieros atienden a los miserables peatones.

Las consecuencias de este abuso están en el orden simbólico. Al promover el segundo piso, el gobierno renuncia a que la ciudad sea un espacio civilizador para representar y resolver los conflictos sociales, aviniéndose a una visión empresarial que sólo sabe concebir activos, pasivos, tarifas, subsidios y bonos. No es una crisis de proyecto, como está de moda decir, sino una crisis cultural. Los proyectos vienen de la cultura, y no al revés. La izquierda ya no tiene una representación del futuro, de su propio ejercicio del poder, o alguna figura que permita a sus militantes concebir su acción en el gobierno. Por ello, no tiene más remedio que medrar en el imaginario de la derecha.

Porque las vías rápidas son un lugar imaginario de la derecha.

Filippo Tommaso Marinetti, el fundador del futurismo y uno de los constructores del fascismo, reivindicó a principios del siglo la estética del automóvil: "Al hombre que sostiene el volante, cuyo eje ideal atraviesa la tierra, ella también lanzada a la carrera sobre el circuito de su órbita". Es menos conocido el "Manifiesto futurista"



Jacobo Borges, Venezuela

de la arquitectura aérea, que perpetró en los años veinte con Angiolo Mazzoni y Mino Somenzi. Invocando "el alto patronazgo de Mussolini", Marinetti y sus compinches aseguraron haber ideado "la gran Ciudad única, de líneas continuas para admirar en vuelo, impulso paralelo de aerovías y aerocanales de 50 metros de ancho [...] Las aerovías y los aerocanales (que unirán los sistemas fluviales en armonía con las líneas aéreas= cambiarán la configuración de las llanuras, de las colinas y de las montañas" (www.futurism.org). Esta fantasía de una ciudad que tuviera, como la de los Supersónicos, vías aéreas en lugar de calles, es típica de una conciencia obsesionada por la idea de dominio.

Los documentos fundadores del urbanismo veintecentista incluyen siempre grandes carreteras interurbanas. Así ocurre en la Broadacre City de Frank Lloyd Wright, y también en el Plan Voisin de Le Corbusier. Este último debe su nombre a su patrocinador: el señor Voisin que fabricaba coches de carreras. La idea era demo-

* Historiador. Investigador del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM

ler el corazón histórico de París para construir un gigantesco conjunto de edificios de casas, oficinas y negocios, cruzado por vías de alta velocidad. La intención era, entre otras, acabar con las formas vigentes de convivencia social y conciencia cívica individualista, a favor de un nuevo estado corporativo. Ese bello despropósito le valió a Le Corbusier el incómodo entusiasmo de George Valois, fundador del *faisceau* francés; esto es: del fascismo. Pero Le Corbusier no era "facho". Simpatizaba con Ernest Mercier, cuyo Redressement Français promovía el taylorismo social: la planeación científica de la producción fabril elevada a principio general de organización social. Esa ideología, popular entre las élites del periodo de entreguerras, suponía que la energía era un campo continuo, y que su administración adecuada llevaría a una distribución de riqueza sin precedente, y sin trastocar ninguna relación de poder. El aforismo de Le Corbusier era claro: "Arquitectura o revolución. Se puede evitar la revolución".

La circulación universal fue la metáfora de un cuerpo político robusto y bien alimentado. La izquierda intelectual, y en México tenemos algunos ejemplos, intentó disputar ese símbolo, aunque no siempre el proyecto urbano. En *Urbe*, de 1924, Manuel Maples Arce evocó la imagen de una ciudad que no existía, y cuya realidad futura era imprevisible.

Oh ciudad toda tensa
De cables y de esfuerzos
Sonora toda
De motores y de alas

Manuel Maples Arce aseguró que *Urbe* era un "súper poema bolchevique". También Siqueiros habría querido que sus murales en la rectoría de Ciudad Universitaria (1952) fueran un relieve de aluminio, destinado a la observación de los automovilistas a toda velocidad. Acostumbrado a vivir peligrosamente,



Jacobo Borges, Venezuela

Siqueiros propuso al siguiente espectador:

Al muralismo en el exterior le corresponde un nuevo tipo de espectador, un espectador activo, frecuentemente motorizado [...] su radio visual es infinitamente mayor y más complicado que el de interior [...] exige su ordenamiento un método de poli o multiangularidad, ya que quien lo ve, está impelido a captar la obra desde los puntos angulares más extremos.

La teoría de Siqueiros pone en primer lugar un régimen distinto al del museo, distinto al del muralismo tradicional, y distinto también al de las pequeñas plazas cívicas tradicionales. Lo que Siqueiros propone es semejante a un anuncio comercial con relieves en una carretera.

Por eso se parece tanto a una variedad de tópicos, que van de las formulaciones teóricas de Robert Venturi a la ideología de la derecha durante la Guerra Fría. En 1984, en el debate donde buscó la reelección para un segundo periodo presidencial, Ronald Reagan estableció de la siguiente manera su pensamiento sobre el futuro:

Hace varios años se me encargó escribir una carta para ponerla en una cápsula de tiempo. La carta sería leída dentro de cien años, cuando abrieran la cápsula.

Recuerdo que iba manejando por la costa de California durante el día. Mi mente estaba llena de lo que iba a decir en esa carta sobre los problemas y asuntos que nos requieren, en nuestro tiempo, y sobre lo que hicimos respecto de ellos. Pero no pude ignorar del todo la belleza a mi alrededor: el Pacífico a un lado de la carretera, brillando bajo la luz del sol, y los montes de la sierra costera elevándose del otro lado. Y me descubrí preguntándome si otros, dentro de cien años, conducirían por la misma carretera y verían lo mismo.

Como en la canción "Extreme ways are back again", Reagan ya no podrá responder esa pregunta (y tampoco ninguna otra), pero nosotros sí. En 1968, y con motivo de las Olimpiadas, se construyó un paseo escultórico en el tramo de Periférico que va de San Jerónimo a Cuernavaca. Fue un proyecto brillante. La crítica está vagamente de acuerdo con que la obra mejor lograda fue la de Herbert Bayer, *Muro articulado*. Es la torrecita de regletas que se levantaba serpenteando, no hace mucho tiempo, como una estela monumental en medio del Pedregal. Era visible desde kilómetros y parecía moverse a medida que se recorría el Periférico. La escultura todavía está ahí, aunque ya no es monumental. La ciudad la alcanzó, la encerró, y hoy es utilizada como estacionamiento. En aquel tiempo, se recorrían varios kilómetros en pocos minutos. Hoy se puede recorrer exactamente el mismo tramo en una hora.

Cuando se construyó esa obra admirable, Bayer era un superviviente. Partícipe de la Bauhaus y autor de algunos de los fotomontajes surrealistas más famosos, en los años sesenta había cosas de las que seguramente hablaba poco. Bayer permaneció en Alemania hasta 1938, trabajando para una agencia de publicidad. Cuando emigró a Estados Unidos, Bayer participó en los

fotomontajes de exposiciones que, como *Road to Victory*, en el Museo de Arte Moderno, celebraba la participación de Estados Unidos en la guerra. La imagen más conocida de esa instalación mostraba un gigantesco desfile militar. Era una vista aérea. Bayer le sobrepuso fotografías de familias campesinas, como si hubiera un tránsito sin interrupciones del ámbito familiar a la movilización militar. Es una iconografía afín a la propaganda fascista en Italia y Alemania.

El desarrollo de muro articulado podría considerarse un problema geométrico abstracto, pero se originó en uno de los problemas que más interesaron a las élites políticas e intelectuales de entreguerras: la administración. La administración de las personas, del dinero, de las industrias, de la sociedad, de las formas, de los ejércitos, de las sociedades, de la guerra. La manipulación de un campo supuestamente uniforme, cuyas ondulaciones traerían la redención de dimensiones desconocidas. La fragmentación y perfecta administración de una superficie que no concibe nada fuera de sí misma: la topología convertida en metáfora de la irracionalidad política, la suposición de que era posible liberar y canalizar las fuerzas secretas que circulaban en el mundo.

La reflexión estética provee la ironía, que es un arma de la ética. La escultura de Bayer merece todavía la demolición de todo a su alrededor, pero es una advertencia bastante clara de los peligros prácticos, económicos, urbanos e ideológicos de esa clase de fantasías. El proyecto del segundo piso es muy autoritario porque evoca el mito de una sociedad completamente movilizad. Por eso es uno de los juguetes favoritos de la derecha en todo el mundo, y por eso es una imagen que puede parecer grata, a falta de un trabajo político y teórico más intenso, a quienes antaño soñaban con una sociedad perfecta y militarizada. ◀

Cincuenta años de *rock and roll* ¿Quién es el padre?

Sergio Monsalvo C.*

La historia del *rock and roll* es la de sus mitos. Este año el género cumple 50 años de existencia bajo ese nombre, y varias han sido las leyendas de sus paternidades. Por ejemplo, en el germen mismo de su concepción se puede ubicar un nombre al que no se le ha dado el debido reconocimiento en ese sentido, aunque un riguroso examen de su ADN musical lo comprobaría a todas luces. Se trata de Charlie Parker, el genial saxofonista forjador de estilos. Por ese lado se puede establecer que *Bird*—sobrenombre con el que se le conocía—puso los cimientos del rock, le proporcionó el *riff* primigenio (frase musical breve y característica, ejecutada como acompañamiento que se repite). Y lo hizo en una fecha y lugares exactos: el 26 de noviembre de 1945, en los estudios de la compañía Savoy Records, en la que estéticamente está considerada “la sesión grabada más grande del jazz moderno”, según los estudiosos del género.

En ese entonces Parker podía conseguir de la fuente bluesera, en la que abrevaba, más melodías originales que ningún otro músico. De esta manera, creó para dicha sesión el tema “Now’s the Time”, un título premonitorio. En este tema lo acompañaron Max Roach en la batería, *Dizzy* Gillespie (como incógnito) en el piano, *Curly* Russell en el contrabajo, y el joven Miles Davis, de 19 años, en la trompeta. Era el formato musical del futuro, el combo que sería prototípico del jazz de ahí en adelante. La sección rítmica respaldaba al saxofón y a la trompeta, y el golpe

básico, el *beat*, de cuatro por cuatro, surgía del contrabajo. Era recogido luego por el baterista, en el platillo superior, y se convertía así en el pulso de una nueva música, en el eje sobre el que giraría todo lo demás. Parker utilizó para la composición del tema la idea del *riff* de Kansas City (ciudad donde se asentó la vanguardia del jazz en la década anterior), para establecer una muestra de fuerza rítmica y melódica. Esa sesión dio fin a una época e inició otra. En la superficie flotaban las inflexiones del blues, como una capa de aceite sobre el agua, y contenía esa calidad extradimensional que distingue las obras definitivas, aunque sólo dure tres minutos. Estaba perfectamente equilibrada y era fresca.

Por otro lado, la anécdota cuenta que Charlie Parker vendió en ese estudio, por 50 dólares, los derechos a perpetuidad de la pieza. “Now’s the Time” al instante se convirtió en una melodía clave de la década por varios motivos: primero, era el mayor logro musical del *bebop*, su mejor muestra; y segundo, porque preludió otro género, el *rhythm and blues*, que más tarde se convertiría en el *rock and roll*, partiendo de sus mismas bases. A unos días de su grabación, la pieza fue pirateada por *Slim* Moore, un saxofonista que la haría aparecer bajo el nombre de “The Hucklebuck”, tema seminal del naciente *rhythm and blues*, y de la cual se vendieron millones de copias en todo Estados Unidos. A Charlie Parker no le aportó más que aquellos 50 dólares.

Dentro de la industria cinematográfica se suele tomar a la canción “Rock Around the Clock” (“Al compás del reloj”, en su versión en español), interpretada por Bill Haley y sus Cometas, como el primer

* Escritor y periodista.
Dirige la revista *Scat*



Ignacio Iturria, Uruguay

tema de *rock and roll* en el mundo. Si nos guiamos por las listas de éxitos, tal vez podría ser así. Sin embargo, la historia de la música nos dice otra cosa. En 1947, un guitarrista y cantante de nombre Wild Bill Moore grabó la canción "We're Gonna Rock, We're Gonna Roll" en cuatro por cuatro, en pleno desarrollo del *rhythm and blues* —a dos años de su irrupción escénica—. Alan Freed, entonces *disc-jockey* (DJ) de la estación de radio WJW, de Cleveland, acuñó el término *rock and roll* como género musical con las palabras de dicha canción, para darle nombre a su programa *The Moon Dog Rock and Roll Party*, con el objeto de atraerse a la audiencia blanca del negrísimo *rhythm and blues*.

En 1951, con la denominación de *rock and roll*, Freed presentó la pieza "Rocket

88" de Jackie Brenston, que se volvió un éxito en las listas de popularidad negras. Bill Haley la grabó en ese mismo año con la compañía Hollyday Records, y con ello efectivamente se convirtió en el primer artista blanco que grabó rock y en su padre putativo. Pero no fue hasta 1953 que Haley accedió a las listas de éxito blancas con "Crazy Man Crazy", obteniendo el número 15 de los temas más vendidos. Al año siguiente firmó con la disquera Decca y entró a los estudios para grabar un par de canciones: "Thirteen Women", en el lado A, y "Rock Around the Clock", en el B.

Esta última tuvo un recibimiento aceptable, pero de ahí no pasó hasta que el manager de Haley decidió promoverla en los estudios cinematográficos de Hollywood. En 1955, la compañía MGM

filmaba entonces la película *The Blackboard Jungle* (*Semillas de maldad*) con Glenn Ford y Sidney Poitier en los papeles protagónicos. En ella ambos encarnaban a maestros de escuela que se enfrentaban a estudiantes revoltosos. La melodía que se oyó al terminar la película y aparecer los créditos fue "Rock Around the Clock". Aquello fue el detonante. La pieza se disparó hacia las primeras posiciones de las listas de popularidad y obtuvo el primer puesto el 9 de julio de 1955, cuando vendió 15 millones de copias. En ese preciso momento, la industria comenzó a contar la historia del *rock and roll*, grabado como tal, aunque como ya hemos visto sus antecedentes y raíces se remontan a muchos años antes. ←

Tehuantepec en la encrucijada de los ejes del imperio

Enrique Rajchenberg*
Catherine Heau-Lambert**

Desde una perspectiva geográfica e histórica, Estados Unidos ha expandido su territorio en el continente americano siguiendo dos ejes. Uno va de este a oeste; el otro recorre una trayectoria de norte a sur. En ambos casos, el istmo de Tehuantepec se encuentra involucrado en este desplazamiento imperial y, por supuesto, en el proyecto más reciente, es decir, el Plan Puebla-Panamá. Al revisar la "cuestión de Tehuantepec", en el siglo antepasado, como la denominó Manuel Payno, parece que la historia se repite hoy. Nosotros consideramos que se trata de la continuación de un proceso que abarca casi dos centurias y que, como todos los procesos, pasa por fases de mucho ímpetu y también de desaceleración.

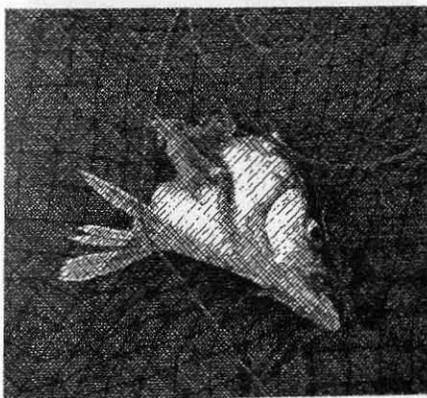
DONDE EL CONTINENTE SE ESTRECHA

El descubrimiento de los escasos kilómetros que separan el golfo de México del océano Pacífico hecho por Hernán Cortés constituyó una gran noticia para el rey de España. El dominio del vasto universo colonial podría completarse si se dispusiera de un cruce transistmico que permitiera alcanzar más rápidamente la lejana Filipinas y los puertos occidentales de los virreinos. Sin embargo, con excepción de una disposición en las postrimerías del siglo XVIII sobre la realización de un canal en el istmo de Tehuantepec, no se tiene noticia de algún intento sistemático por llevarlo a cabo.

De hecho, no sería hasta casi la mitad del siglo XIX cuando la región se

convertiría no sólo en objeto de miradas de ingeniería dispuestas a enfrentarse al desafío de remover tierra y unir los mares, sino también, y sobre todo, de ambiciones comerciales, militares y de pensamientos nostálgicos ante el reencuentro europeo con el edén perdido.

Reflejo de la compacta fusión que caracterizó al México decimonónico entre el ejercicio de la función pública y el interés privado, la obra del canal



en el istmo fue atribuida como *privilegio*, como eran llamadas en la época las concesiones, otorgado por Santa Anna en una de sus tantas incursiones al palacio presidencial. En esta ocasión, el privilegiado resultó ser Antonio de Garay, que junto con un puñado de hombres como Mier y Terán, Béistegui y Escandón, entre otros, conformaban el grupo de allegados al poder y beneficiarios de las concesiones públicas y de las prácticas agiotistas permanentemente alimentadas por el raquitismo financiero estatal.

Garay recibió la concesión de varias leguas a cada lado del canal, que él construiría, así como el derecho de su explotación. Debido a las promesas de un jugoso negocio, Garay no inició la obra, sino que optó por especular con su privilegio. Fue así como en primer término lo transfirió a dos ingleses, Manning y McKintosh, ambos vinculados con el asunto de la deuda exterior mexicana, que al cabo de poco tiempo lo vendieron a un empresario estadounidense. En el cambio de manos del privilegio Garay se vio envuelto en una gran controversia jurídica que se prolongaría hasta 1860.

EL ISTMO Y LA GUERRA:

ESTADOS UNIDOS SE EXPANDE

Las 13 colonias asentadas en la Costa Este iniciarían poco tiempo después de su independencia de Inglaterra la marcha hacia el sur. La compra de Luisiana y de Florida fue el prolegómeno de una anexión posterior, la de Texas, auspiciando primero su independencia de México, luego suscitando una guerra contra este país que culminaría, como se sabe, en la "compra" de la mitad del territorio mexicano.

A partir de 1848, por consiguiente, la expansión estadounidense se confirmó no sólo hacia el sur de su implantación territorial original, sino también hacia el oeste. Sin embargo, subsistió una dificultad. La unificación nacional requería vincular la Costa Este con la Oeste y ello implicaba enfrentarse a los pueblos indios que habitan las tierras situadas entre una y otra banda. En este contexto, el istmo de Tehuantepec cobró para Estados Unidos una relevancia estratégica porque garantizando

* Facultad de Economía-UNAM

** Escuela Nacional de Antropología e Historia-INAH

el derecho de paso, o mejor aún, la propiedad de la región, quedaría salvada la enorme distancia de casi cinco mil kilómetros entre Nueva York y San Francisco, que además estaba ocupada por población indígena.

El negociador estadounidense del tratado de paz con México llevaba instrucciones del presidente para negociar la venta del istmo con el gobierno mexicano a cambio de 15 millones de dólares. La propuesta no fue aceptada en México.

Ciertamente, la ocupación de un paso interoceánico era de vital importancia en una visión del continente teñida por la Doctrina Monroe, pero Estados Unidos no estaba solo en ese afán. Gran Bretaña, nación hegemónica, competía con Estados Unidos para controlar igualmente una vía transistmática. Aunque nunca se apersonó en las intermediaciones de Tehuantepec, ejerció el contrabando de armas con los mayas que desataron la guerra de castas en Yucatán a cambio de maderas preciosas. Esto condujo a algunos políticos mexicanos a considerar seriamente que Gran Bretaña acariciaba el proyecto de invadir el sur de México. Su presencia en la entonces Honduras británica y en Nicaragua obligaba a Estados Unidos a buscar una alternativa. Puesto que firmó un acuerdo con Gran Bretaña en 1850 que estipulaba que ambas naciones renunciaban a establecer puestos de valor estratégico en América Central, Estados Unidos intentó garantizar su presencia en el istmo de Tehuantepec.

MÁS QUE TIERRA POR REMOVER: LAS RIQUEZAS DEL ISTMO

Mientras duró el proyecto de construir un canal en el istmo, todo lo que se interpusiera entre los dos mares resultaba un estorbo que la ingeniería se encargaría de quitar. Sin embargo, quedó claro para los comisionados por Antonio de Garay que esa obra sería imposible. Había que concebir la utilización del segmento navegable del

río Coatzacoalcos para luego proseguir con un camino férreo. El reconocimiento del lugar permitió entonces dar cuenta de las potencialidades militares, productivas y comerciales de la comarca.

En 1842, al describir el istmo, Gaetan Moro, un ingeniero italiano, señaló que el lugar poseía una ubicación excepcional para fines bélicos. Coatzacoalcos, decía, ofrecía un abrigo excelente para buques de guerra y un emplazamiento idóneo para baterías que volvían inatacable el puerto. En resumidas cuentas, se trataba *"del lugar más propio de nuestras costas del golfo para el establecimiento de un arsenal"*.¹



Tiempo después, nuevamente se enfatizaría la ventaja estratégico militar del istmo. La flota estadounidense podría desplazarse hacia cualquier parte de América y Asia más rápidamente que cualquier marina europea. Era de prever, por lo tanto, que en caso de guerra, alguna potencia tratara de apoderarse de una vía tan valiosa. Para evitarlo se proponía que Estados Unidos y México fueran los protectores del canal para que no quedara en manos de un gobierno débil que haría de este paso "objeto de ambiciones o teatro de operaciones militares".²

No fue ésta la única vez que se habló de las ventajas militares del istmo. En 1849, se publicó en Nueva York un opúsculo anónimo que destacaba que

situando nuestras fuerzas navales [estadunidenses] a la entrada del golfo, podemos desafiar al mundo entero; pues que mientras la guerra devaste y destruye lo que se encuentre fuera de aquel, que para nosotros es

un mar mediterráneo, el comercio puede proseguir en el interior de su curso pacífico, sin interrupción ni molestia alguna [...] Tomando cualquiera otra vía, nuestros buques tendrían necesidad de atravesar por entre flotas o fortalezas hostiles, sin puertos donde arribar, ya para buscar abrigo, o para reparar sus averías. Estas observaciones, aplicadas a nuestra marina comercial, obran con la misma fuerza respecto de la de guerra.³

Quienes arribaron a los márgenes del río Coatzacoalcos y se adentraron en el istmo quedaron asombrados con la riqueza del lugar: maderas preciosas, plantas medicinales, materiales colorantes, café, cacao, tabaco, plátanos, etcétera. Uno de los viajeros calculó durante su paseo por el río San Juan unas cien mil cabezas de ganado, "pero a nuestra llegada a Tlacotalpan, el señor Scheskie [...] nos informó que estábamos muy lejos de lo positivo, pues existían lo menos 500 mil cabezas en aquel valle y sus dependencias".⁴

El cálculo económico no se detuvo en la agricultura y ganadería. Hacia mediados de los cincuenta, dos comisionados, Carrillo de Albornoz y Del Río, descubrieron en una región cercana "inmensos depósitos de carbón, hierro y petróleo. Ello los indujo a concebir la necesidad de establecer medios ágiles de transportación con el objeto de valorar esta riqueza".⁵

La profusión de bienes por explotar requería de un factor fundamental, la mano de obra, que no podía escapar a la mirada empresarial: "Ocho mil a diez mil trabajadores buenos, modestos y aclimatados y superiores en fuerza y moralidad a los chinos. Ganan menos de 50 centavos diarios por 12 horas de trabajo, alimentándose ellos mismos".⁶ Con esta cantidad de trabajadores se podía, comentaban los comisionados, llevar a cabo la construcción del paso interoceánico. Sin embargo, para efec-

tos de la explotación del istmo un viajero calculaba un total de 800 mil habitantes en los estados de Veracruz, Chiapas y Oaxaca. Resulta paradójico que a pesar de reconocer la ocupación del territorio, por otra parte lo describieran como un área de tierras baldías y vírgenes. En otras palabras, la colonización por grupos indígenas equivalía a considerar la región demográficamente desierta sobre la cual se podía instrumentar cualquier proyecto económico, independientemente de sus habitantes. Se trata, pues, de una versión temprana de lo que Ana Paula de Teresa ha llamado, para caracterizar el Plan Puebla-Panamá, “la modernización sin sus pobladores”.⁷

Enclave militar, rica comarca agrícola, ganadera y minera, el istmo concentraba un enorme potencial que sería valorado gracias al canal interoceánico. Ya no se trataba exclusivamente de transitar lo más rápidamente posible de un mar a otro, sino también de ir recogiendo los frutos de una naturaleza pródiga. A Estados Unidos, el canal le permitiría comunicar el este con los territorios arrebatados a México, así como reducir el tiempo de transporte desde Estados Unidos hacia el lejano oriente y las costas occidentales de América latina respecto a las vías del Cabo de Hornos o el de Buena Esperanza. Se había realizado una evaluación del costo del tendido de vías férreas entre el este y el oeste y se había comparado el resultado con el precio del transporte marítimo. Éste era sensiblemente inferior.

Sin embargo, el reparto de los beneficios en el interior de la economía del vecino del norte no era equitativo. Eran los grupos sureños los más interesados en impulsar el proyecto transistmico puesto que convertía a Nueva Orleans en el pivote articulador de Estados Unidos con el resto del mundo:

Todos los productos del valle del Mississippi se pueden exportar a tra-

vés del golfo hacia China, Japón, las costas occidentales de América del Sur y las islas del Pacífico e importar desde los puertos de Texas para ser distribuidos a toda la Costa Este hasta la frontera de la “América Británica” [hoy Canadá] Este ahorro de tiempo y distancia no aprovechado hace perder mucho dinero con lo cual nuestro gobierno [el de Estados Unidos] podría muy bien subvencionar la mitad de su construcción.⁸



TEHUANTEPEC ENTRE ESCLAVISTAS Y ABOLICIONISTAS

La preeminencia que adquiriría Nueva Orleans frente al norte estadounidense fue obviamente advertida por los abolicionistas, que intentaron obstaculizar el proyecto del paso transistmico. Para ello, empezaron a dar publicidad a la construcción del ferrocarril entre el este y el oeste. Tampoco descuidaron la argumentación política, aunque para ello había que emplear recursos racistas que, sin embargo, parecían impugnar en su propio país. Seward, que después se convirtió en secretario de Estado, intentó convencer a sus colegas senadores que en caso de que Estados Unidos ocupara militarmente el istmo, terminaría

incorporando todo México a su país. Bajo esta eventualidad, los ex mexicanos gozarían de derechos políticos: “¿Llega a tal punto vuestra caridad que queréis ser gobernados por cinco millones de indios mexicanos?”⁹

Entretanto, el gobierno mexicano, encabezado a la sazón por Santa Anna, accedió en 1853 a la venta de una porción más del territorio: La Mesilla. En el mismo acuerdo se incluyó en el artículo 8 la ratificación de la construcción de un camino en el istmo de Tehuantepec y se estipuló que “los dos gobiernos celebrarán un arreglo para el pronto tránsito de tropas y municiones de los Estados Unidos que este gobierno tenga ocasión de enviar de una parte de su territorio a otra situadas en lados opuestos del continente”.¹⁰ A pesar de la oposición nortea al engrandecimiento de Nueva Orleans, el avance hacia el sur, impulsado por gobiernos del partido demócrata pro esclavista, asumía perfiles cada vez más nítidos.

El último jalón de este proceso tuvo lugar en la difícil coyuntura de la guerra de Reforma en México. Las dificultades financieras que enfrentó Benito Juárez para combatir las ambiciones monárquicas de los conservadores con apoyo de las potencias europeas lo llevó a buscar el respaldo de Estados Unidos, que vio la oportunidad para afianzar sus intereses en México y evitar una penetración aún mayor que los europeos en la “América para los americanos”.

Frente a la ¿Alianza Tripartita? (España, Inglaterra y Francia) que reconocía al gobierno conservador de Comonfort-Miramón, Juárez, presidente *constitucionalista*¹¹ de la República mexicana, puesto que en apego a la Constitución, ante la defección de Comonfort, a él le correspondía sucederle en la silla presidencial, requería que su gobierno fuera reconocido como legítimo por el país vecino para obtener aprovisionamientos militares y abastecer

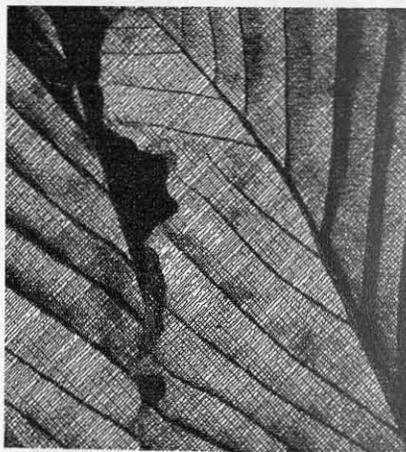
a las tropas liberales. En efecto, los ingresos de la aduana de Veracruz, a la sazón sede del gobierno liberal, se veían muy mermados por el bloqueo europeo y no alcanzaban para mantener al ejército juarista. Para los liberales de la época, la nación parecía caber entre San Luis Potosí y Oaxaca. Sin embargo, Juárez prohibió enajenar los terrenos ubicados a menos de dos mil 500 leguas de la frontera, o como dijo Sebastián Lerdo de Tejada, "entre el fuerte y el débil, un desierto".

Es así como se llegó a la firma del tratado McLane-Ocampo, en 1859, que cedía a perpetuidad el derecho de tránsito por el istmo de Tehuantepec y desde las ciudades de Camargo y Matamoros hasta Mazatlán. Más aún, el artículo quinto autorizaba a Estados Unidos a emplear la fuerza para proteger sus bienes si México no lo hacía. Todos estos derechos alcanzaron la suma de cuatro millones de pesos. El intento de garantizar la vida de la república se hacía al precio de una hipoteca de la nación.

En Estados Unidos, el conflicto entre abolicionistas y esclavistas se volvía más enconado y, en vísperas de la Guerra de Secesión, el Senado optó por no ratificar el tratado. La llegada a la presidencia de Abraham Lincoln en 1860 no acabaría con los sueños imperiales, pero sí con los que entrañaban la supremacía del sur estadounidense. Por lo pronto, en la consolidación del eje este-oeste ganó el norte y ganaron los ferrocarriles. Una vez completada la trayectoria, Estados Unidos reinició su desplazamiento hacia el sur con nuevos bríos. Ya no satisfacía la compra de territorios, resultaba más práctico establecer un *protectorado* sobre México. Así es como en 1877 *The New York Times* declaraba:

El general Grant ha sido largo tiempo partidario franco de un protectorado a favor de México. Con insistencia excitaba al presidente Johnson a adoptar el protectorado, cuando todavía Maximiliano dominaba allí.¹²

Un periódico de Filadelfia, *The Press*, fue más directo: "Las causas de la civilización, del interés propio y de la humanidad, todas piden la anexión".¹³ *El Monitor Republicano* replicó entonces que "los mexicanos han progresado. Hoy saben que el norteamericano no civiliza, extermina".¹⁴ Estamos lejos del simple derecho de paso otorgado al privilegio Garay. Las botanas abren el apetito y 30 años después de la cesión de los territorios del norte, la "república americana" estaba dispuesta a "proteger", y no a absorber, a su vecina suriana de un solo morisco. Es útil recordar esta coyuntura para



comprender la encrucijada en la que se encontró Juárez en 1859, y luego Porfirio Díaz en 1877, cuando tendía a borrarse la línea divisoria entre la dignidad y la debilidad.¹⁵ El tratado McLane-Ocampo resultó ser un mal menor. La solución de Díaz fue abrir el país a los ferrocarriles y capitales estadounidenses. La penetración económica ya no se detendría. Juárez optó por soltar prenda; Díaz —o Salinas, en el siglo siguiente— se conformó con quitarle los alfileres al vestido.

Hoy, alrededor de 150 años después, estamos asistiendo, a través del Plan Puebla-Panamá, pero también del Plan Colombia y del establecimiento del ALCA, a la culminación de esa trayectoria multiseccular que intenta contener a México en las fronteras imaginarias de la república liberal juarista, es decir,

entre la franja Matamoros-Mazatlán al norte, y el istmo de Tehuantepec al sur. En la geopolítica actual, más al norte, ya es una economía de frontera y más al sur, ya es Centroamérica, coto privado de Estados Unidos. ¿Debemos alegrarnos de que el territorio medio, el altiplano, sea el corazón de la patria? <

¹ *Reconocimiento del Istmo de Tehuantepec practicado en los años 1842 y 1843*, Imprenta de Vicente García Torres, México, 1844, pág. 5 (en cursivas en el original).

² *Argumento presentado por Simon Stevens* [presidente de la Compañía del Ferrocarril y Canal de Tehuantepec] a la Comisión del Canal Interoceánico, Nueva York, 1872, pág. 9.

³ *Observations in relation to a communication between the Atlantic and Pacific oceans, through the isthmus of Tehuantepec*, R. Craighead Printer, Nueva York, 1849, pág. 127.

⁴ "Informe de J.J. Williams", en *Camino carretero, camino de fierro y canal por el Istmo de Tehuantepec*, Sociedad de Geografía y Estadística, Imprenta del Gobierno en Palacio, México, 1870, pág. 8.

⁵ S. A. de Cardona, *The Interoceanic Canal of Mexico*, Tipografía J.I. Guerrero, México, 1903, pág. 18.

⁶ "Informe...", pág. 15.

⁷ "La modernización sin sus pobladores. Del megaproyecto del istmo al Plan Puebla-Panamá", en *Universidad de México*, núm. 612, junio de 2002.

⁸ "Informe...", pág. 15.

⁹ Agustín Cué Canovas, *Juárez. Los Estados Unidos y Europa. El tratado McLane-Ocampo*, Grijalbo, México, 1970, pág. 79.

¹⁰ Benito Juárez, *Documentos, discursos y correspondencia*, Jorge Tamayo (selección y notas), t.3, Secretaría del Patrimonio Nacional, México, 1965, pág. 310.

¹¹ Éste fue el nombre que recibió el ejército juarista.

¹² Ralph Roeder, *Hacia el México moderno: Porfirio Díaz*, t. 1, FCE, México, 1973, pág. 73.

¹³ *Ibid.*, pág. 72.

¹⁴ *Ibid.*, pág. 78.

¹⁵ "La dificultad para una invasión no está de parte de los americanos, sino de parte de aquellos dos jefes de partido mexicanos, que cualquiera que sea la suerte que la política les reserve, nunca armarán el brazo del extranjero para invadir a su patria" (*ibid.*, pág. 75).

México: el capitalismo nacionalista*

Moisés González Navarro**

Después de la crisis de 1929, se reinicia el desarrollo económico gracias a la inversión en obras públicas, al crecimiento de la población, al aumento de las exportaciones y a la acumulación del capital privado. Ese desarrollo se realizó transfiriendo el ingreso de los trabajadores al de los empresarios y el de los sectores de ingresos fijos al de los ingresos variables; es decir, se financió "en gran parte con los ingresos que no recibieron los trabajadores".¹

A partir de la Segunda Guerra Mundial la burguesía vive la euforia desarrollista, y sólo excepcionalmente algún gobernante local lamenta "lo mucho que padecemos y lo poco que podemos mitigar",² pero estas voces son ahogadas por un coro mayoritario y admiradores extranjeros que aplauden el "sano capitalismo mexicano, pionero de la batalla contra el hambre".³ Algunos opinaban que como no podía corregirse a corto plazo la desigual distribución del ingreso, lo mejor era congelar su estructura actual. E identificado el interés nacional con el de los capitalistas no se gravó a éstos con altos impuestos, con lo que la carga se desplazó hacia las clases medias asalariadas. Estas clases medias tienen cada vez más obreros organizados que gozan del salario mínimo, el seguro social y otras prestaciones. A muchos sorprende que la distribución del ingreso mexicano sea más desigual que en la mayoría de los países latinoamericanos y que el "milagro mexicano" sólo haya beneficiado a las

elites, quienes así piensan seguramente olvidan que la agraria revolución mexicana fue predominantemente burguesa.⁴

La Segunda Guerra Mundial facilita la consolidación de la burguesía, el riesgo de una revuelta en las elecciones de 1940 desaparece porque Manuel Ávila Camacho suaviza algunos de los aspectos más controvertidos de Lázaro Cár-



Moisés Barrios, Guatemala

denas. De manera creciente la iniciativa privada se incorpora a la administración pública, y el liberalismo económico se acentúa en algunos gobiernos locales, como sucede en Tabasco, que declara abiertamente en 1943 que se ha esforzado por hacerse sentir lo menos posible en las actividades privadas.⁵ Cuatro años después, en ese mismo estado, banqueros, industriales y comerciantes se integran a la administración pública local.⁶ El departamento del Distrito

Federal durante la presidencia de Ávila Camacho también estimula y protege a la iniciativa privada.⁷

Esa política se consolida con Miguel Alemán, cuyo ejemplo siguen los gobiernos de los estados. Aunque a mediados del siglo Veracruz dicta una ley contra el lucro inmoderado, el estado de Hidalgo ofrece todas las seguridades a que tiene derecho la iniciativa privada, pero le exige a su vez que coopere para el progreso económico de esa entidad.⁸ El gobernador michoacano ofrece su más amplia colaboración y respaldo material y moral a los "señores" industriales, y el mandatario nayarita confía, en ese mismo año de 1953, que la iniciativa privada le seguirá prestando su más alta cooperación, mientras el gobernador de Sonora elogia la creciente colaboración de la iniciativa privada de ese estado.⁹

Antes de 1968 se generaliza una actitud triunfalista de las autoridades para juzgar la revolución, aunque excepcionalmente había críticas; la revolución no había llegado al campo de Campeche, como lo probaba la falta de escuelas, vestido, hospitales, medicinas, etc. Pero según el gobernador de Campeche esas quejas no eran justas ni exactas, porque en su estado la revolución era "un hecho positivo, verdadero, real, existente", pues aun las rancharías tenían escuelas y se disfrutaba la libertad de trabajo y de movimiento. Aceptó que el campesino se alimentaba mal, que el obrero no tenía trabajo, que los hijos de éste estaban mal vestidos y carecían de medicamentos, etcétera, pero lo mismo le ocurría a todo el que no tenía un trabajo bien remunerado. El estado no estaba obli-

* Ponencia presentada en el VIII Congreso de la Asociación Iberoamericana de Académicos de la Historia, el 18 de octubre de 2002.

** Historiador. Profesor emérito de El Colegio de México.

gado a dar de comer, vestir ni curar al campesino ni a a nadie, sólo a repartir la tierra; no se trataba de un estado tutor, institución que era incompatible en "las democracias como la nuestra". Para sacar al campesino de sus miserias ancestrales se necesitaba dinero, pretender que el estado debería subvenir a esas necesidades era "comunismo o demagogia". Y como el estado carecía de dinero intervenía la iniciativa privada, a la cual había que proteger. La eficacia de esa política la probaban la fábrica de *tripplay* Simca y el ingenio La Joya, que le daban trabajo a cerca de dos mil hombres. El problema de México, no sólo de Campeche, era proteger al capital para que éste creara empleos. Había muchas necesidades, pero eso no era culpa del gobierno, sino de la juventud del país.¹⁰

En 1960, el gobernador de Guanajuato celebró que las broncas aguas revolucionarias se hubieran convertido en "disciplinadas de canal de riego".¹¹ Al año siguiente, más cauteloso, por un lado exaltó la paz política de ese estado pero por el otro atribuyó sus problemas a la desproporción entre las necesidades de una población creciente y los limitados recursos agrícolas. De cualquier modo, como no podían desoírse las urgentes demandas de los desvalidos, debería darse preferencia a la asistencia social: "No debe esperarse a que el desamparo se remedie cobrando dividendos de una futura prosperidad colectiva".¹²

En la década de los sesenta, Veracruz les ofreció a los hombres de empresa "trabajadores esforzados, inteligentes, y en plena madurez de conciencia social". Pero rechazó que para fortalecer el mercado interno tuviera que sacrificarse la mano de obra; de hecho seguía la política del gobierno federal: suplir la iniciativa privada donde ésta fuera deficiente. El gobernador campechano declaró que su preponderante acción en favor de las "clases populares, de los desheredados, de la gente sin fortuna"

no implicaba perseguir a los inversionistas que con su capital e iniciativa habían cooperado al progreso de México. Más franca fue la actitud del gobernador de Sonora en 1968, cuando declaró que sin la iniciativa privada nada podría realizar, por lo que recogió sus "magníficas sugerencias, prudentes observaciones y eficaces recomendaciones" para elaborar un nuevo proyecto de ley de fomento industrial.¹³

Congruente con esta política pro-capitalista, el gobernador de Jalisco informó orgullosamente cuáles habían sido las utilidades bancarias en 1954. Años después, al inaugurar el primer centro de salud trató de interesar al comercio, la industria y las "honorables" colonias extranjeras para que contribuyeran a establecer otros dos centros similares; a cambio les ofrecía garantizar la tranquilidad pública, "el derecho de propiedad y el equitativo disfrute del esfuerzo productor".¹⁴ Sin embargo, en 1958 señala que simultáneamente se multiplican la riqueza y el pauperismo, y para acabar con ese contrasentido ofrece multiplicar las fuentes de trabajo y proteger "las conquistas de los trabajadores", sobre todo por medio del impulso a la educación primaria, la medida por excelencia "para reducir las desigualdades económicas y sociales". Este esfuerzo no atemorizaba a la iniciativa privada porque el gobernador había manifestado repetidas veces que respondería a sus "legítimas aspiraciones". En 1962 este gobernador agradeció al Instituto de Asistencia Social, en su mayor parte integrado por miembros de la iniciativa privada, su eficaz labor humanitaria. Cinco años después el nuevo gobernador de Jalisco declaró que no pretendía repartir miseria, sino crear riqueza; puso especial ilusión en las enormes potencialidades de la costa, y manifestó gran satisfacción porque capital "netamente jalisciense" hubiera creado, en 1969, un gran centro comercial con una inversión de más de 300 millones de pesos,



Moisés Barrios, Guatemala

actitud que rompía con el acostumbrado y negativo individualismo.¹⁵

Ya no es extraño, por tanto, que a los informes de los gobernadores asistan los banqueros y en general los miembros de la iniciativa privada, si bien se señala que la mejor manera de estimular el comercio y la industria es aumentar la capacidad adquisitiva de los sectores mayoritarios. En esta idea coinciden las autoridades nayaritas y colimenses.¹⁶ Al tomar posesión del poder ejecutivo del estado de Puebla, el ingeniero Aarón Merino Fernández lo hizo enarbolando la divisa bismarkiana: "La evolución de los de arriba evita la revolución de los de abajo". El gobernador tamaulipeco confesó, en 1963, que su programa equilibraba un "conveniente" intervencionismo de estado con: "El principio democrático capitalista de respeto a la propiedad al capital e iniciativa privada, la cual mediante su acción participa de la responsabilidad de los destinos y del progreso del país".¹⁷

Ocho años después el gobernador de Tamaulipas ofreció seguir una política agrarista sin perjuicio de la clase patronal, tarea que era posible gracias al sen-

tido nacionalista de los trabajadores, pero al mismo tiempo deja constancia de su cabal reconocimiento a la iniciativa privada por el vigoroso impulso que dio a la industria.¹⁸

En 1965 el presidente Gustavo Díaz Ordaz manifestó sus esperanzas de que México contara con "más y mejor iniciativa privada".¹⁹ Y Vicente Lombardo Toledano reconoce ese año el secreto a voces de que México es un país capitalista, pero, según él, "un capitalismo de Estado basado en la nacionalización de las principales fuentes de producción económica y de los servicios". Calcula que en ese año de 1965 las inversiones del sector público representaban 45 por ciento del total y las del privado el restante 55 por ciento.²⁰ Por otra parte, la comisión senatorial del Seguro Social reconoce que por entonces estaban excluidos de la seguridad social seis millones de trabajadores del campo y sus familias. La necesidad de mejorar a ese numeroso núcleo campesino no era sólo un imperativo moral sino económico, había que aumentar el mercado interno.²¹

En su informe presidencial del 1º de septiembre de 1969, Díaz Ordaz reitera que el problema del campo seguía siendo el más grave y lacerante, y que se manifestaba, entre otras formas, en el desnivel existente entre el ingreso rural y el urbano. A causa de ese problema miles de mexicanos emigraban del campo a la ciudad para formar ahí un numeroso subproletariado al lado de capas de la clase media en ascenso y expansión y de otras decadentes o en vías de desaparición. La mediana industria desplazaba al artesano, la gran industria amenazaba a la mediana, los modernos métodos mercantiles aplastaban a los pequeños comerciantes. Los pequeños rentistas y los jubilados sufrían porque sus ingresos no siempre aumentaban en proporción al costo de vida, y los profesionistas padecían por su individualismo y la saturación que se daba en sus áreas. En fin, el pre-

sidente se jactaba del espíritu inconcluso de la Revolución mexicana, característica de toda auténtica revolución. El informe devino francamente conservador cuando rechazó, en palabras que recuerdan a las de Lucas Alamán 120 años antes, que la revolución fuera un gran salto, se trataba más de un proceso necesariamente gradual que, para ser sólido, exige audacia, prudencia, resistencia y fe renovada en las metas que se persiguen.²²



Moisés Barrios, Guatemala

La Revolución mexicana era ajena a metrópolis ideológicas, políticas o económicas. Díaz Ordaz no advierte gérmenes que puedan sustituirla, aunque con mínimas ventajas, pero reconoce que la política fiscal no ha podido impedir que:

Por la necesidad de acelerar la capitalización nacional, ésta haya dado lugar a una concentración de riqueza, en que pocos poseen mucho y muchos carecen de casi todo.²³

En oposición a la euforia desarrollista ya habían aforado algunas manifestaciones de descontento, e incluso de violencia: los petroleros en 1946, los ferrocarrileros en 1958, los médicos en

1964, y los estudiantes en 1968. Se trata, en estos casos, de movimientos de clase media, de trabajadores al servicio del Estado ocupados en industrias o servicios estratégicos. Desde 1966 el régimen manipuló una respuesta surgida entre los campesinos, si los estudiantes no querían estudiar los campesinos deberían recibir los millones de pesos que inútilmente se estaban gastando en las universidades. La situación hizo crisis al aproximarse las Olimpiadas de 1968. El presidente Gustavo Díaz Ordaz decidió celebrarlas porque cancelarlas perjudicaría gravemente el crédito internacional. Díaz Ordaz acusó a los modernos filósofos de la destrucción de atentar contra el orden revolucionario.²⁴ El ex constituyente Jesús Romero Flores culpó al comunismo de ese conflicto.²⁵ Y cuando la crisis desembocó en la matanza de Tlatelolco, algunos diputados atribuyeron la rebeldía juvenil al hecho de que los estudiantes no habían conocido el México anterior a la revolución. Con motivo de esos conflictos, en varios países latinoamericanos fueron atacadas las embajadas mexicanas.

Sólo pequeños grupos de trabajadores (algunos telefonistas, profesores, petroleros, etc.) secundaron ese movimiento porque consideraron que los estudiantes eran privilegiados; algunos obreros incluso contuvieron a sus hijos por temor a perder lo ganado y menos aún lo hicieron los marginados, acaso por carecer de conciencia política. Resalta, en cambio, el hecho de que 37 sacerdotes se solidarizaran con los jóvenes rebeldes, pues muchos eran los riesgos de ese movimiento del 68.²⁷

La burguesía burocrática cambió un poco el rumbo después de esta crisis: Echeverría siguió una política populista para combatir la "inadecuada" distribución de la riqueza, pero cuando se suscitaban nuevas violencias, en junio de 1971, criticó la propagación irracional de la violencia porque conducía a la anarquía; no había que confundir

motines intrascendentes con las tres grandes revoluciones que había vivido el país.²⁸ Sin embargo, en 1972 reconoció que si tres décadas antes había sido urgente impulsar la capitalización del país, en ese momento era preciso “poner al capital al servicio de la nación entera... reavivar el espíritu de la revolución”.²⁹

Echeverría defendió un capitalismo nacionalista, siempre que fuera consciente de que la acumulación excesiva de la riqueza suponía el empobrecimiento de otros sectores; por esa razón al comenzar su régimen renunció a continuar el modelo económico que había “fortalecido el poder de núcleos privilegiados”.³⁰ Al finalizar su régimen, explicó que para conquistar el reparto equitativo de la riqueza había acudido a las mayorías.³¹

José López Portillo propuso tres etapas para recapitalizar el país después de la devaluación de 1976 (dentro de la economía de mercado y de propiedad privada en la cual la libertad cambiaria es una constante “de nuestra condición”): superación de la crisis, consolidación de lo alcanzado y crecimiento acelerado.³² López Portillo inició su régimen pidiendo perdón a los marginados, y todavía a mediados de 1981 decía con optimismo que la república no descansaría hasta haberlos incorporado plenamente “al progreso nacional” por medio de Coplamar. El presidente no descartó el auxilio que daban los clubes de servicio para alfabetizar a más de cien mil personas.³³ Poco después el líder nacional del PRI, triunfalista, rechazó que se hubieran retardado las metas de la revolución:

Se ha repartido la tierra, no hay un municipio en el país donde no exista una escuela, hay también millones de empleados. Entonces, ¿cuáles metas se han retrasado?³⁴

Ya en pleno declive conservador, el mismo funcionario añadió que los ajustes estructurales a que aspiraba el pue-

blo mexicano se tenían “que ir dando poco a poco, sin lesionar el trabajo, sin lesionar las oportunidades, sin lesionar la libertad”.

Congruente con ese neoliberalismo es el optimismo del informe presidencial de 1981: México alcanzaría por cuatro años consecutivos un crecimiento promedio superior a ocho por ciento anual (sin paralelo en nuestra historia, “ni con mucho es común en el mundo contemporáneo”), y en 1980 había llegado a 8.3 por ciento; se trataba de un crecimiento orientado a la creación de dos millones 350 mil empleos “para mejorar la distribución del ingreso”. El presidente negó que el país se hubiera petrolizado; el petróleo apenas daba cuenta de siete por ciento de la producción nacional.

El informe daba una detallada y optimista información de los logros que había alcanzado la lucha contra la “lacría de la marginación”. A fines de 1981, las dos terceras partes de la población disponían de agua potable y un tercio de alcantarillado, porcentajes que ascenderían, a fines de 1982, a 72 y 38 por ciento respectivamente. Ya no había niños sin escuelas, se multiplicaban las tiendas populares, y por tercer año consecutivo la oferta de trabajo crecía más que la población, pues ya se había alcanzado 75 por ciento del programa, que buscaba crear 2.2 millones de nuevos puestos de trabajo. Diversas instituciones de seguridad social, incluyendo a Coplamar, cubrían a 48 millones de mexicanos, casi las dos terceras partes de la población total. La asistencia social registraba un incremento de 4.7 millones respecto al año anterior, y ya eran pocos los municipios que no gozaban de los beneficios de la seguridad social, institución que se manejaba con eficiencia y honestidad. Para incorporar a los marginados urbanos, el programa abarcaba a más de siete millones de personas en los centros metropolitanos más importantes, cifra que aumentaría a diez millones en 1982. Para construir 918

nuevas unidades médico-rurales, IMSS-Coplamar aumentó 28 veces el presupuesto dedicado a ese menester, y 20 veces al abasto de productos básicos a zonas rurales marginadas. La Conasupo-Coplamar operaba seis mil 96 tiendas comunitarias, 12 veces más que al comienzo de su régimen. Se había beneficiado a marginados rurales con agua potable, caminos rurales y mejoramiento de la casa rural; en 1980 se generarían 116 mil empleos directos permanentes que serían remunerados con el equivalente del salario mínimo regional: se terminaron 56 casa-escuelas en las que se proporcionaba durante todo el ciclo escolar hospedaje, alimentación y apoyo extraescolar (técnico, artístico y físico). En fin, avanzaba la Alianza para la Producción, el Sistema Alimentario Mexicano, el Programa de Productos Básicos y la atención a zonas marginadas y grupos deprimidos.³⁵

Muy diferente fue el último informe presidencial de este régimen: seis años no habían bastado para saldar la deuda con los desposeídos y los marginados, pero el país tenía conciencia del rezago y el gobierno la voluntad de conquistar la justicia. Con tal fin multiplicó por 87 el monto de los recursos destinados al medio rural marginado, con lo que proporcionaron mínimos de bienestar en tres mil 24 unidades médicas y 61 hospitales de campo. Se establecieron 276 almacenes regionales para abastecer a 12 mil tiendas campesinas: tres mil 200 sistemas nuevos de agua potable se rehabilitaron y se ampliaron 800 más; se abrieron 18 mil 529 kilómetros de caminos rurales, etcétera. En fin, sollozando, declaró que había hecho todo lo posible por corregir ese rezago, estaba triste porque no había acertado a hacerlo mejor, simultáneamente debería crearse y repartirse la riqueza.³⁶

Desde 1947 Gabriel Leyva Velázquez, secretario saliente de la CNC, reiteró que habiendo concluido el pasado feudal:

Por un lapso de duración imprevisible, México no tiene otro camino para su desarrollo que el de un intensivo y amplio incremento del capitalismo, porque la historia nos demuestra que frente al régimen político y económico de la feudalidad, el capitalismo es un gran avance, una fase superior del desenvolvimiento de la sociedad, y que si existe todavía un régimen más avanzado, no se puede llegar a él directamente del feudalismo, porque la historia no da saltos de este tipo, sino pasando por el régimen de producción que es propio del capitalismo.³⁷

Feudalismo significaba peonaje, miseria, fanatismo; capitalismo representaba irrigación, maquinaria, fertilizantes, creación de una amplia capa de pequeños propietarios auténticos y de un trabajador agrícola alfabeto, explotado como todos los proletarios, pero con un nivel de vida y una posibilidad de emancipación superiores a los del peón de la hacienda. El desarrollo económico capitalista podría seguirse por una doble vía democrática u oligárquica, o sea estadounidense o prusiana. México, por supuesto, seguiría el primer modelo.

Sin embargo, en 1981 un empleado de Coplamar anticipó una respuesta:

¿Los olvidados, los despreciados, los miserables, los marginados, sabrán perdonar al sistema y a los hombres que no han sido capaces de su redención? Cuando las mayorías tomen el poder, ¿sabrán entonces perdonar?³⁸ ←

NOTAS

- ¹ Padilla Aragón, México, págs. 68, 100, 124.
- ² Informe Aguascalientes, 1950-1956, pág. VIII, *Excélsior*, 2 de marzo de 1965.
- ³ Barkin, *La persistencia*, págs. 667-669.
- ⁴ Horn, *The Mexican Revolution*, vol. V, núm. 2, julio de 1980, pág. 4.
- ⁵ Informe Tabasco, 1943, pág. 14.
- ⁶ *Ibid.*, 1947, pág. 99.
- ⁷ Memoria del Distrito Federal, 1943-1944, pág. 16.

- ⁸ Informe Veracruz, 1946-1947, pág. 44; Informe Hidalgo, 1949-1950, pág. 19.
- ⁹ Informe Michoacán, 1953, pág. 15; Informe Nayarit, 1953, pág. 62; Informe Sonora, 1952-1953, pág. 54.
- ¹⁰ Informe Campeche, 1955, pág. 13.
- ¹¹ Informe Guanajuato, 1960, pág. 63.
- ¹² *Ibid.*, 1961, pág. 49.
- ¹³ Informe Veracruz, 1961-1962, pág. 45, 1962, s.p.; Informe Campeche, 1963-1964, pág. 78; Informe Sonora, 1968, pág. 18.
- ¹⁴ Informe Jalisco, 1960, pág. 5.
- ¹⁵ Informes Jalisco, 1954, pág. 37; 1956, pág. 15; 1958, págs. 26, 29; 1960, pág. 5; 1962, pág. 16; 1963, pág. 9; 1967, pág. 9, 1969, págs. 20, 26.
- ¹⁶ Informe Nayarit, 1966, págs. 47-48, 59; Informe Colima, 1970, pág. 9.
- ¹⁷ Informe Puebla, 1964-1969, s.p.
- ¹⁸ Informes Tamaulipas, 1963, pág. 6; 1971, págs. 38, 40.
- ¹⁹ Diario de Debates de la Cámara de Diputados, XLVI, II, 11 de septiembre de 1965, pág. 9.
- ²⁰ *Ibid.*, 7 de septiembre de 1965, pág. 10; 20 de diciembre de 1965, págs. 30-31.
- ²¹ Diario de Debates de la Cámara de Senadores, 30 de diciembre de 1965, págs. 2-3.
- ²² Diario de Debates de la Cámara de Diputados, 1 de septiembre de 1969, págs. 23-27.
- ²³ Diario de Debates de la Cámara de Diputados, 1 de septiembre de 1966, pág. 31.
- ²⁴ *Ibid.*, 1 de septiembre de 1968, págs. 25.
- ²⁵ *Ibid.*, 10 de septiembre de 1968, pág. 12.; 4 de octubre de 1968, pág. 4.
- ²⁶ Memoria de Relaciones Exteriores, 1968-1969, pág. 32.
- ²⁷ Elena Poniatowska, *Fuerte es el silencio*, págs. 47-48, 63; Camacho, *El futuro*, pág. 60.
- ²⁸ Diario de Debates de la Cámara de Diputados, 1 de septiembre de 1971, pág. 4.
- ²⁹ *Ibid.*, 1 de septiembre de 1971, págs. 4, 11; 1 de septiembre de 1972, pág. 24.
- ³⁰ *Ibid.*, 1 de septiembre de 1973, págs. 8, 18.
- ³¹ *Ibid.*, 1 de septiembre de 1976, pág. 15.
- ³² *Ibid.*, 1 de septiembre de 1978, pág. 4.
- ³³ *Excélsior*, 12 de julio de 1981.
- ³⁴ *Ibid.*, 24 de agosto de 1981.
- ³⁵ *Ibid.*, 2 de septiembre de 1981.
- ³⁶ *Ibid.*, 2 de septiembre de 1982.
- ³⁷ M. González Navarro, *La cnc...*, págs. 132, 140 y 141.
- ³⁸ *Unomásuno*, 26 de septiembre de 1981.



Zaida del Río, Cuba

Alejandro von Humboldt y la "calumnia de América"

Edmundo O'Gorman

Hacia el ocaso de su vida, Edmundo O'Gorman (1906-1995) afirmaba que el historiador debía ser "el mago que penetra en el discurso histórico, pero no para encadenarlo". Con tan breve frase se definía a sí mismo y todo el trabajo que como tal realizó durante más de 50 años.

Abogado de profesión, al doblar los 30 años atendió el llamado de la historia. En este sentido, su primer libro, Historia de las divisiones territoriales de México (1937), fue el prólogo de una promesa que se cumplió con creces. Durante 14 años (1938-1952) trabajó en el Archivo General de la Nación, esa "selva de libros que hablaban", como solía llamarlo. Allí se acercó a la época colonial, periodo sobre el que proyectó una sólida mirada en la que se entretejía su formación de abogado, filósofo e historiador. Esta mirada, aguda e inteligente, le permitió plantear la hipótesis por la cual, en gran medida, debe su renombre: América no fue "descubierta" sino "inventada". Desde Fundamentos de la historia de América (1942) hasta la Invención de América (1958) es posible rastrear el desarrollo, comprobación y consolidación de esta hipótesis, cuya importancia y contribución se reconoció de inmediato, cuando se discutía y debatía en torno a la mexicanidad y el ser americano.

El texto que a continuación se reproduce es la intervención que el ya consagrado historiador pronunció el 6 de julio de 1959 en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, con motivo del primer centenario de la muerte de Humboldt. La revista Universidad de México recuperó estas palabras en su edición correspondiente al mes de agosto de 1959 (vol. XIII, núm. 12).

Muy natural, muy explicablemente cuando nosotros, acá, recordamos el nombre del barón Alejandro von Humboldt nos viene a la memoria y al corazón la obra que le dedicó a México, el justamente célebre *Ensayo sobre el Reino de la Nueva España*.

Pero con ser eso explicable y natural, lo cierto es que propendemos así, ceñido el espíritu por el amor a lo propio, a empobrecer la más amplia perspectiva en que debe situarse la figura de Humboldt si, como es el propósito, queremos honrarlo en esta ocasión que nos tiene reunidos para conmemorar el primer centenario de su muerte.

El *Ensayo sobre la Nueva España*, visión sociológica y económica del viejo virreinato, es apenas un fragmento

(y no por cierto el más original) de una obra mucho más vasta y comprensiva, en cuyas páginas alienta una posición frente a América que no sólo le presta a la obra su unidad ideológica, sino que expresa el sentido universalista que en su día le valió la aclamación y que para nosotros es motivo del más vivo interés y aun de gratitud histórica.

Tratemos de situarnos en la circunstancia. Surgida América en el seno de la cultura de Occidente como el resultado de su actividad inventiva o creadora, ese nuevo mundo, que allí estaba reclamando su incorporación al cauce del devenir histórico universal, ocupó la atención de los mejores espíritus de la comunidad europea. Todo el siglo XVI resuena con los rumores y los ecos de las explicaciones y de las polémicas que

suscitó la aparición de ese nuevo imprevisto e imprevisible ente que, salido del océano, venía a ampliar en tan gran escala el domicilio cósmico del hombre, el escenario de su vivir y de su morir. Y es que, por entonces y ante todo, América se ofrecía ante la conciencia del Viejo Mundo como un puñado de angustiosas interrogaciones, puesto que, reto a todas las ideas recibidas, su existencia venía a poner en duda la validez del orden cristiano, genial injerto de Jesús en el venerable tronco del saber y de la estructura política de griegos y latinos.

Pero en la medida en que se arbitraron las respuestas, es decir, en que se fue conjurando la amenaza de aquellos desconocidos cielos e inéditas regiones, de aquella apretada muchedumbre de desnudos pueblos, en esa misma medida se fue produciendo ese eclipse casi total que, en el campo de la especulación teórica, padeció América y lo americano a lo largo del siglo XVII. A este de otro modo desconcertante fenómeno contribuyó no poco, además, el celoso aislamiento en que España mantuvo a sus colonias de ultramar, de suerte que, ya entrado el siglo XVIII, predominaba en Europa un desconocimiento tal acerca del Nuevo Mundo que más que eso era un agujero en el tejido de la cultura, laguna que permitía todas las confusiones, el escepticismo y la extravagancia.

Notemos, entonces, el terrible trance en que se hallaron los "filósofos", porque no se olvide que estamos en la Ilustración, la época de las luces que todo debían aclararlo, la época de *La Enciclopedia* que todo debía saberlo, y allí estaba ese hueco, ese vacío, esa

mancha oscura como un cáncer en el cuerpo inmaculado de los conocimientos. Lo natural, lo debido era, claro está, informarse; pero ¿cómo conceder crédito al dicho de frailes y clérigos, por añadidura españoles, fuentes casi únicas a las que podía recurrirse? ¿Qué diría Voltaire? ¿Primero muertos antes que incurrir en semejante desprestigio! ¿Por qué no, entonces, cruzar el océano con la razón a cuestas y observar personalmente la naturaleza de América, e informarse del gesto y hechura de sus nativos habitantes, de su historia, de su cultura? Pero ¿quién sería el valiente que se animaría a emprender tan largo, incómodo y peligroso viaje? ¿Primero muertos antes que abandonar París, desertar sus salones y renunciar a sus placeres! Y sin embargo, allí estaba América exigiendo su inclusión en el saber de *La Enciclopedia*.

El hecho, claro está, es mucho más complejo y hay otros motivos que no cabe siquiera esbozar aquí, pero lo cierto es que, como salida de aquella coyuntura, apareció en rápida sucesión una serie de obras referentes al Nuevo Mundo que en conjunto integran el núcleo de eso que en otro lugar he llamado la "calumnia de América". Sí, América existe; es parte del mundo y en ella han vivido unos pueblos en medio de una naturaleza feroz y salvaje; pero América, explican los filósofos ilustrados, muestra unas características que indican a las claras su falta de madurez por haber emergido del océano en fecha, dicen, comparativamente reciente. Se trata, pues, de un mundo nuevo, pero nuevo en un sentido literal y absoluto. De aquí, agregan, se deducen consecuencias fundamentales y se explican muchas particularidades. En efecto, en su constitución geológica el continente no se ha estabilizado, como se advierte por los frecuentes y terribles sismos que lo asuelan y por la actividad de sus volcanes; por la humedad reinante, el

mundo vegetal impera soberano en impenetrables, pantanosas y pestíferas selvas; y allí donde el cultivo es posible, las plantas son todo hoja y rinden mísera cosecha. Las frutas son más pequeñas y carecen del delicioso sabor que en Europa. Las especies animales, por otra parte, son notoriamente inferiores a las del Viejo Mundo en tamaño, resistencia y ferocidad y las que han sido llevadas por los europeos



Manuel Chong, Panamá

pronto degeneran. Un caso notable, dice uno de estos optimistas autores, es el del perro que, a poco tiempo, pierde en América no sólo el hermoso brillo de su pelo, sino hasta la facultad de ladrar. Los reptiles y los insectos, en cambio, organismos inferiores que son, abundan más que en cualquiera otra parte de la Tierra y constituyen plagas que estorban los progresos de toda vida civilizada, y ponen en constante peligro la salud del hombre. En cuanto al indio americano, para qué decir lo que resulta en cotejo con el europeo. A este respecto se distinguió por encima de todos un tal Cornelio de Pauw con sus famosas *Investigaciones filosóficas sobre los americanos*. Piénsese lo peor y será difícil igualar la imagen del indio que aparece a lo largo de las nutridas pági-

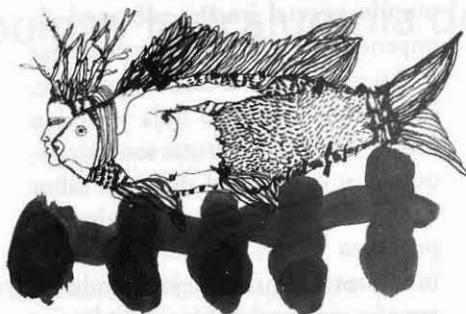
nas de este libro. No es grato, ni del caso entrar en detalles: todos los rasgos físicos y morales de los nativos de América dan pie a interpretaciones tan ligeras como denigrantes. Así, por ejemplo, la escasez de pelo en el rostro y en el cuerpo sirve de disparadero a largas y eruditísimas especulaciones que vienen a parar en la condenación del indio como un hombre en quien apenas existe el impulso sexual, de donde a su vez ya se conjeturará la serie de tristes consecuencias que naturalmente se desprenden. América es, pues, lo negativo, el continente degenerado y aun maldito.

Tal la sombría imagen que del Nuevo Mundo se forjó el Siglo de las Luces, porque si es cierto que no pasó sin reto, sobre todo por parte de insignes criollos como Jefferson y nuestro ilustre Clavijero, no lo es menos que en la conciencia europea de la época prevaleció la adversa idea en virtud de la gran autoridad de quienes la prohibieron. Ahora bien, en este punto y hora, caballero andante de la ciencia, se presentó en escena Alejandro von Humboldt.

Humboldt nació en el Siglo de las Luces y se nutrió de sus enseñanzas; pero Humboldt no fue un "ilustrado". Pertenece a esa generación magnífica presidida, en lo que toca a la filosofía de la historia, por el genio de Herder, el padre del romanticismo en Alemania. Un nuevo espíritu anima a estos hombres. Cuando contemplan el complicado mosaico que ofrece el panorama de la historia, ya no disciernen en tajante contraste un grupo de naciones bárbaras y otro de civilizadas, divididos por un abismo impasable. Algunos pueblos, es cierto y así lo afirma expresamente Humboldt, han sido más capaces y se han ennoblecido más que otros por el cultivo del espíritu; pero esto no quiere decir, ni puede, que unos pueblos sean en sí más nobles que otros. Es preciso, pues, rechazar vigorosamente la desconsoladora suposición de que hay unas

razas superiores y otras inferiores. Y en efecto, la desigualdad que ofrece el espectáculo de lo humano no se atiene a nada que tenga un carácter absoluto que, como maldición metafísica, autorice a clasificar a las naciones en dos campos comunicados, luminoso y positivo el uno, negativo y tenebroso el otro. No, la desigualdad existe, pero es relativa, relativa, no a las capacidades y facultades del hombre y menos aún a supuestas diferencias constitutivas, sino a las circunstancias del ambiente, ya adverso, ya propicio al progreso de la civilización. Cada pueblo, por consiguiente, elabora sus propios ideales y la manera peculiar de realizarlos y por eso representa no el peldaño más elevado de la cultura en un sentido absoluto, pero sí el más alto grado a que puede aspirar el hombre en un momento dado y de acuerdo con las condiciones en que se ha venido desarrollando su vida histórica. De este modo, es compatible estimar como espiritualmente soberano a un pueblo determinado, sin necesidad de incurrir, sin embargo, en la injusticia y falacia de juzgar a los demás por aquel patrón. Así se ha aprendido, dice Humboldt, a conocer a las naciones cuyas costumbres, instituciones y artes difieren de las adoptadas y cultivadas por griegos y romanos, de manera que ya no se estima indigno de atención todo aquello que se aleja del estilo propio a esos pueblos tan privilegiados. No juzguemos, añade, a las antiguas civilizaciones americanas según los principios sacados de la historia de las naciones que nuestros estudios nos recuerdan incesantemente.

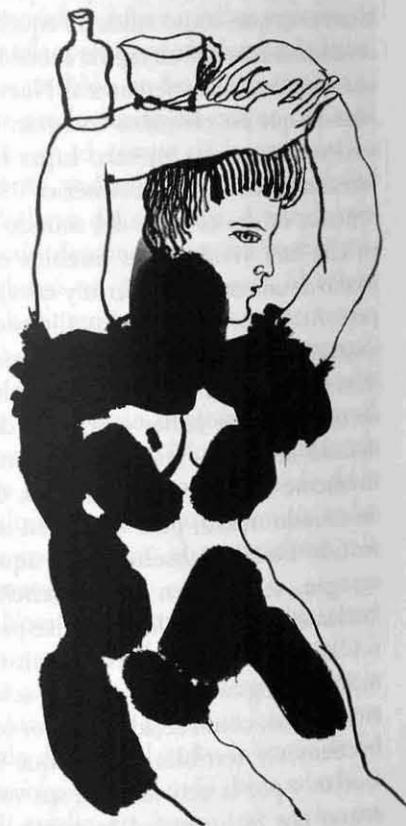
¿Quién, pues, mejor que Humboldt para romper lanzas en desagravio de la América calumniada? Y tanto más canto que, a diferencia de los detractores, no sólo se preocupó por adquirir una información de primer orden, sino que, así equipado, cruzó el océano para observar por su cuenta y a su riesgo las regiones de cuya naturaleza y habitantes tanto mal se decía.



Vistos estos antecedentes, el resultado de esta cruzada ya no puede ofrecer sorpresa. La famosa tesis que veía en América un continente nuevo en el sentido geológico y biológico le parece a Humboldt un disparate científico. Tales ideas, dice, ya me parecían anti-filosóficas aún antes de emprender la exploración, porque son contrarias a las nociones sobre las leyes físicas reconocidas por la ciencia. Pensar que en la Tierra existen unas porciones "jóvenes" y otras "viejas" sólo cabe en la imaginación de quienes se complacen en buscar contrastes entre los dos hemisferios, sin esforzarse por concebir la estructura total del globo. Lo mismo podría decirse de Italia del sur respecto a la del norte, porque en aquélla, a diferencia de ésta, se registran erupciones volcánicas. No existe razón alguna para afirmar que una parte entera del planeta sea más antigua o más nueva que otra. Pero si esto es así, la tesis entera cae por su base. América es un continente tan antiguo como los otros y su naturaleza y sus hombres, aunque ofrecen diferencias y extrañezas, nada tienen de degeneración, ni de innata debilidad. El conde Buffon simple y sencillamente se equivocó cuando afirmó que el gato montés americano es un tigre venido a menos o que la vicuña es un camello vergonzante, y en cuanto a las afirmaciones respecto a la impotencia, cobardía, pereza, barbarie y estupidez de los indios nativos de América, sólo sirven para revelar la ignorancia, el escepticismo y los prejuicios de quienes tales

cosas escriben. Allí están, como prueba irrefutable en su contra, los vestigios de las antiguas civilizaciones de México y de Perú, elocuentes testimonios de la actividad, energía, inteligencia e imaginación del hombre americano.

He aquí el sentido más íntimo y general de la gran obra que Humboldt dedicó a América. Ciertamente, no fue el único ni el primero en poner esfuerzo y talento al servicio de la causa del Nuevo Mundo, pero no cabe duda que por la inmensa autoridad científica de que gozó y por haber sabido enfocar la defensa de América a la luz de la filosofía entonces predominante, es a Alejandro von Humboldt a quien le debemos la definitiva rehabilitación en la conciencia europea de todo cuanto nuestro continente ofrece de original y propio. ◀



La melancolía en la siquiatria contemporánea

Segunda parte

Héctor Pérez-Rincón*

A lo largo de la segunda mitad del siglo XX, el concepto de depresión ha sufrido diversas modificaciones de acuerdo con la evolución de la siquiatria. El carácter *endógeno* de la sicosis maniaco-depresiva remitía necesariamente a una depresión *exógena*. Ésta fue considerada, en oposición a la anterior, como *sicógena*. Dentro de una perspectiva etiológica, el siquiatra Kielholz, de Basilea, distinguió, en los años sesenta, tres formas: la neurótica, la reactiva y la de agotamiento. Las depresiones neuróticas tendrían su origen en situaciones conflictivas de la infancia, parcial o completamente reprimidas. Las depresiones reactivas serían trastornos del humor o del afecto relacionadas de manera inmediata con un acontecimiento traumático, mientras que las de agotamiento serían reacciones o desarrollos depresivos simples motivados por una exposición prolongada a situaciones generadoras de estrés afectivo, conscientes, crónicas y recidivantes.

En esa misma década, varios autores de la llamada Escuela de St. Louis, de la Universidad de Washington, introdujeron una distinción entre depresión *primaria* y depresión *secundaria*, que consideraron más pertinente para la investigación genética. El diagnóstico de depresión primaria se establece a partir de la existencia del síndrome depresivo, de la ausencia de otros antecedentes de trastorno síquico fuera de los episodios maniacos o depresivos, y de la ausencia de patología somática que preceda o acompañe al síndrome depresivo. Todo cuadro que no cumpla estas condiciones será catalogado como secundario. Según esta subdivisión, las



Alfredo Sinclair, Panamá

depresiones secundarias pueden ser, a su vez, o bien *somatógenas*, o bien relacionadas con otros síndromes siquiátricos. En el primer caso, se recurre al calificativo de somatógeno cuando el síndrome afectivo se da a la vez que una enfermedad física o es consecuencia de ella, aunque en este caso también desempeñan un papel importante la predisposición hereditaria y la personalidad del paciente. En el segundo caso, el síndrome depresivo puede aparecer en sujetos que muestran al mismo tiempo otros diagnósticos siquiátricos, como algunas de las todavía entonces llamadas neurosis (la obsesiva, la de angustia, la histeria conversiva), en personalidades patológicas y en personas alcohólicas. Ahora bien, el cuadro de la llamada neurosis depresiva correspondía, de acuerdo con esta clasificación, a una variedad de depresión primaria.

En la década de los setenta se manifestó la tendencia a englobar la depresión y la excitación maniaca bajo un solo término. En Francia se usó *troubles thymiques* y en Estados Unidos,

affective disorders. Esta moda tuvo tal éxito que la propia esquizofrenia fue clasificada dentro del grupo de los *non-affective disorders*.

En esta misma década se empezó a utilizar el diagnóstico de *enfermedad afectiva endógena* para calificar a la sicosis maniaco-depresiva kraepeliniana, por considerarlo más adecuado. Hay que señalar que Leonhard, uno de los autores más distinguidos de la siquiatria germánica del siglo XX, había considerado en 1962 como enfermedades distintas la forma unipolar maniaca, la forma unipolar depresiva y la forma bipolar (con episodios maniacos y depresivos). Varios autores han demostrado que el síndrome depresivo de la forma unipolar y el de la bipolar mostraban diferencias en cuanto a la sintomatología, la evolución y las características biológicas y genéticas de los enfermos que las presentaban, mientras que las formas unipolares maniacas tienen las mismas características que las bipolares.

Otro autor contemporáneo muy influyente, Mendlewicz, siquiatra en Bruselas, englobó por su lado, bajo el nombre de *síndromes distímicos primarios*, a los estados depresivos de la enfermedad bipolar, los estados depresivos unipolares y los estados depresivos de las llamadas sicosis esquizo-afectivas (cuadros poco frecuentes que se encuentran a medio camino entre los dos grandes grupos kraepelinianos y que constituyen sendos enigmas nosográficos).

En los años ochenta, Francisco Alonso-Fernández, siquiatra madrileño, propuso un modelo original de la depresión: el paradigma de un modelo estructural tetrádico.

* Escritor y siquiatra

Según este modelo, la depresión se conceptualiza como un hundimiento de la vitalidad, cuyo plano se sitúa en el cuerpo y en la mente y se desarrolla en ambos. Por esto la depresión es una enfermedad con sintomatología síquica y también somática, que presenta cuadros mixtos sicosomáticos y cuadros unilaterales de tipo sicotropo y somatotropo. Su sintomatología surge del hundimiento de los cuatro vectores básicos de la vitalidad: el estado de ánimo, la impulsividad, la sintonización y la regulación de los ritmos. La distorsión o el hundimiento de tales vectores da origen, respectivamente, a las cuatro dimensiones de la depresión: el humor depresivo, la anergia o falta de impulsos, la discomunicación o pérdida de la sintonización y la ritmopatía o disregulación de los ritmos cronobiológicos. El cuadro depresivo puede ser completo o tetradimensional cuando abarca la sintomatología de las cuatro dimensiones, o incompleto unidimensional, bidimensional o tridimensional cuando su sintomatología se localiza en una dimensión, en dos o en tres respectivamente. El modelo de Alonso-Fernández permite comprender mejor el problema clínico y nosográfico de las llamadas *depresiones enmascaradas* y el de los *equivalentes depresivos*, e incluso el caso de algunas descripciones de gran finura fenomenológica que no han permeado suficientemente en la siquiatria, como es *schwermut*, descrita por Tellenbach, de la Universidad de Heidelberg. Este concepto, que podría traducirse como “ánimo difícil o pesado” está emparentado con la vivencia depresiva, pero es una forma *sine tristitia*. Se describe como la imposibilidad de trascendencia que sufre un creador —ya sea artista o científico— por un bloqueo de su creatividad. En palabras de este autor, se presenta cuando el trascender no puede fusionarse en una composición creadora. Es un fracaso y agotamiento



Juan Pablo Rulfo, México

del impulso genial que no se manifiesta en fenómenos físicos o casi físicos, como la melancolía. No trae ninguna perturbación del ritmo, ningún trastorno vital, ninguna limitación en el trato cotidiano. Se podría llamar, literalmente, una “enfermedad del espíritu”. Puede presentarse casi a diario o solamente a ratos, o conducir a años de esterilidad. A pesar de todo, permite llevar una vida normal, pero justamente sólo una vida de un “hombre sano”, es decir, una existencia mediocre, lo que para una naturaleza genial significa lo mismo que “no verdadera”.

En los dos últimos decenios del siglo XX, para el conjunto de la siquiatria clínica el uso del término melancolía se ha restringido notablemente. Se utiliza sobre todo para expresar una forma especialmente grave de depresión, como el *estupor melancólico*, forma extrema de inhibición sicomotora con inmovilidad corporal global y ausencia de reacciones al ambiente, con amimia y negativismo; y como la *melancolía delirante*, en la cual la ideación propia de la depresión adquiere tal intensidad que alcanza el registro sicótico (delirio de culpa, de indignidad, de ruina, delirios de la imagen corporal como el de negación o el síndrome de Cotard).

La aparición en 1961 del libro de Hubertus Tellenbach, *Melancholie*, parecía anunciar el retorno del término soslayado, pero su enfoque no ha

logrado extenderse a áreas de la medicina mental que no sean la siquiatria antropológica y la fenomenología. En esa obra, Tellenbach describe al *typus melancholicus* desde una perspectiva por la cual el diagnóstico hipocrático correspondería a la depresión unipolar considerada como una “sicosis endocsmogénica”. Su deseo de reformular a la siquiatria como una “medicina espiritual” (siguiendo así otra línea de la tradición germánica), contrastaba con la corriente que a partir de entonces ha llevado la delantera internacionalmente, es decir, la llamada siquiatria biológica.

Dentro de ésta, destacan tres líneas fundamentales que fueron posibles gracias a los notables avances que han alcanzado las neurociencias y la sicobiología en la segunda mitad del siglo pasado: la genética siquiátrica, los estudios sobre los neurotransmisores y la sicofarmacología.

En la década de los cincuenta, un poco por azar y un mucho por la sagacidad de algunos clínicos prestigiosos, se dieron varios hechos afortunados que generaron avances médicos relevantes, a lo que los historiadores llaman “la tercera gran revolución de la siquiatria”: el nacimiento de la sicofarmacología. En el lapso de un decenio se introdujeron los medicamentos antisicóticos, los antidepresivos y los ansiolíticos, que aliviaron una gran parte del sufrimiento de los pacientes y modificaron radicalmente el ejercicio de la especialidad fundada por Pinel y Esquirol. A partir de allí, la industria farmacéutica ha fomentado la investigación multidisciplinaria y la creación de un gran número de productos que pretenden ser cada vez más eficaces y con pocos efectos secundarios, de modo que no han faltado miradas críticas que vean en ello una pretensión por erradicar de la vida cotidiana todo sufrimiento humano para generar una especie de “mundo feliz”, de pingües beneficios económicos para las empresas farmacológicas transnacionales. Sin embargo, sólo aquel que

ha sufrido en carne propia o ha visto en sus allegados los diferentes rostros de la melancolía, puede aquilatar con justicia el papel liberador que los medicamentos antidepresivos y ansiolíticos han aportado a la humanidad.

El conocimiento de la estructura química de estos compuestos, de su mecanismo de acción en el encéfalo y de sus interacciones con las sustancias que transmiten la información en la hendidura sináptica entre neuronas, ha brindado un cúmulo impresionante de datos sobre la fisiología de la vida emocional normal y patológica. Han contribuido igualmente al planteamiento de diversas hipótesis bioquímicas de los trastornos afectivos. La clasificación química de los antidepresivos no ha llevado, sin embargo, a una clasificación neurofisiológica de la depresión, como se previó en un principio, y sigue siendo la observación clínica el centro de las modificaciones y adaptaciones nosográficas que se realizan sin tregua.

De los múltiples datos sicobiológicos obtenidos, hay uno de especial relevancia para la reflexión que las "ciencias del hombre" hacen sobre el problema filosófico central: se ha comprobado que en el cerebro de los suicidas existe una disminución, estadísticamente significativa, del neurotransmisor serotonina, así como modificaciones estructurales a esta sustancia de los receptores neuronales. Es decir, que de acuerdo con la muy en boga hipótesis serotoninérgica de la depresión, la conducta suicida se desencadenaría a partir del momento en que el neurotransmisor desciende más allá de un cierto nivel crítico, lo que nos lleva a dudar, necesariamente, de que se trate, *strictu sensu*, de un verdadero acto de libertad. No obstante, algunos pocos siquiátras consideran que junto con el elevado índice de diagnóstico de depresión en los suicidas, hay todavía lugar para la ocurrencia del llamado *suicidio lícido*.

Por otro lado, desde el punto de vista de la salud pública y de la responsabilidad terapéutica y moral del médico, es evidente que tal constatación epidemiológica lo obliga a un cuidadoso diagnóstico y a una rápida y eficaz instauración de la terapia antidepresiva, capaz de revertir la ideación y la impulsión suicida de manera concomitante a la elevación de los niveles del neurotransmisor cau-



Alfredo Sinclair, Panamá

sante. Hay que decir que también en este terreno, como en otros de la historia del hombre, ha habido mártires del fanatismo ideológico: los pacientes con depresión severa, a quienes sus psicoanalistas, parapetados en la teoría, negaron, a principios de la era sicofarmacológica, los beneficios de esa terapia, en un momento en el que ya era posible evitar la conducta autodestructiva extrema.

El otro campo de desarrollo de la siquiatria biológica ha sido el de la genética. Los estudios de familias, de gemelos, de sujetos adoptados, los llamados

métodos de enlace génico,¹ etcétera, ocupan un alto porcentaje de la bibliografía científica contemporánea. Ésta es un área en plena efervescencia en la que los múltiples y contradictorios datos son apenas los balbuceos de un discurso que se articulará más claramente en el primer decenio del siglo XXI. En el terreno de los trastornos afectivos, los resultados muestran que los riesgos de morbilidad son más elevados para la enfermedad bipolar. Actualmente se ha propuesto que el trastorno tiene su origen en la herencia autosómica triple y sinérgica, involucrando por lo menos tres genes. Los estudios en gemelos han arrojado cifras de "heredabilidad", que varían entre 33 y 80 por ciento, con un promedio estimado de 59 por ciento; es decir que 59 por ciento del fenotipo está determinado genéticamente. Respecto a la depresión unipolar, el riesgo de que los familiares de un paciente adquieran la misma enfermedad varía entre 5 y 25 por ciento. Una observación interesante realizada en 1990 fue que los familiares de un paciente con depresión unipolar tienen un elevado riesgo de adquirir la enfermedad depresiva pero no el trastorno bipolar. La concordancia diagnosticada en los estudios de gemelos varía entre 12 y 33 por ciento. La concordancia entre los gemelos monocigotos (40 por ciento) es el doble de la de los gemelos dicigotos (17 por ciento). También en este caso los estudios muestran una transmisión hereditaria multifactorial en la que actúan, de manera conjunta, las influencias genéticas con los factores medioambientales.

Más interesante para el propósito de este texto es la correlación que se ha establecido en los últimos años, siguiendo precisamente los estudios de transmisión hereditaria y la evolución de las clasificaciones siquiátricas, entre los trastornos afectivos y el temperamento artístico. La obra paradigmática, si bien no la única, es la de Kay

Redfield Jamison, *Marcados con fuego. La enfermedad maniaco-depresiva y el temperamento artístico*, que constituye la respuesta de la psiquiatría contemporánea a aquella célebre pregunta con la que Aristóteles inicia el texto, tan citado, conocido como el "Problema XXX":

¿Por qué razón todos aquellos que han sido hombres excepcionales, en lo que concierne a la filosofía, la ciencia del Estado, la poesía o las artes, son manifiestamente melancólicos?

El diagnóstico del estagirita, recordémoslo, es estrictamente médico; nada tiene que ver con la melancolía literaria de los siglos posteriores. La empresa de Jamison recuerda también la del eclesiástico Burton, no sólo por su ambición y enciclopedismo, sino porque ambos se confiesan atacados por el mismo mal que estudian.

En *Marcados con fuego*, tras la revisión de los conceptos clínicos, las teorías neurobiológicas y las clasificaciones en uso, Jamison rastrea, como un detective inglés obsesivo, la biografía y la historia familiar de un número muy elevado de escritores, poetas, músicos, pintores, en los que diagnostica, *a posteriori*, ciclo-timia, depresión mayor o enfermedad maniaco-depresiva, de acuerdo con los criterios del *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*, de la American Psychiatric Association, en su tercera edición revisada, que es la Biblia de la psiquiatría estadounidense y de sus colonias. Es tal el número y el valor de los creadores que aparecen en su pesquisa, que la presencia de la patología afectiva pareciera no sólo como una elevadísima frecuencia estadística, sino casi como un requisito para la genialidad. Si no hay duda del elevado índice de esta patología entre los creadores, hay que señalar, no obstante, que la participación de Jamison en el nutrido contingente de los *Marcados con*

fuego ha generado un cierto sesgo en su investigación, que ha llevado a incluir a autores en quienes otros investigadores habían previamente establecido diagnósticos más verosímiles, o en quienes las oscilaciones de afecto eran secundarias a otras entidades nosográficas como la esquizofrenia, la epilepsia del lóbulo temporal, la sífilis cerebral, las encefalosis alcohólicas, etcétera. El tema es tan complejo, rico y apasionante que merece un simposio individual. Baste decir por ahora que la lista establecida por Jamison, de la que se encuentran, por cierto, ausentes todos los hispanoparlantes, muestra un número aterrador de suicidios entre escritores y artistas. Mientras que el porcentaje esperado en la población general no llega al dos por ciento, su estadística respecto de los poetas ingleses entre 1705 y 1805 alcanza el seis por ciento, que es, no obstante, menor que el ocho por ciento que en 1987 le asignó Nancy Andreasen a los escritores en general; que el 14 por ciento que Schildkraut calculó para los artistas en general, en 1990; o el 18 por ciento que Ludwig le atribuyó a los poetas en 1992.

El libro de Jamison, publicado en castellano por el Fondo de Cultura Económica, en 1998, es el más reciente de una serie de trabajos que la psiquiatría ha elaborado, casi desde su nacimiento, sobre el tema de las relaciones entre la patología y la creación, dentro del cual el caso de los trastornos afectivos ocupa un lugar primordial. Está bien esta-

blecido, por ejemplo, el aumento de la productividad durante los estados de hipomanía, en los que la exaltación afectiva va unida a un aumento de la ideación, de la inventiva, de la originalidad, pero hay una verdadera parálisis creativa durante los episodios de extremo sufrimiento y desesperanza, como la hay en el episodio maniaco: con fuga de ideas y agitación sicomotriz. Un ilustre paciente maniaco-depresivo, Graham Greene, escribió en una carta íntima: "Cura la enfermedad y yo dudo que quede un escritor", reconociendo que a pesar del sufrimiento del sucederse de esos ciclos, es gracias a ellos que el artista alcanza esos extremos, desconocidos para los eutímicos, que Rilke consideraba el motor de la creación.

La sicopatología de la expresión, por su lado, ha intentado análisis tipológicos o estructurales del estilo pictórico de artistas consagrados que sufren alguna patología, de pacientes con un diagnóstico similar, a los cuales su condición favorece una cierta forma de creatividad. Se ha descrito, así, un estilo esquizofrénico, uno epiléptico, uno paranoico, uno oligofrénico, y uno maniaco-depresivo, en el cual el uso del color tiene mucha importancia. Mientras que en el maniaco la producción es precipitada, violenta y de pinceladas rápidas, con múltiple colorido, en el deprimido la ejecución es lenta, extremadamente elaborada, monocromática. En cuanto a los temas, en la fase maniaca se observan contenidos sexuales, megalomaniacos, exultantes, y en la fase depresiva predominan los temas sombríos, lúgubres, macabros. En los casos de melancolía delirante, en los que el paciente aún puede tomar el pincel y los colores, puede verse la traducción gráfica de los delirios de negación corporal ya mencionados.

En el cambio de siglo y de milenio, la psiquiatría afronta el antiguo problema de la melancolía por medio de dos vertientes que se presumen convergentes: por un lado, la floreciente



Alfredo Sinclair, Panamá

clinimetría, que se apoya en la aplicación de escalas medibles de valoración clínica, con criterios de diagnóstico empíricos tras un acuerdo estadístico entre múltiples observadores calificados; por el otro, la aplicación a los pacientes así diagnosticados de las técnicas “no invasivas”, de gran finura técnica, que se agrupan bajo el nombre de *imagenología*, y que permiten observar el trabajo del encéfalo viviente frente a diferentes tareas.

En el primer caso, las escalas desglosan en factores mensurables los síntomas tradicionales de la depresión. Los manuales diagnósticos y estadísticos y las clasificaciones internacionales, de uso generalizado, han generado, a su vez, un desquiciamiento de la sicopatología clásica. Su pretendido carácter “ateórico”, por mor de la objetividad (olvidando que el empirismo es también una escuela filosófica), ha desterrado del léxico especializado los términos *neurosis* y *sicosis*, y los ha sustituido por una palabra más aséptica: *trastorno* (de la misma manera que han suprimido diagnósticos milenarios como el de la *histeria*).

De este modo, la *Clasificación internacional de las enfermedades*, de la OMS, en su décima edición, clasifica a los trastornos del humor (*afectivos*) en siete grupos: F30: episodio maniaco; F31: trastorno bipolar; F32: episodios depresivos; F33: trastorno depresivo recurrente; F34: trastornos del humor persistentes; F38: otros trastornos del humor; F39: trastorno del humor sin especificación.

La cuarta edición de *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*, clasifica a los trastornos del ánimo en dos grandes grupos: el de los trastornos depresivos y el de los trastornos bipolares. Cada uno de ellos tiene múltiples subgrupos y seis posibilidades de codificación según la gravedad. Ahora bien, en la versión revisada de esta cuarta edición del libro, publicada en el 2000, se incluyen unos

criterios para la especificación de las *características melancólicas*, aplicables a los diferentes diagnósticos de depresión. Son los siguientes:

A. Si se presenta cualquiera de las siguientes características durante el periodo crítico del episodio actual:

- 1) Pérdida del placer en todas, o casi todas, las actividades.
- 2) No reacciona a los estímulos generalmente placenteros (no se siente mejor, ni siquiera temporalmente, cuando le ocurre algo bueno).

B. Si se presentan tres (o más) de las siguientes características:

- 1) Una calidad indiscutible de estado de ánimo deprimido (por ejemplo, el estado de ánimo deprimido lo experimenta indiscutiblemente de diferente manera que el sentimiento que experimentaría después de la muerte de un ser amado).
- 2) Generalmente está más deprimido por la mañana.
- 3) Se despierta en la madrugada (por lo menos dos horas antes de la hora habitual).
- 4) Experimenta una notable agitación o retardo sicomotor.
- 5) Padece una importante anorexia o ha perdido mucho peso.
- 6) Tiene un sentido inadecuado de culpabilidad.

¿Qué tanto se aleja o se aproxima esta adjetivación melancólica al diagnóstico clásico? Hay que señalar que muchos sicopatólogos y epistemólogos han subrayado las inconsistencias y las ambigüedades lógicas de estos instrumentos, cuya multiplicación ha conducido a una especie de “escalomanía”. No obstante, desde el interior mismo de la psiquiatría estadounidense que la ha generado, se han levantado recientemente voces que claman por un



Juan Pablo Rulfo, México

retorno a la sicopatología europea como requisito para realizar una investigación seria en psiquiatría. Todo hace pensar que la melancolía regresará una vez más por sus fueros.

En cuanto a las contribuciones de la imagenología, las técnicas de resonancia magnética y de tomografía por emisión de positrones han mostrado que los pacientes depresivos tienen patrones de actividad diferentes a los controles normales, en diversas áreas corticales y del sistema límbico. Un mismo paciente muestra diferentes patrones de actividad, dependiendo si se encuentra en estado maniaco, depresivo, o en una fase intercrítica. Hay algunas regiones de la corteza prefrontal y de la amígdala del hemisferio izquierdo que muestran hiperactividad en los pacientes deprimidos, e incluso se ha llegado a sugerir recientemente que el aumento de la actividad de la amígdala —estructura del gran sistema límbico— en un sujeto sano, podría indicar una predisposición a sufrir depresión en el futuro. Otros estudios

realizados en pacientes con depresión crónica muestran una disminución en el tamaño del hipocampo (parte del sistema límbico que interviene en la emoción y en la memoria) respecto de otros sujetos de la misma edad.

Estos datos, al igual que los que se derivan de los estudios de genética, están prácticamente en "pañales" y tendrán un desarrollo especial en los próximos decenios. Su importancia radica en la posibilidad de comprender mejor la fisiopatología de los estados depresivos y el mecanismo de acción de los medicamentos timoanalépticos, aquellos que elevan el nivel de la afectividad y generan eutimia.

Quisiera concluir evocando un hecho que ahora se sabe que es una leyenda, aunque largo tiempo se pensó que era verdadero, lo que no disminuye su valor simbólico: el senado de Abdera llama a consulta a Hipócrates porque considera que Demócrito ha enloquecido: alejado de la *polis* se dedica a disecar diversos animales buscando la sede de la bilis negra. Esta imagen aparece desde la tercera edición (1628) en el frontispicio de *Anatomía de la melancolía* de Robert Burton, que se califica a sí mismo como *Democritus junior*. A esta larga búsqueda llegan por fin hoy la neuroquímica y la imagenología.

Pero, además, lo que aterra a la ciudad de Abdera es que el filósofo se ríe de manera extraña, feroz e incoercible ante todos los actos de los hombres. Su *melancolía* se expresa con ironía y desencanto. Desde la Antigüedad, la risa de Demócrito se ha opuesto a las lágrimas de Heráclito, como las dos caras de ese mito a cuya sombra Roger Bartra ahora nos convoca. Según la carta del seudo-Hipócrates, una vez examinado el ilustre paciente, el terapeuta concluye que esa actitud que los escandaliza es la expresión de una sabiduría superior, y parte sin prescribir remedio alguno: "He visto a Demócrito, el sabio entre los sabios, único capaz de hacer juiciosos a los

hombres". Para el ilustre médico de Cos, en este caso el verdadero enfermo es la colectividad.² El Hipócrates de este relato ha comprendido que a diferencia de Heráclito, verdadero paciente deprimido, el filósofo atomista goza, y no sufre, de una melancolía mítica que no puede reducirse a la depresión y que encarna la superior cordura de la que habla Starobinski. Y ésta sería la lección para la siquiatria: su labor consiste en ayudar a evitar el sufrimiento y la limitación de la depresión o melancolía clínica para permitir que la melancolía poética, metáfora de la creación, realice su labor salvadora. ◀

NOTAS

Conferencia dictada en el ciclo "Los Mitos de la Melancolía", Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM, 14 de noviembre de 2000

¹ La idea fundamental de los estudios de enlace génico es la de analizar la cosegregación de una enfermedad con un marcador polimórfico. Estos marcadores consisten en secuencias del ADN de las cuales sabemos su localización en el mapa del genoma que, además, tiene variaciones alélicas, es decir, varias presentaciones de la secuencia con una frecuencia conocida de dichas alternativas. La evidencia estadística del enlace génico es el índice *lod*. Este término, que proviene de "logaritmo de las probabilidades" (*log of the odds*), se obtiene de la división de la probabilidad de una familia bajo distintas estimaciones de la frecuencia de recombinación (medida indirecta de la distancia entre los genes) menores de la que se esperaba encontrar en el caso de que hubiera enlace (<0.5) entre la probabilidad de la misma familia bajo segregación independiente; es decir con una frecuencia de recombinación de 0.5 o mayor. A este resultado se le calcula el logaritmo base diez, lo que permite sumar los resultados obtenidos en distintas familias.

² Y así lo dice la fábula de La Fontaine, *Démocrite et les Abdéritains*: "Son pays le crut fou. Petits esprits! Mais quoi! / Aucun n'est prophète chez soi / Ces gens étoient les fous; Démocrite, le sage". (Su país lo creyó loco. ¡Gente obtusa, caramba! / Nadie es profeta en su tierra. / Ellos eran los locos; Demócrito, el sabio).



Juan Pablo Rulfo, México

La cámara estenopeica es la fotografía en su forma más elemental: física y química. Es una caja oscura con un hoyo pequeñísimo del tamaño de la punta de un alfiler. Puede ser una cajetilla de cerillos o hasta un departamento con las ventanas tapadas. El *Nautilus*, su concha aquí fotografiada, es el único animal que tiene ojos que trabajan como la cámara estenopeica, sin ninguna lente de por medio.



LA FOTO • Dylan Von Gunten

Margarita Castro Flores

El estudio de lo latinoamericano

La motivación inicial que me trajo a México fue la de cursar una maestría en estudios urbanos en el Colegio de México (Colmex). En Cuba, como investigadora del Centro de Estudios sobre América, me interesé en el estudio de los movimientos comunitarios. Eso me llevó más tarde a participar en varios proyectos en Centroamérica y descubrí que la mayoría de esos movimientos eran eminentemente urbanos.

Una vez aquí en México mis vínculos no fueron exclusivos con el Colmex sino que he enfocado mi búsqueda teórica, temática y de relación hacia la UNAM. Esto es lo que me da entonces un enfrentamiento directo y más cercano con los estudios latinoamericanos.

Ahora puedo decir que sí existe una "Meca de los Estudios Latinoamericanos": está en México y más precisamente en la UNAM. Primero porque hay muchos latinoamericanos que estudian aquí la realidad latinoamericana y por lo tanto existe la oportunidad de captar esa realidad multitemáticamente y con perspectivas diferentes. El hecho de que México sea un país tan cosmopolita paradójicamente crea una especie de círculo virtuoso. Y así, entre más cosmopolita, pues más rico culturalmente, y eso atrae a más gente. Esto se refleja tanto en términos sociales como intelectuales e influye también, desde mi punto de vista, en la calidad académica, porque se da una especie de selección natural de la gente más competitiva, pero no sólo más competitiva de un mismo origen, sino de los más competitivos de múltiples orígenes. Eso permite la convivencia de intelectuales con historias personales, con culturas y posiciones teóricas diversas.

En la UNAM he coincidido con estudiantes japoneses, coreanos, europeos y estadounidenses, además de los latinoamericanos. Gente de todo el mundo que se reúne en seminarios doctorales para mostrar el avance de sus investigaciones. Estos eventos son comparables a los más importantes eventos de ciencias sociales en los que he participado. Se presentan ahí enfoques teóricos no sólo diversos sino profundos que aportan elementos para cualquier investigación moderna. El rigor con el que son preparados esos trabajos convierte a esos seminarios en un paradigma de intercambio en la diversidad.

Otra cosa que también enriquece la calidad de los estudios latinoamericanos en la UNAM es el hecho de que una no siente que tiene que decir lo que otros quisieran escuchar, sino que hay oídos abiertos para diferentes puntos de vista y eso la hace a una sentirse respetada. Yo, por ejemplo, como cubana, como cubana que quiero a mi país y que estoy

relacionada con mi país como trabajadora de un centro de investigaciones, siento que cuando hablo de la realidad cubana tal como yo la percibo, soy respetada y soy valorada. Esta atmósfera de tolerancia y respeto es un aliciente fundamental para el investigador. Tener la oportunidad de dar tus puntos de vista, de que otros te escuchen, en momentos en los que a veces sólo se escuchan las voces de los que más medios económicos tienen para pagar publicidad y publicaciones, es algo que se agradece.

Lo latinoamericano existe. Geográfica, sociológica y culturalmente hablando es una realidad. El asunto es el lugar que lo latinoamericano ocupa en el contexto del mundo globalizado. Yo creo que una de las cosas más importantes que tenemos que hacer los latinoamericanos es reconocer nuestras propias riquezas y valorarlas. Nuestras riquezas culturales y nuestras riquezas intelectuales. Ser tolerantes pero no subordinados a los puntos de vista de los poderosos porque no siempre, y lo ha demostrado la historia, los poderosos tienen la razón. En el caso concreto de los estudios latinoamericanos creo que hace falta que los investigadores latinoamericanos desarrollemos una conciencia de la importancia que tiene, sin rechazar las propuestas teóricas y los modelos de interpretación que se desarrollan fuera de la región, crear nuestros propios paradigmas y nuestras propias explicaciones de la realidad a la que pertenecemos. En la UNAM es posible confrontar las diversas formas en las que nos miramos a nosotros mismos con las de aquellos que nos miran desde fuera. ←



**ESTAMOS LISTOS,
¿Y TÚ?**

Si ya tienes lista tu Credencial para Votar, revisa del **26 de marzo al 14 de abril**, que tus datos estén en la Lista Nominal.

¡Prepárate!

Sólo si estás en ella podrás votar.

Tu Credencial para Votar es la llave de la democracia.

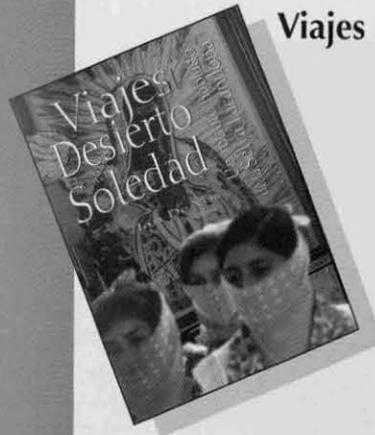


Llama gratis a
IFETEL 01 800 4 1 3 F 3 E 2000

o visita nuestra página
www.ife.org.mx



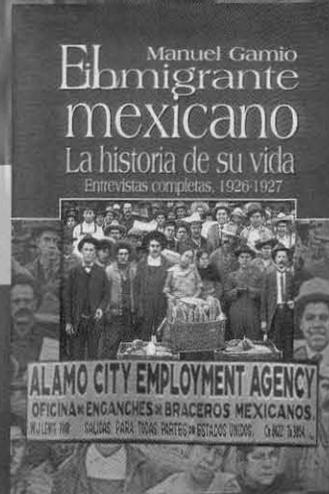
Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social



Viajes al desierto de la soledad
Un retrato hablado de la Selva Lacandona

JAN DEVOS
compilador

Librería
Guillermo Bonfil Batalla
Hidalgo y Matamoros s/n, Tlalpan
C.P. 14000, México, D.F.
56 55 01 58
ventas@juarez.ciesas.edu.mx



Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa

Amargura 4, San Ángel, 01000, México D.F.
Tel.: 5616 2705 y 5616 0071 Fax: 5550 2555
E-mail: maporrúa@mail.internet.com.mx
www.maporrúa.com.mx



ofrece los títulos de sus miembros
e invita a visitar su Biblioteca

Luis González Obregón núm. 23, Centro Histórico
Tel. 57 89 43 30 Fax. 57 02 17 79
www.colegionacional.org.mx
e-mail: colnal@mail.internet.com.mx

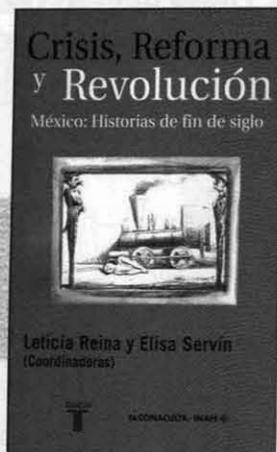


Novedades editoriales del INAH

Crisis, Reforma y Revolución México: historias de fin de siglo

*Leticia Reina y Elisa Servín
(coords.)*

Coedición: INAH / Taurus
ISBN: 970-18-9216-X
Edición: 2002, 484 pp.



Conjunto de ensayos cuyo interés es la reivindicación histórica de cara a la inmediatez de los tiempos presentes. Muchos de los acontecimientos y debates registrados en la actualidad tienen una similitud sorprendente con fenómenos y polémicas que han persistido en la sociedad mexicana desde hace 100 o 200 años. La importancia de los estudios de esta obra —que incluye entre otros igualmente destacados, a autores como John Tutino, Alan Knight, Friedrich Katz, François-Xavier Guerra— radica en que se propone recuperar la dimensión histórica del acontecer mexicano porque tal vez ahí, en el conocimiento del pasado, se encuentren algunas claves para responder a las incertidumbres presentes y futuras.

En esta edición se da a conocer el criterio estructural del origen de la arquitectura del siglo XIX, con el objetivo de trazar un camino para restaurarla. El punto de partida que eligió el autor fue situarse en el momento histórico que originó el movimiento moderno fundamentado en las ciencias exactas como las matemáticas y el descubrimiento de la geometría descriptiva. Se trata de una época de reorganización urbana, con grandes espacios abiertos y regulares, así como un orden puntual por sus remates monumentales. En nuestro país, específicamente en la Ciudad de México, la tradición constructiva conjunta los nuevos modelos universales y los grandes avances científicos y tecnológicos; esto definió la configuración estructural de su arquitectura.



Configuración estructural de la arquitectura del siglo XIX

Jorge Antonio Rojas Ramírez

Coedición: INAH / Plaza y Valdés
ISBN: 970-18-9472-3
Edición: 2002, 222 pp.

Iconografía Mexicana IV Iconografía del poder

*Beatriz Barba de Piña Chán
(coord.)*

Colección Científica
Coedición: INAH / Plaza y Valdés
ISBN: 970-18-8316-0
Edición: 2002, 236 pp.



En este volumen se presenta un conjunto de trabajos que analizan los símbolos que han significado poder en México, desde la época prehispánica hasta nuestros días. Se trata de las investigaciones seleccionadas de la Cuarta Jornada Académica del Seminario Permanente de Iconografía, que se llevó a cabo en 1999. En todos los trabajos se trata de autores con una larga trayectoria como Juan Angulo, Beatriz Barba, Iván Rivera, Noemí Carrasco Reyna Cedillo, Trinidad Durán, Eduardo Corona, Teresa Sepúlveda, Raquel Crespo, Enrique Jofar, Alfonso López, Arturo Moreno, Cecilia Haupt, Sergio Sánchez Julia Santa Cruz, Angélica Galicia, Luis Arturo Sánchez, Carmen Lechuga y Norma Peñaflora.

De venta en:

Librería Francisco Javier Clavijero
Córdoba 43, col. Roma
Tel.: 5514 0420

Librería del Museo Nacional
de Antropología
Paseo de la Reforma y Gandhi,
col. Polanco
Tels.: 5553 3834 / 5211 0754

Tienda del Templo Mayor
Guatemala 60, col. Centro
Tel.: 5542 4785

Librería del Aeropuerto
Internacional Benito Juárez
Sala A, local 11
Llegadas nacionales
Tel.: 5571 0267

Librería del Museo Nacional
de Historia
Castillo del Bosque de Chapultepec,
col. Polanco

NOVEDADES EDITORIALES DEL MORA

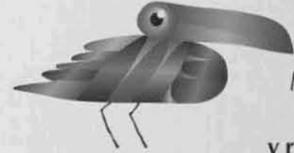
Plaza Valentín Gómez Farías 12, atrás del Parque Hundido, sobre Augusto Rodin, San Juan Mixcoac. Tel. 5598-3777 ext. 1133



Fabiola García Rubio
La entrada de las tropas estadounidenses a la ciudad de México

SECUENCIA

Revista de historia y ciencias sociales
Secuencia No. 55
Derroteros por el Caribe.
Imágenes y representaciones



Laura Muñoz Mata
México y el Caribe:
vínculos, intereses
y región. Tomos 1 y 2

*Leticia Calderón,
Jesús Martínez*
La dimensión política
de la migración mexicana



José Ortiz Monasterio
Vicente Riva Palacio,
Obras escogidas.
Periodismo. Tomos X y XI



Thelma Camacho Morfin
Imágenes de México.
Las historietas de
El Buen Tono
de Juan B. Urrutia
1909-1912

AMÉRICA LATINA EN LA HISTORIA ECONÓMICA

América Latina en la Historia Económica
No. 16 Tierras



Eulalia Ribera Carbó
Herencia colonial y
modernidad burguesa en un
espacio urbano. El caso de Orizaba
en el siglo XIX

www.institutomora.edu.mx

Publicaciones. Novedades editoriales



Radio. Sintónica: *Un país de todos... una historia de todos...*
1350 AM, de lunes a jueves 17 horas, viernes 16 horas

Exposición fotográfica: *1913 el año que convulsión a México*. Marzo - abril
Sala de Lectura de la Biblioteca de la Revolución Mexicana,
Plaza del Carmen 27, San Ángel www.gobernacion.gob.mx

Poniendo a México al día y a la vanguardia



Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana



COORDINACIÓN
DE HUMANIDADES



9 770185 133008

\$45,00

ISSN 0185-1330